
AZUFRE
La novela que arderá en tus manos
MANUEL SANTANA


AZUFRE
La novela que arderá en tus manos
MANUEL SANTANA
PONY

AZUFRE

Manuel Santana



Quise dedicar tres libros a tres amores. El primero a la familia, el segundo a la pareja y el tercero a los hijos que algún día tendré.
No sabía yo que se me cruzaría entre medias un cuarto amor.
Y ahí va…
Era el más guapo de la casa; recibía a todos de manera cariñosa y sociable; corría libre como un rayo y rugía con el ímpetu de un trueno. Prendió el fuego de mi hogar y nos calentó el corazón.
Tan perfecto, que yo no estuve a la altura.
A Buda.

Es mejor encender una vela que maldecir la oscuridad

Proverbio chino

Un asesino diabólico…

Una mujer que esconde un doloroso pasado…

Una historia que arderá en tus manos.

PRÓLOGO

Anastasia tiene nueve años y duerme plácidamente en su habitación hasta que la despierta el sonido de cristales rotos. Mueve su pequeño cuerpo en el interior de las sábanas para acomodarse de nuevo, pero hay un ruido persistente que no le deja retomar el sueño, un sonido que no sabría definir: entre el gemido y el balbuceo, acompañado de pequeños golpes.

Abre los ojos.

A pesar de ser una noche sin luna, hay más claridad de la que espera, como si durmiese en un campamento junto a una hoguera. El ambiente es cálido, acogedor.

Sale de su habitación y va descalza. Su rostro se ilumina y siente el calor desde sus mejillas hasta los deditos de los pies. En la planta baja, el salón está tan iluminado que la ciega. No comprende lo que pasa, y se frota los ojos hasta llegar a la habitación contigua, dormitorio de su mamá.

Horror.

Su mamá yace bocabajo sobre la cama. Parece dormida, está desnuda y su cabellera rubia le cae sobre el rostro. No ve su cara, pero sabe que es su mamá del mismo modo en que sabe que el extraño que está de espaldas a ella, de pie y a los pies de la cama, no es su papá. También está desnudo y lleva una botella de cristal en la mano. La vuelca sobre la espalda de su madre y camina hacia atrás para formar un reguero de alcohol hasta la salida. El líquido derramado sobre la cabeza apaga el dorado de sus cabellos. El fuerte olor abofetea la nariz de la niña. El extraño se agacha y

enciende un mechero plateado. Su brillo, reflejo de la luz de luna, consigue hipnotizarla hasta el punto de sentir un paréntesis sensitivo, como si todo sucediera a cámara lenta. De la nada se alza una llama que recorre el camino hasta la cama que prende como una pira quemando los pelos y la carne de su mamá muerta.

El extraño se gira y ve a la niña pálida.

Anastasia retrocede, y él avanza. La niña da media vuelta y corre hasta las escaleras. Sabe que debe huir del peligro, pero, cuando desciende al salón, algo aún más aterrador la paraliza.

En el sillón hay una silueta sentada, completamente acomodada y envuelta en llamas. Sus piernas, sus manos, su cabeza…, todo cuanto ve es de color negro y sin más forma que la de una sombra metida en el fuego, y a pesar de ello reconoce a su padre carbonizado. El salón es una bola de fuego y ella siente el sofocante calor y ve la espesura de humo negro que pinta el techo.

Tose. Le cuesta respirar. El ambiente está cargado y los ojos le pican.

Unos pasos pesados hacen crujir cada escalón por encima del crepitar de las llamas. El extraño pirómano desciende como un demonio a las llamas del mismísimo infierno.

Su instinto le chilla que debe huir, correr, sin embargo, las llamas son cada vez más altas y están por todas partes. Respira menos y ve peor.

El extraño baja el último peldaño y se planta frente a ella, mirándola con el fulgor de Satán en sus negras pupilas. La niña se encuentra entre el mal y el fuego. Él sonríe, y retoma su lento caminar hacia ella. Ella encara las llamas que le queman las pestañas, y de manera intermitente retrocede la vista para ver lo

cerca que está el demonio de darle caza. Todo arde. Su cuerpo se mueve nervioso, tenso, desesperado. Con solo nueve años tiene que tomar una decisión trascendental: no sabe si saltar al fuego o dejarse coger. Y a pesar de que las ascuas picotean en su piel, siente en la nuca el frío helado que produce saber que la garra de un monstruo se aproxima por su espalda para atraparla.

CAPÍTULO 1

La furia de un dios

1

Calma. Completa y absoluta calma. Eso siente Irene: un estado de relajación completa, a pesar de la incomodidad física que le produce llevar el uniforme de campaña junto con botas pesadas y un chaleco relleno de placas balísticas que estrujan sus pechos. La correa del fusil añade tensión a su trapecio, su piel está irritada y enrojecida, y su cuerpo suda por el calor en aquella zona del Atlántico, en costas canarias. Lleva en pie tres horas bajo el sol de verano, plantada sobre la cubierta de un buque de guerra, pero su mente está lejos del malestar físico. Observar el mar ayuda. Para qué negarlo.

En su instrucción militar aprendió a dominar la mente y evadirse. Lejos quedaron aquellos tiempos. Irene es, ya, una veterana de la Infantería de Marina y miembro de un Equipo Operativo de Seguridad cuya misión consiste en dar protección a los buques de la Armada. No tiene miedo de que una lancha motora terrorista cargada de explosivos se estrelle contra su barco. Dicen que esas cosas pasan; sin embargo, ella solo lo ha visto en vídeos y en buques extranjeros, en aguas del Pacífico, muy lejos de su mundo. Eso nunca le pasará a ella.

¡¡BUM!!

Una enorme explosión le perfora los tímpanos y por instinto agacha la cabeza y encoge su cuerpo. Parece como si Dios hubiese descorchado una botella de tamaño ciclópeo sobre los cielos. Irene permanece muda, paralizada, sin reacción alguna. Tan solo mira a su

compañero buscando una respuesta, pero este la mira a ella de la misma manera: atontado. Ella piensa en gritar <<alarma>>. Se asoma antes por la borda y no ve nada extraño: ningún cambio en el barco. Busca humo y fuego y lo encuentra, solo que a siete kilómetros de allí, sobre tierra firme. Entonces comprende cuál ha sido la botella escogida y descorchada, no por Dios sino por el diablo, para celebrar una fiesta en el infierno.

Es diecinueve de septiembre del dos mil veintiuno y el volcán de La Palma ha entrado en erupción.

2

En el interior del templo de la Purísima Concepción, originario del siglo XIV, camina despacio un hombre con ropaje de sacerdocio. Viste el alba, una túnica blanca que cubre hasta los pies, y sobre esta lleva echada una casulla morada de mangas muy anchas que ocultan sus manos ensortijadas y entrelazadas bajo el pecho. Pasa por delante de su más fiel monaguillo; alto y orondo, el único que le observa con la admiración que él reclama. El sacerdote se mueve con mesura, disfrutando del ascenso al altar sobre el que se siente poderoso. Mira a su público con altanería, por encima de unos cristales sin montura que necesita para leer, y traga saliva antes de inspirar con la misma fuerza con la que pretende lanzar un contundente discurso:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo…

—Amén —culmina el gordo monaguillo a su espalda. Su voz es acompañada por la de una treintena de feligreses.

Una vez persignado, el sacerdote Santiago Labrador continúa:

—La gracia y la paz de Cristo resucitado estén con vosotros.

—Y con su espíritu —vuelven a completar el monaguillo y los feligreses.

—Hermanos y hermanas, hoy es domingo de eucaristía y, como tal, los cristianos nos reunimos para celebrar la resurrección del Señor. Y oramos por las necesidades y peticiones que, después de lo acontecido esta última semana, son muchas… Muchas. —

Santiago se toma lo que llama una pausa dramática. Carraspea, traga saliva, se ajusta las gafas y sigue—: Nuestros hermanos y hermanas de La Palma rezan con fuerza. Los escucho desde aquí. Y nosotros debemos rezar por ellos. Por ellos y por nosotros mismos; porque, aunque estemos lejos de aquel infierno desatado en la tierra, nosotros también estamos en peligro.

Inspira profundamente antes de dar su golpe de gracia. Cierra el puño y, para sorpresa de todos, lo estrella sobre el púlpito con un sonoro estruendo que despeja el sueño a los madrugadores y arrebata un tímido grito ahogado de un joven situado en primera fila, de nombre Daniel. No pierde tiempo en prestar atención a la reacción de su público y continúa con el discurso a voz alzada:

—¡La ira de Dios se ha desatado! ¡Muchos buscan una señal; una advertencia…! ¡Pues esta ha llegado! La señal ha llegado como gruesa columna de humo y como lava incandescente que arrasa todo a su paso. Y no solo la amenaza está allí —advierte, buscando meter el miedo en el cuerpo de todos—, sino también aquí: ese maldito humo negro que sale del volcán, cargado de veneno… Ya dicen los meteorólogos que alcanza nuestro pueblo. Toda la Sierra de Huelva. ¡Toda Andalucía! Un veneno que tiene el nombre de <<azufre>>. Casi como si apuntase a nuestro querido pueblo llamado Zufre. Tanta similitud hay… Tanto se parecen, que este veneno parece estar hecho para intoxicar a los zufreños. ¡Azufre: el mismo polvo que pisa Satanás! ¿¡Qué más queréis!? ¿¡Qué señal queréis!? ¡Algo se está haciendo mal y es más que evidente! ¡Algo lleva haciéndose mal mucho tiempo y Dios ha dicho basta y nos lo advierte con la presencia del Diablo, de Satanás, de Belcebú, para atormentarnos y que recapacitemos!

El párroco se toma una pausa para recuperar la tranquilidad que conservaba antes de iniciar el discurso. El color rojo de sus mejillas desaparece rápido: es un actor experimentado. Luego se ajusta las gafas y mira a los ojos del pueblo antes de retomar su retahíla cargada de culpabilidad.

—¿Qué hemos hecho mal nosotros?, ovejas descarriadas del camino del Señor… Yo os lo diré. Solo tenéis que mirar a vuestro alrededor.

Todos permanecen mudos. Del público más cercano puede incluso apreciar sus bocas abiertas. Se han quedado pasmados. Y ante la parsimonia de todos, insiste:

—¡Adelante! Mirad con descaro a vuestro prójimo. Mirad a derecha e izquierda y pensad qué nos falta… ¿Qué falta en este lugar? ¿Qué no veis?

El interior de la iglesia de la Purísima Concepción de Zufre alberga aquel domingo a una considerable cantidad de personas que, aún anestesiadas por efecto de las palabras sumadas al golpe de puño, se miran unos a otros como pasmarotes.

Daniel Sosa mira la tez cetrina de su padre Rafael y luego ladea la cabeza hasta toparse con los pechos operados de Estela, su madre.

Lucas Vázquez, uniformado de guardiacivil, gira la barba a su izquierda para echar una mirada cómplice a su amigo Fernando Ortiz. Ambos se sonríen, divertidos con aquella terapia grupal religiosa.

Santa Carmen alza la barbilla para mirar el rostro inexpresivo de su marido, Jacobo; sin embargo, este no le devuelve la mirada, pues a sus sesenta años parece haber perdido más el alma que la memoria. Así que ella regresa su vista al frente donde puede sentirse orgullosa de la labor que realiza su hijo Enrique, el gordo monaguillo.

—Cuando subo al altar —continúa el sacerdote—, intento seguir los consejos de las Sagradas Escrituras y doy buena importancia a las palabras de Tito cuando dice: <<A los jóvenes, exhórtalos a ser sensatos. Con tus buenas obras, dales tú mismo ejemplo en todo>>. Pero… ¡Oh, Señor, yo me pregunto! ¿¡A quién diantres voy a enseñar mis buenas obras!? ¿¡Cómo se supone que voy enseñar la palabra de Dios, y a ser sensatos, a unos jóvenes que no aparecen por mi parroquia!? ¿Que no veis que esta iglesia cada vez tiene menos seguidores jóvenes? Mirad a vuestro alrededor y contadlos. No hay jóvenes en nuestro templo sagrado. No vienen a misa y eso resulta muy triste —dice, agachando la cabeza. Luego la alza junto a su mano abierta, mostrando anillos brillantes y también sus cinco largos dedos estirados—. Yo solo he contado cinco hoy… Cinco jóvenes en un pueblo de ochocientos habitantes.

Daniel es uno de esos cinco señalados. Se alegra. Levanta la barbilla y, de forma inconsciente, hincha el pecho como una paloma. Tratará de convencer a su mejor amiga, Jésica, para que vaya el próximo día. Pero ¿y Cristian? Ese cada vez va menos. Algo debería hacer el paleto de su tío Óscar.

Óscar masca chicle completamente indiferente a lo que el párroco ha expresado. Le importa un bledo lo que su sobrino,

Cristian, haga o deje de hacer. Para eso mismo escogió no tener hijos: para quitarse preocupaciones. ¿Qué culpa tiene él de lo que le pasó a su hermana?

Lucas, el guardiacivil, agacha la cabeza. Su hija lleva tiempo sin ir. Ahora es budista, o eso dice ella. Vuelve a mirar a su amigo Fernando y este mira al suelo del mismo modo en que él lo miraba hace un instante. También la hija de este dice ser budista; claro, si las dos son tan inseparables como ellos. Su amigo le mira de reojo y ambos vuelven a sonreír. A pesar de haber cumplido los cuarenta, en el fondo siguen siendo dos críos con ganas de pasarlo bien.

Santa Carmen se santigua. El rebelde de Cristian tampoco ha venido hoy, pero ella no piensa discutir con su vecino Óscar. Ya hace tiempo que decidió no enfrentarse más con ese bruto. Bastante tiene ella con su familia disfuncional. Su esposo ha comenzado a tener alzhéimer y su hijo monaguillo es diferente a los demás. Enrique quizá no sea un chiquillo para el resto del pueblo, ya ha cumplido los treinta, pero para ella siempre será su bebé. Un bebé tremendamente pesado del que siempre cuidará.

—Cada día son menos los jóvenes que asisten no solo a esta iglesia sino a cualquiera de las iglesias de nuestra comunidad, y mirad, en cambio, cómo se llenan las mezquitas. Un estudio indica que para el 2050 los islamistas superarán en número a los cristianos. ¿Y esperáis que nuestro Padre no se enfade porque sus hijos menores no vengan a verle? El volcán de La Palma ha entrado en erupción y no hay mayor señal que esa de lo mal que lo estamos haciendo y de que el infierno resurge del interior de la Tierra para tragarnos si no hacemos algo: si nosotros no persistimos en

convencer a nuestros hijos de asistir a nuestra iglesia y acoger nuestra fe con devoción. El volcán ha expulsado una enorme nube tóxica de azufre que se avecina sobre nuestras cabezas y nosotros debemos prepararnos porque viene cargada de una maldición. Y si nadie hace nada, y si este pueblo, Zufre, no se mueve y lucha por sus hijos para que acudan a la misericordia de Dios, nuestro Señor, bajo el techo de esta parroquia, ya podéis iros preparando, porque de seguro esa nube tóxica caerá sobre nuestras cabezas y seremos envenenados por la maldición del azufre.

3

Los tacones de Estela se clavan con fuerza sobre la calzada de la plaza de la iglesia. El ruido que produce llama la atención de los vecinos que, al girar sus cabezas, se topan con una reluciente melena de color rojizo que deslumbra por la intensa luz matinal, y cuyas puntas caen sobre el escote de su abultado pecho operado. Tiene ganas de regresar a casa y tomar un baño porque se siente pegajosa, pues aquella despampanante mujer se derrite bajo el caluroso sol de septiembre.

La piel cetrina de Daniel soporta mejor aquel caño de luz que no parece importunarle tanto como a su madre.

—A la Jesi, si hace falta, la traigo de los pelos, pero esa viene el próximo domingo como que yo me llamo Daniel Sosa. Mamá, y tú a ver si le insistes a la madre también, que luego me dicen que soy un pesado; pero es que ya has oído lo que dice el padre Santiago: que viene una maldición. ¡Una maldición! Si es que me lo creo y todo, porque de verdad que este pueblo está maldito. Soy yo el único joven que va a la iglesia. Menudo aburrimiento, vamos… Mamá, ¿me estás haciendo caso?

—Que síííí, hijo, no te pongas pesado.

—Y Cristian es que ya ni viene. Con lo guapo que es y lo que me distraía yo cada domingo en misa observándole, y ya ni eso me queda. Lo que decía el cura: este pueblo está maldito. ¡Maldito! ¡Ja, ja, ja! ¡Se avecina una maldición, señores! —grita Dani haciendo

el loco. A lo que su madre responde mandándolo callar para que deje de intentar ser el centro de atención del pueblo y no le quite el protagonismo a ella.

A no demasiada distancia, Lucas no le quita ojo a Estela. Su amigo Fernando se separa unos metros de su mujer para llegar por detrás y darle una colleja.

—Se te cae la baba.

Lucas finge limpiarse la barbilla.

—Es que no veas cómo se conserva la pelirroja. Menudo cuerpazo se gasta la tía a su edad.

—Eso son banalidades, amigo, el sexo está sobrevalorado. Yo me preocuparía más por el discurso que ha dado nuestro párroco Santiago. Al cura cada día se le va más la perola. Va camino de convertirnos en secta.

—Al final voy a tener que detenerlo por asustarme a las viejas del pueblo.

—Recuerda que la muchedumbre es muy lerda, Lucas, y está deseando creerse cualquier patraña que suelta ese curángano con sotana. Cuando la humanidad se arremolina en manada todo influye mucho más y nos dejamos arrastrar por nuestra estupidez innata. Por eso me preocupa ese discurso que ha soltado lleno de supersticiones.

—¿Tú no te crees eso de que nos afecte estar respirando azufre? Lo decían en las noticias.

—Chorradas. Lucas, por favor, si el porcentaje que llega a nuestro aire, y hasta nuestros pulmones, es ínfimo. Las noticias: otro *metemiedo*. Nada, nada, tú ni caso.

—A mí lo que me preocupa de este tema de la maldición del azufre es que me deja con la boca seca. Vamos a tener que refrescarnos la garganta, ¿no? ¿Tú qué dices?

Fernando sonríe a su amigo, consciente de por dónde van los tiros. Así que se gira y lanza una voz a su esposa:

—¡Cariño, nosotros nos vamos a tomar algo!

Lucas observa cómo la mujer de Fernando asiente con amabilidad, muy risueña, admira y valora a su marido. Ya hubiese querido él una esposa así de permisiva. De todas maneras eso no apaga el humor del guardiacivil.

—Es que —se justifica Lucas— doña Jacinta dice que los adultos estamos dejando de ir al bar, hombre. Vamos a tener que ir no vaya a ser que haya otra erupción y otra maldición caiga sobre el pueblo.

—¡Ja, ja, ja! —se carcajea su amigo de manera exagerada —. ¡Eso, cariño! ¡Más vale que bebamos antes de que otro dios todopoderoso se enfade con nosotros.

—Mira, haced lo que os dé la gana —responde ella—. Mi marido siempre hace lo que le sale de los huevos gordos que tiene. Pero tú, Lucas, de servicio y todo que estás… Uniformado… ¡Anda, anda, qué vergüenza! Tú verás… Yo no te pienso controlar porque no soy ni tu madre ni tu esposa.

—Uuuuhhh, ni quieras que lo sea, amigo, ni quieras que lo sea —bromea Fernando.

—¡Mira que te quedas sin comer! Y no me hagas gritar, que me asfixio y me pongo a toser.

—¡La maldición, la maldición del azufre, las toxinas! ¡Ja, ja, ja!

—Estoy en mi último turno. En unas horas empiezan mis vacaciones —se excusa Lucas—. Además, si yo voy al bar así vestido es para hacerle un control a tu marido y ponerle el pipo a la salida.

Los amigos se van de cháchara calle arriba. La cuesta es alta y empinada y Fernando nota sus kilos de más. Tanto él como su encantadora esposa han engordado a kilo por año desde su boda hace dos décadas. Su gran peso le hace resoplar con resuello y se ve obligado a realizar una pequeña parada en boxes antes de llegar a la cima.

—Cada vez estás peor y el alcohol engorda. Te vas a tener que pasar al lado de los de la cerveza sin alcohol.

—¡Cállate ya, Lucas, cabrón!

Siguen ascendiendo por las calles del pueblo hasta salir a la vía principal para después girar a la izquierda y entrar en el Paseo de los Alcaldes, que hace de plaza principal y otorga a Zufre el distintivo de Balcón de la Sierra por su barandal que asoma sobre el desnivel y muestra un paisaje abierto desde el que se contempla una enorme extensión de bosque verde: olmos, fresnos, alisos y chopos cortados por el río Rivera de Huelva, retenido en un embalse de casi mil hectáreas. Este pueblo se encuentra al norte de la provincia de

Huelva y en el extremo occidental de Sierra Morena, concretamente en la vertiente sur del Cerro La Solana, en la sierra del Zorrero, a unos quinientos metros de altitud. Visto desde la carretera que conecta con el pueblo vecino: Santa Olalla del Cala; Zufre se ve como una perla blanca mostrada sobre un altar.

4

Lucas lleva destinado en aquella perla diez años. Se conoce a todo el pueblo y ha hecho muy buenos amigos. Por eso ha dejado a un lado una rigurosa profesionalidad para adaptarse al entorno y sentirse flexible dentro de su uniforme verde, tomando cerveza con sus convecinos incluso estando de servicio.

Los dos amigos entran al bar para asentar sus traseros en dos butacas de la barra. Piden dos botellines marca Cruzcampo y Lucas toma el suyo y se lo sirve en un vaso de tubo del que pega los morros para beberse la mitad del contenido de una tacada, antes incluso de que la espuma se atreva a dejarle un mostacho blanco. Se sentía ansioso y ha pasado mucho calor uniformado dentro de la iglesia. La cerveza tan fresca entra rápido en un día bochornoso.

—Afloja, Lucas, que acabamos de llegar. Y ya no está tu mujer para controlarte.

—Es que tengo que aprovechar que hoy es mi último día como sheriff del condado.

—¿Y eso?

—Que ya no seré yo quien mande. Viene un superior. Mañana llega un sargento nuevo al cuartel.

—Una cara nueva para el pueblo; eso está bien.

—Y se me acabó lo bueno…

—Se acabó las borracheras en horas de servicio, cabrón; eso está aún mejor —recalca Fernando apoyando una mano sobre el hombro de Lucas.

—A ver… Cuando le enseñe la zona, yo le voy a invitar a tomar una cervecita para tantearlo un poco. Ya si veo que se anima la cosa acabamos con unos cubatas.

—Te veo aquí en el bar con ese hombre hasta las tantas el primer día. Yo te hago cobertura. Tú acuérdate de los amigos de siempre e invita.

El local se va llenando de familias y también de moteros y ciclistas domingueros que suben al pueblo para disfrutar de las hermosas vistas del Balcón de la Sierra, parada obligatoria en su ruta por carretera. El ambiente es muy distendido, con risas, charlas agradables y niños que corretean alrededor de los columpios que hay en el parque.

En un momento dado, Fernando se levanta para marcharse a comer a casa. Prometió almorzar con su esposa y también promete regresar después de la siesta. Lucas envía un mensaje de WhatsApp a su hija Belén que pone: <<como en el bar, por si te quieres venir>>. Ella contesta: <<No, gracias. Me hice macarrones con tomate y soja texturizada. Te he dejado un táper en el frigo>>. <<Eso me lo ceno>>, responde el padre. Por un segundo piensa en su exmujer… Pide otro botellín Cruzcampo con el que ahogar el resentimiento.

Sobre las cinco y media de la tarde, su amigo vuelve con la cara mustia y arrastrando los pies.

—¿Qué pasa? —pregunta Lucas nada más verle—. Parece que has visto un muerto.

—Nada, que la niña no quería comer carne. Siempre está igual, joder, me tiene harto. La madre cocina y ella le hace el feo.

—Hostias, pues mi hija Belén seguro que la imita. Siempre deciden hacer las mismas pamplinas.

—Bueno pues agárrate porque tampoco quería ir mañana al instituto. Dice que el sistema educativo en España está obsoleto. Que no aprende nada nuevo, que solo memorizan y que así nunca recordará nada importante. Total, una pelea gorda hemos tenido la madre y yo con ella otra vez. Está fatal.

—Pues el sueño no te lo ha quitado.

—Pero si yo duermo siestas muy cortas. Me pongo una monedita en la mano, como hacían los romanos, y, cuando se me cae, me despierto y me levanto renovado. La siesta no la perdono; a mi hija sí.

—Yo paso de mi hija. Si ella quiere ir por ahí con esos pantalones bombachos y predicando paz y amor, allá ella. Ya se estampará contra el muro de la realidad. Es mejor así, Fernando, que aprendan solas. Y quizá tenga razón con lo de la escuela… A mí todo me lo enseñó la mili.

—¿A beber también?

—¡Ja, ja, ja! También.

Brindan juntos y siguen bebiendo mientras echan unas partidas de cartas y alguno se atreve con el ajedrez, ese <<juego de

intelectuales>> según el guardiacivil, que también se anima ante el reto, perdiendo enseguida. Se empecina en ganar y no para hasta que, después de siete derrotas consecutivas, acorrala al rey blanco y le da mate con su reina negra.

—*Aaaarooooo* —balbucea, animado por la victoria y alargando sílabas por su estado de embriaguez—, yo he tenido que *eshtudiar pa* entrar de *picoooleto*, ¿tú, qué te crees?

Cuando son las ocho de la tarde y el sol está a punto de esconderse tras la sierra, Lucas envía unos mensajes de WhatsApp en secreto, encorvado y preocupado por quien pueda ver la pantalla de su móvil. No quiere que sus convecinos vean a quién ni qué escribe. <<*Vi pal cuartel ya, te veo ayi*>>, reza el mensaje que acaba de escribir de manera incorrecta.

—Me voy ya. Que *fitetú* el mosqueo que tiene que tener mi *mujé*.

—¡Pero qué dices, Lucas! ¡Si te divorciaste hace meses!

—Hostias, que alegría me acabas de dar.

—¡Ja, ja, ja! Eres de lo peor.

—¡No te vayas *hombrreeee*! ¡Cuéntanos al menos algo de la *guerrrraaaa*! —El entusiasta que grita doblando erres es el carnicero del pueblo, al que han invitado a cubatas para conspirar juntos y tratar de convencer a la hija de Fernando para que regrese a las proteínas animales.

—¡Eso, joder, ¿qué pasa?! ¡¿Qué pasa?! ¿El único tío aquí con dos cojones se nos va tan temprano? Háblanos de Irak, Lucas.

—Síííí… Alguno aquí ni siquiera conoce tu faceta militar. Lucas, compadre, quédate un rato más.

—No te vayas así, *hombrre*, *hombrreee* —reclama el carnicero antes de eructar—. *Porr favorrr*.

Lucas mira las caras de entusiasmo en aquel conglomerado de borrachos y no quiere defraudarles.

—i*Veeenga*, va! Voy a *coooontaros* una historia de esas *fuuuertes*… Algo que me *pashó* estando de misión. Pero me meo, no aguanto más. Así que voy a descargar y enseguida vuelvo —miente.

Se despide arropado entre vítores y también reprimendas de sus amigos y vecinos. Ahoga sus penas en alcohol; sin embargo el mar está en calma y valora su serenidad. Como guardiacivil tiene un destino poco activo. Cosa que agradece a su edad y tras haber sido militar de primera línea durante muchos años. En general, toda la serranía de Huelva es una zona tranquila. Por desgracia, aquella quietud pasará pronto. Como si las palabras del premonitorio discurso del padre Santiago surtiesen algún efecto cual maleficio, el ambiente se está transformando en espeso, pesado, inquieto. Y es que las aguas de aquel mar en calma pronto van a ser golpeadas con saña por un siniestro cuyas ondas desatarán el caos en el pueblo de Zufre.

5

A altas horas de la tarde, con el sol bajo, la sierra que enmarca Zufre permanece entre luces y sombras. Luces y sombras que recorre un Audi A1 cuyo color lleva el nombre de Amarillo Python. Acaban de encenderse las farolas de la carretera y, junto con los resquicios de claridad, iluminan el rostro de quien maneja el coche. Tiene treinta y cinco años y agarra el volante con ambas manos porque se siente segura siendo correcta y precavida. Sus manos son finas como sus labios. Su cuerpo también es delgado. Su pelo tiene un tono castaño claro como clara es su piel porque viene del norte.

Lleva conduciendo varias horas seguidas y ha notado el cambio en el clima. A escasos minutos de llegar a su destino, el ambiente en el exterior sigue siendo caluroso a pesar de que los cielos se oscurecen. Ella no soporta el calor y por eso tiene el aire acondicionado a baja temperatura. No es una mujer fría, pero sí enfriada, endurecida como una roca. Y dirige su gélida mirada hacia el bonito pueblo anclado en la montaña. Zufre es su último destino.

6

Daniel ha ido a casa de su amiga Jésica para convencerla de asistir más a menudo a la iglesia. Al menos a la misa de los domingos. Han pasado la tarde merendando y disfrutando de una amistad forjada durante la infancia en aquel pueblo, corriendo entre callejuelas, escarbando y sembrando en sus huertos, siendo compañeros de escuela, veraneando en la piscina comunitaria y manteniendo largas conversaciones sentados en el hermoso Paseo de los Alcaldes.

Desde que ella es madre, a sus tan solo diecisiete años de edad, no pueden hacer tantas cosas como antes. Aquella tarde está sola en casa y ha tenido que quedarse al cuidado de su bebé, por lo que Daniel ha decidido visitarla.

Jésica se aparta su cabellera rubia para sacar un generoso y recto pecho, la gravedad no ha tenido tiempo de hacer su trabajo, y da de cenar a su bebé de nombre Esperanza. La niña boquea hasta pellizcar el pezón.

Daniel saca su móvil para entretenerse, pero suelta lo que piensa sobre aquella enorme ubre:

—Con lo gordas que se te han puesto las tetas te vas a hartar de ligar este año —asegura.

—Para eso estoy yo ahora, vamos… Estoy muy cansada, Dani. La niña nunca me deja dormir bien. Me despierta cada tres

horas, y encima mañana ya es lunes y tengo que ir al jodido instituto. No sé cómo voy a aprobar el bachillerato…

Esperanza mama del pecho a la par que con su manita trata de agarrar algunos cabellos rubios que caen de la madre. Ella se da cuenta y se recoge el pelo tras la oreja para que su niña no se distraiga y se centre en chupar de la teta.

—¿Y tú? —se interesa Jésica—. ¿Qué fue de tu último ligue, el chino?

—Bah, era un mamón. Ese tío no era trigo limpio.

—¿Otra vez?

—¿Qué quieres que te diga? Es que era un mamonazo. Yo creo que me engañaba.

—Dani, tío, solo te digo que tienes que ser menos pasional. Te encoñas muy pronto de un tío. Siempre me lo vendes como el hombre perfecto, el tipo de tus sueños, y luego o bien él pasa de ti y le odias o bien tú lo aborreces.

Daniel contesta sin apartar la vista de su móvil:

—Es que son todos gilipollas —dice mientras desliza su dedo por la pantalla para que la galería de imágenes de chicos sin camiseta en Instagram se haga infinita.

—A ti todo el mundo te parece gilipollas.

—No, tía. Tu novio no.

—Mi ex, dirás.

—Pues tu ex. Cristian es el hombre perfecto.

Él sigue a su bola, prestando verdadera atención únicamente a la pantalla de su móvil y no a la estupidez que su boca acaba de escupir. Ella, enfadada, se lo hace ver:

—¿Cómo puedes decir eso de él después de que me hizo un bombo y desapareció como un puto cobarde? ¿Es que no ves que brego yo sola con la niña?

Su amiga se ha molestado, a pesar de ello, Daniel la ignora porque Cristian está buenísimo.

—Cristian es un prenda bueno, ¿me oyes? —continúa ella—. Mira, deja ya el puto móvil, que me pones nerviosa, tío. —Daniel alza la barbilla y la mira perplejo—. Es que me estás desesperando. Lo que tienes que hacer es desinstalarte Instagram y dejar de babear tanto buscando tío tras tío.

—Lo haré cuando vengas a misa conmigo los domingos.

—Es que me ralla el puto cura con sus sermones de mierda.

—¿Acaso eres una de esas dos niñatas budistas?

—Eso nunca… Pero yo qué sé. Ya te he dicho que no me parece bien meter a mi niña toda la mañana en la iglesia. Aún es un bebé. No quiero agobiarla, ¿sabes?

La conversación se detiene. Las ventanas están abiertas y las cigarras del bosque se hacen oír sobre el silencio reinante. Entonces Daniel vuelve su rostro a la pantalla y Jésica se aventura a proponerle algo que sabe que no cumplirá.

—¿Y si hacemos un trato? Yo voy a misa si tú te borras el Instagram además de todas las redes sociales que tienes para ligar.

—Tú estás loca, guapa.

Daniel se levanta para marcharse. Jésica también se incorpora para acompañarle a la puerta, con la niña enganchada a la teta como un pescado al anzuelo. Al salir él, un coche amarillo casi le atropella. Le da tiempo de ver de refilón a la conductora que ni se ha inmutado y Daniel lanza una protesta que no llega a los oídos de esta.

—¡Será zorra la tía! —insulta.

—Ten cuidado al salir, Dani, te he dicho mil veces que esta es la única calle peligrosa del pueblo.

—¡Que tenga cuidado ella! Esa va a ser la bruja de la maldición.

—¿Qué? —pregunta Jésica sin tener idea de en qué diablos está pensando su amigo—. Baja la voz. —Le preocupa su tono por si la niña se echa al llanto.

—La maldición del azufre. Lo del volcán. Lo que te conté que dijo el padre Santiago esta mañana. Que viene una maldición a nosotros y va a ser esa zorra que no sé quién coño es ni quién coño se ha creído.

—Esa mujer vendrá a follar con su cita Tinder y se irá a tomar por culo. Estará de paso o yo qué sé.

—¿Un domingo a las ocho de la tarde? No, guapa, esa viene para quedarse. ¿Espera tu madre a alguien esta noche en el hostal?

—No. Ningún turista va a venir en septiembre con este calor.

—Ves. Esa maldita zorra viene a traernos al pueblo la maldición del azufre…

7

Mira las baldosas y trata de pisar solo las de una hilera, procurando seguir un camino recto. No lo consigue. Camina mareado y dando pequeños tumbos sin quererlo, nada propio de un miembro profesional del glorioso cuerpo de la Guardia Civil. Siempre le pasa lo mismo: cree poder manejar la bebida como maneja todo lo demás en su vida, pero la bebida siempre acaba por controlarle a él. Le viene a la cabeza el sermón de su exmujer: <<¡No existe nadie que controle el alcohol! ¡Aquel que te parece que lo hace es porque bebe mucho menos que tú!>>. Sabe que está siendo irresponsable y se siente mal consigo mismo, pero qué coño, es su último día sin un superior jerárquico del que tenga órdenes que obedecer. Ahora solo le preocupa lo que le preocupa.

Cuando levanta la cabeza, se da cuenta de que no solo no camina por el centro de la calle, sino que además se arrastra por un lateral apoyando una mano en la pared. Divisa a lo lejos la característica motocicleta y a su intrigante piloto, y le hace una señal desde lejos para que se aproxime. Este no responde, permanece indiferente y a la espera de que el guardiacivil se le acerque más.

Lucas deja la puerta principal del puesto de la Guardia Civil a su derecha, mientras avanza despacio, oscilando de un lado a otro de la calle.

A escasos metros de su objetivo, es iluminado por los faros de un llamativo vehículo que pasa por su lado y aparca junto a la

puerta del acuartelamiento, sitio reservado a los guardiaciviles del pueblo.

Alguien quiere una multita, piensa Lucas, que se debate entre llegar hasta el piloto de la moto o retroceder para hacer su trabajo. De forma oficial ya está de vacaciones, pero un guardiacivil lo es veinticuatro horas al día todos los días del año. Hace una señal al joven de la motocrós para que espere, y este guarda sus manos en los bolsillos de la chupa de cuero y resopla hastiado.

Lucas Vázquez, como guardiacivil, da media vuelta y examina el coche que ronca hasta detenerse el motor. Conduce una mujer de cabellos claros. Él se aproxima a la ventanilla de la conductora que parece rebuscar algo en su bolso. Decide dar unos toquecitos en el cristal de la ventanilla para llamar su atención.

—¿*Quééé*? —dice Lucas sin poder evitar alargar su pronunciación—. ¿*Acasho* no *veees* dónde estás aparcando? ¿No nos *shabemos* las señales? —Y señala la puerta del cuartel además de la señal de <<solo vehículos autorizados>>. Intenta ser sociable; sin embargo, está tan ebrio que no es consciente de que parece un verdadero idiota.

Entonces vuelve a mirar a la conductora y algo le hace saltar las alarmas. Ella le observa con una expresión bastante hostil. Tan seria que su mirada le resulta gélida, como un vaso de agua fría que acabasen de derramarle en la espalda. No responde, no reacciona, y él da un paso atrás. La mujer acciona la palanca y abre la puerta para salir y Lucas retrocede dos pasos más movido por una fuerza invisible. Ella se lleva una mano al bolsillo y él acerca la suya a la empuñadura de su pistola. La tantea a espera de ver qué hace

ella. No debería haber bebido una sola gota de alcohol aquel día y ahora se arrepiente. Se arrepiente tanto como el día en que su exmujer se marchó harta de sus excusas. Su intuición no es lo que era. Sus cualidades están mermadas y no se siente tan preparado como de costumbre. Siente que ha metido la pata hasta el fondo, que la ha cagado pero bien.

La mujer saca la cartera y muestra su identificación militar.

—Soy la sargento de la Guardia Civil destinada a este pueblo a partir de mañana lunes —especifica en un tono de claro reproche.

Tierra trágame, piensa Lucas. Pero la tierra no se lo traga y permanece allí inmóvil con cara de estúpido.

—¿Y usted es?

—Lucas Vázquez, guardiacivil de aquí —ya no arrastra una sola sílaba. La cogorza se le ha esfumado.

—¿Esa es manera de presentarse a una superiora?

Lucas traga saliva, se pone en posición de firmes y realiza el saludo militar.

—A sus órdenes, mi sargento, se presenta Lucas Vázquez, agente guardiacivil encargado de la seguridad de este pueblo y sus alrededores.

—¿Ha bebido usted, agente Vázquez?

La pregunta es el jarro entero de agua fría tirado a la cara. Lucas pestañea dos veces y musita un no como respuesta, inaudible

por el rugido de la motocicleta, a su espalda, que camufla su mentira.

La sargento echa un vistazo y observa cómo el joven del ciclomotor gira la muñeca para acelerar y desaparecer a toda velocidad.

—Disculpe —continúa ella—. La pregunta que realmente quería hacerle era: ¿cuánto ha bebido usted? Por supuesto es pura retórica. No conteste. Creo que es hora de que sea relevado del puesto y se vaya a casa a descansar, agente Vázquez, mañana tendrá tiempo de excusarse y darme las explicaciones pertinentes. Piense en ello.

—Sí… —Él mira el reloj sin llegar a descifrar la hora que es—. Ya ha pasado mi turno de servicio y han empezado mis vac…

—Tanto que mejor —corta por lo sano.

Tras una esquina, Daniel alucina con la escena que acaba de presenciar. Tras despedirse de su amiga, ha seguido al vehículo que casi le atropella, ha presenciado la reprimenda que Lucas se ha llevado y está deseando contar lo que acaba de ver a todo el mundo. Esa maldita bruja ha llegado para cambiar las costumbres del pueblo, y eso no le gusta un pelo.

8

La nueva sargento de la Guardia Civil del pueblo de Zufre ha alucinado con el primer compañero con el que se ha cruzado. Borracho y mentiroso. ¡Y vestido de uniforme! Las cosas en aquel pueblo van a cambiar con su llegada. Al menos eso piensa tras conocer al agente Vázquez. Por el contrario, la segunda compañera que conoce la sargento, justo unos minutos después de que Lucas se marche, es todo lo amable y profesional que no ha sido aquel patán.

Su nombre es Yohanna, agente Yohanna Alonso, y tras presentarse y preguntarle sobre su largo y tedioso viaje, le hace entrega de las llaves del domicilio acoplado al cuartel que servirá de residencia para la nueva jefa. Es tarde y está cansada, por lo que en lugar de quedarse a conocer a Yohanna más a fondo, decide sacar las maletas del Audi amarillo y cargarlas hasta la que será su nueva casa mientras esté destinada en aquel entorno rural.

—Deja que te ayude —se ofrece Yohanna.

—No te preocupes. No es necesario.

—Insisto. —Y agarra el macuto más pesado sin que le suponga mucho esfuerzo.

Su nueva compañera es una mujer alta y parece muy fuerte. Tiene un rostro simétrico que le resulta conocido. No la reconoce entonces, pero Yohanna goza de cierta fama a nivel nacional que puede corroborarse con solo buscar en Google su nombre y

comprobar la enorme cantidad de artículos e imágenes de esta imponente mujer. Ha salido en la prensa del corazón por un romance pasajero con un actor, ha hecho sus pinitos en algunas series y protagonizado algún cortometraje e incluso entrevistas y programas de televisión; sin embargo, ha logrado su mayor reconocimiento siendo campeona del mundo en un torneo de Muay thai. La primera impresión para la sargento es que no conviene cabrear a aquella guapa y amable experta de un arte marcial.

Ambas mujeres acceden a la comandancia y atraviesan un patio interior abierto a las estrellas. El edificio es sobrio, blanco y antiguo, y la calzada presenta tantos desniveles que le cuesta caminar sin parecer tan ebria como el agente Vázquez.

Un gato curioso reposa junto al portal de acceso a su vivienda y maúlla a su paso como quien dice <<bienvenida>>. Lo que viene a ser una pequeña muestra de la tranquilidad que se respira en Zufre, incluso para aquel felino. Silencio, paz, calma: todo genial excepto por el asfixiante calor que hace incluso de noche.

Ante la puerta de entrada, Yohanna despeña el macuto de su nueva sargento y esta se despide con un <<gracias y hasta mañana>> para entrar en su nueva casa. Es pequeñita: cuarenta y cinco metros cuadrados distribuidos en dos dormitorios, baño, cocina y salón. Viviendo sola no necesita nada más; es más, le sobra una habitación. Comprueba que los grifos funcionan y que sale agua caliente, y al ver que tiene bañera decide aprovecharla tomando un baño de espuma. Saca sus pertenencias de los bolsillos y las deja sobre la tapa del váter. Entre estas está su cartera con la tarjeta de identificación militar que mostró a Lucas Vázquez.

Se desabotona la camisa, se desabrocha el cinturón y se baja los pantalones. Es mucho más bajita que Yohanna y también es más delgada. Su cuerpo es hermoso, sin embargo, esconde un complejo que nunca ha logrado superar. Sus dos piernas están arrugadas por completo y tienen un tono muy diferente que contrasta demasiado con su tez clara. Aquellas marcas de colores rosados son su estigma, un indicativo de su duro pasado.

Son quemaduras.

El vapor de agua caliente empaña el cuarto de baño. Sobre la tapa del váter, junto a las demás pertenencias, reposa su cartera abierta con la tarjeta de identificación visible y legible. Apellidos: Petrova Ruiz; nombre: Anastasia.

9

Saca las llaves del bolsillo y se le caen antes de atinar a abrir la puerta. Cuando las recoge del suelo, su cuerpo se tambalea hacia delante y golpea la puerta con la coronilla. Unos pasos atrás había llegado a creer que la nueva sargento le había quitado la cogorza, y ahora teme haber despertado a su hija de una cornada a la puerta de entrada. Su presentación ha sido un baño en la mar helada. Incluso olvida escribirle al conductor de la moto, a Cristian. No quiere ni pensar en el ridículo que ha hecho. Es mejor dejarlo correr y descansar cuanto antes para que amanezca un nuevo día.

Entra en casa, cierra la puerta con llave y pasa a la cocina para abrir la nevera y devorar los macarrones fríos. Así mismo está bien. Luego sube los escalones casi a gatas. ¿Por qué puñetas compró una casa de dos plantas? Llega agotado al piso de arriba, donde están las habitaciones. Se arrastra un tramo antes de levantarse con ayuda de la pared sobre la que se apoya hasta sujetarse en el marco de la puerta y asomarse al cuarto de Belén. Allí está su hija, dormida o fingiendo muy bien. El bulto bajo las sábanas ha crecido tanto en tan poco tiempo… Es toda una mujercita.

Él sabe que su hija detesta verle así y por eso se marcha antes de que se despierte. Alcanza su dormitorio, se quita el uniforme con sus pesadas botas y cae rendido sobre la cama como quien acaba de sobrevivir a una odisea. Qué desastre: siempre domina su vida a la perfección hasta que prueba una cerveza… Lo

sabe. Conoce su problema, pero no puede superarlo. No puede dejar de beber. Es imposible. Si no ha podido dejarlo con ayuda de su exmujer, no podrá hacerlo solo.

Ahora no importa: necesita descansar y lo hace. En menos de diez segundos está durmiendo como un lirón y roncando como un oso.

Abre los ojos a más de cinco mil kilómetros. Y se incorpora de la cama dieciocho años atrás.

—¡Mi cabo!

Su respiración es agitada. Mira sus manos enguantadas de verde látex y descubre que tienen sangre, pero no es suya.

—¡Mi cabo!

No atiende al teniente que le llama porque está ensimismado. Hay otro hombre que grita más, pero no a él. Es un árabe con bigote, y en su expresión y en sus gestos se aprecia una súplica desesperada. Lo echan a empujones para que deje espacio y pueda entrar la camilla en la que va la hija del árabe del bigote. Esta pasa por delante de sus ojos y lo que ve se queda sujeto a su memoria para siempre. Como las marcas de fierro incandescente en el ganado, aquello jamás podrá separarlo de su piel, aquello jamás podrá olvidarlo.

—¡Mi cabo, atiende aquí de una maldita vez!

Lucas despierta a las siete de la mañana. La resaca es moderada; a pesar de ello, la luz natural no para de importunarle. La casa está

muy tranquila y él no reprime sus gases. Lanza un pedo que trona en el silencioso amanecer.

—¡Alaaa! ¡Qué guarro! —Es su hija Belén. Tiene dieciocho años y cursa segundo de bachillerato.

—¡Ja, ja, ja! —ríe él. Lo cierto es que pensó que estaba solo—. Ya desayunaste —afirma.

—No —contesta porque no entiende la grosera broma y cree que es una pregunta—. Desayuno en el insti con Alicia.

Lucas se levanta de la cama, se lava los dientes y se da una ducha. Mejor ir más aseado y presentable que la noche anterior. Debe arreglar las cosas con su nueva jefa. Puede que se emborrache de vez en cuando, pero lleva diez años en aquel pueblo sin protagonizar una sola incidencia y todos los informes de sus anteriores jefes son positivos. Cuando sale del baño se viste de civil con camiseta ancha y unos vaqueros ajustados por un cinturón táctico que porta presillas y una navaja cuyo mango acaba en una punta rompecristales; por último, se calza unas deportivas. Luego baja al salón donde ve a Belén vestida con un pantalón bombacho estilo tailandés y una amplia blusa multicolor.

—¿De verdad vas así al instituto, hija?

—¿Qué pasa? ¿No llevas tú el cinturón de Batman? —contrataca Belén.

—El cinturón de Batman me parece útil —se excusa su padre.

—Y a mí esta ropa. Es cómoda y me gusta.

—En mis tiempos, si ibas así al instituto, te pegaban.

—Tiempos de cromañón, papá. Por suerte el mundo ha evolucionado.

—Demasiado deprisa, creo yo. Ayer el cura insistió en que pocos jóvenes vais a la iglesia. Dice que os echáis a perder.

Belén pone cara de asco. Incluso así, no deja de ser guapa. A su padre le gusta el pelo largo en una mujer; sin embargo ella lo lleva corto porque hace lo que le da la gana y para llevarle la contraria, como siempre. Pero con su pelo corto y su cara de asco sigue siendo guapísima.

—Me da igual lo que diga ese tío. Yo soy budista, papá.

—¿Budista? ¿Desde cuándo?

—Desde que descubrí que los curas son unos mentirosos.

—Todo el mundo miente… Ese Buda al que admiras también mentía.

—Solo te admiro a ti, papi. ¿Tú también mientes?

—No. Yo no miento —miente.

Belén se ríe. Una risa sincera y preciosa, de esas que la vuelven de regreso a la niñez a ojos del padre. Luego le da un beso en la mejilla. Lucas la mira embobado. La blusa se curva hacia delante por su voluptuoso y firme pecho. Su niña se ha convertido en mujer casi de la noche a la mañana. Tan rápido como le salieron a él las canas en la barba. Ella agarra su mochila y se dirige a la puerta.

—Espera, voy contigo.

—¿Hoy no desayunas?

—En la calle; voy a invitar a mi nueva jefa.

—¡Qué pelota!

—Tengo que hacer las paces con ella. Anoche la conocí y empecé con mal pie. Creo que le daré una mejor impresión si en mi primer día de vacaciones la invito a desayunar y le enseño el pueblo.

—No vayas a enseñarle solo el bar…

—¿Por quién me tomas?

Su hija no responde. Tan solo aparca la sonrisa y continúan caminando por la calle Linares, descendiendo en dirección a la parada de autobús que la lleva al instituto cada mañana. La alcanzan en poco más de cinco minutos.

—¿Sabes que tenemos un nuevo autobusero?

—No. ¿Qué fue del melenudo ese?

—Aitor —dice Belén mientras se lleva una mano al corazón, cierra los ojos e inspira profundamente enamorada—, era muy mono y tenía un pelazo precioso; pero ya no está. No sé por qué. Se marchó o lo despidieron. No le hemos vuelto a ver este año.

—¿Te parece mono ese perroflauta? Pero si…

—Papá, tú no entiendes de gusto de chicas. Estás anticuado. Ahora tenemos todo lo contrario: un calvo amargado. Tiene un tatuaje que sale de su espalda y le llega a la parte de atrás de la cabeza. Pero no sabemos lo que es.

—¿El qué? ¿El tatuaje?

—Sí, porque no se ve bien.

—Y ese no te gustará…

—¡No, papá! ¿Cómo iba a gustarme el autobusero? Con esa cara de viejo amargado… Ves, es que tú no entiendes.

—Vale, pues no entenderé. Y con respecto a la iglesia, no me importa que no vayas. Pero con respecto al instituto…

—Sí, sí, ya, papá, que ya lo sé. No te preocupes por eso, de verdad, te prometo que no volverá a pasar.

Cuando Belén se despide para subir a un autobús amarillo, Lucas la contempla intentando rebuscar a la niña que fue hace tan poquísimo tiempo. Esa niña de larga melena oscura que ondeaba al viento siempre que corría. Tan solo queda un reflejo de ella impreso en su rostro: en su pequeña nariz y sus grandes ojos. Tiene que aceptar que su niña ya no es una niña. ¡Qué difícil!

Suspira y encauza sus pasos de regreso hacia la comandancia.

Lo primero que ve le choca tanto que sus anteriores pensamientos vuelan como una bandada de pájaros espantados por un disparo de escopeta: hay un hombre de avanzada edad en calzoncillos, de espaldas a él y de cara a una pared. Lleva sujeta en la mano derecha la correa de un perro, pero sin perro. Y se tambalea de un modo quejumbroso. La escena resulta tan inquietante que, si hubiese ocurrido de noche, Lucas habría sentido unas ganas enormes de salir corriendo.

La primera casa del pueblo que da de frente con la parada del autobús pertenece a la familia de Jacobo García, y es precisamente a quien Lucas reconoce por sus piernas flacas en contraste con una espalda ancha además de por su pelo grisáceo coronado por una calva. Rumia algo. Remordimientos o protesta. Parece encontrarse en el muro de las lamentaciones de Jerusalén; sin embargo, aquello es el pueblo de Zufre a primera hora de la mañana de finales de septiembre. ¿Qué cojones hace ese tío ahí?

—¿Jacobo?

No responde.

—Jacobo, hombre, pero ¿qué haces aquí fuera?

Cuando se acerca a un palmo, el ruido de sus lamentaciones resuena como un zumbido. Balbucea la misma frase de manera constante:

—Maldito volcán, maldita lava, maldito fuego, maldito azufre. Maldito volcán, maldita lava, maldito fuego, maldito azufre. Maldito volcán, maldita lava, maldito fuego, maldito azufre…

Y al agarrarle del brazo para girar al hombre, Lucas ve su ceño fruncido y su expresión severa. Casi asusta el viejo. Y con ese tamaño, menudo elemento debió ser en su época de oro. Lucas agradece que todo se lo lleve el viento y que Jacobo no tenga el vigor de la juventud, y tira de él para acompañarlo a casa.

—Vamos adentro, Jacobo. No vayas a coger frío.

No hace frío, pero dice cualquier cosa para soportar aquel momento tan incómodo. Jacobo cede y ambos se acercan a la

entrada. La puerta está encajada y el guardiacivil la empuja para entrar. En el interior reina la quietud. Los hijos y la mujer deben andar dormidos.

Llevando por el brazo al enorme Jacobo, avanza unos pasos atravesando un aura densa, como cuando alguien siente cerca un peligro que no logra atisbar, hasta que el sonido de cerámica rota le asusta y le obliga a posar su mano en la empuñadura de su arma reglamentaria.

A su derecha está la cocina, y en ella Carmen lanza un grito justo después de haber soltado el plato que estaba fregando.

Lucas retoma su respiración después de que el plato se haya roto y de que su cerebro asimile los ladridos del perro como música de fondo.

—Santa Carmen, joder…

—¡Qué susto! —exclama la mujer de unos sesenta años—. Pero ¿qué ha pasado?

Lucas se lo explica y ella agarra a su marido y lo sienta en una butaca de la cocina para traerle el pijama y darle el desayuno.

—¡Ni un minuto puedo irme al baño! Ay, Señor, qué tragedia más grande. ¿Por qué me ha tocado esta enfermedad a mí?, que tengo que criar de un hijo que no atiende a nada y de un marido que ha perdido la cabeza. Baldada me tienen. No puedo más, Señor. Todo el santo día; si no es uno es otro. Y ya no puedo más.

Un perro pequeño, blanco con manchas negras, ratonero bodeguero andaluz, aparece en el marco de la puerta. La familia

nunca había tenido mascota hasta que a Jacobo se le diagnosticó principio de Alzheimer. Desde entonces le habían recomendado adoptar a un perro y él procura sacarlo a menudo. El agente Vázquez ha presenciado la decadencia del padre de familia. No es la primera vez que lo encuentra por la calle desorientado, pero nunca antes lo había visto casi desnudo y habiendo olvidado atar al perro al otro extremo de la correa.

Lucas decide marcharse de Jerusalén. Se despide y nada más cerrar la puerta de la casa de Santa Carmen y Jacobo se abre la de la casa de enfrente.

—¿Ha pasado algo, Lucas?

Es Óscar Acosta, el tío de Cristian, un capillita, acólito de la parroquia y metomentodo. Cree que puede solucionar el mundo él solo, gracias a su constante disponibilidad. Hace muchos años que su sueño de ser guardiacivil se frustró por una lesión de rodilla que, desde entonces, le hace caminar con una leve cojera. Se dedica a pescar en el embalse y a cazar animales por la zona para que luego su cuñada cocine la carne y su hermano la sirva en el bar que lleva la familia Acosta. Los Acosta son muy rubios. Óscar es el menor de ambos hermanos, pero ronda los cuarenta y muchos y su bigote de carriles largos ya es blanquecino. Ni tiene ni quiere tener hijos ni mascotas. Lo único que le gusta es cazar, cazar y cazar.

—No, Óscar, tranquilo, no pasa nada. Ya sabes… Jacobo y su cabeza.

—Ese hombre no anda bien de la mollera. Con un hijo tonto, esto se veía venir.

Quique, el gordo hijo de Jacobo y Santa Carmen que hace de monaguillo, no es tonto, solo aparenta tener algún tipo de discapacidad, ya que ciertamente no ha desarrollado del todo sus capacidades sociales y parece algo autista. El que sí que parece tonto es el propio Óscar, al que no le preocupa despotricar así de sus vecinos aun viviendo delante de ellos.

—No creo que sea por el hijo, Óscar. Ese hombre no está bien porque tiene alzhéimer.

—Y peor estaría de no ser por su santa esposa. Una mujer que aguanta todo lo que aguanta ella con la cabeza tan bien amueblada… Esa mujer sí que es una santa —repite.

—Ya… Adiós —se despide de manera seca. No tiene ganas de soportar a un cantamañanas. Pero Óscar no se mete para adentro; en lugar de ello, se queda allí plantado siguiendo al guardiacivil con la mirada. Aunque el agente no va uniformado, Óscar siempre ha envidiado su autoridad, además, por supuesto, de su uniforme y su arma reglamentaria.

Cuando Lucas llega al acuartelamiento solo encuentra a un compañero. Este le explica que la nueva sargento ha salido a desayunar con Yohanna y que visitarán los pueblos cercanos que entran en su jurisprudencia. Lucas se lamenta y hace una pregunta antes de seguir cagándola:

—Por cierto, ¿cómo se llama la sargento? Je, je.

—La virgen. Es la virgen.

—¿De qué hablas?

—La virgen. ¿En serio no la conoces? Claro, yo es que coincidí con ella en la academia. Tiene fama de mojigata. La llaman la virgen.

—Qué cojones va a ser virgen a su edad, hombre, venga ya, dime cuál es su nombre.

—Anastasia. Sargento Anastasia Petrova.

—¿Petrova? ¿Es rusa?

—Qué va, no podría ser guardiacivil entonces… Pero mi padre, por ejemplo, es ecuatoriano. Como se dice muchas veces: cada uno es de su madre y de su padre.

—Ya… Y Anastasia Petrova parece una… —una hija de Putin, quiere decir, pero no tiene tiempo de terminar el chascarrillo porque el móvil no para de sonarle. Lo saca del bolsillo y contesta. Es su amigo Fernando. Su voz suena enlatada, enclaustrada. Parece a punto de llorar.

—Lucas…, necesito ayuda.

10

—En 1492, el mismo año del descubrimiento de América, los Reyes Católicos decretaron la expulsión de los judíos de España mediante el edicto de Granada. Se les dio un plazo a los judíos y se les permitió emigrar con la totalidad de sus posesiones. El reino dejaría de ingresar los tributos de esta minoría, pero la pérdida más dramática fue el capital humano. Unos 50.000 judíos abandonaron España y a los que no quisieron marcharse los obligaron a convertirse a la fe católica. A estos judeoconversos se les llamaba marranos.

Los jóvenes de segundo de bachillerato del instituto Puerta de Andalucía, en Santa Olalla del Cala, prorrumpieron en risas al oír aquel insulto. Belén y Alicia se miraban riendo con lágrimas en los ojos y Daniel soltaba una carcajada estridente que sonrojaba a Jésica.

—Pues sí, marranos, así se les llamaba. Muchos de estos marranos seguían practicando su religión a escondidas. Y la Santa Inquisición se dedicó a perseguir a estos judeoconversos para castigarles, se inició un auténtico terror colectivo. En 350 años de Santo Oficio la mayoría de los acusados por herejía lograrían salvar la vida. Sin embargo, aquellos que no tenían tanta suerte sufrieron torturas; se les vestía con un saco de lana y un capirote, prenda conocida como sambenito, y eran condenados a muerte en la hoguera. Esto lo sabemos bien gracias a la burocracia de la

Inquisición española, pues los inquisidores documentaban todos sus procesos condenatorios. Incluso existe un famoso libro, el Malleus…

¡UUUUUUAAAAAAAAAAAAA!

La clase de historia es interrumpida por lo que parece la alarma de un bombardeo en la Gran Bretaña de Churchill. La sirena anuncia el primer recreo y los jóvenes salen deprisa para disfrutar del aire libre, charlar de nimiedades y, sobre todo, olvidarse de lo aprendido en clase.

Daniel y Jésica pasean de camino al patio sin mucho ánimo. Es lunes y aún quedan muchas horas lectivas por delante. Jésica se siente vacía sin su bebé. Piensa constantemente en él, en si estará bien, en si tendrá hambre. Ella, desde luego, tiene el estómago vacío, por eso tiene la mirada plantada en el vendedor de bocadillos. Está muerta de hambre y eso le crea mal humor. Se acerca a la ventana del quiosco, pide un bocadillo de tortilla con alioli y luego pregunta a Daniel si va a comer algo.

—Ya sabes que estoy a dieta.

—Sí, maricón, y ayer te hartaste de merendar conmigo.

—Se llama ayuno intermitente.

Ella le ignora. Tiene un hambre voraz y solo piensa en clavarle el colmillo a la pieza de pan con tortilla y salsa que recibe a cambio de un par de euros. Babea al oler el sabroso bocadillo. Se aparta de la ventana y abre su boca ansiosa.

Dani frena el primer bocado agarrándole del brazo.

—¿Qué haces? Aparta…

Dani no se mueve. No habla. Mira un punto fijo del horizonte con el ceño fruncido y, cuando sabe que Jésica le está prestando atención, alza las cejas y la barbilla en dirección a la salida. Ella sigue su mirada y su vista se topa con una joven delgada de pelo corto oscuro y pantalones bombachos de color intenso y estampado de elefantes: paquidermos que ondulan con el viento. Es Belén y parece que piensa hacer pellas una vez más.

—Esto ya no es normal. La semana pasada se fue dos días. Acabamos de empezar el curso y no para de hacer novillos. No le importa en absoluto volver a repetir con lo buena estudiante que era.

—La niña buena se echó a perder el trimestre pasado cuando sus padres se divorciaron —comenta Jésica con desdén. Planta sus ojos azules de nuevo en la tortilla y a punto está de lanzar una dentellada cuando su comida vuelve a ser interrumpida.

—Se está tirando a tu ex. —Daniel es así: le gusta soltar sus <<verdades>> de sopetón. Sin previo aviso. Escupe con palabras los guantazos que se ve incapaz de dar.

—Escúchame, ¿qué estás hablando? —Se le revuelve el estómago solo de pensarlo.

—Hombre, guapa, ya me dirás tú. Sino qué coño hace escaqueándose tanto del insti cuando esa niña siempre sacaba sobresalientes. Lo del divorcio es una excusa. Mi teoría es que se tira a tu ex.

—Y yo qué coño sé qué hace con su coño esa tía. Pero ¿por qué coño piensas tú que se tira a mi ex? ¿Qué tiene que ver, que se

salte clases o se vaya temprano del instituto, con que se esté acostando con Cristian?

—Llevo unos días escuchando su moto por aquí cerca. Y que yo sepa, a ti ya no te recoge…

Jésica aprieta los dientes tensando la mandíbula. Dani tiene razón. Piensa mal y acertarás es su frase favorita. Por un momento llega incluso a detestar a su amigo de la infancia.

—Esa marrana cree que porque su papaíto es el picoleto del pueblo puede quedarse con todo lo que quiera.

—¡Marrana! —Daniel suelta una risotada aguda—. Qué bueno, tía. Muy apropiado.

—Pues voy a demostrarle que no. Que no hará lo que quiera y que en la vida hay consecuencias. Sujétame el bocadillo.

—Espera, espera. Mira ¿ves? No está sola. También va su amiga.

Jésica y Daniel —ahora es este el que tiene en una mano el bocata de tortilla— observan cómo Alicia frena la marcha de Belén. Alicia le dice algo. Belén posa su mano en el hombro de esta y, tras un abrazo, se van juntas.

—Ahora son dos marranas —suelta Daniel.

—Me da igual. Puedo con esas dos budistas enclenques. A ti no se te ocurra soltar mi bocadillo, es lo único que te voy a pedir.

Daniel siente un poco de miedo, pero la comisura de su labio se curva en una leve y siniestra sonrisa. Le embarga una emoción

que solo siente cuando hay altercados cerca. Le encanta ser el espectador número uno de innumerables problemas y Jésica es un imán de estos, por eso es su mejor amiga. Sin soltar el bocadillo, Daniel saca su móvil y prepara la cámara para grabarlo en vídeo. Él nunca hubiese imaginado lo que sucedería después de aquello.

11

Nacido en la Sierra de Aracena, el Rivera de Huelva es el río que, cortado por una presa, se ensancha y forma en Zufre el mayor embalse que tiene su cauce. Más adelante, el mismo río termina por desembocar en el famoso Guadalquivir, uniendo sus aguas para que discurran hasta el Atlántico.

Fernando mira el azul del embalse con los ojos empañados. Ha aparcado cerca de la ribera para sincerarse con su amigo y despejar la mente mirando aquellas aguas en calma. No quiere regresar a casa porque siente vergüenza. Le ha contado a su amigo lo que no es capaz de contar a su propia familia. Trabaja en una gasolinera que ha cerrado. Lo han despedido. Ha perdido el trabajo. Tiene cuarenta y dos años y no sabe hacer otra cosa en su vida que echar combustible y cobrar por ello. Tiene demasiadas cosas que pagar. ¿Qué hará ahora?

—Tampoco te hundas. Saldrás adelante como todo el mundo. Yo te ayudaré económicamente siempre que pueda. No tienes que preocuparte tanto.

—Tú no debes mantener a mi familia, Lucas. Soy yo el que debe hacerlo… Dios, necesito fumarme un porro.

—¿Qué? Vamos, no me jodas. ¿Lo dices en serio? Ahora no es momento, Fernando. Tengo una sargento nueva. No quiero meter la pata tan hondo. Podría pillarme aquí contigo mientras fumas hierba.

—Mientras fumamos.

Lucas se lleva las manos a la frente.

—No me hagas esto, tío… Ni son horas ni es buen momento.

—Pues claro que no es buen momento. Es el peor momento de mi vida. ¿Tú no has empezado ya tu permiso de vacaciones? Nadie va a pasarte ningún control. Y esto es por tu culpa. Tú eres quien me pasa la hierba por medio de ese niñato motorista.

—Esto no está bien.

—Lucas, déjame en paz. Tú tienes un trabajo estable, eres funcionario, nunca sabrás lo que es estar en mi situación. Y ahora me vienes con mantener a mi familia cuando ni siquiera has podido mantener unida a la tuya. Necesito relajarme, joder.

A Lucas le molesta lo que le ha dicho su amigo, pero sabe que está pasando por una situación complicada y enfadarse con él solo la agravaría. Prefiere tragarse su orgullo, no tenérselo en cuenta y ceder a la amistad que tanto le apoyó tras su separación matrimonial.

—Prepárame uno, anda…

12

En una gasolinera a las afueras de Zufre, Yohanna reposta el coche verdiblanco en el que ha llevado a su nueva sargento de visita por Aracena, una bellísima y pintoresca localidad conocida por su punto de referencia histórico: la Gruta de las Maravillas. Su intención es la de continuar aquel tour por los pueblos aledaños.

Un clac indica que el llenado se detiene automáticamente al detectar que el depósito ha alcanzado su máximo nivel. Tras sacudir la manguera para soltar las últimas gotas de combustible, la deja en su lugar y se queda observando un autobús de color amarillo, vacío, aparcado en un hueco a un lado de la carretera que sale del pueblo.

—¿Pasa algo? —se interesa Anastasia.

—No es nada. Es que juraría que ese es el autobús de la escuela.

—Está bien aparcado, ¿no?

—Sí, pero no sé qué hace ahí. Me supongo que el conductor habrá ido a hacer algo por aquí cerca. No es nada. Por cierto, ese autobús lleva cada día a los chicos al instituto, que está en Santa Olalla, el pueblo que vamos a visitar ahora.

—No tienen instituto en Zufre, supongo.

—No. Solo escuela de primaria, el edificio que está al lado del cuartel.

Yohanna regresa al coche y arranca. La flecha vuelve a marcar que el tanque está lleno. Salen de Zufre para incorporarse a la A-461. La sargento Anastasia Petrova contempla en silencio el paisaje desde el asiento del copiloto.

Minutos después de haber dejado atrás Zufre, adelantan una camioneta picop, de las que tienen la parte trasera descubierta, detenida en el arcén. Al lado de esta hay un tipo rubio con bigote canoso y una escopeta de caza. La sargento gira la cabeza para ver a través de la luna trasera cómo el tipo, que camina con una leve cojera, se va empequeñeciendo por la distancia.

—Ese es Óscar. Sale temprano, a diario, para pescar o cazar aves. Y muy de vez en cuando también atrapa buenas piezas de venado que luego sirven en uno de los bares de la plaza principal. Después podríamos ir a comer algo.

—Me parece bien.

Al contrario de lo que le ocurrió con Lucas, con Yohanna ha sentido una mayor afinidad y, a pesar de ser una mujer solitaria, se encuentra a gusto con su compañía. Anastasia siempre ha sido fría y de pocas relaciones estrechas; sin embargo, Yohanna parece tan segura de sí misma cuando habla que transmite la fortaleza de un padre cuando te guarda bajo su ala protectora.

—No es el único que caza aquí. También hay un extranjero muy peculiar que vive en una casita construida por sí mismo, por aquí cerca, y caza de manera natural.

—¿De manera natural?

—Sí. Caza con arco y flechas y, según él, respeta a los animales y vive en comunión con la naturaleza. Luego protesta porque Óscar no lo haga así. Se molestan el uno al otro. Claro, no se aguantan porque cazan en la misma zona y venden sus presas en restaurantes diferentes de la misma plaza. Es una competencia directa. Ambos son muy diferentes y al final están luchando por los mismos recursos en un entorno limitado. Lucas es el único que logra hacerles entrar en razón y calmar las aguas para que no se maten entre ellos. Pero lo cierto es que se odian a muerte.

—El agente Vázquez… ¿cuánto lleva en el pueblo?

—Bastante. Lucas llevará aquí como diez años. Date cuenta de que pocos son los que deciden quedarse en un pueblo tan pequeño y por eso no has visto a verdaderos dinosaurios en nuestro puesto. La gente se queda poco tiempo en este destino, por eso él es el más veterano del cuartel.

—Sí… Es joven para ser el más veterano, pero se comporta peor que cualquier vieja gloria que yo haya conocido.

—Ya… —Yohanna aprieta sus gruesos labios y ladea la cabeza algo incómoda—. Sé que no has tenido una buena primera toma de contacto con Lucas, pero no le prejuzgues.

—Te aseguro que no fue un prejuicio —se defiende Anastasia—. Lo vi totalmente borracho. Estaba haciendo el ridículo vestido de uniforme. Iba de un lado de la calle al otro y encima me habló de muy malas maneras. Muy déspota. Eso es grave. Aun a día de hoy el ciudadano siente mucha animadversión por las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado y es debido a esos abusos. Creo

que está en nosotros mismos cambiar esa visión de la sociedad. Entiendo que es difícil después de tratar con lo peorcito de las calles día tras día y tener que aguantar que a uno quieran engañarle todo el tiempo. Pero igual que no queremos ser vistos todos como abusones autoritarios, tampoco podemos nosotros tratar a todos los ciudadanos como delincuentes o como seres inferiores; por eso es tan importante que cuidemos las formas, siempre.

—Lo que quiero decir es que Lucas bebe más de la cuenta en alguna que otra ocasión y puede parecer un cafre, pero, en todo este tiempo, ha llegado a integrarse en el pueblo muy bien, como uno más, mejor que ninguno de nosotros. Y cuando han surgido problemas, él ha sido el más competente para resolverlos; muchas veces, gracias a esos contactos que ha ido haciendo en el bar. El caso de Óscar y el extranjero solo es un pequeño ejemplo. Él sabe tener mano izquierda. No justifico que beba, ojo, pero piense que usted viene del norte y de zonas más urbanizadas. Y que quizá allí la bebida y el uniforme sean incompatibles, injustificables; en cambio, aquí, en el sur, a veces, sirve para encajar entre los vecinos. La bebida a veces une. Y en un pueblo con tan pocos habitantes encajar es primordial; la unión es importante. Muchos se sienten cómodos con Lucas, y cuando pasa algo le buscan a él para contarle sus problemas. Se sienten más tranquilos y cómodos con él rondando las calles. Y eso se lo ha ganado por méritos propios.

Anastasia respira hondo y guarda silencio. Debe sopesar mejor todas aquellas premisas antes de llegar a conclusiones precipitadas. Suele estar dispuesta a dar segundas oportunidades; sin embargo, detesta tanto el alcohol y su olor…

Su fuerte olor…

Una botella de cristal del revés…

El rubio del cabello de su madre oscureciéndose…

—No me gusta el alcohol… Lo odio —dice Anastasia, expresando sus pensamientos en voz alta y con la nariz arrugada. Yohanna sonríe. Es una sonrisa cálida y cercana que la libera del mal recuerdo. Esa luchadora es un encanto.

La luchadora borra la sonrisa de su rostro cuando reconoce el vehículo de Fernando detenido cerca del embalse, más adelante. Ve una mano con un cigarro fuera de la ventanilla. Y es raro que Fernando no vaya acompañado de su mejor amigo, Lucas. La agente se teme lo peor. Si su nueva sargento pilla a Lucas con un porro ya no habrá manera de defenderlo. Por mucho que esté de vacaciones, sabe bien que es ilegal. Busca la manera de despistar a Anastasia con alguna conversación que la distraiga, pero es que el coche se les viene ya encima y ella no es capaz de pensar tan rápido.

Un ruido molesto estorba aquellos pensamientos. Una Kawasaki de motocrós les pasa en dirección contraria como un moscardón, acaparando toda la atención mientras adelantan el coche de Fernando. Anastasia no dice nada acerca de la moto porque no parece que supere la velocidad permitida; aun así, ella tiene una sensación extraña, quizá porque es la misma motocicleta que vio alejarse del acuartelamiento la noche anterior. Yohanna aprovecha aquella distracción caída del cielo:

—Y ese es el chico rebelde del pueblo: Cristian, un auténtico problema.

13

El clima permanece en una inquietante calma, como si hasta el mismísimo tiempo se hubiese detenido. Los pájaros están escondidos y los gatos del pueblo dormidos.

En el aula de segundo de bachillerato hay cuatro asientos vacíos.

El vehículo oficial que conduce Yohanna sigue serpenteando por las carreteras que discurren la sierra, y su vaivén junto con la vibración del motor relaja tanto a Anastasia que deja caer sus párpados.

Lucas los tiene sellados, dormido en la misma posición que la sargento solo que en el coche de su amigo Fernando. Después de charlar tanto mientras daba caladas al falsamente llamado cigarrillo de la felicidad, el sueño le ha vencido.

Jacobo, con aire ausente, jala de la correa para que su perro bodeguero siga paseando con patitas nerviosas y un pequeño rabo que no deja de menear.

Cristian se saca el casco de la cabeza y peina su largo flequillo. Luego mete una mano en el bolsillo de su chupa y saca unas monedas.

Óscar guarda carne muerta en la parte trasera de su camioneta picop y se limpia sobre su pantalón vaquero las manos manchadas de sangre.

En la vivienda del padre Santiago, contigua a la sacristía de la iglesia de la Purísima Concepción, hay unos libros antiguos dejados sobre una mesa.

Y en la casa del Señor, un hombre azorado por la culpa entra para arrodillarse y rezar. Nadie oye su lamento…

Es mediodía y todo el pueblo se encuentra en la calma que precede a la tormenta. Es el ojo del huracán. La nube de azufre está sobre las cabezas de los habitantes del pueblo como la espada de Damocles: pendiente de un hilo y a punto de caer sobre las nucas de sus despreocupados vecinos. La maldición del azufre ha llegado.

14

En marzo de 1988, entre tres y cinco mil civiles murieron cuando aviones de combate iraquíes lanzaron gas nervioso en la localidad de Halabja. Dos años después, el presidente de Irak, Saddam Hussein, ordenó el ataque e invasión sorpresa a Kuwait; pero una contundente respuesta por parte de las fuerzas lideradas por Estados Unidos, bajo la presidencia de George H. W. Bush padre, lograron detener y expulsar a los iraquíes de Kuwait.

Días después del 11 de septiembre de 2001, el entonces presidente de Estados Unidos, George W. Bush hijo, dijo a sus generales que preparasen una posible guerra contra Irak. La Casa Blanca usó pretextos forzados, por no decir inventados, para vincular el mayor atentado terrorista de la historia con el otrora enemigo de su padre, Saddam Hussein.

El 22 de mayo de 2003, fue aprobada por el Consejo de las Naciones Unidas la resolución 1483, que reservaba a Estados Unidos y el Reino Unido la condición de <<potencias ocupantes>>, contemplando la posibilidad de que otros países contribuyeran a la <<estabilidad y seguridad>> de Irak mediante la aportación de personal, equipo y otros recursos bajo la autoridad que ostentaban ambas potencias. Y es bajo esta autoridad, la de Estados Unidos y el Reino Unido, que el Gobierno de España decidió intervenir en la guerra de Irak enviando un contingente militar compuesto en parte por tropas de la Infantería de Marina.

—¡Mi cabo!

Su respiración es agitada. Mira sus manos enguantadas de verde látex y descubre que tienen sangre, pero sabe que no es suya. La situación es extraña. Lo vive desde el presente, empero siente que todo sucede a cámara lenta. Puede ver la estrecha sala a su alrededor llena de instrumentos médicos: bandejas de plástico, tijeras, gasas, jeringas…

—¡Mi cabo!

Hay un hombre con bigote llorando. Es un árabe y en su expresión y sus gestos se aprecia una súplica desesperada. El teniente lo echa a empujones para que deje espacio y pueda entrar la camilla. Esta pasa por delante de sus ojos y lo que ve le deja marcado un recuerdo imborrable, imposible de olvidar.

—¡Mi cabo, atiende aquí de una puta vez!

Pero los ojos del cabo Lucas Vázquez no se apartan de aquella dantesca escena que se impregna en su retina y en su memoria para impedirle conciliar el sueño durante muchas noches.

Sobre la camilla va una adolescente de pelo negro azabache y con el cuerpo completamente despellejado, malherido y ennegrecido por la explosión de una bomba. Quemaduras de tercer grado recorren todo su cuerpo sin piel. Está temblando, y la chica fija sus ojos rojizos de llorar en el joven cabo Lucas Vázquez. Su mirada implora ayuda para aliviar el dolor. Es entonces cuando su iris cambia de color del negro al castaño oscuro de su propia hija. El tiempo ha avanzado dieciocho años. Es Belén la que le pide ahora ayuda. Un socorro cargado de dolor. Su cuerpo se quema. Están quemando a su niña.

—¡Lucas!

Lucas da un salto en el asiento de copiloto donde se ha quedado dormido. Fernando le sigue zarandeando.

—¡Mira el humo, Lucas, mira el humo!

—Pero… —Cree que se refiere al humo de los cigarros aliñados que han fumado y no lo entiende. ¿Acaso con el despiste se le ha caído un cigarro encendido y se quema el coche? No.

—¡Se quema! ¡Creo que el bosque se quema! ¡El bosque se está quemando! —Su amigo está gritando como un poseso.

—¿Qué? —responde con el cuerpo en tensión y a la espera de que su cerebro le dé instrucciones claras sobre lo primero que debe hacer. Fernando ha fumado más que él y tiene los ojos rojos como tomates, por lo que su advertencia no suena tan grave como es.

—¡Que hay fuego allí! ¡Mira el humo! ¡Se va a quemar todo!

Lucas reacciona. Mira en la dirección que señala su amigo y ve una columna de humo. Está relativamente cerca, a unos trescientos metros.

Acciona la manilla del vehículo y abre la puerta para salir al exterior.

—¡Avisa a los bomberos! —exclama Lucas antes de salir al trote en dirección a la columna de humo para valorar la peligrosidad del incendio. Parece una columna estrecha, puede que el fuego no abarque una zona amplia y esté a tiempo de apagarlo.

—¡Lucas, espérame! —grita Fernando mientras corre con la barriga cervecera dando tumbos de arriba abajo. Pero Lucas no lo espera.

Una bandada de pájaros vuela en dirección contraria y es cuando el guardiacivil parece divisar mejor lo que se quema. En la base de un árbol acebuche hay un montículo de ramas secas que arden formando una pira. Del árbol cuelga algo parecido a un muñeco espantapájaros. Lleva una especie de vestido tosco. La columna de humo ahora se aprecia más ancha y envuelve a aquel monigote. Quizá por la pesadilla que acaba de tener, o por una intuición que achaca a ser padre, su mente no para de bombardearle con mensajes terroríficos que le hacen creer de algún modo que su hija corre peligro. Que el muñeco es…, que su hija se quema en… No quiere ni pensarlo.

Acelera el ritmo de carrera hasta esprintar. El corazón se le va a salir por la boca. En menos de un minuto alcanza el foco del fuego y lo que ve le aterroriza aún más que cualquier recuerdo de la guerra en Irak. No es un muñeco, es una persona.

Entre la espesa columna de humo negro, se divisa el cuerpo de una joven colgada por las muñecas de la gruesa rama del árbol acebuche y sobre lenguas de fuego que devoran sus piernas. Llamas que muerden carne humana.

¿¡Belén!?

Su cuerpo está en suspensión, sujeto solo por sus manos, lo que ha provocado la dislocación de sus dos hombros. Sus brazos se han estirado tanto como los de un juguete de goma: asusta. Está

desnuda y únicamente lleva un saco sobre el torso y una especie de gorro, un capirote de penitente sobre la cabeza. La melena cae bajo este. Pero lo peor está a sus pies: hay una hoguera prendida y las llamas alcanzan ya el saco que viste la joven. Este comienza a arder y Lucas comprende que salvarla es imposible. Tanto por las llamas que se alimentan de su carne como por el humo tóxico que la abraza de forma mortal hasta penetrar en sus pulmones.

El guardiacivil reconoce aquel pelo castaño.

No es su hija Belén.

Es Alicia, la hija de su amigo Fernando.

—¡¡ALICIAAAAAAAAA!! ¡¡ALICIAAAAAAAAAAAAA!! —Son los gritos de un padre aterrado y desesperado.

Lucas entiende que su amigo acaba de alcanzarle. Este ha reconocido el rostro de su hija bajo el extraño cucurucho. La joven Alicia arde envuelta en llamas. Y, aunque parezca contradictorio, se ve sorprendido por una oleada de alivio al saber que no es su propia hija la que se quema viva, y de terror al ver cómo la hija de su mejor amigo se está muriendo y cómo este, en un acto impensable de puro sacrificio, corre en dirección a las llamas.

—¡No! —le grita Lucas al comprender su intención. Corre hacia él, se tira sobre las piernas de su amigo y logra hacerle un placaje para evitar que se lance de cabeza al fuego.

—¡DÉJAMEEEEEEEEEEEE! —El grito es atronador y resuena con tanta fuerza en el bosque que el guardiacivil afloja su abrazo, asustado. Después, Fernando lanza sus pies a la cara de su amigo y le patea hasta que este termina por soltarle. Lucas no

puede más que observar cómo, a pesar de su intento por evitarlo, su amigo se mete de lleno en la muerte de llamas y humo negro y trata con desesperación de tirar de las piernas quemadas de su hija para apartarla del infierno. Pero la cuerda no cede y padre e hija permanecen sobre la hoguera quemándose juntos. Ninguno grita. Su silencio es espeluznante. El cuerpo de Alicia está rígido y su padre tira con todas sus fuerzas, pero no sirve.

Lucas se levanta de inmediato y corre hacia el tronco del árbol donde está sujeta la cuerda. Saca su navaja del cinturón y se apresura a cortarla. Tarda unos segundos que le parecen horas hasta que la cuerda da un latigazo y el cuerpo de Alicia se vuelve pesado. Cae sobre su padre y este logra sacarla de las llamas con torpeza. Ambos son escupidos de la hoguera y Lucas corre hacia ellos, se quita la camiseta y lanza con ella golpes a su amigo y a la hija de este. El fuego no se apaga y su amigo ha dejado de moverse desde que sacó a la hija del fuego, así que intenta que Fernando ruede por el suelo empujándolo con ambas manos. Se achicharra las palmas en esta maniobra, así que sigue lanzando golpes de trapo contra ambos cuerpos hasta que estos, poco a poco, y más despacio de lo que cualquiera persona con un mínimo de sensibilidad querría, se van apagando como velas sin oxígeno, como sus propias vidas, como sus propias almas.

El guardiacivil queda en shock y se sienta a respirar. Él también necesita oxígeno. Luego saca el móvil para llamar a emergencias, pero no puede desbloquearlo sin huellas dactilares y se le cae el teléfono de sus manos chamuscadas. Su torso está desnudo, sudando. No siente los brazos, pero sí las lágrimas que marcan su rostro y desaparecen escondidas en su barba. Cuando

pestañea para retirar las pequeñas gotas de agua de sus ojos, logra verse las manos: están negras y echan humo como el cuerpo entero de su amigo y la hija de este. Entonces, un olor nauseabundo inunda sus fosas nasales y Lucas comprende que el infierno huele a carne quemada.

CAPÍTULO 2

El diablo está en todas partes

Cuestión XXX

Onceava manera en el caso de una denunciada que ha confesado su herejía, es relapsa y no se arrepiente.

Atendiendo además a que desearíamos con todas nuestras fuerzas, tal y como realmente lo deseamos, que volvieras a la unidad de la Santa Iglesia, y arrancar de tu corazón la dicha perversión herética, para que salves tu alma y escapes con cuerpo y alma a la muerte infernal, hemos desplegado todos nuestros esfuerzos, para tu saludable confesión, empleando diversos medios apropiados. Pero, tú, aferrada a un camino equivocado, conducida, puesto que has sido seducida, por un espíritu maligno, has preferido ser torturada en los suplicios crueles y perpetuos del infierno y ser consumida en tu cuerpo con el fuego de la tierra, antes que, siguiendo un consejo más sano, aceptar abandonar tus condenables y envenenados errores, volviendo al seno y a la misericordia de nuestra Santa Madre Iglesia.

<<Malleus maleficarum, el martillo de las brujas.>>

15

Anastasia tiene diez años y es su primer día de un nuevo curso. Como no puede caminar desde el incidente en el que salió ardiendo su casa, es empujada por su maestra al interior de la clase en silla de ruedas. Nada más entrar, los niños hacen comentarios, cuchichean, pero ella guarda silencio y la maestra manda callar a todo el mundo.

Los niños pueden ser muy crueles.

Anastasia traspasa sus hirientes miradas y observa las paredes del aula forradas de dibujos de animales cargados de colorines. Su preferido es un enorme tigre de color amarillo, porque los tigres son como gatos grandes y su color favorito es el amarillo.

La maestra retira la banqueta de un pupitre de la fila delantera y coloca ahí la silla de ruedas que va pegada, inseparable, a Anastasia.

No necesita mirar atrás para saber que todos están pendientes de sus movimientos. Aquella atención recibida la intimida tanto que acaba por agachar la cabeza. Al cabo de un rato, se atreve a mirar hacia su lado. Su compañero de pupitre es un chico de piel clara, pelo oscuro, ojos azules y pecas en el rostro. Él también la mira; sin embargo, su mirada es más limpia, inocente, y va acompañada de una sonrisa bobalicona. Anastasia le mira las pecas con interés para luego volver la cara al frente.

La señorita empieza con un dictado. Ella lee mucho y es una actividad que nunca le ha supuesto un problema; no obstante, algo la despista. El chico de las pecas subraya cada línea del texto con un dedo que casi aplasta la hoja y que tan solo despega para encontrarse con la siguiente línea. Entonces mira sus ojos. El chico está concentrado y en tensión. Parece que le supone un sobresfuerzo.

—Anastasia —dice la seño.

Es su turno y anda muy perdida. Se ha despistado por culpa de ese retrasado. Le avergüenza fallar en algo tan básico. Su cuerpo entra en calor y ella odia el calor, esa sensación que le hace sudar. El tiempo le parece intragable. Todos la esperan y ella no logra encontrar la última palabra que ha oído de boca de su maestra.

—Anastasia —repite. Lo que añade una presión insoportable. Llega incluso a despegar la mirada del libro y sus ojos se clavan en los del tigre amarillo que ahora siente como una amenaza.

El tigre amarillo le muestra sus colmillos.

Entonces alguien la salva de aquella situación tan incómoda.

Tap, tap.

Es el sonido de dos leves golpecitos con el dedo del chico lo que hace que observe el renglón que le indica. Ese es el acertado y Anastasia prosigue la lectura sin mayor obstáculo. Su compañero le ha ayudado. Le ha rescatado del paralizante tigre amarillo y le está tan agradecida que desea sonreírle.

Entonces ocurre algo que no espera. La profe cambia de alumno:

—Sergio.

Pero nadie habla.

—Sergio —vuelve a decir.

Anastasia mira a su alrededor, esta vez sin vergüenza y con curiosidad, y al ver que toda la clase mira a su compañero, se da cuenta de que este mismo es Sergio. ¿Cómo va a estar perdido si él mismo la ayudó? No puede ser… Pero Anastasia le mira y lo ve inmóvil.

Tap, tap.

Trata de ayudarle ahora ella, pero Sergio no hace nada. Ni siquiera la mira. ¿Por qué?

—Sergio, cariño, sé que tú puedes hacerlo… Venga, despacito.

Y, de repente, Sergio traga saliva y arranca a trompicones como un viejo motor.

—Llla ni-ni-nnnnniña de-de-de-del… pa-pa-pa…

Su dicción es horrenda. Torpe y lenta. Se detiene en mitad de cada palabra y lee sílabas sueltas. Es más lento incluso que una tartamudez severa. Anastasia es consciente de que la maestra lo trata de un modo diferente y ella cree averiguar por qué. Se fija en sus ojos azules y los encuentra vacíos. Sergio no parece tartaja. Parece…

—¡Silencio! Hasta que Sergio no termine, no nos vamos de aquí.

La clase rebufa y Anastasia se siente mal por haberle odiado minutos antes. El niño hace verdaderos esfuerzos hasta terminar con sus dos frases. Luego lanza un largo suspiro de alivio. Tras otros cinco niños leyendo un texto relativamente corto, la clase termina y suena el timbre del recreo. La maestra se acerca a Sergio y recupera un tono suave para hablar con él:

—Sergio, cariño, coge la silla de Anastasia y sácala al patio con los demás. ¿Lo has entendido?

—Ssssí —contesta. Habla como si tuviese vegetaciones. Sergio se levanta, retira su silla, agarra los mangos de la silla de ruedas y camina empujando a Anastasia hasta el patio. Ninguno de los dos dice nada.

La historia se repite cada día. Sergio parece un niño diferente a los demás y la maestra le manda otro tipo de tareas en clase. Anastasia echa una ojeada de vez en cuando para descubrir que son problemas facilísimos. Ya le gustaría a ella que le mandara esos deberes para casa y no la complejidad numérica con la que se encuentra cada tarde. Aunque Sergio no le dice ni mu, Anastasia se siente tan cómoda que acaba por hablarle ella y tener incluso conversaciones de las que tan solo saca asentimiento o negación con la cabeza.

—¿Es que te comió la lengua el tigre amarillo? —le llega a decir la niña un día, cansada de no obtener respuesta.

Después de dos semanas persistiendo, Sergio empieza a contestar con monosílabos. Pasadas tres semanas, son amigos inseparables. Los niños juegan en el recreo mientras ellos mantienen conversaciones. La dicción de Sergio es cada día más fluida, pero solo delante de ella. En clase vuelve a atrancarse y a hablar demasiado lento, casi usa otro tono de voz más nasal. Ella decide ayudarle con eso y le presta sus libros favoritos, así tienen algo más en común de lo que poder hablar. Él se esfuerza por ella y su dicción comienza a mejorar a tal velocidad que parece magia. Ambos ganan mucha confianza. Tanta que un día Anastasia decide confesarse:

—Me quemé.

—¿Lo-lo qué?

—Mis piernas. No puedo andar porque me las quemé. Todos me preguntan qué me pasó, pero tú nunca lo has hecho. Por eso a ti sí te lo cuento.

Ella confía en él y por eso él se atreve a ir más allá y preguntar:

—¿Te-te dolió?

—Muchísimo. Tanto que me desmayé y no lo recuerdo.

Sergio guarda silencio hasta que ve cómo una lágrima asoma en los ojos de su mejor amiga. Entonces decide confesar él su mayor secreto:

—Soy un niño normal.

—¿Qué? Claro que eres un niño normal, Sergio… —Se está enjuagando los ojos y no ha prestado la suficiente atención.

—No me has escuchado. Quiero decir que sé hablar normal desde siempre. ¿Ves? Tartamudeo aposta. Solo cuando yo lo decido.

Anastasia enmudece. Se limpia del todo las lágrimas, frotándose los ojos como si despertara de un profundo sueño, y examina los ojos azules de su amigo. Hace tiempo que dejaron de estar vacíos y pasaron a verse llenos de vida. Son preciosos.

—¿¡Por qué!? —Es lo primero que se le viene a la mente: por qué.

—No lo sé —responde, encogiéndose de hombros—. Empecé hace tiempo y vi que mi vida era más sencilla si me comportaba así. Me ponen tareas más fáciles y me dedican mayor atención. —Su habla es perfecta. Lo dice todo de un tirón. Ella alucina—. Creo que empecé hace mucho tiempo y ya no supe parar.

Anastasia está boquiabierta. ¿Es posible engañar así al profesorado de una escuela? Y ¿a quién más? ¿Con su familia también se comportará de ese modo? ¿Y por qué le desvela su secreto? ¿Qué tiene ella de especial?

—¿Por qué me lo cuentas? —quiere saber. Sergio vuelve a encogerse de hombros, pero sonríe. Se siente liberado. Ahora puede comportarse con ella como realmente es.

Anastasia, en el fondo, sabe por qué a ella sí se lo ha contado. Ambos tienen el mismo motivo. Así que decide no hacerle más preguntas. Sonríe también y siguen charlando de sus cosas como niños que son.

16

Es hora de finalización de clases cuando el coche pilotado por Yohanna se adentra, camino de regreso a Zufre, en el tramo del puente que se alza sobre el embalse. Anastasia contempla en silencio aquellas aguas en calma que brillan como un espejo bajo el caluroso sol. Ha sido una mañana productiva en la que la sargento ha aprendido lo esencial de aquel entorno natural, de Zufre y de los pueblos aledaños.

Superan el embalse y Anastasia sí repara esta vez en el coche de Fernando, pero está vacío. Están a tan solo unos minutos de tomar el desvío al pueblo.

—¡Para! —ordena la sargento.

Yohanna, al volante, pisa a fondo la palanca y los neumáticos chirrían con las pastillas de freno. Para su sorpresa, la sargento, que parece haberse vuelto loca, se quita el cinturón de seguridad y baja del vehículo en medio de la A-461. Entonces entiende la situación cuando ve a su compañero Lucas salir de unos arbustos sin camiseta y tambaleándose. Mientras él parece un flan, Anastasia se le acerca con rigidez.

—Pero bueno, ¿no le da a usted verdadera vergüenza? ¿Acaso se pasa todo el día completamente borracho? ¿Cree que esta es la imagen y el ejemplo que debe dar usted del Cuerpo? Créame si le digo que mi primer propósito en este pueblo va a ser expulsarle a usted de la Guardia Civil. ¡Y haré lo que tenga que hacer!

—Lucas, ¿pero qué…? —Yohanna no termina la frase. Lucas mira a la sargento con ojos rojos y llorosos.

—Mi sargento, con novedad… Se ha cometido un crimen… horrible… de asesinato. Han quemado…, han matado a la… la… —Pero no logra poner a una persona en su frase. Es como si al atreverse a mencionarla, él mismo la estuviese matando.

Lucas se dobla de rodillas y se derrumba. Anastasia ve por primera vez sus manos ennegrecidas y despellejadas por las quemaduras. Luego, como algo que siempre estuvo ahí, se le revela, de repente, una ambulancia detenida unos metros más adelante. Dos sanitarios se dirigen al transporte dándose toda la prisa que pueden por aquel terreno irregular y cargando con una camilla en la que va el cuerpo de un hombre calcinado.

—Oh, Dios mío. —Es todo cuanto logra decir al ver aquel cuerpo quemado. Le sobreviene un intenso dolor en el vientre, la acecha un fantasma del pasado, y sus piernas tiemblan por primera vez en mucho tiempo.

17

Aparca su paquetera y de la parte trasera saca sus piezas de caza, conejos y perdices, engarzadas en alambre. En el Paseo de los Alcaldes hay dos bares enfrentados en cada extremo de la plaza, separados por una fuente central y decenas de niños correteando de un lado a otro para jugar con sus columpios. Óscar entra en el bar que lleva tantos años llamándose El Taburete. Es un negocio familiar, no como el restaurante que está justo enfrente, más reciente, dirigido por una mujer avariciosa y que les roba toda la clientela de turistas. El Taburete lo fundó un manco que era el padre de la madre del primo de su padre… ¿o fue la hija del manco? Bueno, algo así le explicó su padre. Ahora es su hermano mayor, Víctor, quien saca el negocio adelante y él le ayuda trayéndole la carne que caza.

Nada más soltar las piezas y pasar por delante de su hermano mayor, Óscar se lleva un copón.

—¡Ay! ¿Qué haces?

—¿Tres conejos me traes?

—¿Y qué quieres? —Los hermanos se encaran.

—¿Tres miserables conejos?

—¿Y qué diablos quieres?

—¿Te has pegado toda la mañana para tres orejudos?

—No son tres, son cuatro. Y los pájaros ¿qué?, ¿y los Black bass que pesqué la semana pasada? Si no te gusta, te levantas

temprano y vas tú.

—Black bass, Black bass… Lo que me tienes que traer es un Big-bass. Yo hago otras cosas. Yo tengo que estar todo el día aquí viendo cómo cocina mi mujer. Y todos los días me dice lo mismo, que si *namá* traigo conejo y *pescaito*.

—¿Otra ve conejo y *pescaito*, *namá*? —se oye una voz estridente desde la cocina.

—¡Lo ves!

—No, no veo. Yo no veo nada —refunfuña Óscar mientras entra al baño.

—Así ¿cómo coño vamos a sacar el negocio para adelante? Es normal que los pesados del restaurante El mirador nos quiten la clientela. Es que es normal. Si el extranjero ese les lleva venado.

—¡No me hables del extranjero que, que, que…! —Óscar se enerva y su rostro se acalora pensando en el extranjero que caza mayores piezas que él—. ¡Que lo voy a matar! Como me lo cruce un día en mi territorio verás el cañonazo que le meto. Además, ese pone trampas por todo el bosque. Un día lo voy a coger y verás…

—Lo que tiene es que ocurrir una desgracia en este pueblo para que deje de venir turismo y la malnacida esa de enfrente se arruine.

—¿Una desgracia en el pueblo? ¿Y tú qué? Tú también te arruinarías. Que no te enteras de nada…

—Yo no necesito domingueros. Yo ya tengo a los de siempre y con cuatro duros me basto. No soy tan glamuroso como la

señorita del bar de allí delante… Aun así no sé qué puñetas has hecho tú desde tan temprano, toda la mañana, perdido por el bosque. ¿Qué coño has estado haciendo, eh? Porque yo no me lo explico, tantas horas perdidas…

Óscar frota con esmero sus manos manchadas de sangre en el lavabo del bar de su hermano mayor. Aquel líquido rojo nunca le ha perturbado. Mira a Víctor a través del espejo y observa cómo este saca su vista fuera del bar para fijarla en la competencia. Ambos hermanos se han criado con odio. Su padre les atizaba por casi cualquier cosa, y el padre de su padre a este, y el padre del padre de su padre también lo hacía con sus hijos; la violencia es algo que llevan en los genes y los hermanos Acosta nunca han aprendido a reprimirla.

18

Los sanitarios en seguida constatan que Alicia está muerta, así que prestan toda la atención al cuerpo de Fernando, que conserva un hilo de vida. Lo trasladan a la ambulancia, en camilla, todo lo rápido que pueden, y tras subirlo a la parte trasera ayudan a Lucas para que suba también y puedan curarle las heridas de las manos.

Antes de que la ambulancia salga echando humo, Lucas les indica a sus compañeras la dirección en la que se encuentra el cadáver de Alicia Ortiz.

Las agentes llaman a los bomberos y se ponen en marcha hacia la zona que desprende una humareda ahora grisácea por la madera quemada. Van a paso ligero y las esposas y pistolas de ambas tintinean en sus cintos. Es un terreno repleto de matojos altos donde los árboles escasean al principio, en la falda de la loma. A medida que ascienden se vuelve más frondoso y el avance más lento. A pesar de ello, la sargento no parece tener ninguna prisa por llegar. Mantiene un silencio incómodo, como si se hubiese quedado muda tras lo acontecido. Tiene cara de verdadera preocupación, eso sí, al igual que Yohanna.

Alcanzan la hoguera aún encendida. Por suerte su lengua de fuego no ha ascendido lo suficiente para lamer hojas altas y el fuego no se ha extendido por el bosque; hubiera sido un verdadero desastre. Pero el repiqueteo de las llamas y el crujido de las ramas son intensos. Además del calor sofocante, lo que hace que a la sargento le cueste respirar.

Y el olor… ese fuerte olor…

—Dios mío…, la chica está ahí —señala Yohanna.

Entonces, Anastasia clava la mirada en el cuerpo que yace tras las altas piernas de su compañera. Apartada del foco principal, una joven muy delgada está tirada bocarriba sobre hojas y ramas. Lleva un extraño capirote colocado en su cabeza. Está movido, ladeado, pero se le ha quedado sujeto por un lazo que lleva atado a la barbilla. No puede saber si era hermosa porque su expresión es horrible. Tiene los músculos del rostro contraídos en una expresión forzada de angustia. Anastasia observa que tiene algo metido en la boca. Sobresale el extremo de lo que a simple vista parece un trapo. Su pecho está cubierto bajo un saco roto y deshecho, por efecto del fuego, en su parte baja, a la altura del ombligo; de ahí para abajo está desnuda. Yohanna se aparta y Anastasia puede ver bien a qué se enfrenta. El cuerpo de la joven Alicia está muy rígido y quemado desde la cintura hasta la malformación en la que se han convertido sus pies. Solo atisba dos palos negros donde antes había piernas. Anastasia parece estar mirando a su pasado. A su propio cuerpo mutilado. Aquel desagradable olor es demasiado intenso. Le entran náuseas, mareo, y su expresión se vuelve tan pálida como la de la muerta. Tiene que alejarse pronto de allí.

—Voy a llamar al oficial —se excusa.

Camina unos metros hasta situarse detrás de otro acebuche grueso para que su compañera no la vea. Primero se apoya en el árbol con una mano. El desayuno sube y baja dando saltos en su estómago como en una atracción de feria, pero logra contenerlo y no vomitar. Un dolor en el vientre la obliga a sentarse. Mete la

cabeza entre las piernas, agarra estas con fuerza y comienza a llorar como la niña de nueve años que un día fue.

En su cabeza permanece perenne la sombra de aquel monstruo. El pirómano de ojos encendidos y dientes afilados que acabó con la vida de sus padres de un modo tan violento, para luego mostrarle a ella el mismísimo infierno que ahora vuelve a presentársele.

Ella siempre ha sido una profesional. Recta, seria, acorde y adaptable a todo tipo de situaciones; sin embargo, el fuego es su mayor enemigo, su mayor temor, y ahora vuelve a rodearla. Se siente como una cría indefensa ante un peligro que no puede afrontar ni esquivar. Procura serenarse y olvidar las llamas. Aísla ese sonido punzante que la vuelve loca. Y es entonces cuando le parece oír algo más.

¡Crack!

Alza la mirada y contempla algo inverosímil: unos ojos mirándole desde la copa del árbol bajo el que ha llorado. Sobre su cabeza, subido a las robustas ramas, ¡hay un hombre! Tiene el torso descubierto, la piel bronceada, es barbudo y el pelo cae largo hacia abajo.

—¡Eh!

El hombre salta del árbol como una pantera y se lanza a la carrera, descalzo, con una habilidad pasmosa.

—¡Yohannaaaaaaaa! —grita, a la vez que se incorpora como un resorte y sale tras el sospechoso.

Anastasia practica atletismo ocasionalmente para estar en buena forma, y gracias a ello logra mantener la distancia durante cierto tiempo, pero descubre sorprendida la enorme agilidad del individuo que esquiva los arbustos y los troncos de los árboles como un animal adaptado a su entorno. Un animal salvaje.

—¡Alto a la Guardia Civil!

Las palabras no surten efecto y Anastasia saca su pistola. Alza su cañón al cielo y aprieta el gatillo.

¡BANG!

Un centenar de pájaros alzan el vuelo.

El sospechoso pierde el equilibrio y cae de forma estrepitosa, quizá por efecto del susto que le ha provocado el disparo al aire. Anastasia gana algo de terreno antes de que este vuelva a incorporarse y seguir huyendo cuesta arriba hasta llegar a un corte abrupto que ofrece un salto al embalse. El hombre se prepara y salta al agua. La caída es de tres segundos y sus largos cabellos se alzan al viento.

¡PLAF!

Anastasia llega al borde del saliente y se queda mirando. Saltar a lo desconocido resulta peligroso. No se atreve. Busca con la mirada alrededor del embalse mientras piensa qué opciones tiene para atraparle, cuando por su lado pasa como una centella el cuerpo esbelto de una mujer. Es Yohanna Alonso, que salta sin pensar y cae al vacío de los tres segundos antes de escucharse el chapuzón.

El salvaje piensa que se ha librado hasta que mira con pánico hacia la decidida mujer que se le viene encima nadando como una experta. Él chapotea como un perro perseguido por un tiburón: ese no es su medio natural y se mueve mucho más lento y torpe que Yohanna.

En menos de un minuto la guardiacivil sale del agua. Ha perdido la goma del pelo y por ello lo tiene suelto en una melena mojada y oscurecida que cae sobre la espalda. Arrastra al sospechoso hasta la orilla agarrándolo de los largos pelos y enseguida le tuerce el brazo para reducirlo y colocarle las esposas. Una vez hecho, gira su rostro con una sacudida que aparta sus cabellos mojados y mira a Anastasia.

—¡Lo tengo!

Con el sospechoso detenido, alza su cuerpo esbelto y se estira. Está de perfil, casi como en la pose de una culturista compitiendo. La camiseta del uniforme, empapada, se le pega a su pecho abultado y exagerado por la intensa respiración tras aquel ejercicio de carrera, natación y detención. Se siente pletórica y muestra su enorme sonrisa de labios gruesos y dientes blancos a su nueva jefa. Presenta un aspecto majestuoso que deja a Anastasia con la boca abierta. La sargento queda impresionada. Yohanna es una mujer imparable.

19

Va en busca de una nueva presa revisando perfiles hasta que al fin da con alguien interesante. La sonrisa es preciosa, lleva pendiente y el pelo despeinado, con aire desenfadado. Su mirada es pícara. Por las fotos parece camarero; de Madrid, un poco lejos, pero bien comunicado. No descarta acabar viviendo en la capital por el hombre de sus sueños.

Jésica le escribe un mensaje: <<No voy a quedar hoy>>. Si hubiese dicho *salir*, vale, Dani podría ir a su casa; pero ha dicho *quedar*, lo que quiere decir que no quiere ni verle.

Busca su número y la llama.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué no quieres quedar hoy?

—No tengo ganas y mi madre trabaja todo el día. Tengo que quedarme con la niña.

—Venga ya… ¿En serio? ¿Tú sabes cómo está el pueblo?

—¿Cómo está el pueblo?

—El pueblo está que arde, zorra. ¡Ja, ja, ja! —se carcajea Dani de su propio sentido del humor: macabro—. Han venido un montón de bomberos buenorros. Dicen que hay fuego en el bosque. Un incendio ¡con heridos! Y no me preguntes por los heridos. Las calles están llenas de gente chismorreando. Esto parece una verbena

y todos parecen enterados de todo y nadie sabe de la misa la mitad. Yo solo ando por aquí para ver si me cruzo con el guapo de tu ex.

Hay un silencio. Jésica parece sopesar algo.

—No puedo quedar —concluye.

—Había otra cosa más que tenía que contarte.

—¿El qué?

—Ya sé qué es el tatuaje del autobusero nuevo. Lo he visto.

—¿Qué es?

—No, guapa, te lo cuento si quedamos.

—Dani, me da igual el tatuaje del autobusero calvo, no voy a quedar. Después de lo que pasó esta mañana, paso de salir y de ir a clases durante unos días. Voy a decir que estoy mala.

—Mala del coño. Tampoco es para tanto.

—Dani, en serio, eres un poco cabrón. Un poco bastante. Háztelo mirar. ¡Ah! Y una cosa más: borra inmediatamente el vídeo que grabaste. Como se te ocurra enseñárselo a alguien, te mato.

Cuelga.

Dani se separa el móvil de la oreja y se queda mirando la pantalla. Accede a la galería y observa el pequeño recuadro del vídeo al que se refiere Jésica. Luego piensa en la manera de romper el hielo por chat con el madrileño. El vídeo no piensa borrarlo.

20

Tras varias conversaciones telefónicas, Anastasia cuelga, se levanta y da vueltas alrededor de su despacho. Lo está estrenando.

Aunque el sol ya cae en el horizonte sigue haciendo un calor insoportable y para colmo le duele la tripa. Se dirige al cuarto de baño donde abre el grifo y se enjuaga la cara. Intenta refrescarse, pero sus recuerdos no la dejan, la persiguen, la persiguen como a una presa lenta y fácil de atrapar. El pirómano que mató a su familia sigue tan presente como el cadáver de la joven Alicia. Las piernas quemadas de la joven… tan parecidas a como acabaron las suyas hace ya tantos años. Aquel dolor insoportable y las secuelas físicas y psíquicas que aún perduran. Secuelas que no le han permitido llevar una vida normal: correr de niña, vestir un bikini en la adolescencia para disfrutar de la playa con los amigos, desnudarse como una adulta frente a alguien a quien desear. Son experiencias de las que carece por culpa de un monstruo sin rostro. Una sombra demoníaca. La misma que ahora le acecha.

Sale del baño con el rostro mojado y los cabellos pegados a la frente. Aunque intente refrescarse, sigue sudando la camiseta.

El sospechoso que trató de huir saltando al embalse lleva unas horas encerrado y a la espera. Anastasia lo ha decidido así para ablandarlo antes del interrogatorio. Es buena idea dejar a solas a una persona con sus propios pensamientos para volverlo más vulnerable.

El juzgado ha autorizado la incomunicación del detenido. El abogado no podrá entrevistarle, solo estará para velar por sus derechos, lo que resulta mucho más cómodo para el interrogatorio que planea realizar la sargento.

—¿Has hecho un interrogatorio alguna vez? —le pregunta a Yohanna. Tras una ducha, esta se ha cambiado el uniforme y ya tiene el pelo seco. La agente niega con la cabeza.

—Nunca a un sospechoso de asesinato —musita. Alza la mirada y es entonces cuando Anastasia se da cuenta de que tiene los ojos llorosos. Tras el estallido de adrenalina por la tensión inicial y la persecución, parece como si aquella guerrera amazónica hubiese empezado a entender el dramatismo de lo ocurrido y sus emociones la estuvieran desbordando ahora que todo está un poco más en calma—. Aquí no hay… Nunca he tenido que hacerlo… Este pueblo siempre ha sido muy tranquilo…, muy pacífico —se justifica mientras la sargento asiente comprensiva—. Pero puedo preguntar a alguno de mis compañeros si…

—No te preocupes —la corta—. Yo tengo algo de experiencia. Solo llevo un día aquí y solo he trabajado contigo. Únicamente te conozco a ti. No dudo de la profesionalidad del resto de compañeros, pero prefiero a alguien con quien me sienta cómoda ahí dentro. Te necesito a mi lado, frente al sospechoso. No tendrás que decir nada, solo escucha bien y estate atenta a cualquier reacción de ese tío. Voy a preparar la sala donde le vamos a interrogar. Todavía tenemos bastante tiempo hasta que venga el abogado, tanto que mejor. Hacerle esperar es bueno.

Yohanna asiente, traga saliva y vuelve a meter su sensibilidad bien adentro. Es una mujer de armas tomar; se ha cosido su herida emocional y se ha serenado tan pronto como su jefa le ha indicado el siguiente paso a seguir.

Un tipo gordo y calvo aparece uniformado de verde frente a la sargento. Se queda unos segundos en blanco, cargando sus ideas y palabras. Luego reacciona:

—Mi sargento, soy el cabo Frantzisko Aguirreazkuenaga, o Patxi para los amigos. ¡Je, je, je!

—Patxi entonces, encantada.

Patxi se queda un rato con la boca abierta y la mirada vacía. Carraspea tan ruidosamente que resulta molesto para, a continuación, soltar su pregunta:

—¿En serio habéis arrestado al holandés errante? —espeta con descaro—. ¡Qué caray! Dudo que sea un asesino.

—Salió por patas de la escena del crimen —explica Yohanna.

—Bah… Este tío siempre anda corriendo por el bosque, es su entorno natural. ¡Vive allí! Y ya sabes cómo es: <<Paz y amor, hermanos…>> —Y hace el símbolo de la victoria que tan de moda puso Winston Churchill. Luego se lleva a la boca los dedos en forma de uve y finge fumar—. <<Respetemos a los árboles y comamos hongos alucinógenos>>.

Anastasia sabe de lo que habla Patxi porque ha tenido tiempo de que Yohanna le ponga al tanto con respecto a ese que llaman el holandés errante. El tipo al que han atrapado es un

extranjero que llegó a la zona caminando con un pesado macuto hace ya unos tres años. Es autosuficiente. Se construyó una casa de doble altura en pleno bosque, muy cerca del pueblo y más aún del embalse del que tomar agua. Se alimenta de lo que pesca y de los animales que caza con arco, flechas y trampas. Cuando tiene excedentes o cuando atrapa una buena presa, demasiado grande para él, sube al pueblo y los vende o los intercambia por medicinas, utensilios de pesca, alimentos que no puede cazar y algún que otro capricho como un buen colchón sobre el que dormir. Lo cierto es que de salvaje solo tiene la costumbre de caminar descalzo, su poblada barba, su extensa melena y su negativa a pagar impuestos. Es más un anárquico, un antisistema, no obstante, ahora el sistema le ha atrapado a él.

Pasan un par de horas hasta que el abogado defensor se presenta en la comandancia. Apañan una de las habitaciones para que sirva como sala de interrogatorios. Sus paredes son blancas y las puertas verdes, como todas las habitaciones de ese antiguo cuartel; servirá.

Patxi camina con pies pesados hasta abrir con llave la puerta donde retienen al extranjero anarquista. No es un calabozo, no tienen de eso en Zufre. La financiación de papá Estado llega allí a cuenta gotas.

El preso espera recostado y con una mano sobre la cabeza. Mueve sus dedos despacio, acariciándose el cuero cabelludo a sí mismo como un crío sin madre que aprende a calmarse solo. Patxi gruñe y este se levanta para acompañarlo hasta sentarse en el asiento que hay al fondo de la nueva sala, pegado a la pared para

que se sienta acorralado entre esta y la mesa con los policías que tendrá delante para interrogarle.

El holandés errante presenta un aspecto cansado, pero no sucio ni desgarbado. Lleva el pelo enmarañado por pasarse horas acariciándose y removiendo sus largos cabellos, y la barba es muy espesa; a pesar de ello, no llega a la apariencia de vagabundo. Es flaco y alto, y una vez atraviesas su enrevesado aspecto das con unos hermosos ojos verdes, además de una dentadura blanca y fuerte. En el fondo es un galán, pero no de la ciudad sino del bosque, y eso le otorga un físico tan fibroso como cualquier indígena de las tribus perdidas del Amazonas.

El flácido Patxi le presenta a su abogado. Es muy joven y lleva gafas de pasta. Le saluda y le muestra un papel para que lo lea donde vienen sus derechos escritos en tres idiomas: inglés, español y holandés. Es capaz de leerlos en inglés y en holandés; en español le costaría algo más, pero cree que también sería capaz de entender lo esencial. Aun así aparta los papeles de su vista porque detesta aquella burocracia.

Anastasia camina hacia la sala junto con su compañera Yohanna. En la mano derecha lleva un vaso de poliestireno relleno de agua. En la izquierda, una carpeta cargada de folios y un lápiz con goma de borrar en un extremo. Su actitud, por regla general, suele ser fría. En un solo día Yohanna se ha dado cuenta de que su sargento es una mujer introvertida y poco sociable; sin embargo, en el momento en que atraviesa la puerta de la nueva sala de interrogatorios, Anastasia se transforma de tal modo que incluso su rostro cambia. De repente, resulta encantadora.

—¡Hola! —dice, con una sonrisa de oreja a oreja.

El holandés la mira confuso, no sabe bien cómo debe reaccionar. Se inclina hacia delante, separándose del respaldo de la silla. Luego se levanta como un soldado ante su oficial.

—Siéntate, tranquilo, tenemos que charlar un rato. Te he traído un poco de agua: imaginé que tendrías sed.

El holandés mira a su abogado. Este se ajusta las gruesas gafas y permanece en silencio. Ya le mostró sus derechos escritos en un folio sobre la mesa; su labor allí es la de observar que todo sea legal. Vuelve sus ojos esmeralda hacia las agentes. Ambas toman asiento frente a él. La sargento deja caer la carpeta sobre la mesa y esta suena como el manotazo de alguien enfadado; es tan abultada y pesa tanto que intimida. Él no lo sabe, pero, aunque parezca un extenso informe acerca de su vida, dentro solo hay folios en blanco.

—Yo no hacer nada. —Son sus primeras palabras. Entiende el castellano, pero no lo domina, por lo que su acento resulta durísimo, seco. Su voz suena como rocas despeñándose.

Anastasia no dice nada al respecto. Inspira hondo y sigue en su papel amistoso.

—Ni siquiera nos hemos presentado formalmente. Mi nombre es Anastasia. —Sin títulos ni rangos, quiere mantener una relación de tú a tú—. Y tú, ¿cómo te llamas? —pregunta, aunque ya lo sabe.

—Manfred.

—Manfred, muy bien.

—Mi nombre tiene significado. —Parece hablador—. Significa fuerza y paz. Así es como yo soy. Soy paz. Yo no hacer nada malo.

Anastasia contempla el torso desnudo de Manfred, que no ha querido aceptar ninguna prenda de ropa del cuartel. No sabe si es paz, pero sin duda es fuerza. Su tono de voz y su cuerpo fibroso lo indican. Parece un hombre atractivo tras tres largos años de naufragio en una isla desierta. Y tiene unos ojos verdes en los que cualquier mujer desearía perderse. Descifrar su edad resulta confuso, puede estar entre los veintitantos y los cuarenta y pocos.

—Manfred, me gustaría creerte, de verdad, pero saliste corriendo nada más verme.

Manfred se alisa la barba y entierra su cabeza bajo las palmas de unas manos llenas de callos. Luego levanta de nuevo aquellos ojos esperanza.

—Yo no quería huir, pero soy extraño en pueblo… de este país. Esto es… Este pueblo, yo no soy adaptado. Yo soy del bosque. Solo me acerqué para ver qué pasa. Yo no querer nadie me viera porque soy hombre extraño. Tengo miedo me… ¿Cómo se dice?

—Culpen.

—Sí, eso, culpen.

Manfred mira el vaso. Luego extiende despacio su mano y bebe agua. Anastasia coloca una mano sobre la gruesa carpeta de folios vacíos de contenido.

—Manfred, todas estas horas que has tenido para pensar yo las he aprovechado para recabar un informe exhaustivo. Por suerte,

en la actualidad, las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad disponemos de servidores conjuntos con toda Europa y podemos acceder a los archivos de otros países en cuestión de minutos. Yo ya he hecho mi trabajo contigo. Solo estoy aquí para que tú termines de aclararlo todo. ¿No crees que sería mejor si nos dijeses la verdad? Terminaríamos antes y tu pena sería menor. Nosotros ya sabemos lo que pasó. Sé que eres un inadaptado social, y créeme si te digo que peor llevarás estar en una cárcel el resto de tu vida; tú, que adoras la naturaleza y la libertad por encima de cualquier cosa. Por eso es mejor que me digas lo que sabes sin perder más el tiempo, Manfred, porque sé que no has sido sincero del todo.

Manfred se queda anonadado. Cree que en el informe de la gruesa carpeta tienen todos los perfiles psicológicos que le hizo su madre durante la adolescencia.

Yohanna no respira. Siente que Anastasia ha tocado algo en el corazón de Manfred, ha tocado alguna puerta; incluso cuando este se muestra inocente de cuanto se le acusa.

—Yo no hacer nada malo —repite—. Yo…

—Pero hiciste algo, Manfred, lo sabemos. Y cuanto antes nos lo digas, antes terminaremos con esto y mejor parado saldrás. Yo no te deseo nada malo. Solo quiero resolver esto cuanto antes. La familia de la joven se lo merece. Alicia se lo merece. Piensa en ella: su pelo castaño…, su cuerpo delgado… ¿Verdad que merece descansar en paz?

A Manfred le abordan lágrimas que empañan su esperanza.

Su abogado está paralizado; sostiene la barbilla en su mano y cambia los ojos de un lado a otro de la mesa como en un partido de pádel. Esa interrogadora sabe lo que se hace.

—Era una mujer hermosa, Manfred, eso puedo entenderlo. Puedo entender que…

—Muy hermosa —la interrumpe Manfred, y llora. Anastasia traga saliva.

—Ella no querría que su familia sufriera. Merecen una explicación para que esto acabe cuanto antes y tú no salgas tan mal parado. Será mejor si nos lo aclaras.

Manfred suelta un llanto desconsolado: parece sincero. Anastasia le ofrece un rollo de papel higiénico que el sospechoso utiliza para secarse las mejillas. Se calma un poco y moquea. Arranca más papel para sonarse la nariz. Luego inspira, expira y planta su mirada en la sargento. Una mirada que esconde un secreto.

21

El agua sale templada de la alcachofa de la ducha y cae sobre su cabeza para deslizarse por su piel y recubrir su cuerpo. Es la única coraza que puede vestir para ahogar su llanto y ocultar las lágrimas que constantemente impregnan sus mejillas. Lleva la tarde entera llorando. Alza sus manos al rostro para taparse la cara de vergüenza y martirizarse pensando en que su mejor amiga ya no está y ella no hizo nada por impedirlo. ¿Cómo ha podido un día cualquiera derivar en esa tragedia?

Belén extiende una mano y cierra la manivela del grifo. Retira la cortina de baño y levanta sus pies para salir de la bañera. A sus dieciocho años, su cuerpo está muy desarrollado: piernas largas, cadera ancha y senos en alza. El cuerpo del deseo. Y, sin embargo, lo único que desea es morirse. Su mejor amiga está muerta. Hace unas horas estaban juntas y ahora ha muerto y ella solo logra llorar.

Se tapa la cabeza con la toalla del desconsuelo. Seca su cabello, su pecho, sus brazos, su vientre plano y sus piernas. A la altura de la cadera, la toalla está ocultando un secreto que no dejará que su padre descubra. Ahora no le preocupa andar desnuda por casa porque está sola, pero no por mucho tiempo: su padre viene de regreso del hospital. Se ha quemado las manos además de tener que presenciar algo horrible. Ella debe estar ahí para apoyarle. Debe ser muy duro ver algo así. Ver lo que le ha sucedido a su mejor amiga: quemada en una hoguera. ¿Cómo puede ser real algo así? Belén retoma su llanto desconsolado y se retira la toalla de la cintura

para taparse con ella la cabeza y ahogar su llanto, descubre así una enorme mancha amoratada y alargada que le llega desde la nalga izquierda hasta la cadera. Algo que tapará hasta que desaparezca para que su padre no se entere de nada de lo que ha sucedido aquella mañana.

Sus lágrimas no cesan. No existe quien la consuele. Su mejor amiga está muerta… y ella se siente culpable de todo.

22

Llevan tres horas de interrogatorio, ya es de noche y, a pesar de ello, a Anastasia el calor le sigue pareciendo asfixiante porque la sala que han habilitado no dispone de aire acondicionado. Debería haberlo pensado antes. Anastasia odia el calor sobre todas las cosas del universo y aquello no la deja pensar con claridad. Sabe que Manfred oculta algo, lo ha visto en sus ojos verdes en menos de treinta minutos, pero desde entonces no ha logrado nada más, ninguna confesión. Manfred es culpable. Tiene que serlo. Ha estado en la escena del crimen como muchos asesinos que necesitan recrear sus delitos reapareciendo en el lugar de los hechos para revivirlos y experimentar de cerca el placer que sintieron al violar y matar, no siempre en ese orden.

Manfred se cierra en banda desde que se percata de que la sargento está a punto de sacar su secreto a la luz. Anastasia regresa a la línea del compadreo: ser iguales, de tú a tú, fingir que entiende todas sus acciones para que este piense que está de su lado y así, con el paso del tiempo, cuando sus fuerzas decaigan y necesite confesar su horrible crimen, ser Anastasia la persona en la que vea consuelo y una salvación, aunque sea la de reducir su pena. Pero Manfred es duro como la piedra.

Hablan de su infancia. Manfred se ha criado en la abundancia, con unos padres de alto poder adquisitivo y cierto estatus social en su comunidad. Él ha crecido entre algodones y para cuando hace su primer viaje en solitario y contempla la crudeza de

un mundo lleno de violencia, se siente engañado por su familia y decide seguir experimentando el mundo por sí mismo, solo, por su propio pie y sin que nadie le cuente cómo es. A tal desencanto llega con la sociedad humana que decide aislarse de esta y tener el menor contacto posible con la civilización. Más de diez años lleva vagabundeando de un lugar a otro, descubriendo el mundo y, sobre todo, su naturaleza.

A Anastasia, la historia de Manfred le recuerda a la del asceta y meditador Siddhartha Gautama, más conocido como Buda: un privilegiado y eterno insatisfecho en busca de la felicidad.

—¿Podemos disponer de un ventilador? —pregunta el abogado—. Hace demasiado calor aquí dentro. Es un espacio pequeño para cuatro personas y mi cliente se podría deshidratar.

Anastasia no quiere ceder a las exigencias del picapleitos, no obstante, tampoco quiere parecer impiadosa delante del acusado. Manfred tiene que seguir viendo a la sargento como alguien que pretende ayudarle, pero a quien tampoco puede engañar. Necesita tiempo, y quizá el calor que tanto odia, en esta ocasión, se convierta en su aliado y haga hablar antes al sospechoso, porque si ella está incómoda por el calor y por su dolor de barriga, él debe estarlo mucho más.

La sargento ignora al abogado dirigiéndose directamente a Manfred:

—Te traeremos más agua. Entiendo que estés cansado, Manfred, podemos parar por hoy. Piénsalo bien y avísanos cuando

quieras contarnos eso que ocultas. Hemos acabado por hoy, puedes descansar. Mañana continuaremos.

Anastasia se incorpora para marcharse seguida de Yohanna. Manfred alza el rostro con expresión incrédula.

—¿Tengo que quedar aquí? —pregunta.

—Me temo que sí. Yo quiero ayudarte, pero tú no me dejas alternativa y tengo mucho por hacer. Hay una chica muerta, Manfred, y no me estás ayudando.

Manfred junta sus manos. Una la cierra en un puño y la otra la rodea. Se las lleva a los labios y aprieta estos contra los nudillos. Parece consternado.

Anastasia espera cinco segundos. Luego se gira y sale de la habitación.

—¡Espera! —suplica. Anastasia reprime una sonrisa—. Quiero ir a casa…

La sargento suspira.

El holandés ansía su libertad.

—Si digo lo que sé, ¿tú creerme?

—Estoy dispuesta a intentarlo —contesta—. Y desde luego es tu mejor opción. O hablas o no hay escapatoria.

—¿Puedo beber un poco de agua?

Traen una botella y varios vasos. Todos comparten el agua. Manfred se relaja y comienza a hablar. Palabras que cargan de

tensión el ambiente y que, por un momento, les hacen olvidar el calor.

—Conozco a Alicia… Una chica hermosa…, sí.

Yohanna, la luchadora, se lleva una mano a la boca para ahogar sus ganas de hacerle hablar a golpes. Llevan más de tres horas allí metidos esperando que ese miserable decida confesarse. No quiere sentirse como una mujer chapada a la antigua, bruta o poco sensible, pero en situaciones así le corroe el dilema de si de verdad es mejor ser pacientes y mostrar una actitud amistosa frente al detenido o de si sería más rápido dándole de hostias. Y de hostias sabe mucho ella, la gran Yohanna, campeona de Muay Thai.

—Somos amigos —continúa Manfred.

—¿Qué tipo de amigos, Manfred? —pregunta Yohanna. No pensaba intervenir, pero es que aquella revelación la ha desequilibrado tanto que no puede evitar salirse de su papel.

—Amigos. Solo amigos. Ella venir a verme a veces a cabaña donde vivo en bosque. Pasamos tardes juntos e incluso, cuando por la tarde no puede, ella falta a clases de instituto para visitarme en la mañana.

Yohanna mira a su sargento, Anastasia, y ella asiente con la cabeza, indicándole que puede continuar, que pregunte lo que quiera, que siga su instinto detectivesco.

—¿Teníais relaciones sexuales?

—¡No! —exclama él.

—Manfred, no me mientas…

—No miento…

—Pretendes que me crea que Alicia acudía a tu casa del bosque ¿para qué? ¿Para recibir clases extraescolares de naturaleza?, ¿de caza y pesca?, ¿de filosofía?, ¿de idiomas?

—De yoga —musita el abogado—. Mi cliente imparte cursos de yoga y meditación—. Todos se quedan mirándole en silencio. Una apreciación de lo más prescindible. Se recoloca las gafas, se cruza de brazos, traga saliva y baja la mirada.

—Yo… yo no hacer nada a Alicia. No tocarla —asegura el holandés.

—Manfred —interviene Anastasia—, Alicia se marchó de clases aquella mañana y apareció al mediodía quemada en tu bosque. Me he cansado de ayudarte. No llevo cuatro horas pasando calor en esta sala para que me cuentes milongas.

—¿Milongas?

—Chorradas, tonterías, mentiras —le aclara.

—No miento.

—Y entonces, ¿qué es esto? —se desespera Yohanna—. ¿Un cuento de amor adolescente? No me creo tu mundo utópico. Te tendemos la mano y tú nos mientes a la cara. Yo me marcho, ya te hemos dado muchas oportunidades. Con esa actitud mereces estar encerrado. Te gustaba esa chica, Manfred, la deseabas e intentabas camelártela en tu cabaña de cuento y, como no pudiste poseerla bajo su consentimiento, la forzaste y acabaste con su vida convirtiéndote en el monstruo que no quieres admitir. ¡Tú eres el

monstruo del bosque! ¡No me creo que no la tocaras, claro que la tocaste! ¡La forzaste!

—¡Yo no toco a Alicia! ¡El cura la toca! —grita Manfred con lágrimas en los ojos—. El asqueroso cura de este pueblo maldito. Se pregunta por qué jóvenes no van a iglesia. ¿No es esto así? ¿Eh? ¿Digo la verdad? El cura pregunta por qué no van jóvenes a iglesia. Yo sé contestarle: ¡porque los toca! ¡Él es el monstruo de este pueblo, no yo!

Tras la explosión de palabras contenidas, en la sala reina un silencio sepulcral. Anastasia engulle saliva densa mientras intenta pensar en sus próximos movimientos. Suda, pero su sudor ahora es frío. Manfred ha volteado el interrogatorio y ella no sabe si es mejor marcharse ya o tirar de ese hilo arriesgándose a que sea una mentira más y se haga poderoso en su coartada. Pero la curiosidad mata a la gata.

—¿Me estás diciendo que fue el cura quien mató a Alicia?

—Yo no lo sé… —dice resignado—. Yo solo sé que yo no le hice daño. Yo la quiero… Ella venir… ella venía a verme y hablábamos.

—¿De qué hablabais?

—De todo un poco. De lo mucho que odia la Iglesia. Por eso ella es budista.

—¿Fue a verte esta mañana?

Manfred contiene la respiración y duda en contestar. Pero al final lo hace:

—Sí.

Yohanna aprieta los puños.

—Pero esta mañana no pasa mucho tiempo conmigo. Se va temprano. Luego escucho gritos del padre… Veo humo. Tengo miedo que haya incendio en mi bosque. Veo más humo y luces. Veo a Alicia… Veo su cuerpo… quemado…, muy quemado…

Manfred se tapa la cara con ambas manos y se echa a llorar. Sus últimas palabras apuñalan la consciencia de Anastasia trayéndole a la memoria los recuerdos de la carne quemada de las piernas de Alicia, lo que le traslada a su infancia. Siente náuseas y mareo. Le cuesta respirar y prefiere zanjar el interrogatorio antes de que alguien más note su estado. Está confusa. Ella anotó un gol muy pronto, a pesar de ello, Manfred ha empatado el partido. Aún le quedan bastantes horas de las setenta y dos que puede mantener al detenido bajo su custodia antes de pasarlo a disposición judicial. Será una lucha de desgaste.

Sale de la habitación seguida de Yohanna y el abogado enmudecido. Este no tiene derecho a entrevistarse con su cliente debido a la orden de incomunicación que ha emitido el juez.

Patxi regresa para llevar a Manfred de nuevo a su celda de aislamiento donde tendrá tiempo suficiente para pensar.

Nadie lo expresa en voz alta, pero una duda se respira en el acuartelamiento: ¿es Manfred el asesino?

23

Tiene que hacer verdaderos esfuerzos para no correr hasta el baño. Cuando llega, vomita en el retrete. Tira de la cisterna al mismo tiempo que expulsa los reflujos para camuflar el ruido y no sentirse como una mujer débil frente a la perfecta y poderosa Yohanna. Su estómago se revuelve provocándole dolor abdominal y su pecho le arde por los ácidos que están quemándole el esófago. Odia vomitar.

Cuando se siente capaz de incorporarse, vuelve a jalar de la cisterna y se enjuaga la boca y la cara en el lavabo. Se mira el rostro en un pequeño y sucio espejo. Su primer día de trabajo allí y está realmente agotada. Tiene la mirada triste. Espera hasta sentirse preparada, y entonces sale. Necesita aire fresco.

Fuera del cuartel se queda pensativa, con los pies sobre los adoquines de la antigua calzada que forma la vía principal del pueblo de Zufre. Acostumbrada a las noches de ciudad, aquella le parece más oscura. Calurosa penumbra. Mira al cielo, hacia las estrellas, colosales bolas de fuego ardiendo a distancias inimaginables. Odia cuando siente que en su mundo todo parece estar en llamas porque vuelve a sentirse atrapada como cuando era una niña.

—Esa es una de las ventajas del pueblo —dice Yohanna a su espalda. Al ver que Anastasia no sabe de qué habla, se explica mejor—. Las estrellas. En la ciudad no puedes verlas por la contaminación lumínica. Mientras que aquí el cielo está repleto. Siempre sirve de ayuda para desconectar: mirar las estrellas.

—A mí me genera tristeza.

—¿Tristeza? ¿Te da tristeza ver las estrellas? ¿Por qué?

Me hacen sentir mi soledad, piensa, pero no se atreve a decirlo. En su lugar da otra explicación:

—No son estrellas lo que vemos, sino su luz que viaja desde muy lejos. Es probable que la mayoría de esas estrellas ya estén muertas, desde hace millones de años, pero nos sigue llegando su luz. Pasa lo mismo con algunas personas… No están aquí, y seguimos sintiendo su calor…

—Guau —expresa Yohanna—. Parece que echas mucho de menos a alguien.

La sargento deja entrever una sonrisa lacónica antes de cambiar de tercio.

—Es solo que ha sido un día difícil.

—Ha sido un día agotador. Muy duro, ¿verdad?

Anastasia asiente. Le asombra los escalofriantes sucesos que ha padecido en solo un día de trabajo en aquel destino.

—Ha sido un día terrible que no voy a olvidar con facilidad. Me parece increíble lo que he tenido que vivir en mi primer día de trabajo en un pueblo que se supone tranquilo.

—Y es muy tranquilo. Aquí tan solo hay algún que otro incendio. A mí también me parece increíble. Lo que ha pasado… —No termina la frase. Guarda silencio al ver una silueta al fondo de la

calle. Esta se acerca con pasos decididos, rectos, nada que ver con la noche anterior. Lleva las manos enguantadas en vendajes blancos.

—A sus órdenes mi sargento. Estoy listo para el servicio —anuncia Lucas.

—Lucas —se adelanta Yohanna—, deberías descansar. Estás de vacaciones y encima… —Señala sus manos—. ¿Cómo estás? ¿Y Fernando?

—Fernando está muy mal… muy mal. En la UCI. Los médicos no saben si saldrá adelante… Yo estoy bien —asegura, pero no lo está. Está a demasiadas millas de encontrarse bien—. Lógicamente no me voy a ir de vacaciones después de lo que ha pasado. Voy a interrumpir mi permiso, y ya he descansado esta tarde. Ahora necesito ponerme en marcha y descubrir al culpable de esto que ha pasado y del sufrimiento de mi amigo. Hasta entonces no voy a poder estar tranquilo, lo sé. Por eso estaré disponible las veinticuatro horas que tiene el día. Siempre.

Yohanna trata de hacerle entrar en razón, pero la sargento frena sus intentos. Reconoce la determinación en los ojos de un hombre malherido. Sabe que nada va a impedir que persiga su objetivo. Ve dolor y rencor en sus ojos castaños. Y Anastasia conoce muy bien las ansias de venganza.

—Yohanna, pon a Lucas Vázquez al día con la investigación, nos ayudará en lo que pueda. Eso sí —se dirige a él—: si te duelen las manos demasiado o estás agotado, paras. Y otra cosa, quiero saberlo todo sobre el párroco del pueblo. Necesito…

—¿Santiago, el cura?

—Sí, el cura. Lo que ha dicho Man…

No termina la frase porque ve algo que llama su atención. Un movimiento en la oscuridad. Una sombra que trata de ocultarse… ¡De huir!

En el otro extremo de la calle por la que ha venido Lucas, una enorme sombra gira sus pasos y comienza a marcharse alargando la zancada hasta echarse a correr. Estaba absurdamente oculta tras la esquina, como un niño grande jugando al escondite. Les espiaba y, por ello, Anastasia también sale corriendo para perseguir a un segundo sospechoso. No puede creer que esté en una segunda persecución en su primer día como sargento de Zufre.

Recorre a toda prisa la calle Linares y tras una curva ve al fondo a la gran silueta rebuscar en su bolsillo.

¿Va a sacar un arma?

No.

La sombra saca un manojo de llaves que, con torpeza, trata de atinar para introducir la correcta en la cerradura del portón de una casa. Cuanto más se acerca Anastasia, más cuenta se da de lo grande y gruesa que es la sombra. Parece un segundo monstruo al que deba enfrentar. Este logra meter la llave y abrir la cerradura. Entra en la casa para sentirse a salvo y cierra justo cuando Anastasia golpea la puerta.

—¡Abra a la Guardia Civil! ¡Abra ahora mismo!

Lucas y Yohanna llegan tras su jefa y se doblan sobre las rodillas para tomar aire. De la puerta de enfrente sale el vecino

Óscar.

—¡Lucas, ¿qué ha pasado?! —exclama en pijama.

En el interior de la casa del sospechoso se escuchan gritos y un llanto que parece el berrido de una vaca. Al cabo de unos segundos, Santa Carmen abre la puerta.

—¡Ay, Lucas, ¿qué pasa?!

—¿Ha entrado alguien que no viva aquí, Carmen?

—¡No, Lucas, no! ¡Por Dios bendito! Son mi marido y el niño. Están asustados, están llorando, ¿qué pasa? Por favor, que es de noche, no me asustéis así…

Anastasia echa un vistazo tras la señora Carmen. Ve el salón y sobre el sofá hay sentados, acurrucados y abrazados, dos hombres de talla XXL. El marido de Carmen es quien está berreando, mientras que su hijo permanece aferrado al cuello de este como un niño atemorizado, y es lo que parece a pesar de sus treinta y pocos años y su figura descomunal. El perrito bodeguero, a los pies del sofá, no para de ladrar, nervioso.

—Jefa —dice Yohanna, llamándola para que retroceda un poco. Cuando Anastasia se le acerca a un palmo, ella le susurra una explicación convincente—. El marido tiene alzhéimer y el hijo es discapacitado… Solo para que lo tengas en cuenta. A lo mejor solo se ha asustado y por eso corría. El pueblo está muy intranquilo con lo que ha pasado hoy.

Anastasia ve compasión en los ojos de su compañera y decide rectificar. Está cansada, ha sido un día muy duro y los

impertinentes ladridos del perro no le dejan pensar con claridad.

—Disculpe, doña Carmen, ha sido un malentendido. Pensamos que alguien se colaba en su domicilio. Descansen, por favor. Ya nos vamos.

Cuando los tres guardiaciviles se retiran, oyen a sus espaldas la voz del entrometido Óscar:

—¿De verdad iban a detener a Quique? ¡Ja! ¡Pero si ese muchacho no mataría una mosca!

Anastasia escupe sus pensamientos como los siente:

—¡Joder! ¡Lo mismo que me ha dicho Patxi sobre el holandés! Resulta que en este pueblo nadie mataría una mosca… Pero tenemos un cadáver quemado vivo y a su padre en la UCI.

Óscar no contesta. No le sienta bien que una mujer le grite. Mira a la sargento con cara de pocos amigos y retrocede hasta meterse en su casa y dar un portazo.

Anastasia camina junto a sus compañeros de regreso al puesto de la Guardia Civil. Se nota en la frente una película de sudor y le duele la tripa, no sabe si de nervios o de qué. Trata de centrarse.

—Lucas, ¿qué puedes contarme de esa familia?

—Bueno, es difícil tener trato con Jacobo. Me lo encuentro muchas veces por ahí perdido, bien por cualquier calle del pueblo o en medio mismo de la carretera. Alguna que otra vez incluso en gayumbos. Casi siempre va paseando al perro. Él lo saca porque tener mascota le ayuda; al cabo de treinta minutos andando se

olvida de adónde va y de dónde está, pero el perro tira de él y le hace moverse hasta encontrar su casa. Hay que tener mucho cuidado con él, no sé cómo aún no le ha atropellado un coche… Yo lo recojo muchas veces y lo acerco a casa con su mujer. Pero habla muy poco y rara vez me mira a los ojos o me reconoce. No hace mucho que le diagnosticaron alzhéimer, pero empeora muy rápido, cada vez está peor. La última vez que lo recogí llevaba la correa sin el chucho y estaba a la vuelta de la esquina de su casa sin saber adónde ir.

—¿Y el hijo?

—Quique… Pues tampoco es que pueda decir gran cosa de él. Su mayor contribución es ser el monaguillo perenne del pueblo. Es lo único que parece hacerle feliz, estar en la iglesia leyendo los libros de teología que Santiago, el cura, tiene en su biblioteca. Parece una persona minuciosa, silenciosa, que no se mete en problemas. Siempre ha sido así y por eso sigue siendo tratado como un niño. Muchos dicen que es discapacitado, y yo no entiendo mucho de eso, pero nunca vi a un discapacitado leer tanto.

—Bueno, es lo que se oye por el pueblo —se excusa Yohanna.

—Es reservado —continúa Lucas— y muy serio, eso sí. Nunca le veo sonreír. Muy poco sociable y no te mira a los ojos, como si fuese un poco autista. No he pasado la infancia en este pueblo, pero me imagino el acoso escolar que habrá podido sufrir. Con ese tamaño y en su época, seguro que fue tratado como un monstruito.

A la sargento no le cuesta ponerse en su lugar. Ella ya se sintió bastante apartada en la escuela tan solo por ir en silla de ruedas. Gracias a D… Por suerte tuvo a Sergio, alguien muy especial, a su lado.

—¿Y el vecino que vive enfrente?

—Uff… —suspira—. Óscar, un pesado. No sé… Nunca ha sido trigo limpio y tiene pequeños antecedentes por cazar donde no debe y por alguna trifulca, aunque no falta un domingo a misa y asegura que en el pasado quiso ser miembro de la Guardia Civil. Creo que hubiese sido un corrupto. Pero no sé… tampoco quiero entrar a fondo valorando a alguien con quien pueda equivocarme. Lo que más deseo es que el asesino sea alguien de fuera de este pueblo.

—Te entiendo.

—Puede ser, ¿no? Quiero decir que puede que alguien haya venido a cometer el crimen y ya se haya marchado. O que sea vecino de otro pueblo.

—Sinceramente, yo espero que no.

Cuando llegan al acuartelamiento, ven frente a la puerta a cuatro hombres que se bajan de dos vehículos apostados en la entrada.

—¿Y ahora qué? —pregunta Anastasia sin esperar respuesta. Solo expresa lo agotada que está.

De los cuatro hombres, uno posa las manos en la cintura y centra su atención en Anastasia. Lleva bigote y perilla, y tiene una

amplia frente con entradas que lo mantienen muy lejos de la juventud de la que no acepta desprenderse. Para sus cincuenta años es bastante fornido y está muy bronceado. Su único complejo es la talla. Es bajito y en seguida le rodean los otros tres, mucho más altos y aún más corpulentos.

—Son los de la policía judicial —informa Lucas antes de darles el encuentro.

Lucas saluda al brigada Guerrero y este señala sus manos.

—¿Qué cojones te ha pasado, Lucas?

—No es nada, mi brigada. Gajes del oficio, supongo.

—Hostia, puta, qué cabrón. Luchas duro por la medalla, macho —bromea el brigada mientras levanta la cabeza para mirar sonriente a los tres tipos que le acompañan.

Lanza su mirada analítica a Anastasia y espera que se presente. Ella lo hace de manera cordial. Está demasiado cansada para cuadrarse y andarse con florituras militares. Guerrero afirma con un gruñido y luego le presenta a su equipo. Son el relevo, la policía judicial, los que van a encargarse del caso. La sargento les pone al día en su despacho y, una vez delega su trabajo, se va a descansar no sin antes ofrecer su ayuda o la de cualquiera de sus hombres. En especial la de Lucas, que insiste en formar parte directa de la investigación. Guerrero asiente y admite que cualquier ayuda es buena, sobre todo de alguien que conoce tan bien a los vecinos del pueblo. Anastasia acaba por alegrarse de tener un guardia como Lucas. Tras despedirse, se marcha al piso situado en el mismo acuartelamiento para dormir unas horas.

24

Después de una merecida ducha de agua fresca, Anastasia seca su cuerpo con una toalla y se tumba desnuda sobre la cama. Está agotada, tanto física como anímicamente. El día ha dado para mucho. Demasiadas emociones que controlar en tan corto espacio de tiempo. No quiere pensar, no desea pensar en nada más, pero sabe que la mente es un ente muchas veces incontrolable y lo que no reflexione de manera consciente lo hará en sus pesadillas.

Las piernas carbonizadas de Alicia acuden a su mente con punzadas de dolor que siente como propio.

Anastasia se incorpora con la toalla cubriendo sus partes íntimas y se coloca frente al espejo. Sabe que debe hacerlo, es su terapia. Mirar su pasado a través de un espejo de cuerpo entero. Anastasia abre los ojos y contempla la compleja red, como una telaraña de cicatrices y marcas que recubren la piel de unas piernas con estampado de parches rosados que ascienden por sus muslos y se ocultan bajo la toalla que oculta su sexo y que no retira.

Se lo piensa.

Le cuesta.

No se atreve a ir más allá, aun sabiendo que debe mirar y aceptar lo que es. Lo que ha sido siempre desde que aquel demonio…

—Miau, miau.

Un gato maúlla tan cerca que parece estar dentro de su habitación. Anastasia mira hacia el origen del sonido y ve en el quicio de la ventana al gato que vio el día que llegó, la noche anterior, abajo, en el patio. El mismo que actuaba como si todo el cuartel fuese suyo. Es atigrado, de colores grises y oscuros, y tiene unos preciosos ojos verdes que le recuerdan al atractivo holandés errante, el extranjero que parece vivir como Buda. Buda…

Anastasia se acerca y le ofrece su mano con la palma vuelta hacia arriba para no asustarlo. El gato la huele y luego se contonea bajo sus piernas para frotarse con ella. Al *misifú* no parece asustarle aquellas piernas marcadas a fuego y, gracias a ello, se gana el cariño de la sargento. Han creado un vínculo.

—Quieres ser mi compañero, ¿eh?

Anastasia sonríe por primera vez en aquel pueblo. Se alegra de tener aquel tipo de compañía. La de un *no-humano*. La de un animal sin capacidad consciente de hacerle ningún mal. O de rechazarla por sus muslos arrugados.

Toma una loncha de pavo del frigorífico y se la ofrece. El gato la olisquea primero antes de devorarla mientras ronronea. Ella le acaricia la espalda y este levanta su rabo.

—Buda… Voy a llamarte Buda.

25

Una figura postrada en un sillón observa con interés el programa matinal de noticias donde hablan de su pueblo, Zufre, y anuncian el crimen del que es responsable. A pesar de llevar una hora sentado y sin cambiar de canal, sigue aferrado al mando de la televisión. Le gusta la sensación de dominio y control sobre todas las cosas a su alrededor, incluidos los pequeños detalles. Siempre que puede, deja todos los cabos atados.

Una periodista jovencísima se encuentra en el Parque de los Alcaldes con un bonito plano del entorno de Zufre a su espalda. A su izquierda sobresale la torre del campanario de la iglesia de la Purísima Concepción. A su derecha queda el embalse y el bosque en el que murió la joven Alicia Ortiz. La periodista habla sujeta a un micrófono bajo sus grandes ojos y ofrece los pocos datos de que dispone:

—Hemos hablado con muchos vecinos del pueblo y están, como comprenderán, muy preocupados por el crimen tan horrible que se ha cometido, donde Alicia, la víctima, fue quemada en una hoguera. Hoy estamos a la espera de que le realicen la autopsia para saber, al fin, en qué condiciones falleció. Por otra parte, su padre permanece ingresado en la Unidad de Cuidados Intensivos con quemaduras muy graves al intentar rescatar del fuego el cuerpo de su hija.

—¿Y qué sabemos de la investigación? ¿Ha habido alguna detención? —Ambas preguntas las hace la presentadora, una mujer

alta, rubia e hipersexualizada, que habla con su compañera, en directo, desde un plató de la televisión autonómica situado en Sevilla.

—Hasta ahora —responde la periodista— no tenemos grandes datos, pero sí sabemos que ha habido, al menos, una detención. No conocemos la identidad del sospechoso, pero sí la de las dos guardiaciviles que lo detuvieron. Una es Yohanna Alonso, muy conocida en el entorno por haberse hecho con el título de campeona del mundo de Muay thai. La otra es la nueva sargento de Zufre, que tomó posesión de su nuevo destino ayer mismo y que obedece las órdenes del bri…

—¿Ayer? —interrumpe la presentadora—. ¿Estás diciendo que llegó ayer a su nuevo destino y se topó con un asesinato así?

—Eso es empezar con mal pie —bromea un tertuliano.

—Sí, exacto, así es —afirma la periodista, conteniendo una risilla nerviosa. Al ser interrumpida, rápidamente tiene que adaptarse a la nueva pregunta para luego reordenar su discurso. Aun siendo joven, es buena profesional y lo resuelve con soltura—. Llegar y pegar, como decimos los del sur. Ayer, cuando tuvo lugar el cruel asesinato, fue el primer día de trabajo en el pueblo de Zufre para la sargento Anastasia Petrova.

El sillón cruje cuando la sombra se aproxima al televisor, agudizando el oído. ¿Ha escuchado bien aquel nombre?

—Hemos podido grabarla esta mañana —continúa la periodista—, levantada desde muy temprano y trabajando codo con codo con los agentes de la judicial. Sin duda es una guardiacivil con

experiencia y el pueblo confía en que tanto ella como el resto de agentes sepan estar a la altura de las circunstancias para enfrentar lo que muchos del pueblo llaman la maldición del azu…

La imagen de la pantalla ha cambiado del directo a las grabaciones de primera hora. En la pantalla aparece una mujer delgada de pelo castaño claro. A pesar de su uniforme verde, parece un cervatillo desubicado huyendo de las cámaras.

Las oscuras pupilas del siniestro hombre que observa la pantalla se engrandecen como nunca antes. ¡Es ella! ¡Anastasia Petrova! Un recuerdo le golpea como un rayo, erizando los vellos de sus brazos:

<< Tilín, tilín, tilín… Sshh, sshh, ¡eh!, Nastia, venga para adentro…>>.

La comisura de su fino labio se ensancha y, tras largo tiempo, aparece en su faz una sonrisa espeluznante. Cabellos claros… Cabellos dorados…

Su mano libre rebusca en el bolsillo de la chaqueta hasta sacar un amuleto que siempre le acompaña, un objeto que recarga para estar listo y cumplir sus deseos. Juega con él en su mano antes de extender el brazo hasta la pantalla y posicionar el objeto delante. Visualiza en su mente aquellos cabellos dorados y ahora confunde los ojos grandes de la periodista con los de otra persona. A la altura del rostro de ella, frente a su cara, presiona el botón de su amuleto y una llama se enciende. El fulgor de Satán ilumina su rostro en sombra y sus negras y dilatadas pupilas que vibran por la emoción de recordar algo, aquella madre… cabellos dorados, aquella hija…

cabellos claros… Él está emocionado. Su mano tiembla aferrada a su preciado amuleto: un mechero plateado.

26

Daniel está realmente aburrido. Se ha levantado temprano para deambular por las calles vacías del pueblo. Es martes, sin embargo, no hay clases de instituto porque se ha decretado cierre de escuelas y día de luto en Zufre y su vecina Santa Olalla del Cala por la gran tragedia que asola el ánimo de los convecinos. A Dani le aburre todo aquello. Mueren cientos de miles de personas a diario. Millones de animales. Qué importa que una pija tonta se haya ido. La gente es gilipollas. Seguro que ahora todos la querían, incluso esa pandilla de golfas y fumetas que le dieron de lado una vez pasaron del cole al insti. La gente es muy falsa.

Dani detesta a todo el mundo menos a sí mismo.

Sus pasos le llevan hasta la escuela infantil donde conoció a Jésica. Lleva todo el día muy rara, apenas han hablado cuando antes se escribían wasaps cada quince minutos. No cree que sea por estar ocupada con el bebé; más bien piensa que es por haberla grabado haciendo aquello. Dani mira su móvil: nada. Pues, si esa es la actitud que va a tomar, que le den. Él no ha hecho nada malo.

Frente al colegio está el puesto de la Guardia Civil rodeado de vehículos oficiales. Han venido los de la policía judicial y también los de la científica. Aquello es un hervidero de acusaciones y Daniel se acerca a una ventana de la que parecen salir voces. El acento es vasco:

—¡Ahí va la hostia! Te juro que lo intuía. Llevaba pensándolo desde la mañana que me enteré lo de esa pobre chica. En cuanto supe que había sido en el bosque sabía que algo tendría que ver el tipo raro este. Joder que si lo sabía, creo recordar que algo le dije a la sargento nueva sobre la posibilidad de que hubiera sido él, y se ve que me creyó porque enseguida lo detuvo. Yo le dije más o menos por donde solía estar. La ha matado él, estoy seguro, el holandés errante.

¡El holandés errante! Habían detenido al holandés errante, menudo notición. Dani saca el móvil y comienza a escribir un wasap a Jésica. <<Tía… a que no sabes a qui…>>. Se detiene. Borra lo escrito y se guarda el móvil. Si ella no quiere saber nada de él, tampoco él de ella. Que le den por culo.

Dani se acerca a otra ventana. Quiere encontrar al holandés detenido y verlo con sus propios ojos.

—¡Eh! ¡¿Qué te crees que haces ahí, niño?! ¡Largo de aquí!

Dani se asusta y mira pasmado a la ventana desde la que una mujer le recrimina. Es la que vio llegar en el Audi amarillo, la que casi lo atropelló, la nueva sargento.

—¡Vete ya, si no quieres meterte en problemas!

—¡Bruja! —le grita él antes de salir corriendo.

Anastasia se queda con la boca abierta.

Dani huye a toda prisa hasta meterse en casa. Siente el corazón que se le sale por la boca. Ha sido un valiente por insultarla sin acobardarse. Ahora solo le queda aburrirse en casa el resto de la

mañana. Ni siquiera ha podido espiar lo suficiente para ver al holandés errante. Esa bruja zorra le ha fastidiado el día. Ella es la bruja que vino el mismo día del discurso del padre Santiago acerca de la maldición del azufre. Esa es la cabrona que trae consigo la maldición. Desde que ha llegado muchas cosas han cambiado y hasta su mejor amiga ha dejado de hablarle. Es una extraña en el pueblo y Dani la odia con todas sus fuerzas. Hará lo que sea necesario para que se largue pronto de allí.

27

El juez de instrucción decretó el levantamiento del cadáver durante la madrugada. El brigada Guerrero está presente en la autopsia que lleva a cabo el forense. Lucas está en el despacho de su sargento donde ha informado a esta de las labores de la policía judicial, con sus trajes blancos para evitar la contaminación, recogiendo cada pista y prueba en el bosque.

Anastasia saca un pañuelo y se seca la frente. Incluso siendo temprano hace calor. Aquel pueblo va a acabar con ella.

—Anoche dijo que quería información acerca del padre Santiago —dice Lucas, que parece no haber pegado ojo en toda la noche.

—Sí.

—He oído que piensa dar una misa especial por el fallecimiento de… —No se ve capaz de decir el nombre de la hija de su amigo— de la chica. Creo que sería bueno que usted acudiera a la misa y así poder conocer mejor tanto el pueblo como su iglesia. Aquí hay mucho capillita que no se salta una misa.

—Así lo haré. ¿Has dormido?

—He dado alguna cabezada larga —miente. Las oscuras ojeras le delatan.

—Creo que necesitas descansar más, Lucas.

Lucas titubea. La sincera preocupación de su nueva sargento le pilla en fuera de juego.

—No importa. Pensaba ir a hablar con la gente del pueblo. Ya le pasé una lista al brigada con las personas que recuerdo haber visto por la zona del bosque ayer por la mañana. Puede que nos venga bien hablar con ellos. El pueblo desea ayudar y ser partícipe de esto. Les gusta hablar y contar su versión de lo vivido y creo que yo puedo adelantar ese trabajo y preguntar para conocer sus coartadas o para saber si vieron por allí a Manfred. Quizá logre sacar algo de ellos.

—Lucas, no debes correr en esto. Os necesito al cien por cien y para ello es necesario dormir. La policía judicial se encargará de los testimonios porque ellos saben mejor que nosotros lo que debe hacerse. También estamos Yohanna y yo…, y Patxi y… y…, bueno, no sé quiénes más porque ni siquiera he tenido tiempo de conoceros; pero hay tiempo para todo y no debemos pisarle el trabajo a la policía judicial. Tú lo que necesitas es descansar. Así que retírate. Tómalo como una orden, hazme el favor.

—Recibido —contesta Lucas sin mucho entusiasmo antes de marcharse.

Cuando sale de puertas afuera, Anastasia oye un alboroto enorme. Se incorpora y sale detrás para ver qué ocurre. Numerosas cámaras de televisión enfocan a Lucas en su prácticamente huida de la zona. Los periodistas le lanzan preguntas a diestro y siniestro, pero Lucas tiene el buen juicio de no responder a nada y marcharse a paso ligero. Cuando los periodistas le pierden tras una esquina, dan media vuelta y enfocan sus cámaras hacia la sargento.

—Esa es la sargento Petrova —oye decir a alguien.

—¡Sargento! ¡Sargento!

—¡Sargento Petrova, por favor, unas declaraciones para Radio Televisión Española!

—¡Sargento Petrova ¿cómo está siendo el interrogatorio?!

—¡Sargento Petrova ¿qué puede decirnos de la autopsia?!

Anastasia Petrova alucina con el incremento de periodistas. Sin duda aquello son malas noticias para el caso. Más cobertura mediática significa que todo acaba de convertirse en un circo donde las opiniones de las masas y políticos de turno se inmiscuirán e interferirán en un buen desarrollo de la investigación.

Da media vuelta y cierra la puerta principal del puesto de la Guardia Civil de Zufre. Se lleva de nuevo el pañuelo a la frente para secarse el sudor. Maldita sea… Tiene la sensación de que Zufre se ha convertido en un dique a punto de desbordarse. Y como si alguien hubiese oído sus pensamientos, oye a un oportuno periodista alzar la voz desde el otro lado de la puerta para poner un broche de oro y convertir aquello en un verdadero culebrón:

—Como pueden observar, ningún miembro de la Guardia Civil quiere realizar declaraciones. ¿Puede deberse esto al temor que existe en el pueblo a la ya mencionada maldición del azufre?

28

No piensa irse a dormir. Lucas se monta en su Dacia y conduce una hora hasta el hospital Virgen del Rocío, en Sevilla. Se conmueve al ver a la mujer de su amigo. Permanece sentada, inmóvil, no le quedan lágrimas que derramar. A Fernando todavía lo mantienen en la Unidad de Cuidados Intensivos porque su estado sigue siendo de altísima gravedad.

Lucas se cuela: atraviesa la puerta de acceso a personal autorizado para avanzar por un largo pasillo de paredes blancas hasta detenerse frente a un mamparo desde el que puede ver a Fernando, con el cuerpo completamente vendado y tumbado sobre una cama repleta de cables. Ver aquello le traslada a otra época.

—¡Mi cabo!

Sus pesadillas asaltan la realidad debido al cansancio. Debería haberle hecho caso a su sargento y haberse ido a dormir. La falta de sueño produce alucinaciones.

Instrumental médico. Vendas. Una camilla con un cuerpo quemado.

—¡Mi cabo!

Lucas da un respingo y pestañea.

Fernando parece tener algún tipo de reacción, lo ha visto. Ahora tiene los ojos clavados en Lucas y está boqueando. Parece querer decirle algo, pero el mamparo de seguridad les separa. La

piel es la protección del cuerpo ante agentes patógenos y sería un riesgo para la frágil salud de su amigo que él entrase sin traje de protección individual para poder oír lo que le quiere expresar, así que por señas avisa a la enfermera que está dentro. Esta se aproxima al cristal para oír lo que el guardiacivil le pide.

—Por favor —exclama, señalando a Fernando—, mi amigo quiere decirme algo. Puede ser muy importante para el caso. Estamos con una investigación importante… Por favor, hágame saber qué dice. Escuche lo que dice y dígamelo usted, por favor. ¿Qué dice? ¿Qué dice? —repite, haciendo señas con las palmas de las manos hacia arriba.

La enfermera se retira y acerca su oído a los labios de Fernando. Tarda un rato en regresar la vista al mamparo. Parece esquiva, como si no quisiera volver a hablar con Lucas. Él vuelve a mostrarle las palmas de sus manos vendadas y ella niega con la cabeza. Cuando se atreve a mirarle a los ojos, parece consternada. Vuelve a negar con la cabeza.

—¡Por favor, dígamelo! ¡Es muy importante!

Una médica sale de una de las salas y conmina a Lucas a marcharse.

—Por favor, no grite. Usted no puede estar aquí, márchese.

El guardiacivil muestra su placa identificativa.

—Soy guardiacivil, estoy en una investigación muy importante y necesito saber qué dice ese paciente: es amigo mío.

—Me da igual quién sea usted. No puede estar aquí, márchese ahora mismo.

La enfermera ve el gesto desesperado de Lucas. Aprieta los labios. Luego, para no ponerse a gritar desde el interior de la UCI, busca una pequeña pizarra que usan para comunicarse con pacientes que no pueden oír. En ella escribe con rotulador la frase que repite Fernando, y se la muestra al guardiacivil a través del cristal.

Lucas observa atentamente lo que pone.

<<Debiste dejarme morir, debiste dejarme morir…>>

Y se queda petrificado.

Da media vuelta, no por salir, sino para dejar de ver aquella frase lapidaria. El pasillo blanco se estrecha sobre él y los sentidos se le nublan. Ni siquiera oye las reprimendas de la médica que le está echando. Se marcha de allí antes de que sus lágrimas impidan hacerle ver la salida y lucha a horrores contra sus piernas por continuar caminando y no caerse de bruces allí mismo.

29

—¡Iros a la mierda! ¡A la mierda! —El brigada Guerrero se libra así de los periodistas antes de aparecer por el cuartelillo con el rostro agrietado de arrugas y preocupaciones.

Primero va al baño, luego sale de este con el rostro empapado y minúsculas gotas adheridas a los pelos de su perilla a lo mosquetero. Anastasia le aborda en su despacho.

—¿Cómo ha ido la autopsia?

—Fría e incómoda, como todas —dice mientras se seca la perilla con un pañuelo de papel.

—¿Murió quemada viva?

Es lo que más interesa a Anastasia. No quiere ni pensar que la chica tuvo que sufrir mucho más de lo que ella misma sufrió en sus carnes.

El brigada la mira pensativo. Sus labios apretados son dos finas líneas blanquecinas. Sus ojos están achinados en el marco de un rostro cuadrangular y su cuello desaparece enterrado en trapecios hinchados.

—No. El cuerpo fue quemado después.

Anastasia suspira. Resulta un alivio saber eso.

—Aunque —continúa Guerrero— no pienses que la chica no sufrió… No sé qué forma de morir es la peor… Pero no tuvo una

muerte rápida.

—…

—El forense quiso encontrar restos biológicos en las uñas para saber si trató de defenderse y encontrar ahí piel muerta del asesino. —Posa los codos sobre el escritorio y apoya la perilla en sus manos abiertas acogiendo su anguloso rostro. Luego expulsa un largo y lento suspiro. Lo que está contando no es plato de buen gusto para nadie—. Pero los dedos de sus manos están tan quemados como los de sus pies. Así que todavía no podremos demostrar la culpabilidad de ese extranjero hijo de puta que tenemos encerrado.

A la sargento le sorprende y, en cierta medida, le molesta aquella manifestación expresa de querer enchironar al holandés.

—¿Tan seguro estás de que Manfred es el culpable?

—Le he vuelto a interrogar y esconde demasiadas cosas. Ese cabrón es astuto. Además, su actitud es la de un asesino. Muchos de los asesinos regresan al lugar de los hechos para deleitarse reviviendo el placer que sintieron al matar a sus víctimas. Y por eso tú lo cazaste allí, escondido. Tampoco tiene coartada: blanco y en botella.

—Vive solo en una cabaña del bosque. Es difícil tener coartada así.

—No es una cabaña, es una mansión de dos plantas. Y ese no es mi problema, sino el suyo. ¿Qué clase de persona vive hoy en día aislada de la sociedad?

—¿Habéis examinado su casa?

—Todavía no, mis chavales van allí luego. Después de haber estado en la zona donde se quemó el cuerpo de la chica, los he mandado a recorrer parte de la orilla del embalse.

—¿Para qué van a la orilla del embalse?

El brigada se echa hacia atrás en el respaldo de la silla. Anastasia cambia su peso a la otra pierna, lleva recta y en la misma posición mucho rato. Está tensa.

—Eso tiene relación con cómo murió la chica. Aquí nada es lo que parece…

—¿Cómo murió Alicia?

El brigada se cruza de brazos y vuelve a suspirar. La mañana examinando el cadáver junto con la forense le ha quemado las neuronas del resto del día. Se nota que necesita un descanso.

—Tiene una fractura craneal producida por un fuerte golpe que, como poco, tuvo que dejarla inconsciente. Fue con un objeto muy duro, metálico me atrevería a decir. Pero eso no la mató… Ni eso ni el fuego.

—¿Entonces…?

Riiiiinnngggg.

El tono anticuado del teléfono de la oficina hace pestañear a la sargento. Guerrero contesta con mano firme; sin embargo, Anastasia le ve temblar al cabo de un segundo.

—A la orden de usía mi coronel. A la orden. A la orden. Sí. A la orden. —Es lo único que Anastasia oye en lo que dura la conversación telefónica. Luego, tras colgar, se levanta de la mesa y lanza un cubilete de rotuladores contra la pared—. ¡Me cago en mi puta calavera! ¡Me cago en la Guardia Civil! ¡Toda la vida aburrido en un puto pueblo de mierda, esperando un caso así, para esto!

Anastasia se queda muda. Observa cómo el brigada se ha puesto completamente colorado y se le marcan unas feas venas sobre su frente.

—¡Ahora que me pongo al mando de algo serio y vienen los putos pijos de la capital a joderme como si yo fuese un puto crío que no sabe lo que hace! ¡Joder! —Y lanza una patada a la nada. Tras caminar de un lado al otro de la sala, recoge los rotuladores del suelo y vuelve a dejar el cubilete en su sitio. Luego se dirige a la salida.

—Mi brigada ¿a dónde va?

—¡Me voy a cagar! Solo en el váter pienso tranquilo. Viene la policía judicial de Madrid. Se van a hacer cargo del caso y me dejan como mero títere. No quiero saber nada más… Me voy a cagar y luego prepararé un informe de lo que llevamos de caso para que esos hijos de puta se coman el pastel.

—Pero, mi brigada, ¿cómo murió Alicia?

El brigada se detiene a las puertas del baño y mira a la sargento con gesto circunspecto. Exhala.

—Ahogada. Esa pobre chica murió ahogada.

Y con un portazo, el brigada deja a Anastasia descolocada.

30

—Alicia murió ahogada, antes de que su cuerpo ardiera —explica el brigada Guerrero nada más salir del baño, mientras termina de abrocharse el cinturón—. Cuando mis chavales examinaron el cadáver, vieron el extremo de un trapo de tela blanca metido en su boca. —Anastasia también lo había visto, pero con la impresión de ver quemado medio cuerpo, más la persecución de Manfred después, se olvidó de ello—. El forense ha extraído la tela de su garganta. Estaba empapada y no por los fluidos de la joven. Le abrió el tórax y examinó sus pulmones. Están encharcados. La chica murió ahogada antes de ser quemada en la hoguera. Y todo indica que la ahogaron con la tela blanca metida en la boca porque esta le ha llegado hasta la tráquea, probablemente al tragar en su horrible esfuerzo por tomar algo de aire cuando estaba siendo ahogada con el trapo en la boca. Es una muerte angustiosa. Muy horrible.

Anastasia tiene serias dudas sobre qué muerte es más horrenda y sufrida: si ahogada mediante tortura o quemada viva.

—El lago —dice la sargento sin pensar.

—¿El qué?

—El lago al que saltó el holandés. El embalse de Zufre. Está muy cerca de la hoguera donde quemaron a la chica. Por eso has mandado a tus hombres a la orilla del embalse… Si murió ahogada pudo ser allí, en esa zona.

—¿Y sigues dudando de ese extranjero?

—Manfred vive cerca, es cierto, pero le habría sido más cómodo ahogarla en la bañera de su casa.

—Quizá no tenga bañera.

—Habría que mirarlo. Todavía no tengo claro que haya sido Manfred. Hay que buscar más pruebas en su casa.

—Sargento, no se deje encandilar por los ojos verdes de ese extranjero.

No lo hace. Anastasia se enfada. Tan solo le resulta demasiado pronto para sacar conjeturas. No le gusta la animadversión que Guerrero siente hacia el holandés. Es como si en su mundo todos los extranjeros fueran culpables de las desgracias del mundo. No desea dudar de la profesionalidad del brigada, pero es que se comporta como un auténtico xenófobo. Y encima la trata a ella como a una niña débil y tonta… La relación no es buena y, por ello, en lugar de cerrarse en banda como haría cualquiera, emplea más esfuerzos por colaborar con su nuevo jefe:

—Puedo ofrecerte a los guardias del puesto para que ayuden con la investigación. Estáis abarcando demasiado terreno. No habéis terminado con la hoguera y aún os queda la casa y, ahora también, el embalse. Puedes dividir a tus hombres y que los míos se unan a cada uno de ellos para echarles una mano. No tocarán nada que tus hombres no les haya dicho previamente que toquen. Solo obedecerán órdenes.

El brigada Guerrero se acaricia la perilla mosquetera y asiente con calma.

—Sí, qué leches. Este es un caso gordo. Nos vendrá bien toda la ayuda posible, sobre todo si eso nos lleva a encontrar nosotros alguna clave del caso antes de que vengan los chulos de Madrid a convertirme en un cero a la izquierda.

31

Lucas monta en la parte trasera de un vehículo todoterreno que conduce uno de los agentes de la policía judicial de Aracena. Patxi va de copiloto. El conductor arranca el motor y salen del pueblo. Por el espejo retrovisor observa las manos vendadas de Lucas y se da cuenta de que es el primero que llegó a la escena del crimen.

—¿Te duelen?

Se mira las manos como si fuese la primera vez en su vida que las ve.

—Bastante. Cuando se me pasan los efectos del sedante, se me vuelve un poco insoportable. —Lucas inspira en profundidad y siente un ardor en el pecho—. Pero el dolor me recuerda al hijo de puta que debo atrapar.

—Amén por eso.

Toman una carretera secundaria y giran para adentrarse por un camino de tierra. Avanzan hasta que no pueden continuar en coche y entonces se bajan y caminan unos seiscientos metros hasta llegar a un claro. Allí, una casa de madera oscura y de proporciones perfectas, las dibujadas por cualquier crío en un colegio, reposa rodeada de árboles. La puerta no tiene ningún tipo de seguridad y los tres agentes entran al domicilio. El interior es acogedor. Hay mesas y sillas fabricadas a mano y un dormitorio principal con un colchón que parece bastante confortable.

—¡Ahí va la hostia! Yo de verdad creía que el tío vivía en una cabaña —expresa Patxi.

—Voy a pediros que no toquéis nada —dice el de Aracena—. Si veis algo, por favor, avisadme.

—¿No te pones ese jodido traje de color blanco?

—Hace demasiado calor y este no es el escenario del crimen. En principio solo usaré los guantes en caso de que necesite recoger algo. De momento solo hemos venido a mirar. Los de Madrid pronto se harán cargo de esto. Nosotros venimos a ver si podemos adelantar algo.

Mientras los otros dos se quedan en la planta baja, Lucas sube a la planta superior y entra al dormitorio principal.

—El extranjero es más listo de lo que creímos todos —anuncia —. Cuando se trata de su espalda, la naturaleza se la trae al pairo, porque aquí hay una cama que no ha crecido de una rama. Tiene un colchón mejor que el de mi casa. —Y entonces se percata de un objeto que le llama poderosamente la atención. Es un leve brillo que reluce bajo la almohada gracias a la luz natural que entra por una ventana. Oye la madera de la escalera crujir, alguien que sube, y con rapidez desliza su mano vendada para coger con dos dedos un pequeño objeto que se lleva al bolsillo del pantalón y se guarda sin que sus compañeros se den cuenta.

Patxi asoma su enorme tripa a la habitación. La calva del vasco aparece lenta tras su barriga.

—Se ve que no le gusta hacer la cama —dice Lucas, solo para relajar la tensión y cerciorarse de que no le ha visto coger nada a

escondidas.

—Será un flojo, pero está hecho todo un artista —apunta el vasco—. En esa habitación del fondo parece que hay muchos cuadros. Voy a acercarme a ver.

Van juntos para descubrir una estancia que está repleta de lienzos coloridos. En la mayoría de estos lienzos hay paisajes vistos por los ojos verdes de Manfred, pero también hay otros más llamativos, llenos de cuerpos desnudos revueltos en una orgía. El cuadro más chocante es uno con los bordes oscuros y el centro de tonos rosados. Es una vagina en primer plano.

—¡Aúpa! —exclama Patxi—. Nuestro hombre es un verdadero pervertido. Cada vez tengo más claro que ha sido él. Está obsesionado con los chochitos.

Lucas, en cambio, mantiene la mirada fija en otro cuadro. Es un lienzo en blanco sobre el que hay huellas de manos de todos los colores. Esas manos pintadas tienen diferentes tamaños: unas más grandes y alargadas, otras más finas y pequeñas…

Aprieta su puño vendado sobre el objeto sustraído y se aferra al intenso dolor que le martillea la mente. Ese maldito extranjero le ha robado el sueño.

32

Está anocheciendo. La prensa está recogiendo el material para marcharse al hotel cuando entran cuatro vehículos verdiblancos, dos Toyota Land Cruiser y dos Citroën Grand C4 Spacetourer, seguidos de un Alfa Romeo Stelvio Q4 de color negro. Primero se quedan pasmados viendo la caravana de automóviles hasta que alguien comienza a reaccionar sacando su cámara para grabar y el resto le imita. La bandada de pájaros periodísticos retoma su vuelo y todo vuelve a la confusión del revuelo. Preguntas sin respuestas e información inexacta, pero intrigante. ¿Quién es ese ejército que acaba de llegar?

En un lateral del edificio del puesto de la Guardia Civil de Zufre, Yohanna abre las puertas de acceso al patio interior del acuartelamiento y entran en fila los cinco coches. Se bajan de estos un equipo de nueve personas cargadas de materiales y capitaneadas por un hombre de mediana estatura, bigote y un flequillo largo y negro que le cae sobre uno de sus ahuevados ojos. El capitán Paz desciende del Alfa Romeo y estira la espalda antes de iniciar una marcha ligera, dejando atrás a sus subordinados descargando de los vehículos maletines y pesados baúles. Pasa por delante del brigada Guerrero, quien ejercía hasta entonces la máxima autoridad del puesto.

El brigada se le acerca.

—Buenas noches, mi capitán…

—Shhh, shhh… —le manda callar con un dedo alzado hacia él, sin mirarle a los ojos y sin detener su marcha. Busca algo—. ¿Cómo se sale de aquí hacia donde está la prensa? —Es lo único que le interesa en ese momento.

—Aquella puerta, mi capitán —señala raudo Patxi.

Paz sale por donde Patxi le ha indicado y comienzan los ruidos de flashes y preguntas de los periodistas. Este inspira profundo y muestra una amplia sonrisa de dientes blancos, se despeja el flequillo de la frente, echando su tupé hacia atrás, y habla con un poderoso tono de voz.

—Buenas tardes a todos y disculpen las horas. Hemos venido desde Madrid todo lo aprisa que nos han permitido las señales de tráfico, ¡ja, ja! —ríe de manera socarrona—. Soy el capitán Paz y dirijo una unidad de la policía judicial muy especializada y experimentada en crímenes violentos. Somos el refuerzo que llega directo de la capital para resolver este caso cuanto antes y quiero transmitir algo muy importante al pueblo de Zufre. —Fija su mirada en una de las cámaras—. Vecinos de Zufre, no teman, ahora están cien por cien seguros.

—¿Quiere decir con ello que ya tienen al asesino? ¿Es Manfred el culpable? —Se atreve a preguntar una periodista.

A Paz le suena, es la madurita y sexy presentadora del matinal de uno de los principales medios de comunicación. Ha relevado a su periodista. Si ella misma está allí es porque el caso se ha vuelto tan importante que los presentadores ganan popularidad estando sobre el terreno.

El capitán le ofrece su mejor sonrisa antes de contestar:

—Lo que quiero decir es que el refuerzo que traigo está compuesto por los mejores especialistas de la Guardia Civil; y mientras los agentes destinados aquí estarán dando seguridad, peinando todo el pueblo y apostados en puntos estratégicos, nosotros no dejaremos de trabajar hasta que el asunto se aclare.

—¿Y no temen a la maldición del azufre?

—¡Ja, ja, ja! —ríe a mandíbula batiente—. Señorita…, somos la unidad de la policía judicial que más casos ha llevado en Madrid. Cada mañana me levanto y me desayuno una maldición. Ahora, si me disculpan, tengo que ponerme a trabajar de inmediato. Gracias a todos. —Vuelve a mostrar su ancha dentadura blanca a la presentadora sexy antes de darse la vuelta. El resto de medios lanzan sus preguntas como flechas que rebotan en una espalda acorazada.

Se cierran las puertas del cuartel y Anastasia observa reticente a su nuevo capitán. Este borra la encantadora sonrisa de un plumazo y lanza un grito a sus hombres.

—¡Macho, no me jodáis que todavía no habéis terminado de descargarlo todo! Putas tortugas… A ver, ¿quién de aquí tiene novedades para mí?

Al brigada le ha tocado tanto la polla la actitud del capitán Paz que no se digna a moverse. Se queda con el rostro serio y la mandíbula prieta. Su rostro se vuelve aún más cuadrado que de costumbre, como un bloque de mármol.

Anastasia reacciona para relajar el ambiente. Odia las luchas de poder de los hombres y trata de mediar para que prime la resolución del caso por encima de la cantidad de testosterona.

—Mi capitán, le presento al brigada Guerrero, en su despacho tiene preparado para usted un informe del caso.

Paz ignora a Guerrero y se acerca a la sargento.

—Tú eres Petrova, ¿cierto?

Ella asiente en silencio.

—Sí..., sé quién eres… He oído hablar de ti. Bien…, bien… Muestra el informe a uno de mis chicos. Yo voy a descansar y mañana me incorporaré a primera hora de la mañana con un buen café. ¿Tenéis cafetera por aquí? —Anastasia se queda muda—. Bueno, no importa, me alojo en una bonita casa rural, seguro que allí hay. Tranquila, mis hombres se encargarán de todo. —Y vuelve a dirigirse a ellos—. ¿Habéis terminado ya o no? Os dije que primero bajarais los baúles de mi coche, macho, que parece que no entendéis mi idioma…

Se monta en el Alfa Romeo y arranca el motor. Patxi se apresura a abrirle la puerta de salida y el capitán se marcha mientras sus hombres se quedan allí para ponerse al día con el caso. El brigada sale de su despacho con el informe en la mano y se lo tiende a uno de los recién llegados. Luego también se marcha. Anastasia suspira estresada. Siente que nadie de allí se interesa por la chica muerta. Como si nadie reparara en las cosas que de verdad importan. Nadie excepto, quizá, Yohanna y Lucas.

33

Anastasia entra en el pequeño piso en el que reside y espera que Buda le dé la bienvenida; sin embargo, el gato permanece acurrucado en el sofá, durmiendo plácidamente. La sargento piensa en lo envidiable que resultan las pocas preocupaciones que puede tener una mascota.

Comprueba la caja de cartón que colocó anoche a modo de arenero. Está limpia. Pero en la casa no percibe ningún mal olor. Ha sido buena idea dejar la ventana abierta para que pueda salir siempre que lo desee, al fin y al cabo es un gato callejero. Si pretende quedárselo tendrá que pensar en vacunarlo.

Tras darse una ducha fría, Anastasia sale del baño desnuda, secándose el pelo con una toalla. Lo primero que se pone son las bragas y el pantalón de un pijama de seda. Se queda en tetas un rato mientras acaricia la espalda de Buda que gime una leve protesta antes de seguir durmiendo.

Oye entonces un ruido que reconoce: el de una motocicleta. Se coloca la parte de arriba del pijama y se asoma a la ventana abierta.

En la calle, montado en la motocrós, Cristian espera en una esquina. No lleva casco y se peina la cabellera de manera muy parecida al capitán Paz. Espera a alguien y ese alguien llega; aunque Anastasia no logra verle porque está tras la esquina, sabe que está ahí porque oye a Cristian conversar. Poco tiempo después, Cristian

saca algo del bolsillo y se lo tiende al mismo tiempo que su cliente le paga con un billete.

La sargento se lleva una mano a los labios. Ha visto algo.

Cristian gira el volante de su moto y arranca para marcharse. Anastasia oye los pasos de quien se aleja con la mercancía comprada a Cristian. Sabe quién es y se lamenta. Ha visto su mano envuelta en vendas…

34

Apesar de que es tarde, Belén sigue despierta sentada en el sofá del salón viendo un canal de YouTube en el televisor.

Oye las llaves encajar en la cerradura antes de que la puerta de casa se abra. Solo puede ser su padre porque su madre se marchó a vivir a Madrid con su nueva pareja hace ya poco menos de un año. Abandonó el pueblo por un amor que le ofreció trabajo y una vida mejor en la capital.

Cuando Lucas entra por la puerta tiene los ojos rojos. Su hija respira aliviada, tenía ganas de que regresara. A la mayoría de sus amigas les avergüenza ser cariñosas con sus seres queridos, pero a ella esto nunca le ha importado lo más mínimo y se abraza a él. Su padre siempre ha sido un referente para ella, una especie de héroe; además, él ahora se encuentra débil: tiene las manos vendadas para proteger las quemaduras que se hizo al intentar salvar al padre de su amiga y a esta.

Su mejor amiga está muerta.

Ha muerto de una manera horrible y cada vez que Belén lo piensa su mundo da un vuelco y siente cómo un turbulento río anega sus ojos. Ella también se siente débil. Está agotada de llorar por su amiga y se aferra a su padre para que este lleve el peso de sus lamentos. Ambos, padre e hija, se necesitan.

No obstante, a pesar del abrazo, ella le encuentra distante y no sabe si, o bien es normal después de tal tragedia, o bien hay algo

más que ella desconoce. Escruta su mirada y él no le corresponde, no la encara, sino que permanece quieto y con la mirada vacía, esquiva. Se hace más que evidente cuando Belén le pregunta algo que ha oído en las noticias y la ha tenido inquieta toda la tarde.

—Papá, ¿han detenido al holandés?

Su padre se separa de ella y sube los escalones sin decir nada. Belén le sigue hasta el dormitorio donde él se sienta a los pies de la cama.

—Papá, ¿qué te pasa? Estás…

—Hace unos meses —la interrumpe— cumpliste dieciocho años. Te hiciste mayor de edad. Se supone que ya eres una adulta que puede tomar sus propias decisiones y dirigir su vida como le apetezca.

Belén se queda cortada. Su padre sigue sin mirarla a los ojos. Qué extraño está… ¿Qué demonios le pasa?

—Por tu dieciocho cumpleaños te hice un bonito regalo. ¿Lo recuerdas?

—Sí, claro.

—Te pasaste meses pidiéndomelo. Me decías que lo necesitabas. Yo ya te lo había comprado, claro, pero esperé un mes para dártelo por tu cumpleaños. Y aún recuerdo tu expresión al verlos, como si no supieras que era eso lo que iba a regalarte. Creo que realmente te sorprendí.

—Me encantan —simplifica ella. No entiende a qué viene todo aquello.

—¿Por qué no te los pones mañana para el funeral?

Belén traga saliva y su padre la mira a los ojos por primera vez.

—No sé… —titubea—. No pegan nada. Es un funeral, papá. Iré más sobria: con colores más apagados. ¿Qué más da eso ahora?

—¿Puedes traerlos? Quiero ver lo bonitos que son.

Se hace un silencio denso. Ninguno de los dos parece respirar. Se escrutan el uno al otro tratando de averiguar lo que ocultan.

—Ahora mismo no sé dónde están.

—¿No lo sabes? ¿Has perdido aquello que tanto necesitabas?

—¿De qué hablas, papá? ¿Qué te pasa?, ¿por qué estás tan raro?

Lucas se rasca la base de la nariz con un dedo que sobresale del vendaje. Luego mete con cuidado una de sus manos vendadas en su bolsillo y la saca con algo entre los dedos. Belén se queda boquiabierta al comprender lo que sucede. Ve el brillo iridiscente de uno de sus pendientes. Un pendiente que había perdido en un lugar prohibido.

—Oh, claro. No puedes porque lo tengo yo —dice su padre con tono grave y retándola con la mirada—. He encontrado uno de tus pendientes favoritos… ¿Adivinas dónde? A ver si eres capaz de decírmelo.

Belén está petrificada. Recuerda dónde estuvo la última vez que los llevaba. Se dio cuenta de que los había perdido al llegar a casa, pero nunca pensó que su padre la pillaría, que descubriría aquel secreto tan pronto.

—No sé… Los perdí. Yo…

Cuando acerca su mano para recuperar el pendiente, su padre la retira para que no lo alcance.

—No me mientas. Sabes que no me gusta que me mientas. Odio la mentira. Ya sabes dónde perdiste este pendiente y yo también lo sé. Solo quiero que seas capaz de decírmelo.

Pero no es capaz. No lo hará.

—Que no lo sé, papá. Que lo perdí.

—¡Que no me mientas! —El grito pilla por sorpresa a Belén y sus lágrimas vuelven a acudir prestas a mojar sus mejillas—. ¡Dímelo! Hace unos meses cumpliste años y te hiciste mayor de edad. Cierto. Pero no estás independizada: sigues viviendo bajo mi techo. Hasta que eso no cambie sigues siendo mi responsabilidad y, por lo tanto, todo lo que hagas estará bajo mi control. Cuando te independices harás lo que te dé la gana, dirigirás tu propia vida como se te antoje, pero aún eres una cría y hasta entonces soy yo quien manda, ¿entendido? ¡Dímelo! ¡Responde! ¡¿Dónde perdiste este pendiente, Belén?!

Belén da media vuelta y huye a su cuarto acompañada por un sollozo incontrolable.

—¡Belén, ven aquí ahora mismo!

Ella le responde con un portazo. Lucas vuelve a bajar la mirada y se queda observando el pendiente entre sus manos descarnadas. Él también llora.

35

Anastasia tiene dieciséis años de edad y mira el listado de los alumnos que van a parar a cada una de las diferentes clases de bachillerato.

Su amigo Sergio está a su lado, siguiendo con el dedo el listín de la clase donde le ha tocado a él y con la esperanza de ver en este el nombre de Anastasia Petrova. Pero no lo encuentra.

—Vaya estafa —se lamenta.

—¡Qué mierda! —se queja ella—. ¡No estoy ni con Nuria ni con María! Pero, ¿qué es esto?

—Tampoco nosotros estamos jun…

—¡Ey! Shhh —le manda ella callar. Él no lo sabe, pero la joven Anastasia está a otra cosa—. ¡No me lo puedo creer! ¿En serio?

—Sí, es una mierda que no estemos en la misma clase.

—Tío, que me ha tocado con Jorge, qué vergüenza, con lo guapo que es y todo un curso juntos. Ay, Dios mío, qué bombazo es este. Tengo que contárselo a Nuria y a María ya mismo. Se van a morir de envidia, literal. Qué alegría más grande me acabo de llevar.

Anastasia se larga dejando a Sergio con una mirada gélida. Se siente tan estúpido… El frío viento del cierzo le azota la cara y él encorva su cuerpo para mantenerse caliente dentro de su abrigo. Lleva años enamorado de Anastasia y esta le trata con tal

indiferencia que le hace sentir lo mismo que aquel característico viento del norte. Sergio nota cómo el cierzo recorre sus entrañas y enfría su corazón siempre dispuesto a amar a una única mujer: Anastasia.

Él ha cambiado tanto gracias a ella. Se ha adaptado tanto. Lejos quedó ese niño tartamudo incapaz de comunicarse de manera natural con otras personas. Ha cambiado por ello, pero nada de lo que haga logrará llamar la atención de la chica a la que ama. Va siendo hora de madurar y dejarla atrás. Quizá le vaya mejor en la vida amando a otra persona.

36

<<No me digas adiós, sino hasta luego.

Dios determinó que en el cielo estoy mejor.

No me digas adiós, sino hasta luego.

Tuve que partir a un lugar donde no voy a sufrir.

No me digas adiós, sino hasta luego.

No te preocupes más por mí, porque donde estoy espero por ti>>.

La melodía que resuena en el Balcón de la Sierra hace temblar los corazones de todos los presentes. Especialmente el de una madre cuyo llanto pugna contra la hermosa canción dedicada a su joven hija fallecida.

Una vez se termina toda pesquisa policial con el cuerpo de la difunta Alicia, se entrega este a la familia para que pueda velarlo durante veinticuatro horas. Al término de estas, el sacerdote del pueblo tiene preparada una misa especial, anunciada por toda la sierra de Huelva, para despedir el alma de Alicia antes de entregar su carne a las llamas del horno crematorio para ser incinerada.

Los habitantes de Zufre y de sus pueblos vecinos acuden a la misa oficiada por el padre Santiago en la iglesia de la Purísima Concepción. Debido a su limitado aforo, la mayoría de personas de los pueblos de alrededor esperan de puertas hacia afuera, por lo que el sacerdote solicita al ayuntamiento un sistema de megafonía con la

excusa de que todos puedan disfrutar de la canción, cuando, en realidad, lo que quiere es que nadie desoiga el discurso de intencionadas palabras que vendrá a continuación y que lleva preparando desde que se enteró de la muerte de la chica.

El féretro va sujeto sobre ocho hombros hundidos. Los ocho familiares que lo cargan pasan junto a Anastasia y Yohanna, que han cogido sitio en el interior de la iglesia, al fondo, cerca de la salida. Luego, pasan junto a Lucas y su hija Belén, colocados en la tercera fila de bancadas por su enorme amistad con la familia. Por último, las ocho personas de pies pesados dejan el ataúd en el suelo, elevan sus rostros compungidos y se apartan con pasos cargados de aflicción hasta tomar asiento en la primera y segunda fila.

De una puerta, en el lateral, sale una mole inmensa que arrastra los pies grandes y porta la Santa Biblia bajo su rollizo brazo. Cuando alcanza el púlpito, deja caer sobre este el enorme libro encuadernado en corinto. El *¡bum!* que suena del golpe hace callar al público y el silencio realza el ambiente cargado de dolor.

—Ese es el que salió corriendo como un crío —explica Anastasia dirigiéndose a Yohanna en voz baja—. El espía.

—Sí, Enrique, el hijo de Jacobo. Corría como un crío porque su cerebro no termina de desarrollarse. Por eso nunca ha dejado de ser el monaguillo del pueblo. A pesar de su tamaño y de su edad parece que tiene la mentalidad de un chiquillo. A mí siempre me ha parecido muy bueno, como un oso de peluche gigante. Todo el mundo le sigue llamando Quique. No trabaja, pero ayuda aquí, en la iglesia; ya te digo, lleva siendo monaguillo toda la vida. Vive con sus padres en la casa en la que se escondió y que vimos el otro día.

Yohanna guarda silencio y mira al frente. Al cabo de cinco segundos le queda algo más por decir:

—Bueno, en realidad, vive con los padres porque su madre cuida de él. Y del padre, Jacobo, que tiene demencia senil. Ya lo vistes ayer. Es por eso que a ella la llaman Santa Carmen. La mujer debe tener mucha faena en casa con un hombre enfermo y un hijo discapacitado. Y más siendo ambos de talla extra grande. Qué calvario… Esa familia me da lástima.

Anastasia tiene en las manos una libreta y un boli con el que hace anotaciones. Por eso Yohanna le ha repetido la información.

—Lucas también me habló de ese rubio del bigote largo. El vecino de Carmen, ¿cómo se llamaba?

—Sí. Se llama Óscar. —Nombre que apunta Anastasia en su libreta—. Se dedica a la caza y pesca para llenar los almacenes del restaurante que dirige su hermano Víctor. Solo cuando tiene excedentes los vende a otros restaurantes de la sierra, pero nunca al que tienen enfrente, en el mismo Paseo de los Alcaldes; ambos se llevan a matar porque son competencia directa.

—Bien. Cuéntame algo más sobre ellos. ¿Son violentos?

—Sí, mucho. Al menos tengo entendido que lo eran en sus tiempos mozos. Óscar vive solo, pero Víctor tiene familia: mujer e hijo de una hermana fallecida al que cuida como si fuese suyo, Cristian, el camello que suele armar jaleo con la moto. No me extrañaría que Cristian fuese un chico acostumbrado a la violencia doméstica ya que nunca está en casa. Los hermanos Óscar y Víctor

siempre han tenido mala fama en el pueblo. Su madre les abandonó cuando eran solo niños. Desde entonces su padre les inculcó un fuerte sentimiento religioso y se aferraron al catolicismo. Ambos hermanos tienen el pecho tatuado con el corazón de Jesús y cada año organizan las salidas para ver a la Virgen al Rocío. Son reconocidos en el pueblo, pero también son temidos.

—¿Todos sois tan religiosos en Zufre?

Yohanna alza la comisura del labio en un amago de sonrisa pícara.

—No todos. Yo, por ejemplo, creo en Dios, pero no soy nada practicante. Lo que sí es cierto es que aquí hay algunos muy…, ¿cómo decirlo?... ¿fervorosos?

—¿Fanáticos?

—Sin llegar a esos extremos; pero muy capillitas. Al fin y al cabo, un pueblo va arraigado a costumbres y tradiciones antiguas. Lo llevan con pasión y les gusta ir a misa los domingos. Eso los mayores, claro, porque los jóvenes están en otra onda. El cura se queja de eso y trata de alentar a los padres para que traigan a sus niños.

—La Iglesia es reacia a la modernización, pero vive de sus seguidores y debe actualizarse. Sin juventud no quedará nada.

—¿Y tú? —se interesa Yohanna.

—¿Yo?

—Algo me dice que tú no eres muy religiosa.

La sargento suelta un largo suspiro y se aproxima al oído de su compañera antes de contestar.

—Soy atea —susurra—. Hablo en voz baja porque respeto a la gente que hay aquí, pero no creas que me avergüenza reconocerlo. Hay mucha gente que no se atreve a decirlo, que les cuesta, y eso es lo que más odio de las religiones. Son negocios que promueven la intolerancia. Son una losa que la sociedad arrastra. Suerte que tengan fecha de caducidad.

—¿Tú crees? Date cuenta que en el mundo hay mucho sufrimiento y las religiones ofrecen consuelo. Hace poco, el padre Santiago dijo que leyó un artículo que decía que el islam no para de crecer y que superará en número de seguidores al cristianismo en menos de treinta años.

Anastasia pierde la atención porque algo la distrae. Un joven de piel aceituna, de pie junto a una mujer de pelo rojo y rizado, no para de mirarla por encima del hombro. Sus ojos negros desprenden un aura hostil. Cuando la sargento está a punto de preguntar a su compañera acerca de aquel joven, el sacerdote hace su aparición en la iglesia al toque de piano. La luz incide en su coronilla que, por su carencia de pelo, brilla y le otorga la deseada creencia de sentirse un mesías todo vestido de blanco.

El padre Santiago ajusta el micrófono a la altura que considera adecuada. Enrique, el monaguillo, recupera la pesada Santa Biblia en sus manos, la abre por la página marcada y se la muestra con los brazos extendidos. El sacerdote se coloca bien las gafas antes de leer.

—Junto al cuerpo ahora sin vida de nuestra hermana Alicia, encendemos, oh Cristo Jesús, esta llama. El símbolo de tu cuerpo glorioso y resucitado. Que el resplandor de esta luz ilumine nuestras tinieblas y alumbre nuestro camino de esperanza hasta que lleguemos a ti, oh claridad eterna, que vives y reinas inmortal y glorioso por los siglos de los siglos…

—Amén. —La palabra que cierra la oración es expulsada al unísono por el inmenso público, rebota en las paredes y es lanzada por la megafonía con una potencia que hace vibrar los corazones de más de un centenar de personas reunidas en y a las afueras de la casa de Dios. Santiago está pletórico. Nunca ha tenido tanto público. Piensa aprovecharlo.

—Mira, Señor, con misericordia a tu sierva Alicia…

Continúa con un sermón que se prolonga hasta hacer bostezar incluso a los familiares de la difunta. Pero Anastasia atrapa al vuelo una frase: <<El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá. No morirá para siempre>>. Sabe que ahí radica el secreto de toda religión. Se oyen varios <<Señor y Cristo, ten piedad>> que todos repiten, y Santiago prosigue con un Padre nuestro. La sargento siente ganas de echar una ojeada al móvil, a las redes sociales, y se siente culpable por no ser capaz de mantener la concentración en una sola cosa durante más de treinta minutos.

Oran pidiendo a Dios todopoderoso y eterno que acoja con bondad a su sierva Alicia. Y que la Virgen María le acompañe.

Anastasia se lleva una mano al vientre porque tiene molestias y se pregunta a sí misma cuánto más durará aquella

tortuosa misa. En momentos como aquel, e incluso sabiendo que la religión combate la muerte, no logra comprender cómo la tradición impera y hace perder tanto tiempo a tanta gente. Una oleada de palabras salidas de las bocas de todos los feligreses empuja en contra de sus divagaciones:

—Dios te salve, María —claman—, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres…

Y una vez terminan con el rezo, el padre Santiago se dirige directamente al féretro donde yace el cuerpo de la joven, y sobre este deja caer su pésame.

—Escucha, Señor, estas súplicas nuestras: a confesar la resurrección de tu Hijo, que se afianza también la esperanza de que nuestros hermanos resucitarán. Dale, Señor, el descanso eterno. Descanse, Alicia, en paz.

—Amén.

Santiago regresa al púlpito satisfecho. Ha terminado la parte aburrida que recita ya de forma mecanizada. Ahora viene su discurso propio. El que ha preparado a conciencia y del cual cada palabra va intencionada.

El sacerdote carraspea para rascarse la garganta. Toma un poco de agua de la copa, con la lentitud de una tortuga. Luego su timbre de voz erupciona como un volcán.

—¿Es Dios un monstruo?

Reina el silencio.

—¿Es Dios un monstruo? —vuelve a preguntar—. ¿Cómo puede permitir esta tragedia? La muerte de una niña… ¿Acaso es Dios un monstruo?

Espera unos segundos para que su pregunta se pose como el magma en las mentes de sus oyentes, que pronto se hacen a sí mismos esa pregunta. Todos están atentos a sus palabras. Lucas ha olvidado su dolor de manos. Belén ha dejado de llorar. Anastasia frunce el ceño. Incluso en el exterior no se escucha un alma más que la fuerza de la voz del párroco que sale escupida de la megafonía para atravesar el viento.

—¡No! —grita—. La respuesta es no. Porque Dios hoy le abre las puertas del cielo a nuestra hermana Alicia. Porque Dios nos abre también las puertas de esta iglesia para que oremos, para que recemos por su alma. Dios es misericordioso. Entonces, ¿por qué ocurren estas desgracias? ¿Por qué sucede esto? No echéis las culpas a Dios de aquellos errores que cometen los hombres. Dios nos otorgó el libre albedrío. Es el hombre el culpable. ¡Los monstruos están aquí, entre nosotros! No es a Dios a quien interrogan hoy en la comandancia de la Guardia Civil. Gracias a ellas, dos mujeres guerreras —dice, señalando públicamente a Yohanna y Anastasia, cuyos rostros comienzan a sonrojarse por la presión de las miradas curiosas.

La sargento tiene un mal presentimiento. Ese charlatán del cura ya ha desvelado que se está interrogando a alguien, delante de todos. No es bueno calentar a las masas antes de tiempo y Anastasia tiene la sensación de que el sacerdote no solo pretende

calentar sino incendiar al pueblo. Siente miedo ante lo que se le viene encima.

—Gracias a esas dos mujeres, nacidas y entrenadas para detener al mal y reducirlo. Gracias a ellas interrogan a un sospechoso detenido. No es Dios a quien se detiene e interroga, no es Dios a quien se acusa, no es Dios quien mata, ¡sino el hombre! Es gracias a ellas que hoy el pueblo está más seguro, pues han logrado detener al extranjero que vino un día para comerles el tarro a algunos jóvenes del pueblo y hacerles abandonar la Iglesia. ¡Y es a ese extranjero al que interrogan para descubrir qué pasó con Alicia!

El público lanza un grito ahogado. Una exclamación inunda la iglesia ante la exclusiva que destapa el padre Santiago. Las palabras han salido de la boca del cura como metralla. Anastasia no puede creer que haya revelado la identidad del sospechoso delante de un centenar de personas, más los medios de comunicación. Cierto que estos ya habían sacado antes su nombre preguntando por él. Pero la Guardia Civil no se había pronunciado hasta el momento para proteger su presunción de inocencia. Culpable o no, ahora el pueblo se echará encima del cuartel para quemar vivo a Manfred sin juicio justo.

Frunce el ceño y mira a la derecha del cura, a Enrique. Ahora entiende su ridículo juego del escondite. No solo es el monaguillo, también es su espía, su chivato. Gira la cabeza para comentarlo con Yohanna:

—Me parece a mí que ese chico se hace el tonto… Ahora entiendo por qué nos espiaba… —Se sorprende a sí misma llamándole chico cuando tiene treinta años y pesa más de cien kilos.

Ni Yohanna tiene tiempo de responder ni Anastasia de prestarle atención. El sacerdote sigue lanzando palabras que suenan como ráfaga de ametralladora.

—Se nos advirtió de la maldición del azufre; del desinterés de los jóvenes por la Iglesia; del abandono de las tradiciones del pueblo y de su cuidado. Sin nuestra tradición nada nos quedará y este pueblo quedará enterrado en ceniza y sufriremos como sufren hoy nuestros vecinos de las islas. El azufre, el aroma del diablo, nos invade e impregna nuestras almas, ensuciándolas. Esta maldición nos causa un profundo dolor, y tan solo hay una manera de combatirla.

—Vuestro párroco está loco… ¿Es que no hay nadie normal en este maldito pueblo? Joder… Llevo dos días aquí y me tenéis hasta la raja.

A Yohanna le sorprende que su sargento haya perdido los nervios. No por falta de motivos, sino porque hasta el momento se ha mostrado como una mujer comedida y reservada a la que no le calza usar expresiones groseras. Pero supone que todo el mundo tiene su límite y, después de lo ocurrido, entiende muy bien que esos límites se estrechen.

Anastasia se lleva la mano a la cara, cierra los ojos y se masajea la frente con dos dedos.

—Yo pensaba hacerle unas preguntas al cura de manera amistosa…, pero me lo está poniendo tan difícil, joder. ¿Cómo se le ocurre soltar semejante bomba en la iglesia? Es peor que la prensa rosa. Ese hombre tiene intenciones oscuras; no me gusta un pelo. Y

que conste que no es porque yo sea atea. Pero es que ese hombre acaba de borrar la presunción de inocencia de Manfred de un plumazo.

—¿Crees que Manfred es inocente?

La pregunta pone en alerta a la sargento. ¿Acaso Yohanna también cree a ciegas la culpabilidad del holandés?

—Yo no lo sé. Es demasiado pronto para asegurar nada. Además no soy yo quien debe juzgarle y se supone que todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario; y, sin embargo, aquí todo el mundo me parece culpable de algo. Ese cura parece actuar como una María de patio, mandando a sus monaguillos como secuaces para que espíen y le cuenten todo lo que se cuece en el pueblo.

Anastasia plantea en su cabeza la mejor manera de abordar al sacerdote una vez acabe la misa exequial. Le cuesta concentrarse con aquel incesante murmullo de un público sorprendido ante semejante exclusiva, pero tiene claro que necesita hablar con el cura, ya no solo por su actuación esa mañana, sino también por la acusación que hizo Manfred sobre él. Intuye que entre el holandés y el padre Santiago hay una enemistad que viene de tiempo atrás.

37

Ahora que la iglesia se ha quedado prácticamente vacía, Anastasia puede observar mejor su interior. Entre el blanco de sus paredes, destacan la Cruz Parroquial de plata y estilo gótico con más de cinco siglos de antigüedad y un retablo barroco en la Capilla de la Virgen de los Dolores. Las dos filas de bancadas apuntan a la escalinata desde la que desciende el sacerdote para dirigirse a la sacristía.

La sargento está nerviosa. Le sudan las manos. No soporta el calor que hace en aquel pueblo. El ambiente es sofocante. A pesar de ser atea, interrogar a un cura le resulta tan incómodo como tener que hacerlo a su propio abuelo.

Seca sus manos en el pantalón del uniforme y se dirige tras su objetivo. Sus pasos resuenan decididos. El monaguillo la ve llegar y se adelanta para entrar en la sacristía y avisar al padre Santiago. Una vez que Anastasia alcanza a ponerse bajo el dintel que da paso a la estancia donde el sacerdote se cambia, este se da la vuelta y expone las palmas de las manos en actitud abierta y muestra una enorme sonrisa de besugo. Tiene cara de sapo.

—Agente Anastasia Petrova, pase, por favor, sea bienvenida a mi comunidad católica. Sin duda es usted útil para esta comunidad. Me consta que gracias a usted, el mal ha sido encerrado, a falta de erradicarlo.

Anastasia accede a la sacristía. Hay un grabado original del Monumento del Jueves Santo de la Catedral de Sevilla y dos lienzos

del siglo XVII: San Felipe Neri y San Isidro Labrador.

El monaguillo, Quique, recoge un libro sobre una cajonera de madera de finales del siglo XVIII y se escabulle por una puerta que comunica la sacristía con la vivienda del sacerdote.

—Me gustaría hablar con usted —explica Anastasia.

—Adelante —invita Santiago sin borrar la sonrisa de besugo de su rostro—. Soy siervo del Señor, pero espero poder servirle de ayuda también a usted.

—Su discurso ha sido muy directo… Muy arriesgado.

—Je, je… ¿Es un halago o una crítica?

—¿Usted de verdad piensa que Manfred, el holandés, ha sido el culpable del asesinato de Alicia Ortiz?

—Veo que también usted es directa.

—Me adapto. ¿Lo cree entonces? Porque prácticamente lo ha acusado.

—Poco sé yo de este mundo, más que de la palabra que el Señor transmite a través de mis labios.

Anastasia mira al suelo y espera. Trata de no desesperar. Inspira y expira, aprieta los puños y luego habla con firmeza.

—Me gustaría tener una charla con usted como ciudadano de este pueblo y no como párroco aunque sea su oficio. Ahora quiero hablar con usted, no con un títere de Dios.

El padre Santiago achina sus ojos de sapo y escruta la postura firme de la sargento. Está tensa, no obstante, no se la ve

débil. Parece una mujer de férreas convicciones. Quizá contrarias a las férreas convicciones del propio sacerdote. Presiente que aquella mujer supondrá un problema para sus intereses.

—No es un oficio. Llevo casi cuarenta años al servicio de Dios y solo dos de ellos en este pueblo. Soy incapaz de separar lo uno de lo otro. No puedo cortar mis hilos con mi Señor, así que me temo que soy incapaz de satisfacerla.

—Declarar delante de la multitud y de los medios de comunicación condenando a un hombre, a día de hoy, inocente, es un error que no cometería su Dios.

—¿Su Dios? ¡Jo, jo, jo! —Santiago expulsa una risilla socarrona—. Querrá decir *nuestro* Dios.

—Eso es lo de menos. Lo importante es que usted ha condenado a un hombre delante de todos. Y ha sido usted quien lo ha hecho. Eran sus palabras las que salían de su boca; todos lo hemos oído, por desgracia. Eche las culpas a su Dios, si quiere, de lo que no es capaz de admitir como hombre, pero no vuelva a interferir en una investigación policial influyendo de esa manera en la opinión pública: alentando a las masas.

—Yo tan solo hago aquello para lo que Dios me ha llamado. Mis manos son sus manos y mi palabra no es más que parte de las Sagradas Escrituras.

—Oh, madre… Vale. Vamos al grano: ¿tuvo usted contacto con Alicia Ortiz?

Tras una pausa, el sacerdote alza las cejas y retoma su larga sonrisa anfibia. Se acaricia la calva con mucha parsimonia. Tan

lento se mueve que resulta irritante.

—Cercano, sin duda. Hace tan solo un año era una de las más implicadas en esta iglesia. En misa tocaba el piano, ¿sabe? Pero todo eso cambió al llegar el extranjero pagano que vive en el bosque y comerle el tarro. Alicia comenzó a frecuentar ese maldito bosque en proporción inversa a esta bendita casa.

—¿Y cree que el hecho de que Alicia dejase de venir a la iglesia es culpa de Manfred… o suya?

El padre Santiago suelta una carcajada sincera.

—Su lengua es afilada, sargento, no hay duda. Qué buena sierva de la Iglesia habría sido. Dígame… ¿Está casada?

—Eso no es relevante para el caso.

—Sospecho que no lo está. Y eso reaviva cierta esperanza en mí. La esperanza de que algún día se comprometa usted con Dios…, después de perdonarle, claro.

La sargento se pone en alerta. ¿Qué sabe ese farsante de su vida? Nada. Pero es un tipo inteligente, sucio y perspicaz.

Él continúa hablando:

—Llevaba mucho tiempo sin tener contacto con Alicia. En este pueblo los niños crecen y se alejan de la Iglesia. Intento combatir eso, pero resulta complicado. Y aún más cuando un pagano extranjero viene a comerles la cabeza y venderles otra religión de paz y amor… Amor, pero de otro tipo. Yo no le seré muy útil en su investigación, pero sé quién sí. Alicia no era la única joven que se adentraba de manera frecuente en el bosque; pregunte a la hija de

su compañero Lucas Vázquez, seguro que esa chica tiene mucho de qué hablar. Ahora, si me permite, debo…

Anastasia interrumpe aquella despedida dando media vuelta y marchándose visiblemente enfadada. Siente que ha perdido un debate con aquel cura engreído. Debería haberse preparado mejor o al menos igual de bien o con la misma cautela que con Manfred. En cambio, ha ido al encuentro del párroco de manera improvisada y, cuando ha querido darse cuenta, ella ya estaba muy a la defensiva. Es consciente de que cuando se trata de curas no puede evitar perder la paciencia.

Él no ha terminado y le clava la última puntilla.

—Tiene mucho que perdonar a Dios, Anastasia, rezaré por usted. Que tenga buena tarde.

38

A la sargento todavía le tiemblan las manos cuando sale de la iglesia. El padre Santiago tiene un fuerte mecanismo de defensa y Anastasia no ha logrado sacar nada en claro de su tensa e incómoda conversación. Excepto, eso sí, una nueva persona con la que hablar. El camino de baldosas amarillas continúa.

—¿Puedes darme el teléfono de Lucas, por favor?

Yohanna asiente y busca en su agenda hasta encontrarlo y pasarle el contacto a Anastasia a través de WhatsApp. Mientras tanto, su sargento se explica:

—Al menos hemos sacado un pasito más que dar. Y quiero hacerlo a través de Lucas. Creo que es lo más sensato.

La sargento marca el número de teléfono que acaba de recibir y espera los tonos de llamada mirando al cielo. Dos pequeñas nubes perdidas en el azul cian. Lucas responde al tercer tono.

—¿Sí?

—Lucas, soy Anastasia, tu sargento.

—A la orden.

—Necesito pedirte algo.

Anastasia le explica su conversación con el sacerdote y la necesidad de hablar con su hija.

—Mi hija no tiene nada que ver con ese hombre.

—Ya… Lucas, necesitamos asegurarnos para atar todos los cabos sueltos. No quiero hacer pasar a tu hija por un interrogatorio y por eso he pensado que lo más sensato es que hablases tú con ella como padre. Te estoy ofreciendo esa oportunidad. Piensa un poco antes de darme tu respuesta.

Lucas lo piensa. Lleva un día difícil y lo último que le apetece es volver a enfrentarse a su hija; sin embargo, si no lo hace, ella podría tener que pasar por un interrogatorio serio y eso no se lo perdonaría. No querría verla acorralada en esa situación.

—Está bien, lo haré. Hablaré con ella y le llamaré con lo que sea.

—Bien. Gracias, Lucas.

Cuelgan.

El sol está en su cénit y la sargento siente sus rayos en la superficie de sus brazos descubiertos. ¿Cuándo le dará un respiro semejante calor?

—Buenos días, Yohanna —saluda la mujer que se les acaba de acercar. Luego le dirige una sonrisa amable a la sargento—. Hola. Soy Pilar, la dueña del restaurante que está en la plaza principal. Me gustaría invitaros a un almuerzo, en nombre del pueblo, por haber atrapado al extranjero del bosque.

—Solo estamos haciéndole algunas preguntas —aclara Anastasia—. No sabemos todavía qué ocurrió y no podemos acusar formalmente a nadie.

Pilar parece un poco confusa. Insiste:

—Nada, mujer. De todas maneras no le hemos dado una bienvenida oficial al pueblo y nos gustaría verla en nuestro bar.

—Mil gracias, Pilar, iremos enseguida —se adelanta Yohanna.

Cuando Pilar se marcha, Anastasia la mira de forma inquisitiva. Su compañera se justifica:

—No seas malaje… Nos ha invitado y además tenemos que esperar que nos vuelva a llamar Lucas. Creo que ir a su restaurante a comer y tomar algo es una buena idea para que hablemos con más gente del pueblo. Por un lado, el capitán Paz ya está dirigiendo la investigación con su equipo y nosotros, de este modo, podremos ayudarle de manera extraoficial. Y la verdad…, no sé tú, pero yo tengo bastante hambre.

Anastasia asiente.

—Sí... Aquí fuera hace un calor de mil demonios. Y la charlita con el cura me ha dejado la boca muy seca —acepta la sargento.

39

El llanto se oye por toda la casa. Lucas comienza a sentirse mal. Pensaba que dejaría de llorar tras la misa; en cambio, parece como si allí se hubiese contenido y, ahora, en la intimidad del hogar, pudiera soltar toda la pena que siente por el horrendo asesinato de su mejor amiga. Y para colmo él fue duro con ella la noche anterior. No demasiado duro, pero sí algo teniendo en cuenta que rara vez en su vida ha tenido que ser tan estricto con su ojito derecho. Al ser su única hija, ha sido agasajada de forma constante con lo mejor que sus padres podían ofrecerle, que era mucho, y por ello ha crecido mimada entre algodones.

Todavía moquea cuando su padre entra en la habitación. Está entera metida en la cama, bajo sábanas color pastel. Lucas se sienta a su lado y espera. Busca las palabras adecuadas: es complicado y cuanto más lo piensa, más se envenena, así que decide soltar lo primero que siente de golpe y porrazo.

—Belén, no llores.

Ella continúa gimoteando como un bebé. Pero su padre no es estúpido y sabe que el comportamiento que tiene con ese hombre, con ese extranjero, no es precisamente de un bebé. Aquel pensamiento le repugna y lo aparta de su cabeza. No quiere machacarla más a ella ni a sí mismo: ambos han sufrido ya bastante con la trágica muerte de dos seres queridos.

—Vamos, Belén, no estoy tan enfadado contigo.

—¡No lloro porque estés enfadado! —exclama ella.

Lucas guarda silencio. Ha sido egoísta. Llora por su amiga muerta, claro, como él siente ganas de llorar por su amigo. Pero no servirá de nada, tiene que continuar investigando para esclarecer quién los mató y atraparle. ¿Fue Manfred?

—Tienes que decirme lo que sientes…

Ella recoge mocos de su nariz.

—Me siento mal… muy mal.

Su padre guarda silencio. Sabe que su hija va a sincerarse. La conoce. Así que posa una mano cariñosa sobre el bulto de sábana que esconde la cabeza de su niña.

—¿Por qué? Cuéntamelo.

El bulto bajo la sábana parece serenarse un poco.

—Esa mañana, Ali y yo nos saltamos las últimas clases… Yo estuve con ella, y luego la dejé sola. La abandoné. Abandoné a mi mejor amiga y por mi culpa ella ha acabado así. No debí dejarla sola.

—Pero hija mía, Belén, escúchame, sal de ahí debajo, ¿cómo iba a ser culpa tuya lo que ha ocurrido? No, no, no… Nunca más vuelvas a pensar así, ¿de acuerdo? ¿Me oyes?

Belén se destapa. Tiene el rostro hinchado y su pelo corto está revuelto. Lleva horas sin parar de llorar. Su padre va a por un vaso de agua y un paquete de pañuelos; se lo ofrece. Ella se suena los mocos durante un buen rato y luego bebe con ansia tras sentirse deshidratada.

—Verás, los guardias que han llegado de Madrid están llamando a los profes de tu instituto, seguro que ya saben que Alicia y tú hicisteis novillos, así que será mejor que me digas todo lo que recuerdas. Es posible que fueses la última en ver con vida a… Es posible que fueses la última en verla y eso implica que eres la última pista para descubrir si Manfred lo hizo.

—¡No, no, no, papá, él no fue, te lo juro!

—Salió huyendo de la escena del crimen, cariño.

—¡Sé que no fue él, papá, tienes que creerme!

Al padre le cuesta hacer la siguiente pregunta. La que toda lógica le indica que debe hacer.

—¿Por qué estás tan segura?

Ella mira al suelo. Lucas sabe que debe decirlo él mismo.

—Estabas con él, ¿no? Dímelo. No me enfadaré. Encontré el pendiente en su cama. No me gusta imaginarme el porqué y me cuesta creerlo porque eres mi hija. Pero lo sé. Yo lo sé. Lo que necesito ahora es que me lo cuentes todo. Si de verdad no crees que lo hiciese el extranjero, esta es la única manera que tiene de librarse de la cárcel. Tienes que entender esto, Belén, ahora mismo tú eres la única coartada que tiene Manfred.

40

Restaurante El mirador

Recomendación del día:

-Presa ibérica con jamón y queso.
-Solomillo relleno.
-Carrilleras.
-Castañetas.
-Secreto ibérico.
-Pluma ibérica.
-Venao y oreja.
-Entrecot.
-Cola de toro.
-Chuletas de cordero.
-Chacina ibérica.
-Lebrillo ibérico.

En un extremo del Paseo de los Alcaldes, que ofrece las maravillosas vistas del Balcón de la Sierra, hay repartidas varias mesas y sillas metálicas que conforman el exterior del restaurante El mirador.

Anastasia cierra la carta y la deja sobre la mesa. A pesar de la cantidad de carne a la brasa, quemada, chamuscada, no pierde el apetito y se decide por una ensalada y un plato de pasta con queso feta y tomate cherry. Yohanna pide la paletilla asada de cordero lechal.

Mientras esperan la comida, varios vecinos del pueblo se les acercan para saludar a Yohanna y darles a ambas las gracias por su implicación en el caso. Uno de ellos es panadero y les regala un paquete de deliciosas tortas de chicharrones. Aprovechan para darse a conocer ante la nueva sargento y más de un soltero del pueblo se explaya en explicaciones absurdas y teorías conspiranoicas sobre quién fue y sobre el cómo pudo haberlo hecho. A pesar de la inverosimilitud de muchos testimonios, Anastasia los anota en su cuaderno. Cualquier posible pista es bien recibida.

—¡Queréis dejarla comer tranquila! —les riñe Pilar, la dueña del local, una vez les ha servido los platos.

De todas maneras no pueden evitar charlar sobre el caso mientras comen hasta hartarse. Anastasia se infla a comer pan y, cuando su barriga crece, siente la incomodidad que le producen las estrías de sus cicatrices, marcas de su trauma infantil, que le alcanzan hasta el ombligo.

Piden un helado de postre y la sargento tiene que darse prisa en lamerlo antes de que este se derrita, a toda prisa, amenazando con recubrir su mano de chocolate blanco derretido. En esas está, chupando el palo, cuando la dueña del local se le acerca para hablarle al oído.

—Aquel caballero de allí quiere invitarla a una copa.

Anastasia ve a un hombre que permanece sentado en un lateral de la marabunta de mesas y sillas dispuestas en aquel parque, cerca del barandal que les separa del barranco. Este muestra su copa y le dedica una sonrisa cautivadora. Tiene el pelo

oscuro y rizado, y lleva puesta una camiseta de *Dragon Ball Z* en la que se puede ver el dibujo de dos superguerreros.

—¿Le conoces? —pregunta a Yohanna.

—Su cara me suena bastante. Es de por aquí cerca, aunque no sabría decirte ahora mismo con exactitud.

—¿Vienes?

—Es a ti a quien ha invitado. Aprovecha su amabilidad para hacerle preguntas. Yo pienso hacer lo mismo con más de alguno de por aquí. Parece que todo el mundo tiene ganas de hablar con nosotras y que todos tienen chismes que contarnos. A ver si sueltan prenda y sacamos algo en claro.

La sargento se incorpora y camina hasta la mesa. El tramo es de apenas quince metros que se le hacen una maratón y cuanto más lo piensa más torpe se siente al andar. Le sorprende que uno sea capaz de olvidar una cosa tan básica como caminar, sobre todo cuanto más se piensa.

A falta de un par de pasos, él saca el culo del asiento para incorporarse y hablar con un tono dulce y comedido.

—Buenas tardes. Pensé que no aceptaría mi invitación. Ahora me alegro de haberlo intentado.

—¿No? ¿Por qué razón no iba a aceptar?

—Creo que debe andar muy ocupada. Hoy me he enterado de que usted es la nueva sargento de Zufre. Necesitaba hablar con usted, pero he visto que aquí en el bar era el centro de atención y no sabía cómo hacerme oír. Soy algo tímido, ¿sabe?

—Pues me parece un hombre con bastantes recursos.

Tras una risa contenida, se presenta como Alberto y se ofrece a invitarla.

—Por favor, siéntese, no se corte. ¿Qué quiere tomar?

Avisa a la camarera y esta les atiende. Anastasia pide un licor de manzana sin alcohol que Alberto mira desilusionado. Él se ha arriesgado con una ginebra con tónica. Aún está nervioso, pero lo disimula bien.

—¿De qué quiere hablar? —pregunta la sargento.

—Directo al tema, supongo —dice mientras da un sorbo a su cóctel para sentirse interesante y alargar su tiempo.

—Supongo que tiene que ver con la investigación, de ahí mis prisas.

—Claro, claro, lo entiendo —Y lo entiende. Tanto que comienza a sentirse estúpido. En su cabeza, aquella conversación tomaba otros derroteros más alejados de la realidad y cercanos a una fantasía romántica—. Ajam —se aclara la garganta e intenta, al menos, parecer un poco profesional—. Pues, verá, le explico. Yo soy profesor de historia en el instituto de Santa Olalla; le daba clases a Alicia. Y este caso me ha afectado profundamente. Imagino que como a todos, en realidad. Al menos yo no he pegado ojo en toda la noche pensando en lo sucedido y, sobre todo, en un detalle que me han contado y que me gustaría saber si es cierto.

—¿Qué detalle? —solicita.

—¿Es cierto que la víctima tenía un capirote sobre la cabeza?

La pregunta sorprende a la sargento. Nadie hasta entonces le había preguntado por ello. Era un dato llamativo, pero que había quedado en segundo plano por la impresión de tener a una chica agredida, ahogada y quemada. A nadie le pareció significativo que llevase un extraño cono por sombrero, y más en una chica que siempre vestía de una manera diferente a los jóvenes de su edad. El capirote estaba en la instrucción del caso que Lucas describió: se había anotado, pero no resaltó lo suficiente como para tenerlo demasiado en cuenta.

—¿Y qué si lo tenía?

—Perdón, ni siquiera me he explicado y ya parece que estoy exigiendo información a la Guardia Civil. Verá, lo que ocurre es que, como profesor de segundo de bachillerato, estoy dando clases sobre la historia de España a mis alumnos. Todos son de la edad de Alicia, por cierto. La semana pasada les enseñé una época oscura para nuestro país. Bueno… y para el mundo occidental, en general. Me refiero a la época en la que los Reyes Católicos obligaron a cientos de miles de judíos a convertirse al cristianismo. Los judíos actuaban en la sociedad como prestamistas y esto para la Iglesia era un grave pecado: el de la usura. Sin embargo, por muchos era sabido que la mayoría de judíos cambiaban de religión tan solo de boquilla, de puertas hacia fuera, en sus casas cada uno con su religión y su parafernalia. La Corona española quiso controlarlo, y, para vigilar el comportamiento de estos nuevos conversos, creó en

1480, y muy cerquita de aquí, en Sevilla, el tribunal de la Santa Inquisición.

Anastasia permanecía tan callada que Alberto no sabía si le estaba siguiendo el hilo, así que quiso asegurarse antes de continuar:

—Oh, Dios, le estoy aburriendo. ¿Le parezco pedante?

—No.

—Lo entiendo. Empiezo con mi rollo de profe y claro, así luego las espanto a todas.

—Alberto, le estoy escuchando. Es solo que no logro desgranar su discurso. ¿Por qué me cuenta esto? ¿Qué relación tiene la Santa Inquisición con el caso de Alicia?

El profesor alza una mano abierta y la planta frente a la sargento para que calle. Luego, muy despacio, cierra sus dedos sobre la mano, todos excepto el índice, con el que señala a Anastasia.

—En seguida llegaremos a eso. Escuche con atención.

El profesor continúa explicando una especie de guerra entre católicos y protestantes y lo relaciona con la leyenda negra. Cuando Anastasia se siente perdida, apremia al profesor a ser más escueto y eliminar la paja del cuento. Y es entonces cuando el discurso de este comienza a volverse interesante para la sargento.

—…quedó en segundo plano. El tema de los judíos, la limpieza de sangre y los cristianos viejos, se difuminó en una palabra más grave: herejía. Y aquí es cuando llegamos a lo realmente

importante de mi historia y la razón por la que estoy hoy aquí hablando con usted.

Alberto se queda allí plantado, callado, observando a la sargento con una estúpida sonrisa. Al principio le resultaba un tipo peculiar, incluso mono. Después de aquella chapa, Anastasia solo quiere mandarlo a la mierda.

Como parece que el profesor espera algo, ella tiene que darle cuerda:

—Y lo realmente importante de su historia es… ¿qué?

—Eso: la herejía.

—¿La herejía? —La sargento se rasca la cabeza—. No entiendo…

—La quema de herejes. La Santa Inquisición pasó de quemar judíos a quemar brujas. —Alberto sonríe y muestra las palmas de sus manos como demostrando que todo aquello era obvio y que su teoría resuelve el caso—. Mujeres quemadas en una hoguera, ahí lo tiene. ¡Incluso existen libros de la época con instrucciones sobre la manera en la que enjuiciar y condenar a una bruja! Incluso había un libro llamado Malleus…

Anastasia se pierde en los dibujos de la camiseta del profesor, con Goku transformado en superguerrero, con llamas saliendo de su cuerpo y esos pelos de color amarillo. Amarillo…, su color favorito.

—No sé… Todo esto me parece un poco estrambótico, ¿no? Suena a conspiración… La Santa Inquisición detrás del asesinato de

una chica en un pueblo… No logro ver la relación que usted ve de manera tan clara.

—¿¡Qué!? ¡No! Madre mía. No me ha entendido. Lo siento mucho. Me enrollo demasiado y al final confundo a la gente. No hablo de la Santa Inquisición como sujeto del crimen, sino como método. ¿Sabe usted cómo castigaban a las personas por herejes? Les colocaban un saco por ropa, un gorro sobre la cabeza con forma de capirote, que en realidad se llama coroza, y los quemaban vivos en la hoguera. A eso es a lo que voy: por eso pregunté por la coroza o capirote. Esa era la forma en la que la Iglesia ajusticiaba a los herejes. ¿Lo entiende ahora?

Anastasia asiente despacio. Ahora lo ve. Puede que aquel profesor se extienda tanto que duerma a los alumnos, pero parece ser el único en aquel pueblo que ha dado con la tecla del caso. Y menuda tecla. Una vez más, el fuego que arrasa con todo.

La sargento siente que el sudor se le enfría a pesar del calor que hace en aquel parque bajo los rayos del sol de media tarde. Está tan harta del calor y del maldito pueblo…

41

Al pasar al interior de la barra, se lleva otro copón.

—¡Ay! —se queja Óscar.

—¿Es que no has visto cómo está el bar de enfrente hoy?

—¿Qué?

—Míralo, sal a verlo.

Óscar se asoma para ver desde la distancia cómo el restaurante que les hace la competencia está lleno. Todas las sillas que doña Pilar tiene fuera puestas están ocupadas, a diferencia de las del bar de su hermano Víctor, que apenas alcanza un veinte por ciento de aforo.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Y yo qué sé, pero haz algo. Mira, ¿que no ves que está llenito de picoletos? ¿No eran esos tus amigos? ¿Qué hacen allí? Deberías haberlos invitado tú, aquí. ¿Acaso no hay una nueva sargento en el pueblo? La avariciosa de siempre la ha invitado, se te ha adelantado y ahora esa sargento está allí rodeada de amiguitos. Y mira Yohanna cómo atrae a gente a su alrededor. ¿Por qué no las invitaste tú?

—¿Yo? ¿Y por qué no tú?

—Porque se supone que tú eres el amiguito de los guardias. Haz algo, coño, que todos se te adelantan.

Su hermano mayor regresa dentro y él se queda con mala cara contemplando el alboroto de personas bebiendo y disfrutando en el restaurante de aquella empresaria avariciosa que les roba clientes. Óscar fija su mirada de odio en Anastasia. Se siente frustrado. Está harto de la rivalidad entre negocios, de no haber logrado aprobar la oposición a la Guardia Civil, de su leve cojera e incluso está harto de su hermano con su vida familiar. En resumen, Óscar está harto de todo el pueblo, y alguien pagará el pato.

42

Lucas camina por el Paseo de los Alcaldes y ve a su jefa parloteando con un pelele. Lleva una camiseta friki y no para de hacer aspavientos con las manos como si aquello que contase fuese lo más interesante del planeta. Decide entonces romper su corta abstinencia y se dirige al interior del bar, a la barra, para pedir un Johnnie Walker cola y saciar su sed con alcohol y gaseosa. Entretanto, saluda a unos cuantos amigos del pueblo.

Le sirven el cubata cargado de hielo y al tocar el vaso fresquito alivia unos dedos hinchados y acalorados sobre un vendaje que oculta sus quemaduras. Luego sale con el vaso sujeto por sus dedos salchichas para sentarse en la misma mesa que su compañera de armas, Yohanna. Allí está también Patxi, el guardiacivil vasco que peor le cae. Por suerte le han concedido el cambio de destino y se marcha en una semana para escapar de aquel embrollo en el que se encuentran los habitantes de Zufre.

Desde su asiento metálico, Lucas mira de soslayo a Anastasia. Examina sus expresiones tratando de dilucidar si se siente complacida con la compañía; no obstante, aquella mujer es como un témpano de hielo: un bloque duro, de forma angulosa, fría e inexpresiva, como los hielos de su cubata. Imposible saber si aquel tipo le gusta o le disgusta. Aunque, por el tiempo que llevan ya conversando, no debe sentirse muy asqueada.

—¡Ay va! Lucastxu, maitemindu. Deja de mirarla así, no conseguirás nada. —Es el capullo de Patxi dejándole en vergüenza

delante de todos.

—¡Ja, ja, ja! Lucas no cambia —añade otro.

No está para ánimos e incluso en esas condiciones tiene que soportar la arenga de su compañera favorita:

—¿Lucas queriendo ligarse a una chica nueva? No… Qué cosa tan rara, ¿no, compañero? —ironiza la esbelta y exuberante Yohanna.

Hubo un tiempo en que él le tiraba los tejos. No quedó en nada. Al principio ella le seguía el rollo: jugaba con él. Una mujer tan hermosa estaba más que acostumbrada a esa lluvia de hombres parlanchines. Lucas lo entendió y se retiró a tiempo. Ahora eran buenos amigos. Ella le metía caña de otro tipo, para bajarle su ego de las nubes de una manera sana.

—¡Qué va! Solo me intereso por con quién habla para saber si tiene relación con el caso. A ese le conozco, ese es profe de mi hija. Anastasia es una mujer bonita, pero yo no voy a tener ojitos para nadie hasta que encuentre al asesino pirómano que anda suelto.

Tras unos segundos de incómodo silencio, Yohanna alza su copa y dice:

—Brindo por eso, compañero.

Y todos brindan y beben hasta hartarse, pero nadie logra olvidar el espantoso crimen. Es como si el olor a carne humana quemada se hubiese quedado en el ambiente, en el maldito pueblo, en el aire como el dióxido de azufre del volcán canario. Lucas decide

que seguirá bebiendo hasta perder el olfato y desprenderse de ese nauseabundo olor que le impide tener el carácter chistoso de siempre. Así que termina los restos aguados de su copa y pide otro cubata.

Cuando lleva tomado más de la mitad del segundo, regresa la sargento. Lucas observa atento cómo el tipo de la camiseta friki se larga con las manos metidas en los bolsillos. A tu casa a pajearte, chulo, se le ocurre pensar a Lucas.

Yohanna recibe a la sargento con sonrisa ancha y mirada traviesa.

—Me ha contado algo interesante —se justifica ella.

—¿El qué? —pregunta un vecino del pueblo con cara de pasmarote.

Anastasia mira los rostros de los presentes y de repente es consciente del enorme grupo que se ha formado alrededor de Yohanna. Sí, de Yohanna. Sin duda es el pilar fundamental de aquella reunión de pastores salidos.

—¡Señores, es hora de iros a casa! —grita Yohanna—. ¡Vuestras mujeres os están esperando! —Y se ríe de su propia burla. El personal protesta entre risas y balbuceos, pero se retiran sin armar mucho alboroto.

—Yo me voy también. No pinto nada, me marcho de este pueblo en pocos días y poco más puedo aportar. No quiero que esto me salpique el ánimo —dice el mamón de Patxi.

No se merece el uniforme que guarda en la taquilla. Lucas lo piensa así, pero no lo dice en voz alta. Cuando Patxi se va, Lucas observa a su jefa. La mirada de Anastasia se arrastra desde el mamón que acaba de irse hasta la copa medio vacía de Lucas. Cree que Anastasia se ha dado cuenta de lo mal profesional que es Patxi y es entonces cuando Lucas siente verdadero miedo de que pueda pensar lo mismo sobre él. Al fin y al cabo, a él lo pilló borracho con el uniforme.

Aparta su copa de delante.

—¿Qué es eso tan interesante que le ha contado?

A la mesa solo han quedado tres personas: Yohanna, Lucas y Anastasia. Esta carraspea un poco. Incluso eso lo hace de una manera sutil y a Lucas, ella, la nueva sargento, le empieza a resultar dulce. Mierda…

Retira su copa al extremo de la mesa, aún más lejos de sus labios.

Anastasia les explica lo aprendido de la Santa Inquisición y lo relaciona con el capirote de penitencia, la coroza que portaba el cuerpo de Alicia Ortiz. Por supuesto, todo de un modo más resumido que el profesor.

—Tomando en cuenta estos conocimientos, creo que podemos considerar el buscar en el pueblo a personas que sean religiosas para interrogarlas —sintetiza.

—¿Personas religiosas en este pueblo? —Lucas suelta un bufido y una risa nerviosa—. No quiero parecer irrespetuoso ni derrotista, pero este pueblo es muy tradicional y religioso. Aquí casi

todos son personas religiosas. Tan solo se salva la juventud. Se libra, quiero decir, no es que yo piense que ser religioso sea algo malo.

—Hay que estrechar más el cerco —aconseja Yohanna.

—Claro, claro. Tenemos un cerco. Este crimen tan… doloroso, tan atroz, ha sido en cierta medida premeditado.

—¿En cierta medida?

—Sí. El asesino debía llevar cuerda para colgar a la víctima; el sambenito, que son las prendas con las que vistió el cadáver; la zona donde preparó la hoguera. Todo esto conlleva una preparación, pero no sabemos si la víctima fue escogida adrede o por azar, por encontrarse, simplemente, bajo el coto en el que cazaba nuestro depredador. El caso es que si el asesino llevaba cierta premeditación para realizar algo tan cruel, sin duda es porque le gusta hacerlo. Y lo más probable es que pretenda repetir lo que hizo.

—Por eso debemos darnos prisa en encontrarle.

—Espera, espera —pide Yohanna—. Habláis dando por hecho que el holandés no tuvo nada que ver, ¿es así?

—El holandés no ha sido —afirma Lucas.

—El holandés es el único del pueblo que no es religioso.

—Que no es cristiano —especifica Yohanna—. Él es budista y animista, o algo así.

—No ha sido él —repite Lucas.

—Sí, bueno, será budista, pero estamos barajando la teoría del asesino inquisidor —aclara Anastasia.

—Chicas, joder, que no fue él. Lo sé.

Sus compañeras le miran exigiendo una explicación. Lucas suspira, recupera su copa del extremo de la mesa y da un largo trago hasta acabarla. Hace una señal para que le traigan otra. A tomar por culo la opinión que pueda tener su sargento de él.

—Mi hija se me ha confesado hoy…

Se lleva una mano a la frente sin saber si es por el dolor de cabeza que le ha traído ese último buche o por la vergüenza que le da tener que admitir lo que su hija hacía en lugar de estudiar.

—La mañana del asesinato de su amiga, estaba con ella. Mi hija pasó con ella gran parte de esa mañana. Al parecer, hicieron novillos. Se saltaron las clases para ir a visitar a…

La camarera le trae una nueva copa y este calla. Anastasia está a punto de reprocharle que beba tanto, pero, oficialmente, Lucas debería estar de baja médica por las quemaduras de sus manos y allí está, charlando sobre el caso con ellas y tratando de averiguar algo. No como Patxi, que se comporta como un pelota con quien lleve la batuta en el cuartel. La sargento valora escribir un parte que manche el expediente del vasco antes del cambio de destino por su falta de interés en el caso. Será más adelante, cuando tenga menos cosas importantes en las que pensar.

—¿Para visitar a quién? —pregunta Yohanna una vez se marcha la camarera.

—Para ir a visitar al holandés ese, a Manfred.

—¿Tu hija y Alicia se saltaron las clases para ir a ver a Manfred?

—Sí, eso he dicho.

—¿Por qué?

—Se me ocurre un motivo —dice Yohanna— y no es bueno para dos chicas tan jóvenes.

—Es ese. Ese es el motivo.

—¿Qué? —Anastasia anda perdida.

—¿De verdad tu hija…?

—Sí —asevera el dolido padre—. El caso es que Manfred estuvo toda la mañana con mi hija. Tiene coartada. Y mi hija no me miente: no pudo ser él.

—¿Qué, qué? ¿Por qué, qué ha hecho tu hija? No me estoy enterando de nada, la gente del sur habláis muy deprisa.

—¿De verdad aún no lo has pillado o te haces la tonta? A ver si va a ser verdad lo que dicen de ti… —El alcohol hace bailar tanto las palabras que Lucas se arrepiente, al instante, de lo que acaba de decir.

—¿Qué dicen de mí? —pregunta la sargento con seriedad.

—Nada, lo siento… Es que estoy muy afectado con todo esto y ahora encima también con lo de mi hija.

—Su hija se acostaba con Manfred —explica Yohanna, al fin, rompiendo el tabú.

El silencio entre compañeros aborda la mesa.

Anastasia comprende ahora en qué sentido hablan de ella. No es la primera vez que lo oye. Monja, mosquita muerta, mojigata… cualquier adjetivo válido que expresa que a sus treinta y cinco años de edad sigue siendo virgen. Algo que nadie puede comprender, porque nadie carga su pellejo.

Lucas guarda silencio porque está molesto con absolutamente todo. Ni siquiera sabe a dónde ha ido a parar su sentido del humor. Y para colmo lo paga con la menos indicada. Incluso siente rabia por sentirse mal por los sentimientos de alguien a quien acaba de conocer, cuando siente que ha perdido a su hija, que la amiga de esta está muerta y que su propio amigo está en la UCI. Y se preocupa él de una desconocida… Muy harto ya de todo, Lucas se levanta y va al baño.

Las mujeres cuchichean entre ellas.

—Manfred tiene fama de conquistador, por eso hace enemigos en el pueblo. Es el viejo cuento de caperucita. Él es el lobo del bosque. Se lleva a las chicas a su terreno para…

—Comérselas.

—Sí.

—Pero no las mata.

—Me supongo que no.

Los pensamientos se agolpan en la cabeza de Anastasia. La hija de Lucas y su amiga Alicia se saltaron las clases para ver al holandés. Manfred mantiene un romance con la hija de Lucas, eso

explica su actitud en el interrogatorio. No fue claro para proteger su relación con la hija del guardiacivil. Por eso no dijo toda la verdad, para ocultar su romance. Necesita hablar con Lucas, necesita saberlo todo e informar al brigada. ¿Por qué Alicia acompañó a Belén a la casa de Manfred? ¿Acaso era una relación a tres bandas? ¿Hasta qué hora estuvieron juntas? Anastasia mira instintivamente su reloj. Es tarde.

Al ver salir a Lucas del baño, no en sus mejores condiciones, la sargento comprende que es mejor, por la hora y a pesar de la urgencia del caso, desconectar, descansar, para retomarlo con más fuerza al día siguiente.

Lucas se rasca la nariz y vuelve a tomar asiento. Anastasia fija su mirada hiel en él.

—Creo que deberíamos parar aquí. Estamos muy crispados y eso no es bueno para el caso: así no logramos ser resolutivos. Necesitamos desconectar un poco.

—Brindo por ello, a tu salud —dice, retomando su copa.

—Bueno, yo me voy para el cuartel —dice Yohanna—. Tengo que hacer el relevo, empieza mi turno.

Yohanna se marcha dejando a Lucas a solas con la sargento. Primero reina el silencio, y luego también. A Lucas le sorprende que Anastasia aguante allí el tipo sin sentirse incómoda, pero él solo siente ganas de hundirse en el alcohol de su cubata. Todavía no está lo suficientemente borracho como para soltar chistes con una desconocida y después de sucesos tan trágicos.

Ella se levanta.

—Creo que yo también debería irme a descansar.

—¡No, espera! —se sorprende Lucas tocándole una mano para que ella no se aleje. Esta se ruboriza y él aparta la mano deprisa—. Tienes razón. Deberíamos desconectar. Hablar de otra cosa. Por favor, siéntate. Charlemos de algo, solo por charlar, solo por conocernos un poco. Al fin y al cabo seremos compañeros, al menos durante unos años. Hablemos de cualquier cosa por conocernos: ¿te gusta viajar? ¿Has estado en algún lugar interesante?

La pregunta del millón. Cuando tenía dieciocho años y no se comía un colín, leyó en un artículo de la revista Playboy lo que, según un estudio serio, era la peor y la mejor pregunta para ligar con alguien. La peor, versaba el artículo, era sobre cine, ya que las diferencias de gustos en ese terreno eran abismales; mientras que la mejor pregunta para conquistar a alguien era sobre viajes, pues, aún con diferencias, una persona siempre acababa hablando de sus experiencias personales alrededor del globo, y de ese modo se abría más a la otra persona, generando confianza. Aprendida la técnica secreta, Lucas tomaba valentía con unas copas de más y usaba la gran pregunta para ligar. Ahora, tras años de práctica, la dispara sin apuntar. No es ligar lo que pretende con Anastasia, pero la cuestión le sale sin pensar, por inercia y por costumbre.

—No, no me gusta viajar.

Lucas hunde los hombros. Ni con esas. Su nueva sargento tiene la temperatura más baja posible: -273,15 ºC, el cero absoluto.

—Soy muy casera. Pero es que soy de Zaragoza. Allí tenemos un viento al que llamamos cierzo que te congela las pestañas, se te mete por la nariz y hasta te da dolor de pecho. Cuando sopla el cierzo apetece mucho estar en casa con una manta y viendo una peli.

—Te gusta el cine, entonces.

—Claro, mucho. De joven y en invierno me tragaba casi una película por día.

—¿Cuál es tu peli favorita? —Lucas hace la pregunta prohibida.

—Me gustan muchas películas. Pero si solo tuviese que quedarme con una, y no por ser la mejor, sino la que a mí más me emociona, es Django, la de Tarantino.

—¡Guau! ¿En serio te gusta Tarantino?

—Me flipa. Tiene algunas pelis malas; sin embargo, Django es una obra maestra. Su entramado y sus personajes… Samuel L. Jackson borda su papel. Es malo hasta la médula. En su primera toma ya se le nota cómo irradia una envidia incontenible por el negro que monta a caballo.

—Es un peliculón —coincide Lucas, aunque no está seguro de haber visto esa película.

Conversan sobre otras películas y series durante más de una hora. El tiempo pasa deprisa y ambos se alegran de haber logrado un paréntesis mental de la desgracia del pueblo. Anastasia también se olvida un poco del calor, aunque no su cuerpo que rezuma sudor

en pequeñas cantidades, recubriendo su piel de manera imperceptible y otorgándole un aura ciertamente brillante. Anastasia está guapa esa noche, o Lucas así lo piensa. Él siempre se ha sentido como un cazador al que le gusta la conquista, y ver lo difícil que parece con la sargento la vuelve más atrayente, más deseable. Ambos comienzan a divertirse charlando juntos.

Algún vecino del pueblo se va acercando a la pareja para saludar, y al final vuelven a ser unos cuantos a la mesa.

A Lucas le vibra el móvil, lo saca del bolsillo y lo observa con detenimiento. Está leyendo un wasap y Anastasia se fija en él. Tiene los ojos grandes, son bonitos, y las canas de la barba le dan la apariencia madura que tan bien disimula con sus chistes malos. Entonces ve algo extraño en él, en su expresión. Parece haberse puesto más serio de lo normal, más… siniestro. Él se levanta sin decir nada y se aleja a paso ligero. Ella se disculpa con el resto y le sigue por curiosidad. Lucas le parece impredecible. Tanto que, a pesar de resultarle atractivo, no termina de fiarse de él. Está segura de que ha quedado con ese chaval de la moto, Cristian. Esta vez les va a pillar con las manos en la masa. Y si tiene que reprenderle por lo que está haciendo lo hará. De nada le servirán las excusas de lo mal que lo está pasando, nada justifica que un miembro de la Guardia Civil trapichee.

Camina por la plaza con los ojos muy abiertos. Un minuto después, lo ve. Está bajo unos escalones hablando con alguien más. Una mujer se abraza a él y Anastasia no puede evitar sentir una punzada en el pecho. Se oculta entre los matorrales del parque. Desde allí no puede escuchar lo que dicen, pero la conversación es

breve y parecen disgustados. Ella llora y niega con la cabeza constantemente. Luego, Anastasia ve el movimiento de las vendas que envuelven las manos del guardiacivil. Le acaricia el pelo y la sargento siente envidia. Tras consolarla, la mujer se marcha.

Lucas no es un hombre de fiar…

La sargento regresa al bar y paga su cuenta. Cuando está a punto de irse sin despedirse de Lucas, este la frena.

—Anastasia, tengo que irme.

—Sí, yo también me iba.

—Ha ocurrido lo peor… Acabo de ver a la hermana de mi amigo Fernando. No ha logrado sobrevivir. Mi amigo ha muerto esta tarde en la UCI, por las quemaduras. Juro que atraparé a ese malnacido.

Anastasia se pierde por primera vez en los ojos aguados de Lucas. Se siente tan ingenua y a la vez tan atraída que, sin pararse a pensar, le abraza. Él detiene sus palabras y su corazón se estremece. Está tan sorprendido que no reacciona. Ella se separa de él y termina su consuelo con una afirmación:

—Le atraparemos, Lucas. Le atraparemos.

43

Es noche de luna nueva. Las farolas alumbran las calles vacías de Zufre con siniestras esquinas que se esconden en la penumbra. Anastasia se aleja del bar y con ello del ruido. Siente la tranquilidad de un pueblo y también la intranquilidad de la noche.

Hay un joven apoyado en la pared de la pequeña plaza de toros y le extraña porque son pocos los jóvenes que salen de noche por aquellas calles después de lo que ha sucedido. Reconoce el rostro del chico moreno que la vigilaba en la iglesia observándola por encima del hombro.

Daniel alterna su atención entre el Instagram y la bruja que le pasa por delante. Se guarda el móvil en el bolsillo y se marcha en dirección contraria.

Anastasia continúa. Le alegra tener cerca el cuartel. Y le alegra todavía más que los periodistas se hayan ido a descansar. Sobrepasa las puertas verdes y ve a Yohanna en el interior de una oficina, pero decide no molestarla y continuar para cruzar el patio interior hasta llegar a su pequeño apartamento.

Cuando entra, viene a la puerta a recibirla el gatito con el que parece haber entablado una especie de relación: ella le sirve comida y él le ofrece compañía. Lleva todo el día fuera y Buda se muestra ansioso por comer algo. Anastasia va al frigorífico y saca tres lonchas de pavo. Primero las huele con desconfianza para, después, devorarlas en un periquete.

La casa es pequeña y, a pesar de ser de noche, sigue haciendo mucho calor. Abre todas las ventanas para que entre más fresco. Es escaso el aire que corre, aun así confía en que algo de calor escape por las ventanas para que la temperatura descienda. Si va a pasar años destinada allí tendrá que ir pensando en alquilar una casa o comprar un aire acondicionado. Mañana, si saca hueco, comprará un buen ventilador de pie.

Se desprende de la ropa que huele a sudor y la suelta sobre la canasta de la ropa sucia. Entra en la bañera y se ducha sin mirar sus partes, como casi siempre. Sale desnuda y oculta su anomalía con una toalla. Camina hasta el dormitorio con los pechos fuera. Son tan pequeños que no le botan, pero sus pezones van al ritmo de sus pies. Antes de acostarse siente la necesidad de hacer algo, un cambio, tomar las riendas de su vida en cuestiones a las que nunca se atreve a asomarse, y decide, por ello, destaparse frente al espejo. Está harta de que en cada destino le pongan los mismos motes: la monja, la mojigata, la virgen o la mosquita muerta. Debe seguir consejos de terapia y tratar su cuerpo con normalidad. Considera que debe mirarse al espejo hasta que no sienta nada.

Se esfuerza y lo hace.

No son solo sus piernas las marcadas por el pasado: su vulva, su entrepierna, su vagina está descolorida y arrugada como la de una vieja. Es antinatural. Se aparta del espejo con un respingo y se echa a llorar sobre la cama. ¿Quién coño iba a querer acostarse con una mujer así? Nadie entiende que sea virgen a los treinta y cinco años porque nadie viste su piel. No piensa desnudarse delante de nadie cuando ni siquiera es capaz de hacerlo delante de ella misma.

Llora y llora. Se tira sobre la cama y sigue llorando hasta que Buda se sube sobre ella y ronronea. Entonces piensa que hay peores cosas en el mundo y que tiene suerte de estar viva después de lo que sufrió. Piensa en sus padres… <<Nastia, cariño>>, y se queda dormida.

44

Anastasia tiene nueve años y duerme plácidamente en su habitación hasta que la despierta el sonido de cristales rotos. Mueve su pequeño cuerpo en el interior de las sábanas para acomodarse de nuevo, pero hay un ruido persistente que no le deja retomar el sueño, un sonido que no sabría definir: entre el gemido y el balbuceo, acompañado de pequeños golpes.

Abre los ojos.

A pesar de ser una noche sin luna, hay más claridad de la que espera, como si durmiese en un campamento junto a una hoguera. El ambiente es cálido, acogedor.

Sale de su habitación y va descalza. Su rostro se ilumina y siente el calor desde sus mejillas hasta los deditos de los pies. En la planta baja, el salón está tan iluminado que la ciega. No comprende lo que pasa, y se frota los ojos hasta llegar a la habitación contigua, dormitorio de su mamá.

Horror.

Su mamá yace bocabajo sobre la cama. Parece dormida, está desnuda y su cabellera rubia le cae sobre el rostro. No ve su cara, pero sabe que es su mamá del mismo modo en que sabe que el extraño que está de espaldas a ella, de pie y a los pies de la cama, no es su papá. También está desnudo y lleva una botella de cristal en la mano. La vuelca sobre la espalda de su madre y camina hacia atrás para formar un reguero de alcohol hasta la salida. El líquido derramado sobre la cabeza apaga el dorado de sus cabellos. El fuerte olor abofetea la nariz de la niña. El extraño se agacha y

enciende un mechero plateado. Su brillo, reflejo de la luz de luna, consigue hipnotizarla hasta el punto de sentir un paréntesis sensitivo, como si todo sucediera a cámara lenta. De la nada se alza una llama que recorre el camino hasta la cama que prende como una pira quemando los pelos y la carne de su mamá muerta.

El extraño se gira y ve a la niña pálida.

Anastasia retrocede, y él avanza. La niña da media vuelta y corre hasta las escaleras. Sabe que debe huir del peligro, pero, cuando desciende al salón, algo aún más aterrador la paraliza.

En el sillón hay una silueta sentada, completamente acomodada y envuelta en llamas. Sus piernas, sus manos, su cabeza…, todo cuanto ve es de color negro y sin más forma que la de una sombra metida en el fuego, y a pesar de ello reconoce a su padre carbonizado. El salón es una bola de fuego y ella siente el sofocante calor y ve la espesura de humo negro que pinta el techo.

Tose. Le cuesta respirar. El ambiente está cargado y los ojos le pican.

Unos pasos pesados hacen crujir cada escalón por encima del crepitar de las llamas. El extraño pirómano desciende como un demonio a las llamas del mismísimo infierno.

Su instinto le chilla que debe huir, correr, sin embargo, las llamas son cada vez más altas y están por todas partes. Respira menos y ve peor.

El extraño baja el último peldaño y se planta frente a ella, mirándola con el fulgor de Satán en sus negras pupilas. La niña se encuentra entre el mal y el fuego. Él sonríe, y retoma su lento caminar hacia ella. Ella encara las llamas que le queman las pestañas, y de manera intermitente retrocede la vista para ver lo

cerca que está el demonio de darle caza. Todo arde. Su cuerpo se mueve nervioso, tenso, desesperado. Con solo nueve años tiene que tomar una decisión trascendental: no sabe si saltar al fuego o dejarse coger. Y a pesar de que las ascuas picotean en su piel, siente en la nuca el frío helado que produce saber que la garra de un monstruo se aproxima por su espalda para atraparla.

La mano le agarra por la nuca con firmeza. Dominando a la niña al antojo de la voluntad de un pirado. Acerca sus fauces por detrás, al oído de la niña que huele su aliento fétido.

—Yo te lavaré la vagina en el fuego purificador, para que no te conviertas en una guarra como tu madre.

Con su otra mano, la siniestra, agarra de la parte de arriba del pantalón de pijama y tira hasta alzarla en vuelo con ambas manos. Para aquella bestia no supone esfuerzo alguno moverla como a una muñeca. Acerca sus pequeñas piernas a las llamas. La niña siente su mordida y grita, se desgañita con un chillido agudo que fuerza sus cuerdas vocales y que parece eterno. El dolor no cede, no desaparece, es penetrante e intenso como cien cuchillas inmisericordes clavándose en sus adentros. Duele y duele y sigue doliendo hasta que el monstruo lanza a la niña al lado opuesto y esta choca de forma violenta y queda inconsciente sobre el frío suelo, con el pantalón de pijama destrozado y la piel hecha jirones, chamuscada de cintura para abajo.

Allí la deja.

Tirada.

Moribunda.

Sufriendo una pesadilla que la perseguirá de por vida.

45

Anastasia tiene treinta y cinco años de edad y despierta de su eterna pesadilla para entrar en lo que le parece otra de idénticas características. Cuando abre los ojos ve las lenguas de fuego que tanto teme. El infierno. Su habitación está ardiendo. En su piso hay un incendio. Y ha sido provocado.

46

Durante la guerra de invierno, en 1939, Viacheslav Mólotov, el comisario de asuntos exteriores de la Unión Soviética, comunicó por radio a la población finlandesa que la Fuerza Aérea del Ejército Rojo no les bombardeaba, sino que les suministraba comida desde el aire. Los finlandeses respondían contra el ejército invasor arrojando botellas llenas de combustible para incendiar al enemigo, diciendo con sarcasmo que si Mólotov ponía la comida, ellos la bebida, dando así origen a los cócteles mólotov.

Se dice que el sabio teme tres cosas: una tormenta en la mar, una noche sin luna y la ira de alguien paciente. Aquella noche sin luna sobre el pueblo de Zufre, alguien paciente se prepara para ocasionar con su ira una tormenta de fuego.

Camina a paso ligero por las desérticas calles y lleva en sus manos un cóctel mólotov que ha fabricado en casa: una botella de cristal rellena de gasolina y un trapo en la boquilla que prende con un mechero. Se planta un par de segundos a observar la llama crecer antes de lanzar la improvisada bomba hacia una ventana abierta del piso que ocupa la invasora del pueblo, la nueva sargento, Anastasia, la bruja.

El lanzador es fuerte y atina con facilidad a colar la botella por la ventana abierta.

El sonido del vidrio al romperse cae sobre la quietud del pueblo como un rayo. El líquido se desparrama en el interior de la

vivienda, salpicándolo todo, y, al entrar en contacto con las llamas del trapo, provoca una combustión que se expande con una enorme rapidez por el pequeño apartamento del acuartelamiento de la Guardia Civil.

Cuando el lanzador, todo vestido de negro, se gira y comienza a correr cuesta abajo, se golpea contra alguien inmenso y cae de bruces al suelo empedrado. Gira su rostro hacia arriba, hacia el viejo, el que tiene el mal de Alzheimer.

Jacobo García ha resistido el golpe y permanece de pie con sus ojos clavados en el lanzador. Le mira atónito.

Desde el suelo no es capaz de sacar agallas para insultar al viejo por entrometido. Le ha visto. Lo ha visto todo, pero no le importa. Se incorpora a toda prisa, se sacude las rodillas y se esfuma corriendo.

Jacobo gira la cabeza y regresa su mirada a la ventana del piso de Anastasia, desde la que pronto sobresale una llamarada. En la acuosidad de los ojos de Jacobo se refleja un intenso brillo rojizo. Él sabe quién lo ha hecho, pero no sabe si lo recordará.

47

La despierta el sonido de cristales rotos y el bulto que duerme encima de ella, Buda, eriza los pelos de la espalda, pone el rabo tieso y pega tal salto de la cama que casi sale volando por la ventana.

Anastasia se incorpora de la cama. El sudor que le recorre la espalda se ha vuelto frío. Recuerda la pesadilla que acaba de tener, la de su infancia, con la que tantas veces se despierta bruscamente. Pero esta vez ha sido otra cosa, ha oído el estallido, algo está pasando y no logra centrarse para darse cuenta que ni siquiera está en el que hasta hace menos de una semana era su domicilio habitual, mientras estaba destinada en Madrid. A oscuras, le cuesta reconocer el entorno en el que se mueve, pero poco a poco la estancia se ilumina y aclara sus pensamientos. Recuerda dónde se encuentra: no en Madrid, está en el maldito pueblo de Zufre donde ha sucedido el terrible crimen, y comprende con horror que aquello que le ilumina ahora el rostro no es otra cosa que una lengua de fuego que crece en el salón y asoma a su habitación. La ve a través de la puerta abierta de su dormitorio y le aborda de nuevo la pesadilla que marcó, desde su infancia, el resto de su vida.

Anastasia pega la espalda al cabecero de la cama y encoje sus piernas abrazadas por las sábanas. Queda paralizada ante la llama que se alimenta del sofá del salón. Deja de pensar que está en Zufre para creer realmente que es una niña de nueve años y que está rememorando la eterna pesadilla, en la casa de sus padres, con

el monstruo que mutiló sus piernas y sus genitales después de estrangular a su padre, violar a su madre y quemar ambos cuerpos junto a todo su hogar. La mente es traicionera y Anastasia se comporta como tal, como si tuviese nueve años. Grita con fuerza, un chillido agudo, como cuando era niña, se acurruca en la cama y se echa a llorar, paralizada, incapaz de hacer nada más práctico. Solo quiere huir del infierno y cree que volviéndose a dormir lo logrará, así que cierra los ojos con esmero, apretando sus párpados, y se obliga a quedarse dormida para despertar de la pesadilla del fuego purificador que la persigue por siempre jamás.

Del gato no hay rastro. Buda ha reaccionado de forma más inteligente y ha huido de la casa despavorido, como un fantasma.

—¡Joder, hostia, fuego, fuego! ¡Sargento! ¡Sargento, ¿estás aquí?! ¡Anastasia!

Las voces suenan en su cabeza desde el lado del que hay que despertar, pero ella no parece conseguirlo, no abre los ojos y se balancea en posición fetal, abrazada a la almohada. Vuelve a gritar.

—¡Anastasia! ¡Anastasiaaaaa! ¡Sal de ahí!

La pesadilla toma otros derroteros y en lugar del monstruo aparece un caballero. Alguien que salta por encima de las llamas que rodean el castillo de la princesa, dispuesto a luchar contra el dragón y a salvarla de su tormento. Como en el cuento de Sigfrido y Brunilda, pero, ¿quién es el valiente guerrero?

Lucas entra en el piso con el torso desnudo y su camiseta rodeándole la cara, tapándole nariz y boca. Camina agachado para alejarse todo lo posible del humo negro que empuja el techo. Se

encuentra con una sargento en estado de shock emocional. Balbucea cosas sin sentido y se mece a sí misma como un bebé en brazos de su madre, tirada en la cama y no esperando otra cosa que las llamas relamiéndose para devorarla viva o muerta por la falta de oxígeno o por la intoxicación. Quizá el primer mordisco de estas llamas la despertarían de su letargo, aunque seguro que antes moriría asfixiada por el denso humo negro que se espesa sobre su cabeza traumatizada.

Lucas no pierde un minuto más. Abraza a la niña delgada que se mece en la cama y la levanta en vuelo. Sus músculos se maceran bajo la iluminación del fuego. Lucas tiene cuarenta años, pero está en suficiente forma física como para llevarla en brazos sin problemas ya que ella es peso pluma.

Retrocede y vuelve a salir sorteando el fuego que se ha vuelto incontrolable. Cuando sale del piso incendiado y se encuentra en el rellano del bloque, Anastasia parece recuperar parte de su consciencia.

—¡No me toques las piernas, no me toques las piernas! —grita pataleando, lo que obliga a Lucas a soltarla sobre el suelo.

Comportándose así, a Lucas, por un segundo, le dan ganas de tirarla de vuelta al interior del apartamento. Pero entonces ve que está completamente desnuda, y que sus piernas están repletas de las marcas que tanto vio y curó durante la guerra de Irak: cicatrices de quemaduras. Ahí es cuando comprende su estado emocional y su parálisis. Son marcas antiguas y parecen subirle hasta la cintura. No ve sus genitales porque los mantiene ocultos con la almohada que

se ha llevado sujeta en la entrepierna. Lucas lo comprende todo, incluso los rumores sobre su virginidad, y siente verdadera lástima.

—Vamos, tranquila, Nastia… Te llevaré a mi casa, está aquí al lado. Tus piernas no son importantes ahora, pero si nos damos prisa, nadie te verá.

Lucas posa una mano reconfortante sobre su hombro y ella parece reaccionar mirándole a la cara por primera vez. Está muy asustada, aun así asiente levemente y, avergonzada, vuelve a enterrar el rostro en la almohada.

El guardiacivil resopla para tomar fuerzas y vuelve a alzar a Anastasia en brazos.

Cuando la está sacando del cuartel, ve a dos de sus compañeros correr con extintor en mano hacia la casa en llamas. De quien no ve rastro es de Yohanna. Lucas estaba charlando con ella en la oficina antes de irse a casa cuando oyeron los cristales rotos y la deflagración. Yohanna dijo haber visto, tras el hueco de la persiana, una sombra negra correr calle abajo y salió tras ella mientras él se dirigió al piso donde descansaba la sargento.

Su domicilio está a menos de cien metros del cuartel por la calzada principal del pueblo. Los brazos se le resienten un poco. Hace muchos años que dejó de llevar a Belén en brazos a todas partes y aunque él no ha caminado mucho y ella pesa poco, Anastasia no es precisamente una cría.

Da unos golpes a la puerta para que le abra su hija. No quiere chillar, a pesar de la urgencia de la situación, primero porque no pretende asustarla y segundo porque no quiere llamar la atención de

los vecinos. Aquello es un pueblo y Lucas no tiene intención de que él y la sargento sean tema de habladurías de todo tipo. Pero empiezan a escucharse los primeros gritos de los dos compañeros que están tratando de apagar el incendio y Lucas se pone nervioso ante la tardanza de su hija. Seguro que pensará que regresa borracho, y lo estaba, un poco, hasta que vio las llamas.

Belén abre la puerta principal de la casa y Lucas la empuja, apartándola de manera brusca, con un enorme bulto de color carne entre los brazos.

—Anda, chocho, que se te cae… —le dice el padre. Luego gira a la derecha para subir los escalones que llevan a la planta de arriba.

Belén se queda boquiabierta al ver que se trata de una mujer desnuda y cree, no solo que su padre está borracho, sino que, además, se ha vuelto loco. Enmudece, no encuentra qué decir. Si su padre no hubiese usado su dialecto sureño para reprocharle la lentitud con la que fue a abrir la puerta, pensaría que él es el asesino del pueblo. Pero no. Belén piensa en lo que le ha dado tiempo de ver: la mujer desnuda iba aferrada a él, al cuello y clavando sus uñas en la espalda, como si fuera su salvador, como un monito a su madre mientras esta salta de rama en rama. Además, por sus cabellos claros y su cuerpo fino, comprende que es la sargento, a la que algo horrible ha debido de ocurrirle.

—¡Su casa ha salido ardiendo! —grita él desde el piso de arriba a modo de rápida explicación. Menos mal, Belén creía que la habían violado.

Lucas entra en el dormitorio principal y suelta a Anastasia, con la delicadeza que puede, sobre la cama. Luego la tapa con la sábana hasta el cuello. Lo primero que piensa Anastasia, una vez se siente segura, es que aquella casa es más fresquita. Luego se atreve a abrir los ojos para mirar a Lucas, sentado junto a ella, sin camiseta, con el torso barnizado de sudor y un tatuaje horrendo en el hombro.

—Tienes un tatuaje horrendo —son sus primeras palabras como adulta.

Él sonríe sin decir nada. Se queda ensimismado, observando sus labios.

—¿Por qué me has llamado Nastia? —añade ella.

—Leí que es el diminutivo de Anastasia.

—Sí… Mis padres me llamaban Nastia —explica, y Lucas comprende que aquello es importante—. Hueles como mi padre.

Pestañea antes de cerrar los ojos para regresar al duermevela. Ha logrado escapar de la pesadilla. Un salvador la ha liberado.

Lucas se incorpora, sale de la habitación y cierra la puerta para que ella pueda dormir en paz.

48

Anastasia tiene dieciocho años de edad y es la única chica virgen de su clase.

En un momento dado, está a punto de dejar de serlo cuando, en una fiesta de cumpleaños en casa de una amiga, se emborracha y se insinúa tanto a Nacho que acaban a solas en el sofá del cuarto de invitados. Ella apaga las luces para que Nacho no vea sus piernas arrugadas, y parece funcionar porque, cuando se están besando con lengua, ella palpa la entrepierna y nota un bulto que sobresale. No obstante, para desazón de la chica, cuando llega el turno de que él la toque a ella y pasa una mano tímida sobre su muslo, la retira de inmediato con un respingo, como si algo le hubiese asustado. Luego suelta una risilla tímida, para liberar tensión; regresa a unos besos, esta vez son fríos, su bulto se encoge rápido y unos segundos más tarde le dice a Anastasia que tiene que marcharse.

Ella se pasa el resto de la fiesta llorando en aquel sofá de piel sintética, en una habitación vacía como su vagina, y no solo creyendo, sino sintiendo realmente que nadie querrá acostarse con ella jamás por culpa de aquel cuerpo deforme. Hasta la piel de aquel apestoso sofá es más lisa y suave que la de sus piernas.

Tras esa mala experiencia, sigue pensando lo mismo: que nadie, nunca, le hará el amor. No podrá sentir todo cuanto le cuentan sus amigas, ni el amor pasional que ve por televisión o lee en sus novelas favoritas. Aquel pensamiento la desespera y se siente incapaz de mantener una relación íntima con nadie; con nadie,

excepto, quizá, con una persona: Sergio, su mejor amigo desde la infancia y su única oportunidad de sentirse amada por completo. En bachillerato fueron a parar a clases diferentes y desde entonces no quedan tanto, pero mantienen el contacto por Messenger donde ella le cuenta todos sus problemas y él la escucha sin pedir nada a cambio. Sergio siempre ha sido tan bueno, tan noble. Atrás quedó aquel chico que hablaba a trompicones y ahora se ha convertido en un orador ágil e inteligente.

Chatean con una mayor intensidad desde su mala experiencia con Nacho. Y Anastasia cree empezar a sentir algo por Sergio por primera vez desde que le conoce. Hasta entonces le había visto como un amigo; sin embargo, él nunca dejó de estar ahí para ella, demostrando lo mucho que la quería, y ella en cambio prefirió el contacto íntimo con otros chicos. Sentía que no lo había valorado lo suficiente, sentía que no le había apreciado, que había tenido al amor de su vida a un palmo, esperándola, y ella no había sabido o no había querido verlo, en parte porque solemos desear aquello que no tenemos al alcance.

Ambos jóvenes quedan a solas para ir al cine. Anastasia está muy ilusionada: puede que esta vez lo consiga. Con Sergio se siente lo suficientemente cómoda como para desnudarse sin tener que apagar ninguna luz. ¿Cómo no había visto antes que él era el amor de su vida? Siempre atento, siempre pendiente de ella y escuchando sus problemas.

Ven una película un tanto extraña, sobre una especia de héroe cristiano que extermina demonios mediante raros exorcismos y acaba por enfrentarse al arcángel Gabriel. A Anastasia no le gusta

demasiado, pero Sergio parece entusiasmado; por lo que, durante la película, no ve ningún buen momento para intimar con él.

Cuando salen del cine es de noche y Sergio la acompaña a casa, como todo un caballero.

—Sabes… Nastia, hay algo que quiero decirte.

Anastasia oye los latidos de su propio corazón. Lo observa ilusionada. Su manera de pronunciar y lo mucho que él ha cambiado también físicamente. Su cuerpo se ha espigado y tiene unos ojos penetrantes.

—Para mí es complicado de decir, pero… tú muchas veces me confiesas tus problemas y yo llevo tiempo queriendo confesarte algo importante, algo que me está sucediendo y en lo que no puedo parar de pensar.

Ella se acerca más a él, para que le sea cómodo besarla. Se lo pone fácil. ¿Por qué no han hecho esto antes?

—Llevo tiempo sintiendo un contacto muy intenso. No sé expresarlo de otra manera. Es algo que he interiorizado y que me ha llevado a tomar una decisión.

—Sí —responde ella como una bobalicona, esperando con ganas el beso pasional que pronto llegará y que terminará por romperle sus complejos y hacerle el amor allí mismo, en el portal.

—He sentido un contacto muy intenso…

—Sí…

—…con Dios. Con Cristo.

—¿Qué?

—Voy a hacerme sacerdote. Lo he pensado muy bien, he sentido la llamada durante mucho tiempo. Estoy decidido y quería confesártelo porque tú me cuentas tus cosas, siempre confías en mí.

—Sacerd… sacerd… —Ahora es Anastasia quien se siente como una niña incapaz de verbalizar nada. ¿Es una mala broma del destino? ¿¡Sacerdote!?

—Me he dado cuenta de que se me da muy bien escuchar los problemas de los demás. Me gusta atenderles, servirles, y quiero dedicar mi vida a ello; quiero dedicar mi vida a Cristo.

—Pe… pero…

—Y me siento muy aliviado al poder confesártelo y cuanto más lo pronuncio en voz alta más seguro estoy de cuál es mi camino, de que he sentido la llamada a tiempo. —Sergio está pletórico y lo expresa gesticulando mucho con sus manos—. Al principio dudaba, no sabía lo que significaba esta llamada. Lo que ocurre es que ahora comprendo que Dios nos llama a todos de maneras diferentes y este es mi camino.

—¡Tú eres idiota! —Anastasia se siente tan desdichada que le importa un pimiento la patraña que su amigo le está contando. No se la cree, no puede ser cierto, debe ser una mala broma del destino, una confabulación del universo para mantener a Anastasia virgen hasta su muerte.

—Anastasia, yo… He escogido el camino del Señor.

—Yo, yo, yo… ¡Me importa una mierda, tú! El camino del Señor, dices, pero ¿qué me estás contando? Has escogido un camino de mierda…

—Anastasia, te pido que respetes mi decisión. —Esta vez Sergio se pone serio, baja las manos y deja de gesticular—. Escucho todos tus problemas sin interrumpirte. Siempre he estado ahí para ti.

—¡Cállate! No quiero oír que siempre has estado ahí. Me importa el ahora y ahora escoges otro camino.

—Ahora he tomado mi decisión. Yo siempre he tenido que aguantar todos tus problemas con tus ligues y tú…

—¡Idiota, tú me has abandonado!

Anastasia, incapaz de soportar más aquella discusión, se mete en el portal con lágrimas en los ojos. En el fondo tiene la desagradable sensación de que todo es culpa suya, de que ella le ha conducido por el camino de la fe ciega.

Sergio suspira. El camino que ha escogido conlleva sacrificio. El primero de todos es dar un paso en dirección contraria a la mujer a la que tanto ha amado y por la que nunca se ha sentido correspondido.

Y lo hace.

Se da media vuelta y se marcha.

Nunca más volverá a verla.

49

Anastasia tiene treinta y cinco años y se despierta en una habitación que no es suya. Está sola y no recuerda cómo llegó ahí. Lo último que recuerda es que se echó a llorar sobre la cama y Buda se acurrucó junto a ella y la calmó con su ronroneo hasta que se quedó dormida. También recuerda la pesadilla: los cabellos rubios de su madre, el monstruo con la botella de alcohol, su padre carbonizado sobre el sillón y las llamas alrededor… A partir de ahí, nada más. Su mente le bloquea el acceso a lo que ocurrió después.

No está asustada, sencillamente, porque la extraña habitación donde se encuentra parece bastante acogedora. Mira bajo las sábanas y se encuentra con que está desnuda. ¿Habrá hecho el amor, al fin, con alguien? ¿El profesor de la camiseta de *Dragon Ball Z*, quizá? No. Imposible. Dicen que cuando pierdes la virginidad lo recuerdas durante toda tu vida. Pero, ¿y si la drogó? Anastasia busca por la habitación su arma reglamentaria. No solo no la ve, sino que ni siquiera ve su propia ropa por ninguna parte.

Sale de la cama y abre un armario. Solo hay ropa de hombre. Colgada de la percha ve la funda de un uniforme de la Guardia Civil. ¿Dónde coño está?

—Hola…

Anastasia se gira al mismo tiempo que instintivamente agarra la sábana y se tapa con ella. Ve a una chica de pelo corto vestida con un culote y una camiseta de tirantes. No lleva sujetador,

pero es tan joven que sus pechos aún miran al frente. Es preciosa, aunque demasiado joven para ella. Su confusión aumenta. ¿En qué lío se ha metido ahora?

—Perdona, es que mi padre me ha dicho que te prestase mi ropa.

Es la hija de Lucas, ahora se acuerda. Y recuerda también el olor de su cuerpo, su torso desnudo y su horroroso tatuaje en el hombro. Nada más.

—Gracias. ¿Dónde estoy?

Belén la mira perpleja. Suelta su ropa sobre la cama y le pregunta:

—¿No recuerdas nada?

—Yo… —Anastasia se sienta. Le duele la cabeza.

—Tu casa… Bueno, el piso del cuartel donde te alojabas salió ardiendo. Dicen que alguien te tiró una bomba. Se incendió todo el piso.

—¿Una bomba?

—Sí. Mi padre te trajo aquí en brazos. Sus compañeros y muchos vecinos del pueblo ayudaron a apagar el incendio. Lo siento, pero no habrá quedado nada de lo que tenías allí.

—No tenía gran cosa… —Recuerda al gato y espera sinceramente que se encuentre bien.

—¿No recuerdas nada de nada?

—No lo sé, porque me parece que me quiere sonar lo que me cuentas…, pero no.

—Creo que es por el estado de shock. He oído que esas cosas pasan. Seguro que poco a poco te encontrarás mejor.

—Gracias.

Anastasia mira a Belén. Esta sonríe y piensa en algo más que decir.

—Si quieres, puedes bajar a desayunar con nosotros. Mi padre está abajo.

—Por supuesto.

Examina lo primero que le llama la atención de la ropa que le ha dejado Belén sobre la cama: un tanga. Lo mira con recelo. Nunca ha usado uno y la primera vez que se lo pone lo hace del revés. Luego le da la vuelta y le resulta incomodísimo. Se enfunda unos pantalones vaqueros demasiado estrechos, un sujetador por encima de su talla y una camiseta ancha de colores psicodélicos y con multitud de flecos. Por último, tiene que escoger entre dos opciones de calzado: unas deportivas Nike tan coloridas como la camiseta que se ha puesto y unas sandalias con las que iría mucho más fresca. Las sandalias son tentadoras, pero ella siempre recubre por completo sus piernas para no mostrar las marcas de su piel, así que se calza las deportivas y baja para encontrarse con Lucas en el comedor. Este, al ver sus pintas de estudiante adolescente, se echa una carcajada que en principio le molesta, pero luego no puede evitar sonreír con él. Lucas le cuenta cómo fue la noche mientras desayunan. A ella no deja de sorprenderle el hecho de no recordar

nada de nada. Siente rabia y deseo de encontrar a quien lo hizo. Podría haber muerto allí quemada o asfixiada de no ser por Lucas. Ella devora las tostadas, tiene mucha hambre, mientras le escucha atentamente y piensa en lo hablador que es. Gesticula mucho incluso con las manos vendadas, es muy animado. Anastasia se da cuenta de que su hija lo mira ensimismada. Se ve que lo adora.

Suena el móvil de Lucas. Este responde y su semblante deja de ser animado. Baja la cabeza. Anastasia observa cómo aprieta los puños y sabe que eso debe dolerle por las quemaduras. Se está castigando a sí mismo. Cuando cuelga les cuenta lo que sucede:

—Ahora tengo que irme al tanatorio. La misa por Fernando será a las nueve de la noche, también aquí, en la iglesia. Te recogeré antes —dice a su hija.

Cuando se marcha, ambas terminan de comer en silencio. Anastasia piensa en lo enorme que es la casa para que vivan solos padre e hija, y en el silencio que allí reina cuando no está Lucas. Su hija debe echarle de menos a menudo. Luego piensa en que el fallecimiento de Fernando implica que tienen dos muertos en un mismo caso. No puede perder más tiempo. Ha sufrido un lapsus del que debe reponerse con el doble de fuerzas y energías. La suerte de que su compañero le salvase la vida y la alojase en su hogar la ha llevado a tener la siguiente pista delante de sus ojos y se pone manos a la obra.

—Belén… Lo último que recuerdo hablar con tu padre, ayer, fue sobre ti y sobre Manfred.

A Belén se le colorea el rostro de inmediato. Su cabeza se convierte en un tomate maduro.

—Ya… —musita.

—Es muy importante, para que dejen de haber muertos en el pueblo, que me cuentes cada detalle de lo que hiciste esa mañana tanto con tu amiga Alicia como con Manfred. Tenemos a Manfred en un calabozo y seguirá allí mientras no sepamos lo que hizo esa mañana. Necesitamos corroborar vuestras coartadas y ver si las horas, si todo concuerda. ¿Me entiendes?

Belén asiente. Cuenta que en ocasiones, y cada vez de manera más asidua, se escapa con Alicia para ir a casa de Manfred, a la cabaña del bosque, como la llama ella.

—Primero era Alicia sola la que se saltaba las dos últimas horas de clase para verle a él. Pero un día quiso que yo la acompañase para conocerle. Decía que era alguien muy especial. Lo definió como alguien fuera de este mundo. Me llamó la atención que lo llamase así, y un día fui.

—¿Cómo os desplazáis hasta allí? ¿Cogíais un taxi o…?

—Qué va. Alguna vez hemos ido caminando, pero casi siempre nos lleva Cristian en su moto por un par de euros. Es lo más rápido.

—Vale… ¿Qué impresión te dio Manfred?

—El tío era un poco fantasmón, yo me di cuenta desde el principio. Lo que pasa que al ser adulto es diferente. No es como los niñatos del insti. Me gustaban las mañanas que echamos con él y

me gustaba cómo me hablaba. Me di cuenta de que, a él, mi amiga ya no le gustaba, y que realmente se había fijado en mí.

—Entiendo —dice Anastasia solo por empatizar—. ¿Cuándo empezasteis a… —la pregunta se le hace bola— acostaros? Vuestras primeras relaciones sexuales…

—Durante el segundo trimestre del curso pasado, creo que por marzo. Empezó como un juego tras una fiesta a la que fui con mi amiga. Alicia y yo nos marchamos antes para ir a su casa. Él ya se había acostado con Alicia muchas veces y yo sentía cierta envidia de eso. Ella me contaba que la tenía enorme —suelta, acompañando la palabra de un gesto con las manos para marcar una medida exagerada. En su manera de hablar y gesticular tanto se parece a su padre— y que lo pasaban genial, y me daba curiosidad. Esa noche bebimos alcohol. Nos emborrachamos una barbaridad, incluso Alicia vomitó. Fue la primera vez que hicimos un trío.

Anastasia está perpleja por cómo lo cuenta y por todo aquello que cuenta, sin embargo, intenta disimular su escándalo. Esa chica de dieciocho años tiene muchísima más experiencia en la cama y ella tiene que interrogarla con naturalidad, como si hacer tríos fuese para ella el pan de cada día.

—¿Seguisteis así todo el verano?

—No. En verano nos vimos poco porque yo paso las vacaciones en Málaga. Lo que pasa que cuando regresé, noté a mi amiga como más pava, más enchochada de él, ¿entiendes? Ella quería verle más y muchas veces se arriesgaba demasiado. En cambio, él ya solo quería verme a mí. Decía que yo era diferente a lo

que nunca había tenido, que conmigo sentía algo especial; y a mí él me gustaba. Los tríos no. Él solo quería estar conmigo. Lo cierto es que Alicia era un poco pesada. La quiero mucho y lloro mucho por ella… Pero era muy pesada. Todo el santo día quería ser el centro de atención y atosigaba tanto a Manfred que este llegó a confesarme que cortaría con ella, pero que, por favor, cuando eso pasase, yo no dejase de visitarle.

—¿Le prometiste eso?

—Sí. La mañana en que Alicia…

Belén se atasca y luego se echa a llorar. Anastasia le agarra una mano para calmarla.

—Lo estás haciendo fenomenal —la apremia—. Eres una chica supermadura para tu edad.

Aquello la reconforta un poco. Respira profundamente, se seca las lágrimas y continúa.

—Ese día discutimos bastante. Primero porque ella quería saltarse las clases. Yo le decía que acababa de comenzar el curso y ya estaba con esas; que yo quería aprobar; que cómo íbamos a aprobar si nos saltábamos las clases desde el principio del curso. Una cosa era a final, cuando todos los exámenes están pasados, y otra muy distinta empezar ya con mal pie. Pero ella no escuchaba y, además, yo no quería dejarla sola. Me convenció. Me dijo que solo sería ese día porque llevaba mucho sin verle y que a partir de entonces se controlaría. Así que salimos del insti, pero a la salida nos paró la Jesi, la rubia marimacho, con su esbirro Dani. Nos peleamos, pero eso no es importante.

—Espera, todo es importante. ¿Qué pasó? ¿Fue una discusión u os peleasteis a golpes?

—Sí, a golpes. Jésica no paraba de decir algo de que Alicia era una guarra que se había tirado a su novio o algo así. Que ya no es su novio, Cristian, es su ex, pero bueno eso decía ella y Dani la alimentaba gritando de lejos lo mismo: que Alicia era una puta que se tiraba a los novios de las demás. Se cogieron de los pelos y se empezaron a pegar y yo traté de separarlas. Me llevé una buena patada en la cintura, todavía tengo el moratón, se lo he estado ocultando a mi padre. Luego apareció el mismo Cristian con la moto que nos venía a recoger. Ella empezó a gritarle que era un mal padre que se preocupaba más por follarse a pijas que por cuidar a su hija.

—Espera, me he perdido. ¿Quién le gritaba a Cristian?

—Jésica. Es que ellos tienen un bebé, pero Cristian se desentiende. Ya te dije que esto es paja, no es importante.

—Jésica es madre soltera. El padre es Cristian el que os lleva en moto a casa de Manfred. Vale, sigue.

—Eso es. Total que Jésica acabó dándome pena porque parecía a punto de llorar. Así que nos marchamos de allí corriendo.

—¿Las dos con Cristian en la misma moto?

—Claro, cabemos perfectamente. ¿No me irás a multar por eso?

—No…, mejor no perder tiempo con eso ahora. Continúa.

—Nada. Cuando llegamos a la cabaña de Manfred, Alicia seguía alterada por la pelea. No paraba de quejarse y decía que

Manfred no le estaba prestando atención y que después de haber recibido hasta patadas, él ni siquiera la escuchaba. Luego me reprochó a mí que fuera una pésima amiga, ¡y eso que me metí para defenderla! Me dijo que iba de mosquita muerta y que al final era yo la guarra que se tiraba a su novio. Manfred le gritó por hablarme así, le dijo que ellos no eran novios, y Alicia se marchó corriendo de la casa. Yo salí detrás, lo que pasa es que Manfred me retuvo y me dijo que era mejor dejarla sola para que madurase. Me dijo que a las mariposas, cuando tratan de salir del capullo, no hay que ayudarles nunca, porque si se les ayuda no adquieren la suficiente fuerza en sus alas para poder volar después.

—Ya… Curiosa reflexión, aunque yo no creo que Alicia fuese una mariposa. Y luego hicisteis el amor, ¿a que sí?

—Sí. —Su ánimo se ha apagado—. Y… no volví a ver a Alicia. —Belén entierra el rostro en sus manos y vuelve a llorar—. Sé que debí irme con ella. No debí dejarla sola —balbucea.

—Lo que ha pasado no es culpa tuya, Belén. Pero dime a qué hora ocurrió eso y hasta qué hora estuviste con Manfred.

Belén se levanta para coger papel y sonarse los mocos.

—Alicia se marchó pronto, serían eso de las doce, y yo me quedé con Manfred hasta fin de clases. Por eso sé que Manfred no lo hizo, porque yo estuve con él. No quería contarlo, pero me alegro porque ahora lo sabes tú también. Sabes que Manfred no pudo ser, no fue él. Y tenéis que sacarlo de prisión. Manfred debe estar libre cuanto antes.

50

Anastasia se asoma a las preciosas vistas que ofrece el patio trasero de la casa donde vive Lucas con su hija. Se acerca hasta la baranda que delimita el espacioso balcón y, por primera vez, aprecia la belleza del pueblo y su entorno. La naturaleza invade su nariz con olores a vegetación mediterránea y a bellota. El azul del lago relaja su mente y nubes con forma de algodón la protegen de los calurosos rayos de sol, dándole un respiro.

—Miaaaaau.

—¡Buda!

El gato la espera sentado a cinco metros bajo sus pies.

—Sube aquí, ven, vamos…

Buda la ignora. Anastasia regresa al interior para pedirle a Belén algo de comida del frigorífico. Por suerte tiene lonchas de pavo y en cuanto el gato las huele salta con una agilidad poco acorde a su envergadura: es un gato bien cuidado por los guardiaciviles del pueblo. Se lo presenta a Belén, que enseguida se encariña con él. Le encanta el nombre que le ha puesto la sargento y esta no admite que lo hizo inspirada en Manfred.

—Te dejo con él, cuídalo. Voy a ir al cuartel, a ver si se ha salvado algo del piso, además va siendo hora de que me ponga el uniforme. Por suerte guardo uno en la taquilla del despacho.

Lo primero que hace Anastasia al salir de la casa, es ajustarse el tanga que se le mete por la raja del culo. Le sigue pareciendo incomodísimo y piensa que no guarda bragas en la taquilla, así que deberá comprarse alguna en una mercería.

Camina tan solo unos pasos, vestida de adolescente, cuando nota la tormenta que se le avecina. Es el grupo de periodistas acompañados de sus cámaras que experimenta como un vendaval del que debe protegerse. El número de buitres ha aumentado de manera considerable y, en medio de estos, Anastasia reconoce al mismo chico que vio la noche anterior apoyado en la pared de la plaza de toros. El joven de piel morena y ropas ceñidas la mira jocoso y lanza contra ella un dedo acusador.

Daniel logra su momento deseado. Ya ha malinformado suficiente a la prensa y ahora ve el cielo abierto cuando la sargento, la bruja invasora que trae la maldición al pueblo, viene desde la casa de Belén.

—Esa es, esa es —dice a los periodistas ávidos de primicias y exclusivas—. Esa es la nueva del pueblo, la sargento que lleva el caso, la de la camiseta de colorines, y viene de pasar la noche en la casa de otro guardiacivil —recalca—.

Anastasia ve la marabunta de periodistas acercarse a ella a paso ligero, mientras Daniel se esfuma corriendo en la dirección contraria.

—¡Sargento! ¡Sargento, por favor!

—¿Se han equivocado de persona?

—¿Cree que el asesino puede ser vecino del pueblo? ¿Cree que sigue en activo?

—¿Puede darnos alguna información?

—Han tirado una bomba en su domicilio, ¿se encuentra usted bien?

—¿Vio al agresor?

—¿Significa esto que Manfred es inocente?

La sargento esquiva la turba como puede y, a empujones, logra atravesar las puertas verdes del acuartelamiento. Se lleva las manos a la cabeza. Nunca ha vivido algo así y la experiencia le sobrepasa. Casi la vuelven loca y en más de una pregunta ha estado a punto de saltar indignada, pero ha sabido contenerse.

—Una locura, ¿verdad? —dice Yohanna.

—Demasiado… demasiada locura.

—¿Qué tal estás?

—Bien. Lucas me dijo que perseguiste al tipo que prendió fuego en el piso.

—Sí. Escuché como que se rompía un cristal y vi su sombra a través de esta ventana, pero al salir fuera ya había desaparecido. Me encontré a Jacobo, el marido de Santa Carmen, ¿la recuerdas? Llamamos a su puerta antes de ayer.

—Sí, sí.

—Estoy segura de que él debió ver algo. Pero ese hombre está muy deteriorado. Su alzhéimer debe estar muy avanzado. Casi

no pude mantener una conversación razonable con él. No hacía más que llorar y decir cosas sin sentido. Incongruencias.

—Iré a hablar con él, a ver si logra recordar algo.

—Claro. Eso mismo iba a decirte, de ir juntas hoy a ver si ya recuerda algo.

—Necesito cambiarme. Así parece que voy a fumar hierba.

Anastasia va a su despacho, coge el uniforme de la taquilla y entra en el baño. Se baja los ajustadísimos pantalones y descubre que le ha bajado la regla. La ley de Murphy.

Nota la deshidratación y lo primero que hace al salir del baño es llenar de agua un pequeño vaso de poliestireno, beberlo y repetir esta acción hasta tres veces. Le encanta el agua; aun así, su humor es de perros. Está enfadada consigo misma por no haber sido capaz de reaccionar ante el incendio en su propia casa; o quizá por no poder meter a Manfred en la cárcel; o porque no encuentra al asesino. No sabe por qué está tan irascible, pero cuando encuentre al asesino…

Estruja el vaso y lo tira en la papelera.

Y tras el ruidito que hace el plástico al caer en el cesto, Anastasia oye el barullo que forman los periodistas corriendo y haciendo preguntas. Fuera acaba de bajarse de un vehículo el brigada Guerrero. Con una actitud desenfadada responde preguntas lanzando cortes como una ametralladora.

—¿Tienen ya al asesino?

—En el punto de mira.

—¿Es Manfred?

—Podría ser cualquiera.

—¿Sospechan de alguien más?

—Sospecho hasta de Jesucristo.

—¿Quiere decir que Manfred es inocente?

—Que me destituyan ahora mismo si he querido decir eso. ¿Quiere decir usted que yo he querido decir eso? ¿Quieren información sobre el caso? ¿Quieren ayudarme a resolverlo? Pues apártense de en medio y dejen de estorbar. Tenemos mucho trabajo como para perder el tiempo haciéndonos famosos.

—Sus declaraciones no gustarán en la cúpula, jefe —le dice el esbirro que le acompaña una vez superadas las puertas de acceso al acuartelamiento.

—Que me coman los huevos. Que se dejen de cafés y traigan a los de relaciones informativas y sociales o a su puta madre y me dejen a mí tranquilo. Yo vengo a currar, a husmear como un sabueso, no a pavonearme ante las cámaras. Para eso ya tenemos al capitán, que por cierto, ¿dónde está?

Anastasia oye sus pasos acercarse. A pesar de ser más bajito, el brigada pisa más fuerte. Entra como un tranvía en el despacho de la sargento.

—Vamos a ver, Anastasia. Vengo del instituto de Santa Olalla. —Cuando toma contacto visual con ella, algo le paraliza. Se queda unos segundos pensativo y la sargento no sabe por dónde va a salirle. —Perdón, perdón —se interrumpe—. ¿Cómo estás? Me he

enterado del accidente con el incendio provocado en tu piso. Y ya se están tomando medidas para atrapar al culpable. ¿Tú estás bien?

—Estoy sana, mi brigada, gracias.

—Bien. Es importante, me estás ayudando y eso es muy bueno. He estado en el instituto de Alicia y he hablado con muchos compañeros suyos y también profesores. Uno de ellos me dijo que ya habló contigo. Se llama…

—Alberto.

—Eso es.

—Sí. Le conocí ayer mismo. Me invitó a una copa y me contó una historia sobre quema de brujas y la Santa Inquisición.

—A mí lo mismo pero sin la copa. Historias para no dormir. Pero con sinceridad, ¿qué le pareció?

—¿Alberto?

—¿Qué cojones me importa a mí ese mindundi? Me refiero a la historia.

—Ah… Que tenía sentido.

El brigada posa sus manos en la cadera y se mira los pies.

—Eso mismo he pensado yo. Al principio me mostré reacio. El tipo es muy charlatán, un pesado, pero sus explicaciones cobran mucho sentido cuando las comparas con la posición en que se encontró a Alicia.

—¿No era por la vestimenta: el capirote?

—El sambenito, sí, y la postura también, Anastasia, la postura es tremendamente importante. Viendo que este tipo podía sernos de ayuda, le ofrecí toda la información sobre la autopsia y sacamos dos conclusiones importantes.

El brigada Guerrero saca del bolsillo dos papeles que desdobla hasta alisarlos sobre la mesa. Anastasia se aproxima lo suficiente como para ver lo que hay en ellos.

—El tipo hasta me ha impreso estos artículos. Mira bien, esta es la postura en la que Lucas dice que se encontró a Alicia. —Señala uno de los papeles. Bajo el título de *Tortura de la garrucha* se muestra la imagen de un dibujo en apariencia realizado siglos atrás. Muestra a una persona con las muñecas atadas a la espalda y que ha sido alzada para que sus pies no toquen el suelo y así quedar colgada en una posición antinatural—. Esto explica que Alicia tuviese la clavícula y los hombros dislocados por el propio peso. El asesino no solo la quemó vestida con las ropas esas tradicionales de penitencia o qué sé yo…, sino que lo hizo además en la postura de la garrucha. Y hay más. Mira… —dice, señalando ahora el segundo papel. En este hay otro dibujo de una mujer con camisón blanco y un pecho fuera, atada de pies y manos y tumbada bocarriba, y un grupo de hombres que la fuerzan a tragar litros de agua por un embudo. Hay cubos y más jarras por el suelo y Anastasia cae en la cuenta de que la mujer dibujada tiene un vientre muy hinchado, a punto de reventarle por la forzada ingesta.

La sargento se lleva la mano al vientre. Siente las garras de Satanás arañándole por dentro y la densa sangre que se desprende despacio. Su piel se vuelve pálida.

—¿Te encuentras bien? Te has puesto amarilla.

—Sí, sí. No es nada.

—No te hacía yo sensible a estas cosas.

—No lo soy —asegura Anastasia, pero sabe que sus palabras no tendrán efecto en el brigada: él nunca llegará a la conclusión de que la sargento se encuentra en su primer día de ciclo menstrual, antes pensará que es una mujer que no está preparada para afrontar escenas desagradables. Por desgracia, con su propia actitud los últimos días, entre la fuerte aprehensión que sintió al ver el cadáver de Alicia chamuscado y su incapacidad de reaccionar cuando incendiaban la casa donde dormía, no hace más que acrecentar entre sus compañeros esa imagen de persona poco preparada.

—A la mujer del dibujo le aplican la tortura de la toca, más conocida como el tormento del agua.

—La toca…

—La toca era una prenda de cabeza de tela blanca que usaban las mujeres del siglo catapún. Para esta tortura se la metían en la garganta y luego le llenaban el buche de agua una y otra vez. La toca hacía de filtro y al esófago llegaba el agua vertida a cuenta gotas, lo que daba a la pobre víctima una sensación de continuo ahogo. Creía poder respirar algo de oxígeno entre gota y gota, y podía sobrevivir durante horas a esta tortura. Pensar que…

Anastasia le interrumpe escapando del despacho. Corre hacia el baño y cierra de un portazo tras de sí. Sangra como el cuello de una vaca en un ritual masái. La toca le ha revuelto el estómago y

además siente ganas de vomitar, pero las contiene. Tira de la cisterna y trata de tomar oxígeno. Un sudor frío recorre su frente. Siente calor y frío al mismo tiempo. Está agotada, sobrepasada, pero saldrá adelante de esta, lo sabe. Solo tiene que respirar. Lograr coger oxígeno. A la mierda lo que piensen de ella sus nuevos compañeros.

—¡Alicia murió ahogada antes de ser quemada! —grita el brigada. No se calla, el muy pesado, no le da ni un minuto de respiro —. ¡Y encontramos un trapo blanco metido en su garganta, por eso le he contado todo esto! ¡El holandés usó hasta tres torturas de la inquisición para acabar con esa chica!

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo que el holandés?!

—¡Lo que oyes!

—¡No fue el holandés!

—¡Sí fue el holandés!

Anastasia se enjuaga la frente y la nuca. Cuando sale del baño planta su rostro frente a Guerrero. Le mira fijamente, y este, por primera vez, retrocede.

—No fue Manfred. Tiene coartada.

—¿Qué coartada ni qué niño muerto? Si estaba en el bosque aquel día e incluso huyó de la escena del crimen, tú misma lo dijiste. Vosotras lo atrapasteis. Enhorabuena, medallita para vosotras, sois unas heroínas. Asesino cogido. La violó, la torturó y la quemó. Fin del caso y nos vamos a casa. Y los jodidos reporteros también.

—¿Es eso? ¿Esa es su mayor preocupación? Pensé que a usted los periodistas no lograban atosigarle.

—Odio a esos jodidos carroñeros con toda mi alma.

Anastasia cuenta al brigada toda su conversación con Belén. La expresión de este se va denudando a medida que escucha el relato. Al final, acaba con los hombros caídos y expresión de perro pachón.

—El primer sospechoso suele ser el asesino en los casos que se resuelven pronto, maldita sea… No quiero toparme con la prensa durante mucho tiempo.

—Tendremos que soltar a Manfred.

—Ni hablar —ruge Guerrero—. No pienso soltar a nuestro principal sospechoso por el testimonio de una chiquilla enamorada. Ni aunque sea hija de un compañero. Podemos retenerlo hasta… — Se calla la boca en seco. Su mirada está plantada en la ventana. Anastasia la sigue y observa a varios periodistas apostados en el alféizar, mirando como críos a la espera de caramelos. Nunca un periodista había sido tan silencioso.

—¡Largaos de aquí, escoria! ¡Malditas garrapatas!

Por un momento, los periodistas creen que el brigada se ha vuelto loco y va a pegarles, así que se alejan de su camino como palomas espantadas. Guerrero echa la persiana hasta abajo y cierra la ventana.

—¡Bajad todas las persianas y cerrad todas las ventanas de este acuartelamiento! ¡De aquí no se filtra nada aunque nos

muramos asfixiados por el calor! ¡Me cago en la hostia! ¡Que se enciendan aires acondicionados y ventiladores! ¡Aquí no se abre una ventana hasta que se cierre el caso!

El brigada está sudando. La prensa le molesta de veras, rompe su karma.

Anastasia le expresa su intención de ir a visitar a Jacobo, el señor que padece demencia senil, ya que hay indicios de que viese al principal sospechoso de incendiar su piso. A Guerrero le parece bien que siga con esa línea de investigación paralela, la de encontrar quién tiró el cóctel molotov, ya que ambos caminos pueden encontrarse en un mismo punto: el del demonio del fuego que está haciendo estragos en aquel pequeño pueblo.

51

El día ha abierto. Los cúmulos de vapor de agua, antes acolchados y con formas de cojines, se han ido desprendiendo en pequeñas nubes difusas que dejan ver el fondo de cielo azul. El sol calienta y ciega la visión de Anastasia más que los flashes de las cámaras de fotos de los periodistas.

—¿Es cierto que Manfred estuvo acompañado de una joven cuando se produjo el asesinato de Alicia?

—¿Manfred es inocente?

—¿Por qué le mantienen encerrado?

—¿Quién ha incendiado su casa?

Multitud de preguntas, en su mayoría relacionadas con la inocencia del holandés, se aturullan en su cabeza y ella prefiere alejarse del cuartel sin contestar ninguna. Ya han metido la pata lo suficiente y no quiere tener un desliz del que lamentarse luego.

Va acompañada de Yohanna y lo agradece. Desde que le ha bajado la regla aprecia todavía más su cercanía. Hay cosas que un hombre no puede entender. Van a pie porque el domicilio de Jacobo se encuentra tan cerca que llegan a él en menos de diez minutos. Ventajas de un pueblo.

Anastasia agarra la aldaba metálica que cuelga de la puerta de madera de la casa de los García y con ella pica la puerta un par de veces. Luego oye tras de sí el ruido de unas cortinas que corren

por el riel para abrirse. A su espalda, Óscar se asoma y observa a las guardiaciviles. Yohanna se gira y lo saluda con un gesto de cabeza.

—¡Qué Dios las bendiga, agentes! —grita desde el interior.

Anastasia no responde. Está bien harta de idiotas entrometidos. Tan solo espera frente a la puerta con expresión seria hasta que abre la matriarca.

—Buenos días, Santa Carmen, ¿podemos pasar? —pregunta Yohanna.

Santa Carmen cede el paso y las agentes de la autoridad entran en el domicilio. Desde donde están, pueden ver parte del salón principal. Quique, el hijo de treinta años, está sentado en el sofá. Se inclina hacia delante, apoya los codos en sus muslos y encorva su enorme espalda sobre un libro que parece tenerle absorto. Lo cierra de golpe cuando alza la vista para ver entrar a la nueva sargento junto a Yohanna, levanta su enorme cuerpo y se mete en su habitación.

—Venimos a ver a Jacobo —explica Yohanna—. ¿Recuerdas que hablé con él anoche?

—Sí, hija. Por lo del malnacido que quemó la casa. Ya, ya, entrad. Yo le he preguntado, pero a mí no me cuenta nada. Cada vez está menos hablador. A veces tiene días más dicharacheros en los que recuerda casi todo y podemos hablar como antes, pero otros días se los pasa plantado, tieso como un muerto, bien ahí en el sillón, bien en cualquier calle, de pie, tomando el fresco mientras las horas pasan.

Yohanna y Anastasia avanzan por el pasillo y la visión del salón se va abriendo hasta dejarse ver el sillón sobre el que reposa el cuerpo de Jacobo. El sillón es amplio, pero bajo su peso está hundido y parece estrecho porque las inmensas extremidades del viejo tapan sus reposabrazos por completo. Su mirada está apagada en la pantalla convexa de un televisor antiguo como la casa. Ve un programa matinal en el que sus participantes despotrican contra la actuación policial del pueblo de Zufre, por el caso que ella misma investiga. Despotrican sobre su labor sentados en cómodos sofás, menudo ejemplo.

—Buenos días, Jacobo.

El viejo dirige su mirada al foco de aquel saludo. Sus ojos hundidos parecen recobrar la energía de una singularidad. Se produce una inflación, un Big Bang en su pupila que crece hasta llenar de vida su expresión facial. Sonríe ampliamente.

—Buenos días, chicas… Me recuerdas a alguien, pero no logro… Qué bonita edad la vuestra.

Desde luego parece que su demencia es galopante. Ambas deciden obviar sus palabras. Así que toman asiento en el sofá que hay junto al sillón enterrado bajo aquella mole en descomposición. Yohanna se inclina para hablarle.

—Jacobo, hablé anoche con usted.

—Sí, sí… Es usted muy guapa.

—Gracias.

—Usted es la de la televisión.

—Sí, eso es.

—La luchadora. Pega usted muy fuerte, pero no parece mala persona.

—No lo soy, Jacobo. Y usted, ¿es mala persona?

—¡Jo, jo, jo! —ríe Jacobo de manera socarrona—. Maldito volcán… Maldito azufre…

—¿Sabe quién sí es mala persona? El que lanzó ayer esa bomba a la casa de mi amiga Anastasia. Era su casa, ¿lo sabía? —dice señalando a su compañera.

Jacobo aparta la mirada de Yohanna y fija sus pupilas en la sargento.

—Pobre chica… Se quemó.

—No. Por suerte llegamos a tiempo para rescatarla. Pero tú viste quién lo hizo, ¿lo recuerdas? Necesitamos que nos digas quién fue para que no vuelva a hacer daño en el pueblo.

Jacobo se echa a temblar y en su tembleque niega con la cabeza de un modo constante.

Anastasia ve algo extraño en él, en su mirada. Sabe que debe aprovechar la poca lucidez de Jacobo antes de que desaparezca.

—Jacobo, no tema —dice Anastasia—, estamos aquí para protegerles. Si atrapamos al que provocó el incendio no tendrá que temer nunca más. Es muy importante para nosotros que nos ayude. Tómese su tiempo. ¿Recuerda algo de esa persona? Cualquier cosa… ¿Era un hombre? ¿Era alto?

—No creo que fuese tan grandullón como tú, ¿cierto, Jacobo? —Yohanna se toma la confianza de tocarle el dorso de su enorme mano. Su temblor cesa de golpe y sonríe lento, como un perezoso.

—Ya sé —dice—. Ya me acuerdo. —Alza la mano que tiene libre y extiende su largo dedo índice hacia el frente. Los ojos le brillan—. Fue él —sentencia. Y resulta que de verdad señala a alguien que les está espiando desde la calle.

Anastasia gira el rostro a tiempo de ver, a través de la ventana de salón, a una sombra escurridiza. Yohanna suelta la mano de Jacobo para salir a la carrera.

—¡Ha salido corriendo por allí! —avisa Óscar desde su ventana—. ¡Es el marica! ¡El marica!

Yohanna se frena. Ve la silueta de un joven corriendo al final de la calle. Tiene la cadera estrecha y corre con las punteras hacia fuera. Es Daniel. Al chico nunca le han gustado los deportes y Yohanna sabe que podría alcanzarle sin problemas en menos de dos minutos, no obstante, prefiere dejarle escapar.

—¿No le seguimos? —pregunta Anastasia.

—No. Sé adónde va.

—¿Adónde?

—Al único sitio al que huye un menor de edad. A casa.

52

Anastasia camina con hechuras de pato gordo. Sube cuesta tras cuesta. El sol está en su cumbre y el calor cae espeso sobre su cogote. Suda tanto que siente que si continúa subiendo cuestas le dará un síncope.

—¿No podríamos haber cogido el coche patrulla?

—Nuestro vehículo está muy solicitado. El capitán Paz ha ordenado que siempre esté en movimiento por los alrededores del pueblo, y también están sus gorilas y los del brigada yendo de un lado para otro. Estamos todos muy liados

—Puedo coger mi bonito Audi amarillo.

—La casa de Dani está aquí al lado. Además, se nota que no has conducido mucho aún por dentro del pueblo. Es mejor ir andando, créeme.

—Está aquí al lado para ti, que una de tus piernas son como tres de las mías. No me extraña que seas campeona de Muay thai.

Yohanna se atiza un par de cachetadas sobre su propio muslo y suelta:

—Es lo que tiene el entrenamiento duro. Estas patas jamoneras me dan muchas alegrías.

—De verdad que, con lo poco que te conozco, no sé todavía si te tengo más aprecio o más envidia. Me haces sentir tan pequeña

e inútil.

Yohanna no sabe qué contestar a eso, así que decide preguntarle por el llamativo color de su coche:

—¿Por qué te compraste un coche amarillo?

—Tengo dos razones de peso… La primera… porque es de lo más seguro que hay en carretera… y la segunda razón, la más simple, porque es mi color favorito.

El amarillo… Quizá por la falta de agua o porque le falta el aliento, Anastasia tiene una extraña experiencia con el color amarillo. Se le viene ese color en demasiadas ocasiones a la cabeza, ya no solo porque sea su color favorito, es que sabe que hay algo más, siente que hay algo más, como si el color amarillo fuese la clave para resolver algo importante en su vida. ¿Pero qué?

Está tan fatigada que se detiene para tomar un respiro.

—Espera, va, en serio, espera un poco. Voy a coger aire.

La sargento se concentra en tomar oxígeno con inspiraciones profundas, pero los puntitos que bailan en su cristalino no quieren irse.

—Necesito un poco de agua —dice, visiblemente fatigada—. O bastante, necesito bastante agua —se corrige.

—Te has puesto amarilla —le dice su compañera Yohanna antes de alejarse para llamar a un portal.

Ese color otra vez…

Abre la puerta una chica de cabellos dorados. Es Jésica. Al abrir se pone pálida. Cree que la van a arrestar y se asusta. Solo respira más tranquila cuando Yohanna le dice que solo han llamado para pedirle un vaso de agua, pero para entonces el bebé de Jésica ya ha comenzado a berrear, quizá por ese sexto sentido entre madre e hijo.

—Podéis pasar y serviros vosotras —dice mientras acude a por su bebé que toma en brazos y lo mece para calmar su llanto.

Anastasia entra en la casa detrás de Yohanna y se queda en la entrada con Jésica mientras su compañera rellena dos vasos de agua en la cocina. En ese momento, a solas, experimenta una sensación extraña que no sabe si achacar al mareo. Por un segundo, ve a su propia madre tomándola a ella misma en brazos en una especie de alucinación, posiblemente producto de su deshidratación. Siente el tacto de sus cabellos dorados y el olor del carmín de labios que usaba.

—Toma. —Yohanna la saca de la ensoñación ofreciéndole el vaso de agua—. Muchas gracias, Jésica —dice dirigiéndose a la chica. Esta asiente.

Anastasia absorbe el líquido con ansia y los puntitos de su visión por fin van desapareciendo como burbujas de jabón que explotan sin hacer ruido. Exhala con alivio y piensa en las virtudes de un pueblo que muestra su cercanía y amabilidad y en el que puedes pedir cualquier cosa a un vecino.

—Muchas gracias.

—De nada —dice Jésica con el bebé en brazos.

—¿Es tu hijo?

—Es mi niña.

Anastasia observa el rostro del bebé. Tiene el labio superior y los mofletes hacia afuera como cuando ella se echa una siesta larga y se levanta con la cara hinchada. Sus manitas hacen amago de agarrar algo y Anastasia se fija en que tiene cabellos rubios de la madre enredados en sus rechonchos deditos.

—¿Cómo se llama? —se interesa Anastasia.

—Esperanza. Se llama Esperanza.

—¿Y la estás criando tú sola?

—También me ayuda mi madre cuando tengo que ir al insti.

—Estudias y crías a tu niña a la vez.

—¿Qué remedio? Aunque no estudio mucho, la verdad, odio el instituto.

—Mira, como yo en su día —dice Yohanna—. Nunca fui buena estudiante; a lo mejor tienes madera de guardiacivil.

Las tres mujeres sonríen. Yohanna hace amago de retirarse, pero su sargento no se mueve. Anastasia está embobada mirando a aquella madre. Hace demasiados años que perdió el recuerdo de la suya y, sin embargo, y sin saber por qué, tiene la certeza de que se parecía muchísimo a aquella joven.

—¿Nos vamos? —pregunta Yohanna.

—Sí, claro. Ya me siento mucho mejor.

Al salir de la casa de Jésica, nota el enorme silencio del pueblo y también piensa en las desventajas de vivir allí. Para su gusto, aquella ausencia de ruidos propios de la ciudad y aquella quietud la intimidan.

—¿Nunca sientes miedo?

—¿Miedo?

—Sí. Antes de tus combates, por ejemplo.

—No. Lo que siento son nervios porque quiero ganar. Miedo sentía al principio, cuando empecé a entrenar deportes de contacto. Me llevé unas cuantas patadas dolorosas y estuve a punto de dejarlo.

—¿Qué te hizo… —Tiene que coger oxígeno entre palabras porque continúan subiendo por aquellas estrechas calles adoquinadas— seguir?

—Que empecé a dejar de sentir miedo en todo, en mi vida. Cuanto más fuerte, menos miedo. Por lo menos esa fue la conclusión que yo saqué.

Caminan cuesta arriba atravesando un par de calles más hasta llegar a una casa con la fachada amarillenta. Llaman al timbre y se oye un vozarrón desde el interior:

—¡Estela, la puerta!

—¡Que no me chilles, carajote!

Abre una mujer de unos cuarenta años. Tiene el pecho operado, y que se note tanto demuestra su bajo coste. Su par es tan

abultado y recto que parecen querer escapar de la casa. Estela lleva el pelo rizado y colorado, pero sus entradas delatan raíces gitanas. Su mirada denota un ímpetu salvaje, casi eléctrico, pero su expresión parece aburrida de sentirse amaestrada. Observa a ambas mujeres de arriba abajo: no le impresionan los uniformes.

—¿Qué quieren?

—Estela, queremos hablar con su hijo Daniel.

—No está.

—Sí está —dice el marido desde el sofá.

—¿¡*Pos* no me has dicho que había salido!?

—Ha salido y ha vuelto.

—¡*Pos* hazte tú cargo! ¡Yo me tengo que ir!

De repente, Estela dedica una enorme sonrisa llena de amabilidad a las guardiaciviles, muy contradictoria a su apariencia inicial, y, alzando las cejas pintadas, les indica su intención de salir.

Anastasia aprovecha:

—¿Podemos pasar, Estela?

—Sssss…, claro —dice esta mientras pasa entre ambas mujeres y se marcha cuesta abajo, despreocupada; como si la visita de miembros de la Guardia Civil fuese algo muy común para ella.

Entran juntas en la casa y cierran la puerta. El carajote, como lo ha llamado su esposa, sigue plantado en el sofá viendo la televisión y sin hacer amago de levantarse. Tiene barba de varios

días, sin perfilar, y sujeta una cerveza en una mano y el mando del televisor en la otra.

—Rafael, ¿y tú hijo?

—Por ahí…, en su cuarto, imagino —su voz suena ronca.

Ambas se adentran en el salón para llegar a la habitación que señala el padre. Este mira a Anastasia, frunce el ceño, apaga el televisor y vuelve a mirarla sin relajar el entrecejo.

—¿Qué ha hecho?

—Nada bueno. Rafael, si no te importa, nos gustaría que estuvieses presente mientras hablamos con él.

—Claro. ¡Dani, sal de tu cuarto! —Él no piensa mover el culo.

Se abre una puerta y aparece un chico enjuto, de pómulos prominentes y pelo oscuro y rizado. Se apoya en el marco de la puerta y cruza las manos sobre su cintura como una tímida colegiala japonesa. Tiene una mirada pícara que encierra la energía de su madre.

Anastasia sondea sus ojos para averiguar si fue él quien incendió su piso. Él la esquiva, no osa mirarla. Es él, piensa. Lo que falta por averiguar es si el incendio del piso tiene relación con el crimen de Alicia. El fuego es el único lazo y no es muy consistente.

—¿Por qué incendiaste mi casa, Dani?

La pregunta es tan directa que llama la atención, no solo del padre, sino también del hijo. Daniel, al fin, se atreve a mirarla.

Sus ojos son oscuros y él sonríe sin decir nada.

Anastasia no necesita más.

—Quedas detenido acusado de producir daños materiales e intento de homicidio intencionado. Tienes derecho a elegir un abogado que te defienda. En el caso de no…

—¡Eh, eh! ¡¿Qué cree que está haciendo?!

Al padre, al fin, le parece aquello lo suficientemente importante como para levantarse y sacar las garras. Yohanna se interpone entre ambos y le pide calma a Rafael.

—¡Es mi hijo! —vocifera—. ¡¿Creen que pueden entrar en mi casa así sin más y llevárselo?! ¡Ni siquiera me habéis pedido permiso para entrar! ¿Dónde está vuestra orden judicial? Quiero ver vuestra orden judicial. No podéis entrar así en mi casa y llevaros a mi hijo. ¡Venga!

—Rafael, puedes acompañarnos al puesto si quieres, pero, por favor, apártate. Hacemos nuestro trabajo y tu hijo ha cometido un delito grave.

—¡¿Qué me estás diciendo, que mi hijo es un delincuente?! ¡Que me estás insultando al niño! ¡En mi casa!

Rafael tira un cenicero contra el suelo y este estalla en mil pedazos. Luego avanza a paso ligero contra la guardiacivil. La reacción es desmesurada y Yohanna sabe que el fuego interno del padre ofendido crece porque cree que asusta. Yohanna está por encima de eso y, en lugar de retroceder, avanza su pierna derecha hasta colocarla detrás de Rafael y con su cuerpo le empuja. El

barrido hace que Rafael pierda su punto de apoyo y caiga de espaldas sobre el sofá y se deslice hasta el suelo, quedándose allí pasmado ante el inesperado ataque de la luchadora.

—¡Rafael, no me toques el coño! ¡Eres un holgazán y esta no es la primera vez que tengo que venir a hablar con tu hijo por las cosas que hace! ¡Esta vez él se ha pasado de la raya, no te pases tú también o tendrás más problemas!

Ambas salen de la casa llevándose a Daniel detenido y escuchando los gritos del padre que sigue con el culo pegado al suelo.

—¡Eso lo veremos! ¡Eso lo veremos en el juzgado, ¿me has oído, Dani?! ¡Tú no has hecho nada; nada de nada, tú no abras la boca! Espera que llame a un buen abogado. Tú, ni mu. ¡Tú, ni mu! ¡Cierra el pico; tú no has hecho nada, hijo, no te preocupes!

Pero Dani no está preocupado. Muy al contrario, su mente maquiavélica ya maquina la mejor manera de ofrecer un fabuloso espectáculo a la prensa que les espera a las puertas del cuartelillo.

53

¿Acaso nadie la comprende?

Está tirada sobre la cama sin saber qué hacer. Tiene toda la mañana libre, las clases se han suspendido un par de días por el luto a su amiga Alicia, y eso hace que los pensamientos de su cabeza se arremolinen y la torturen. Está profundamente enamorada de Manfred, lo sabe. Sus ojos verdes, su melena rubia y su cuerpo tostado por el sol… Ahora que el holandés está encerrado y no puede verle, siente que le desea con todas sus fuerzas.

Él le ha enseñado tanto sobre la vida y la naturaleza… Es diferente al resto de chicos que se pavonean por el instituto como mongolos y que solo saben gastar bromas o ser agresivos. Manfred, en cambio, es todo un hombre. Pero no un hombre aburrido que vive por y para trabajar y está demasiado ocupado para ser cariñoso con sus seres queridos. Manfred es divertido y también puede ser educado a la vez que salvaje. Lo adora y lo añora, y es algo que no puede evitar. No logra dejar de pensar en él. No consigue quitárselo de la cabeza ni apartar de su mente que el hombre de sus sueños está encerrado en una celda a la espera de ser condenado por un crimen que no cometió.

Belén está cansada de que no la tomen en serio. Ya ha cumplido la mayoría de edad legal en España, ya no es una niña, ¿qué más tiene que esperar? Tiene dieciocho años y es bastante consciente de sus sentimientos, de lo que siente y padece, de sus emociones; se considera una persona consecuente, lógica e

inteligente, ¡y muy madura! Anastasia se lo dijo. ¿Por qué su padre no lo ve así? ¿Por qué todo el mundo la está tratando como a una cría? Ha confesado su mayor secreto y, a la vez, su mayor vergüenza: su relación con Manfred, tanto a su padre como a la sargento, con la esperanza de que pronto le dejasen en libertad. ¿Acaso no ha servido de nada lo que ha hecho? ¿Es que su palabra no cuenta ante la ley o es la autoridad de su padre quien está bloqueando la verdad de los hechos? Puede que su palabra no sirva ante un juzgado; no obstante, sabe muy bien ante quién sí servirá.

Toma una decisión importante. Se viste y se acicala su cabello corto y revoltoso ante el espejo. Luego se calza unas sandalias, coge las llaves de la casa y sale a la calle. Camina con paso decidido, dispuesta a hacer lo que tiene que hacer para liberar a su amado.

54

—¿Podrías dejar de tocarme? Sé caminar solito.

—Entonces tendría que esposarte, ¿prefieres eso?

Dani farfulla algo que ni Yohanna ni Anastasia entienden. Han decidido no esposarle por no montar más escándalo ni delante del padre ni del resto del pueblo. En Zufre las ventanas tienen ojos y pasear al chico, menor de edad, esposado hasta el puesto de la Guardia Civil, atraería de inmediato a mirones y periodistas. Para evitar a estos últimos, deciden entrar por la puerta de acceso a vehículos, a la espalda de la puerta principal, y eso no estaba en los planes de Daniel. Cuando ve que no lo llevan calle abajo, sino que giran a la izquierda para encarar la verja metálica por la que siempre ve entrar a los vehículos oficiales, se pone tenso y empieza a chillar como un energúmeno:

—¡Socorrooooooooo, prensa y televisión, socorro, me están secuestrando! ¡Detención ilegal! ¡Detención ilegal! ¡Yo no he hecho nada! ¡Soy inocente! ¡Corpus Cristi! ¡Corpus Cristi!

—¿Qué coño estás diciendo? —masculla Yohanna sujetándole con fuerza del brazo y reprimiendo las ganas de abofetearle, lo que hace que Daniel se exalte todavía más y con razón.

—¡Me quiere pegar! ¡Socorro, esta bruja me quiere pegar! ¡Televisión!

Por la esquina de la parte baja de la calle aparecen algunos periodistas y cámaras alertados por el alboroto que pretende montar Daniel. Anastasia abre la verja metálica y Yohanna arrastra al joven del brazo para meterlo dentro antes de que los periodistas compren el boleto de su espectáculo.

Cuando atraviesan el terreno del aparcamiento interior y acceden a las oficinas, les espera el brigada Guerrero con los brazos en jarra.

—¿Qué cojones ha pasado?

Yohanna sigue adelante con Daniel cogido por el brazo mientras Anastasia se detiene a dar novedades.

—He detenido a ese chaval acusado de tirar el cóctel molotov al piso donde yo estaba descansando. También puede ser un posible sospechoso del crimen de Alicia.

—De Alicia y me he enterado que también ha muerto su padre, Fernando, Lucas me ha informado. Ahora tenemos dos fallecidos. Pero olvídate, no es ese chico, es Manfred. Lo tengo a puntito de caramelo. Está muy cerca de confesar su crimen.

—Dudo que su crimen vaya más allá de acostarse con chicas en el bosque…

—Y yo dudo que ese chico sea capaz de lo que dices. ¿Qué pruebas tienes?

—Tengo un testigo que dice haberle visto.

—¿Quién?

—El señor mayor que… —Está a punto de decir <<que tiene alzhéimer>> cuando se da cuenta de que eso sería dar un resbalón y se muerde la lengua. Rectifica—. Es un padre de familia.

—Bien. Pero te han visto los periodistas. Cuidado con la carnaza que sueltas a esos buitres no vayan a picotearnos las manos. Entonces, ¿estás segura de que ese chico quemó tu pabellón?

—Sí.

Y lo está. Sin embargo, eso no garantiza que un jurado popular lo vea de la misma manera. El dedo acusador de Jacobo y la posterior huida de Daniel les había conducido a la carrera por atraparlo sin valorar las opciones tras el arresto. Cierto que la actitud del joven le pareció bastante sospechosa, e incluso ella se siente bastante segura de su culpabilidad, y, a pesar de ello, ¿qué pruebas en su contra tienen? El testimonio de un señor mayor con demencia senil, una prueba ridícula que cualquier abogado mediocre le tumbaría ante un tribunal de justicia. Debería haberlo valorado mejor antes de llevar a cabo aquella detención. Pero si no ha sido Daniel, entonces ¿por qué ha tomado esa actitud hostil contra ella? ¿Y por qué no negó la acusación mientras estaban en su casa?

Daniel esperó a tener a los periodistas cerca para declarar su inocencia, el muy sibilino…

Anastasia duda. Siempre se había considerado buena en lo suyo; en cambio, desde que llegó a Zufre, tan solo siente que mete la pata hasta el fondo una y otra vez. Debería tirarle de la lengua a

Daniel antes de que el abogado defensor se presente allí para preparar al chico.

El ruido del exterior la saca de sus pensamientos. El jaleo ha crecido como la subida de un turbulento río que empieza a desbordarse. De nuevo se oyen ruidos de chasquidos de cámaras y movimiento tras la puerta principal, además de las voces de algunos periodistas:

—Colóquese aquí, por favor, colóquese aquí —imploran.

—Más arriba, sobre los escalones.

Una voz femenina se impone a la de los periodistas.

—¡Manfred es inocente! ¡Es inocente!

Anastasia reconoce aquella voz y un escalofrío le recorre el cuerpo. El show mediático acaba de comenzar.

55

Se siente agotado física y mentalmente. Apenas ha dormido en toda la noche debido al incidente en el piso de Anastasia. Y la muerte de su amigo Fernando terminó de golpearle como si le cayera un piano sobre la cabeza.

Terrible.

Su mejor amigo fallecido por las graves quemaduras sufridas tratando de salvar la vida de su hija o, más bien, intentando rescatar su cadáver de las llamas; claro que eso no suena tan heroico.

Las lágrimas han surcado las mejillas de Lucas en varias ocasiones a lo largo de la mañana, pero la razón ha sido más cercana a la empatía que ha sentido al ver el inmenso dolor de la esposa de su amigo Fernando, que llenaba el espacioso tanatorio con su llanto. Esa mujer ha perdido marido e hija en dos días.

Terrible.

Ahora, sentado en soledad, tomando café en el bar que hay frente al tanatorio, reflexiona sobre un crimen tan execrable.

Si no ha sido Manfred, ¿quién pudo hacerlo?

Le duele la cabeza y decide que es mejor regresar a casa. Se levanta y alza el rostro por primera vez en un buen rato. Su vista topa con las luces del televisor hasta reconocer lo que ve. Un nuevo golpe. Una nueva situación a la que debe sobreponerse sin fuerzas. Vuelve a derrumbarse sobre la austera silla y contempla con ojos

llorosos la pantalla de la vieja televisión colocada en una esquina de aquel triste local. En ella aparece su hija. Belén está delante de la puerta del acuartelamiento, sobre la escalinata. Decenas de reporteros se arremolinan a su alrededor estirando sus brazos para acercar sus micrófonos a la voz de la joven de dieciocho años que habla alto y claro acerca de la detención de su amado Manfred:

—¡Es inocente! ¡Es inocente! ¡El párroco de este maldito pueblo ha hecho una campaña de difamación contra él y le han condenado sin prueba alguna! ¡Ahí está encerrado un hombre inocente!

—¿Por qué estás tan segura, Belén?

—¡Belén, compañera! ¿cómo sabes esto? ¿Conoces a ese hombre?

—¿Por qué lo dices?

—¿Qué te hace estar tan segura?

—Belén, amiga, explícate, dinos cómo estás tan segura de su inocencia.

—¿Por qué sabes que Manfred es inocente?

Belén sabe que si quiere ver a su amado en libertad pronto, solo hay una salida. Decir toda la verdad y nada más que la verdad.

—Porque, la mañana que ocurrió el crimen de mi amiga Alicia, mientras un asesino, que sigue por ahí suelto, mataba a mi amiga, ¡yo me estaba acostando con Manfred! ¡Yo estaba con él, por eso estoy segura al cien por cien de que él no ha sido! —Tras escupirlo, Belén se echa a llorar de forma automática.

Lucas se lleva las manos al rostro y deja caer su pesada cabeza sobre las vendas que tapan las heridas de las palmas de sus manos. Aún le duelen, pero no tanto como su corazón. Se encuentra inmerso en un oscuro agujero del que no se siente capaz de salir. Ni siquiera puede usar sus manos para escapar de allí. Tan solo alza de nuevo el rostro al oír una voz.

—Apartad, por favor, apártense.

—¡Sargento! Sargento, ¿por qué siguen manteniendo a Manfred encerrado?

—¡Sargento, díganos algo!

Lucas ve, con ojos llorosos, cómo su sargento, Anastasia Petrova, rodea a su hija con un brazo y la aparta de las babas de aquellos chacales deseosos de montar una carnicería de exclusivas.

56

En una peluquería con ínfulas de salón de belleza, con paredes pintadas de rosa, muchísima iluminación y un póster del famoso Llongueras con más de quince años —el póster, no Llongueras—, una mujer entrada en años, exuberante, pelirroja y peligrosa, se concentra en el cuero cabelludo de una clienta de toda la vida. Con una larga pinza, atrapa los pelos desde la raíz del cabello y tira hacia afuera para sacar el mechón de pelo del plástico que recubre la cabeza de su clienta. Estela mastica chicle mientras realiza esta labor con la meticulosidad y precisión de una cirujana. Para ella, aquello es rutinario: sacar todos los mechones y pintarlos; y una morena más que se convierte en rubia.

—Mira, mira, la niña del guardia.

Estela se detiene para mirar la televisión que cuelga de la pared de su local. Toma el mando y sube el volumen más allá de los decibelios aconsejables. En la pantalla puede verse a Belén hablando con efusividad. Cursa el mismo año que su hijo Daniel. La niñata del guardia siempre ha pretendido aparentar ser mayor de lo que es. Lleva un corte de pelo que se hace ella misma para parecer una mujer autosuficiente y progresista. Acapara toda la atención defendiendo la inocencia del extranjero porque quiere hacerse la heroína y lo que parece es una heroinómana.

Entonces llega el bombazo y la peluquera pelirroja se traga el chicle.

<<¿Por qué sabe que Manfred es inocente?>>

<<Porque, la mañana que ocurrió el crimen de mi amiga Alicia, mientras un asesino, que sigue por ahí suelto, mataba a mi amiga, ¡yo me estaba acostando con Manfred! ¡Yo estaba con él, por eso estoy segura al cien por cien de que él no ha sido!>>

—Madre del amor hermoso, la Virgen santísima —se sorprende Estela.

Su clienta se persigna.

—¿Cómo puede decir eso en la tele? Y, ¿cómo puede acostarse una muchachita con ese puerco?

—Porque es otra puerca —asevera Estela. La pelirroja considera a Manfred como una joya por pulir. Un hombre atractivo cubierto de una espesa capa de pelo salvaje. Sabía que, si él aceptara pasar por su salón de belleza, Estela podría convertir al sucio extranjero en todo un dandy al que estaría dispuesta a quitar la ropa a bocados. Claro que esto nunca piensa admitirlo—. Mira, mírala —sigue la peluquera—. Así va con esas ropas de hippie. Si se junta con quien se junta. Qué vergüenza, con un hombre tan mayor para ella…

—Ay, Dios mío, su padre debe estar que trina.

—Ese no levanta cabeza desde el divorcio. Yo lo he dicho muchas veces.

—Pero ¿por qué hace eso?

—Esa niña siempre ha querido protagonismo, ¿no lo ves?

—¡Ay! —exclama su clienta tras un doloroso tirón de pelo. Estela calma sus nervios y vuelve a concentrarse en su trabajo.

—Perdón… Se cree que se le queda corto este pueblo. A mi hijo le decía que quería irse a la capital, a Madrid. Anda y a ver si es verdad y se va de una vez. A mí me da igual porque por aquí nunca pasa. Dice que se pela ella, la muy rarita. Así va, con el pelo sucio, que parece un bicho salido del bosque, un puercoespín de esos. Y acostándose con ese hombre mayor… Qué vergüenza, de verdad, pero qué vergüenza; si yo fuese la madre se me caería la cara de vergüenza.

—Dios los cría y ellos se juntan.

Cuando considera que todos los mechones están fuera del plástico que recubre el cuero cabelludo, suelta la pinza y agarra la brocha y el bol de plástico que contiene el mejunje de tinte ya preparado.

En la pantalla aparece una imagen movida que paraliza a Estela. La nueva sargento, Anastasia, a la que había abierto la puerta de su casa hacía escasas horas, desplaza una verja metálica para que pase con prisas Yohanna tirando del brazo de un chico delgado y moreno. Es su hijo Daniel.

El bol se le resbala de unas manos tensas y nervudas y se estrella contra el suelo manchando todo su glamour.

—¡Me cago en esa desgraciada!

—¡Ay! ¿Era tu niño, Estela, era tu niño?

Sí, lo era. Claro que lo era.

Estela concentra su vista y oído en la televisión, donde un periodista menciona que su hijo puede ser sospechoso del crimen del azufre. Separa sus labios y aprieta los dientes mostrando su expresión de rabia. Sabe lo que debe hacer y lo hará ella. No puede esperar a que el holgazán de su marido mueva el culo, así que saca su teléfono móvil y marca un número. El número de la única persona capaz de sacar a su hijo de problemas en menos de lo que canta un gallo.

Se va a enterar. Esa nueva sargento, ¿qué se ha creído? No sabe lo que está haciendo. El arresto de su hijo lo va a pagar muy caro. Muy pero que muy caro.

57

El bebé berrea diez segundos, hasta que su jovencísima madre sujeta el carro y lo menea para calmarla. Así puede terminar tranquilamente de almorzar con sus padres en el bar. Algo la ha tenido distraída durante toda la comida y no ha sido su hija Esperanza, sino la conversación en la mesa de su derecha. No puede creer lo que ha escuchado. Le parece inverosímil. Decide ir a investigarlo cuando acaben con el postre.

Su madre paga la cuenta, el abuelo empuja el carro y juntos salen del bar, pero ella se desvía hacia la izquierda.

—¿Adónde vas?

—Raquel tiene que devolverme el pantalón que le presté. Estaré poco tiempo.

—Eso. No quiero que andes sola por el pueblo.

—Mamá, es solo un rato.

—Con todo lo que está pasando, hija, te quiero en casa antes de que anochezca.

—Que sí.

Contonea el trasero con el orgullo de un pavo real. Sus cabellos también son coloridos, de un amarillo reminiscente. Jésica se ha pasado toda la comida oyendo el rumor de que su amigo de la infancia, Daniel, ha sido detenido. No puede creerlo. Tiene que verlo

con sus propios ojos… Y en caso de ser verdad, piensa reírse de él a carcajada limpia.

Llega hasta el edificio de la Guardia Civil, pasa por delante de la veintena de periodistas que esperan sentados alrededor de la puerta principal y bordea el bloque hasta buscar en las ventanas laterales. Todas tienen las persianas cerradas a cal y canto para que ningún reportero más se entrometa en el transcurso de la investigación. Sabe que Dani está encerrado en uno de esos cuartos de aquel precario acuartelamiento que no dispone de nada parecido a una celda.

—Dani… Dani… —susurra a través de varias ventanas. Nadie contesta—. Dani, maricón. Te la han metido doblada, eh… ¡Ja, ja, ja! —ríe al caluroso aire de levante, esperando que este mueva sus palabras hasta alcanzar unos oídos finos y sensibles a las críticas.

—¡Eres una desgraciada, Jesi! —se oye desde el interior de una de las ventanas. Ella se acerca y suelta su risa para crisparle todavía más:

—¡Ja, ja, ja! Eres patético, de verdad, te dije que te relajaras y mira dónde has acabado.

—Si tú no hubieras pasado tanto de mí, esto no habría pasado. Eres una amiga de mierda.

—Te dije que me dejaras en paz. No parabas de darme por culo calentándome la oreja con lo de mi ex y las hippies. No paraste hasta aquel día y mira ahora dónde está esa pobre chica.

—¿¡Pobre chica!? Esa pija remilgada era de todo menos pobre.

—¿Ves? Es que no respetas ni a los muertos, tío… Que te den por culo, Dani, de verdad.

—¡Que te den a ti! Encima que estoy aquí encerrado, ¿y vienes a joderme?

—Te lo mereces por cabrón.

—¡Te lo mereces tú, maldita desgraciada! ¿Te recuerdo lo que le hiciste a esa zorra que ahora defiendes? ¿Eh? ¿Te lo recuerdo? ¡Que lo tengo todo grabado y una decena de periodistas ahí fuera! ¿No te enteras o qué?

Pero Jésica ya se ha marchado dejando a Daniel con su rabieta encendida.

—¡Te vas a enterar! ¡Te vas a enterar tú y la bruja que me ha encerrado aquí! ¡Ya lo verás!

58

Se va a llevar una bronca monumental. Esa niña se lo ha ganado. ¿Cómo ha podido hacer eso? ¡Lo ha contado en televisión! ¡A todo el pueblo! ¡A todo el país! España entera sabe que su hija es una… una… ¡Es una loca! ¿Cómo ha podido acostarse con… con… Y decirlo así y quedarse tan ancha y tan pancha como Castilla-La Mancha.

Lucas golpea el volante y siente el agudo dolor en su mano. Aunque no puede verlas, siente las enormes ampollas con líquido en el interior de sus palmas. Los fármacos amortiguan la intensidad, pero necesita de ese dolor, no solo para canalizar su rabia, sino también como un sustituto de la cafeína para no quedarse dormido al volante. Le duele cada curva que toma en la carretera. Aun así, se aferra a ese dolor para recordar quién es el verdadero culpable. No es su hija en la que debe proyectar su ira, sino en el asesino que condenó al pueblo a parecer maldito ante toda la sociedad española.

Ya ajustará cuentas con ese criminal en cuanto den con él. Pero su hija… su hija es tonta. ¡La madre que la parió! ¿Cómo se le ocurre? Ella no tendrá la culpa de muchas cosas, pero ¿lanzar ese mensaje a los periodistas? Sabiendo cómo son… Ya tienen programas para largo a costa de la inestabilidad emocional de su hija, sin que les importe el daño que le pueden hacer. ¡Es que esta niña es tonta! El pueblo hablará de ella durante años.

El dolor de sus manos se incrementa al aparcar con tanto giro de volante. Ya le hubiese gustado que alguien condujese por él,

pero Lucas no es de pedir favores a nadie. Siempre, a lo largo de toda su vida, se ha apañado solo, sin la menor ayuda de nadie, y no va a cambiar a sus cuarenta años.

Cuando se apea del vehículo y camina a casa, su furia se incrementa con cada paso. Esta niña nunca le hace caso en nada; constantemente hace lo que le da la gana. Bien, pues eso se acabó. Va a entrar en casa con decisión y va a imponerse como su padre que es. Como su propio padre hacía con él. Esta vez, Belén se va a enterar, va a aprender la lección por las malas. Como si la tiene que dejar encerrada en casa un mes… ¡o un año!

Lucas saca el tembloroso y tintineante manojo de llaves y abre la puerta de casa con nerviosismo. Entra y da un portazo. Piensa en cogerla de los pelos y… y… y…

—¡Belén, ven aquí ahora mismo! —ordena el padre y guardiacivil que acaba de instaurar una autocracia en casa.

Belén está en el salón sentada frente a Anastasia. La sargento ya no lleva la ropa de estar por casa de su hija, ahora va uniformada y tiene cara de preocupación. Incluso así, su cara sigue siendo hermosa. Tiene las manos adelantadas con las que abraza las manos de su hija. Cuatro manos delicadas. No como las suyas, toscas y quemadas, que para colmo parecen envueltas en papel del culo.

Su hija está llorando. Tiene un rostro angelical, pero está arrugado y las lágrimas le corren por las mejillas. Al autoritario padre se le cae el alma a los pies.

—Ya está, cariño —le dice—, no llores…

Lucas se sienta con ambas y consuela a su niña. En realidad la comprende: ha estallado porque no le hacían caso y tenía razón. No hay pruebas suficientes contra Manfred y es cuestión de tiempo que le pongan en libertad. Ha actuado así por desesperación, porque no le prestaba la suficiente atención, es culpa suya.

Su móvil suena. Al mirar quién le llama, su expresión se vuelve más sombría aún si cabe. Anastasia se da cuenta.

—Es tu madre… —anuncia él con voz apagada.

Contesta y mantiene una acalorada discusión. La madre vive en Madrid con su actual pareja y quiere a Belén en la capital. Lucas trata de mediar con ella, allí en el pueblo de Zufre están sus amigos, también el instituto…

También un asesino, replica la madre. La quiere en Madrid de inmediato y el padre se ve obligado a claudicar, al menos hasta que se calmen las aguas y encuentre al asesino. Cuando Belén se entera de la noticia da un golpe en la mesa, más fuerte que el que él mismo dio al volante hace menos de una hora. Luego se marcha a su cuarto tras un aluvión de increpaciones a su padre.

Al quedarse a solas, Lucas agacha la cabeza, azorado. Anastasia tiende la mano y la posa con cuidado sobre el vendaje. Se miran durante unos segundos sin decir nada, hasta que el ruido del televisor les estorba. Los periodistas anuncian la llegada de una pieza nueva al puzle que supone el culebrón en aquel pueblo. Lucas y Anastasia rompen su momento de intimidad para ver quién está armando tanto ruido a las puertas del acuartelamiento.

En la pantalla aparece un vehículo de alta gama. Desciende de él un hombre con un elegante traje de chaqueta hecho a medida. Tiene la piel cetrina y los ojos negros como el carbón dulce que regalan a los niños que se portan mal. Abre la puerta del lado contrario y baja una pelirroja de pelo rizado y pechos empitonados. Es la madre de Daniel, Estela. Pero el hombre enchaquetado no es su marido, ¿quién es?

—Hostia —se lamenta Lucas—. Me parece que vamos a perder a los dos sospechosos en la misma tarde…

—¿Por qué? ¿Quién es ese?

—Le llaman don Arturo Jiménez, el rey de los gitanos.

59

Don Arturo Jiménez, alias el rey de los gitanos, también conocido como el defensor de las minorías, sube los peldaños de acceso al cuartel y, en lugar de llamar para entrar, se gira de cara a la prensa y se ajusta la corbata como preparación para un discurso ensayado. Estela, la madre de Daniel, se coloca a su lado. Él la agarra por la cintura y ella lo estrecha contra su cuerpo hasta quedar embriagada por su perfume.

Arturo es primo de su marido y ella está loquita por sus huesos.

Desde niña, Estela soñaba una boda gitana por todo lo alto, donde centenares de familiares y amigos le tirasen flores, donde un enorme grupo de amigos borrachos zarandeasen al novio y cada mujer allí presente llorase de emoción al ver su precioso vestido de infinita cola, y donde el marido de la boda de sus sueños fuese Arturo Jiménez. Pero nunca sabemos lo que las hilanderas de nuestros designios tejen para nuestro futuro. El futuro que tuvo Estela fue muy diferente. Se casó con Rafael, un holgazán que en lugar de trabajar no hacía más que pedir dinero prestado y ayudas de todo tipo. Nunca tuvieron suficiente para celebrar la boda con la que tanto había soñado, ni el hombre ni el traje infinitamente largo ni centenares de invitados ebrios y emocionados. Estela tuvo que conformarse con menos. ¡Qué diferente habría sido su boda y su vida de casarse con aquel apuesto abogado! Arturo, el rey de los gitanos.

—Señoras y señores de la prensa —comienza él—. Creo que ya me conocen de sobra por casos sonados como el del tapicero, pero para quienes no tengan esa suerte, me presento como el rey Arturo, defensor de las injusticias contra mi pueblo. Y aquí, hoy, en Zufre, se ha cometido una tremenda injusticia. No solo han detenido a Daniel Sosa por ser gitano, sino que para colmo es menor de edad, hecho por lo cual necesitará de toda nuestra ayuda. Porque piensen en esto —recalca, llevándose un dedo a la sien—: hoy ha sido Daniel, pero si siguen sin respetar los derechos de los menores, mañana podría pasarle esto a cualquiera de nuestros hijos.

Arturo no tiene hijos.

Se separa de Estela y esta lanza una amenaza:

—Esa guardiacivil nueva que llegó el domingo al pueblo, justo antes de que se cometiera ese angustioso crimen, esa mujer es la arpía que me engañó. ¡Detuvo a mi niño de forma ilegal! Llamó a mi puerta y me engañó de buenas maneras para entrar y detener a mi niño sin que yo pudiese hacer nada. Se aprovechó de mi buena voluntad y lo detuvo sin pruebas, ¡solo por ser gitano! Y cada día creo más en la premonición del párroco Santiago. La maldición del azufre… ¡La maldición la trajo ella! Desde que ha venido, las desgracias se suceden en este pueblo. Ya me lo dijo mi hijo: que ella es una bruja. Y se comportó como tal cuando me engañó para entrar en casa y raptar a mi niño. ¡Ella es la bruja que nos ha traído la maldición al pueblo!

Estela se gira enérgicamente y se cuela en el cuartel tras su amor platónico, Arturo. Las puertas se cierran con un *bum* que retumba en el corazón de Anastasia.

60

La sargento sale de la inopia. Aparta los ojos de la televisión y mira a Lucas.

—¡Yo ni siquiera sabía que Daniel era gitano! —protesta.

—No pierdas el tiempo con eso. No debemos desviarnos de nuestra investigación por su palabrería. Tenemos que centrarnos en el asesinato.

—¡Pero ese chico casi me quema viva!

Lucas no sabe qué decir y Anastasia se palpa la frente. Está desesperada. Él tiene razón: aquel teatrillo solo los desvía de la investigación principal. Con cada paso que da, siente que retrocede. No están logrando nada del caso que más importa. No tiene la menor idea de quién ha podido cometer el asesinato y realmente intuye que no ha sido Daniel. Es solo un chaval y cree que el perfil del asesino debe ser mayor tanto en edad como en fortaleza física. Hay que tener fuerza para alzar un cuerpo y colgarlo del árbol, y Daniel no es más que un joven flacucho. Demasiado enclenque. No ha podido ser él. Pero entonces, ¿quién?

Lucas se levanta.

—¿Adónde vas?

—Voy a reanudar las negociaciones con mi hija…

Anastasia le imita.

—¿Y tú?

—Al cuartel. Se ha presentado allí el abogado del chico, tendré que ir.

—Si vas ahora, la prensa te comerá viva. Yo que tú me quedaba en casa.

Es consciente de que ha dicho *en casa* y no *en mi casa*. Agradece ese interés por hacerla sentir cómoda.

—No sé qué hacer aquí…

—Puedes llamar al brigada por teléfono. Eso sería mejor que presentarse en el puesto para que te despedacen en directo para toda España. Luego tómate un respiro. A esta hora hace mucho calor para hacer nada, descansa, échate un rato en la cama o en el sofá con el aire acondicionado y piensa en tus próximos pasos. Yo también necesito una guía para saber qué podemos hacer ahora. Habla con el brigada para ver si sus hombres o los del capitán han descubierto algo, cualquier novedad.

Lucas se marcha, con los hombros caídos, camino de la habitación de Belén.

Anastasia coge su teléfono móvil y llama al brigada Guerrero, pero no se lo coge. Debe tener mucho lío con ese rey de los gitanos. Se tumba en el sofá y mira el techo. Piensa en el caso principal: ¿quién pudo asesinar a Alicia? Por las últimas pistas parece plausible que sea alguien religioso. Quizá debería presentarse en la iglesia de la Purísima Concepción y hablar con el sacerdote Santiago. Recordó las palabras del cura condenando a Manfred ante todo el pueblo. ¿Por qué lo hizo? ¿Acaso tenía especial interés en que le

condenaran? Y de ser así, ¿por qué? Todos hacemos lo que hacemos por alguna razón…

El teléfono suena. Es el brigada Guerrero.

—Mi brigada…

—¿¡Cómo se te ocurre arrestar a un niño gitano!?

—¿Perdón?

—Ese abogado se ha echado al cuello del capitán Paz y obviamente él me ha dado la del pulpo a mí. Dice que tu único argumento para acusarle es el testimonio de un demente: de un viejo con alzhéimer. ¿¡Esto es verdad!?

—Bueno, me parece que lo ha tergiversado, pero…

—¿Tu testigo tiene el mal de Alzheimer, Anastasia? ¿Sí o no?

A la sargento le tiembla el labio antes de hablar. Se alegra de que la conversación, al menos, sea telefónica, para que así no vea cómo su rostro está al rojo vivo de vergüenza. Tiene que asumir su error.

—Sí.

—¡Me cago en la mar! ¡Me cago en la grandísima y gloriosa mar salada! ¿Y para qué coño detienes a ese chico? Y encima gitano, joder, estando como está la puta agenda globalizadora de los cojones y este gobierno izquierdista e hipócrita. Que a las minorías étnicas no se las puede tocar. Ni gitanos ni negros ni moros ni amarillos… ¿Es que no lo entiendes?

—No sabía que era gitano, pero ¿¡qué importancia tiene eso!? ¡Ese chico puede haber quemado el piso!

—¡Y te lo dijo un viejo con demencia senil!

—¡Nos estamos olvidando de lo importante!

—Sí, eso mismo. —El brigada relaja su tono de voz, cosa que a Anastasia preocupa incluso más que oírle chillar—. Nos alejamos del objetivo principal. El asesinato de esa chica. Y hasta que no lo resolvamos yo estoy recibiendo toda la enorme presión de la cúpula de la Guardia Civil que, a su vez, recibe toda la presión del Gobierno. Así que no estoy para perder el tiempo con travesuras de chavales.

—¿Travesuras? ¡Casi me muero allí!

—Eso mismo me ha dicho el capitán, que no reaccionaste: te quedaste paralizada. Es posible que no estés preparada para esto. Ya le dije al capitán que creo que estás saturada y que lo mejor será apartarte de este caso y que yo mismo cubra tus funciones un tiempo.

—Pero si el caso no es mío. ¡Es suyo! ¡Ya era suyo antes!

—Ya, por eso. Mira, Anastasia, no quiero que te tomes esto como una expulsión del partido, tómatelo mejor como una amonestación, una tarjeta amarilla… —Amarillo, otra vez—. Mantente al margen. Ya no necesitamos su ayuda, sargento. —Y cuelga.

Anastasia no puede creerlo. Está segura de que, ante la presión ejercida por el capitán Paz, Guerrero le ha echado la

responsabilidad a ella para quitarse la mierda de encima. Tira su móvil y aprieta los puños contra sus ojos cerrados. ¡Qué complicado es gestionar la impotencia!

Vuelve a tener esa extraña sensación de color amarillo en su cabeza. ¿Qué quiere decir? ¿Qué significado tiene el color amarillo en aquel asunto? No sabe por qué, ¡pero tiene la intuición de que el color amarillo es la clave para resolver el caso!

—¡Justicia! ¡Hoy se ha hecho justicia! —oye en la televisión.

Anastasia aparta los puños y contempla estupefacta a Daniel en libertad. Va cogido de su madre que grita a todos los periodistas. Delante, Arturo baja los escalones con paso firme y una sonrisa orgullosa. No ha tardado ni quince minutos en sacarlo de prisión; por algo le llaman el rey, el defensor del pueblo gitano.

61

Tras hacer las paces con su hija Belén, le pregunta si le apetece merendar. Ella niega con la cabeza y Lucas baja a la cocina para prepararse un bocadillo de caña de lomo. Consolar tanto le da hambre.

—¿Quieres merendar algo, Nastia?

Como no oye respuesta alguna, se asoma al salón donde encara el rostro de desolación de su sargento. Ella se aparta el flequillo de la cara pasándolo tras las orejas.

—Agradezco que me llames Nastia. Me tranquiliza.

—¿Qué te pasa? ¿No tienes hambre?

Ella niega con la cabeza y alega:

—Me sorprende que tú la tengas.

—Hay que comer, siempre. A por los problemas es mejor ir con el estómago lleno.

—¿Esa filosofía viene aprendida de tu pasado militar?

Él asiente. Recuerda las molestas alarmas de entonces y cómo, cuando sonaban a la hora del almuerzo, tenía que meter lo que le cupiese en la boca y en los bolsillos del uniforme de campaña antes de salir por patas sin saber cuándo podría volver a comer.

—Nunca pierdo el apetito —simplifica.

—Pues yo siento hasta mareo.

—Claro, de no comer. Te voy a preparar un bocadillito de…

—Me han echado.

—¿Cómo?

—Me han separado del caso. El brigada Guerrero me ha echado la mierda a mí, como si yo fuese la responsable de lo que ha pasado hasta ahora. Me ha dicho que me he desviado demasiado con lo de Daniel, que eso son chiquilladas y que… Buf, espero no meterme en rollos legales y que me suspendan de empleo y sueldo.

—¿Chiquilladas? ¿Un cóctel molotov?

—Ya… Tampoco he podido confirmar si ha sido él. He podido cometer un error muy gordo… Pero el brigada tampoco da una con Manfred, se le escapa de las manos, y me carga a mí con la responsabilidad de que la investigación vaya por mal camino. En resumen: me apartan del caso. Dicen que no quieren más mi ayuda.

—Ellos se la pierden.

Llaman al timbre de la casa y Lucas observa a través de la mirilla antes de abrir para no encontrarse con la sorpresa de los paparazis. Es Yohanna. Entra, uniformada, para hablar con Anastasia.

—Lo siento —le dice—. Vengo de allí. Ya me he enterado. El brigada es un mamón.

La sargento repara en una bolsa que trae en la mano.

—Te he traído ropa mía que dejarte, incluido un pijama.

—Vaya, estás en todo…

—Te va a quedar algo grande, pero es que la mayoría de tiendas están cerradas guardando luto por lo ocurrido. Mañana abrirán y podrás comprarte ropa a tu gusto.

—Muchas gracias, Yohanna, de verdad que no hacía falta. Eres un sol.

—¿Quieres merendar? —se interesa Lucas.

—Claro.

—También voy a preparar un bocadillo pequeñito para ti, Nastia. Ya verás qué bueno.

Anastasia sonríe al sentirse tan arropada por sus compañeros.

Lucas prepara tres bocadillos y convence a la sargento para que pruebe el suyo. Conversan de lo famoso que se ha hecho el pueblo por televisión. Yohanna cuenta cómo el abogado, Arturo, puso los puntos sobre las íes a un capitán acorralado que no hacía más que sudar a mares.

—Teníais que ver su cara. Se esfumó toda esa apariencia de gallito de corral.

Anastasia lamenta haberse precipitado tanto en la detención de Daniel. Piensa que, en parte, se ha buscado aquella situación. Sin embargo, lo que más le dolió escuchar de boca de su superior fue decir que ella no estaba preparada para esto. Como si acaso no fuese merecedora de portar el uniforme de la Guardia Civil. Aunque no quería reconocerlo, aquello le había dolido y mucho. Le creaba impotencia no poder explicar su pasado y, por tanto, su temor al fuego. Ella no había estudiado para ser bombero…, y nadie está

preparado para que en plena noche, mientras uno duerme plácidamente, le lancen una bomba y le incendien la casa.

Una hora más tarde, Yohanna se despide con una advertencia:

—Creo que es mejor que te quedes aquí confinada unos días; al menos, hasta que los periodistas dejen de preguntarme por ti o de decir que eres la causante de la maldición del azufre. Visto como está el patio, puede suceder que algún vecino más del pueblo se eche a hablar a las cámaras y saque una nueva exclusiva que haga que los periodistas dejen de mencionar a la misteriosa sargento venida del norte. Y lo siento, Lucas, lo que he dicho no es nada personal contra tu niña; a mí Belén me parece encantadora. Pero ya conoces este pueblo y más pronto que tarde saldrá una nueva exclusiva que ponga otra vez la investigación del revés. Así de peculiar veo Zufre: salta la liebre y todos se lían a pegar tiros a diestro y siniestro.

Cuando la luchadora ya se ha ido, Anastasia y Lucas regresan al salón. Ella coge la bolsa de ropa y saca las prendas con curiosidad. Hay tres pantalones: dos de chándal y uno vaquero. También hay varias camisetas y tops. Le llama la atención un conjunto con estampado de constelaciones algo corto de piernas.

—Madre mía, si esto me parece corto a mí, a ella debe vérsele el culo con esto.

Lucas se sonroja y siente nervios en el estómago imaginando que pronto anochecerá y su sargento se acostará en su cama con aquel conjunto de culote y top que le haría ver las estrellas. Piensa

en cómo se verá su delgado cuerpo, y mira al patio exterior para saber cómo de cerca está la noche. Es extraño, se conocen de apenas unos días y, allí cómodos en el sofá sentados uno al lado del otro, parece como si llevasen años viviendo juntos. Como si fuesen pareja.

—Seguro que te queda bien —se atreve a soltar él.

Anastasia le mira con curiosidad. Él le aguanta la mirada en contra de todo su cuerpo que le insta a agachar las orejas y continuar con lo suyo. Resiste, esperando una respuesta adecuada por parte de ella, le vale con que sonría un poco. Y las comisuras de sus labios comienzan a curvarse cuando su hija Belén irrumpe en el salón, agarra el mando de la televisión y sube tanto el volumen que le resulta molesto.

—¡Belén, por favor, baja eso! —exclama fastidiado por haberle roto su momento especial.

—¡Ha salido libre! ¡Ha salido libre! —chilla su hija con entusiasmo.

Lucas y Anastasia miran perplejos la pantalla. Un montón de periodistas rodean a Manfred mientras este trata de esquivarlos.

La voz de la periodista lo anuncia:

—Como pueden ver, el extranjero, Manfred Van Rossum, ha quedado en libertad sin cargos. Y tras la salida, también, del joven Daniel, esto quiere decir que la Guardia Civil se queda sin sospechosos en el caso criminal más importante de la última década en toda la provincia de Huelva, el caso de la maldición del azufre. Vemos indignación entre muchos vecinos que deben pasar una

noche más con miedo. Muchos de ellos han decidido alejarse del pueblo hasta que se resuelva el caso, pero otros muchos, que no tienen adonde ir, se preguntan: ¿estamos seguros en Zufre?

62

¡Libre! ¡Manfred, libre! Belén no cabe en sí de gozo. Salta y contonea su cuerpo emocionada por la gran noticia. Luego, feliz, comienza a dar palmadas. ¡Su amado al fin es libre!

—¡Belén, a tu cuarto! —grita Lucas enfadado. No debió ser tan consentido con su hija. El pueblo se hunde en una tragedia y ya ni siquiera tienen a quien culpar, y su hija lo celebra con el entusiasmo de una colegiala—. ¡Y quiero verte lista a las siete y media para el funeral de Fernando!

Belén deja de palmear y se retira sin mirar a su padre. ¿Es que nadie lo entiende? ¡Manfred es inocente!

Tras entrar a su habitación da un portazo con el que sella su postura ante la autoridad de su padre. Este lanza una protesta desde el salón, en la planta baja, que ella no llega a escuchar ni le importa. Lo más importante es que Manfred no será condenado. Ha salido libre y al fin podrán volver a verse, a estar juntos, y si ni el cura ni la Guardia Civil ni el pueblo entero han podido retenerle en prisión; entonces ni su padre ni nadie evitará que Belén pueda reencontrarse con su amado holandés errante.

Manfred Van Rossum, el amor de su vida.

Una semilla con forma de idea se planta en la mente de Belén. Mañana temprano debe coger el autobús que le lleve en dirección a Madrid con su madre. Eso es lo que su padre le ha ordenado y va a seguirle la corriente… hasta cierto punto. Los labios

de la joven se ensanchan en una amplia sonrisa. Da una palmada y vuelve a contener su emoción. La idea es buena, ahora tiene que regar la semilla para que tome forma. Se dirige al armario y agarra el asa de la maleta. Tira de ella hasta bajarla de la parte alta. Luego, comienza a escoger ropa para varios días.

Tiene un magnífico plan.

Belén, alegre, se pone a bailar y a silbar.

63

Anastasia se va al baño de la planta baja para cambiarse. Al menos ya no tiene esos dolores de barriga, aunque se encuentra bastante débil y no sabe si achacarlo a la regla o al tremendo varapalo que ha supuesto que la expulsaran del caso de aquellas malas maneras.

Lucas está molesto con su hija y con el mundo en general. Sus emociones están tan a flor de piel y son tan cambiantes que siente un cosquilleo en el lagrimal, parece sentir ganas de llorar. Tras el enfado, le asalta una enorme pena por pensar que en una hora asistirá al funeral de su mejor amigo. Necesita una ducha para relajarse y sube al baño de la planta de arriba. Allí camufla sus lágrimas con la abundante agua que cae de la alcachofa. Jabona, enjuaga y seca su cuerpo maduro. Mantiene una cuidada musculatura sobre su tripa cervecera. Piensa que su físico está entre el de un chimpancé y un gorila, ni tan bajo ni tan fuerte. Ni tan mal para su edad. Y la barba canosa le da aspecto de león viejo.

Una vez que se siente más limpio, regresa al salón donde Anastasia observa atenta la televisión con el mando bien sujeto a la mano. Algo importante está ocurriendo.

—Este cuento no se acaba nunca —expresa ella con tristeza.

Hace un gesto con la mano libre para que Lucas atienda a lo que dice el apuesto presentador del programa.

Informa sobre la dureza de las imágenes que van a emitir como si eso fuese penitencia más que suficiente para hacerlas públicas sin pecar de inmorales. La imagen de la pantalla cambia del plató de tertulia a un espacio abierto. Lucas reconoce el lugar de inmediato, en varias ocasionas ha esperado a su hija en aquel descampado, es el campo pedregoso que hay a la salida del instituto de Belén. Dos chicas caminan alejándose de quien les graba. Luego se detienen y encaran a quien sea que les esté acosando con el móvil. Sus rostros están pixelados para mantener el anonimato, pero Lucas es el padre y reconoce a su hija con nitidez. La segunda chica, la que se adelanta para ponerse en primer plano, es la ya fallecida Alicia.

Hace aparición la espalda de una joven de cabellos claros. La rubia mantiene una discusión acalorada con Alicia mientras Belén permanece detrás, en un segundo plano.

—¡Eres una guarra que se tira a todo el pueblo, primero con el calvo y ahora a mi ex! —Por su voz y también por su pelo, Lucas reconoce a la hija de la dueña del hostal, esa que ha sido madre tan joven—. ¡Pues no me sale del coño!

—Yo me tiraré a quien me dé la gana y a tu ex no me lo tiro porque es un *enganchao*.

Aquello enciende más a la chica rubia, que se adelanta con los puños cerrados y en alto, como si tuviese nociones básicas de lucha cuerpo a cuerpo.

Lucas sabe lo que va a pasar y reza, siendo egoista, porque su hija no se meta por defender a su amiga y se lleve la peor parte.

Jésica propina sendos puñetazos a Alicia que, de manera instintiva, se agarra a la larga melena rubia y le zarandea la cabeza. La hija de la hostelera parece algo aturdida y la cadencia de sus golpes disminuye. Alicia suelta una patada que la dobla en dos y, antes de darle la vuelta a la pelea, su hija, Belén, entra en escena para separarlas como buenamente puede. Se reparten unas cuantas patadas más y a Lucas se le encoje el corazón cuando una de estas coces alcanza a su niña. Pero al final Belén logra llevarse del brazo a su amiga para alejarse de la agresora y de quien les graba.

—Te ha dado, Jesi, te ha dado —se oye decir a Daniel antes de que el vídeo se corte.

Para limpiar su moral y la del programa, el presentador habla de la importancia de luchar contra el acoso escolar y recuerda que ellos ponen esas imágenes para favorecer a los investigadores del caso, por si este hecho tuviese relación con la posterior muerte de Alicia.

—Le recordamos —dice el presentador— que estos hechos sucedieron a escasas horas del fallecimiento de la joven Alicia Ortiz.

—Voy a hablar con Belén —dice Lucas antes de salir del salón y subir a la planta de arriba. Piensa que no ha sido buena idea enfadarse con ella.

Anastasia se queda pendiente de la noticia. Hay algo del vídeo que le chirría. Algo extraño que no sabe definir con exactitud, como si hubiese descubierto una anomalía incapaz de recordar. Se

queda pensativa, tratando de analizar lo que acaba de ver; tiene algo… una palabra en la punta de la lengua… Algo que sabe que debe recordar y no logra. Una pista..., una clave.

64

El clima comienza su cambio: nubarrones oscuros ocultan el cielo ocre del atardecer volviendo el ambiente grisáceo. Los pájaros revolotean inquietos hasta encontrar refugio y los gatos del pueblo se esconden porque huele a tormenta.

En el instituto de Santa Olalla, el conserje recoge papeles caídos por el pasillo para mantener el edificio presentable. Mañana se retoman las clases.

Un Alfa Romeo Stelvio Q4 negro serpentea por las carreteras que discurren la sierra y su vaivén junto con la vibración del motor relaja tanto al capitán Paz que deja caer sus párpados. Aquel gitano le ha dado tal palo que su impecable carrera militar se ha visto manchada con un craso error nada más empezar su misión.

El brigada Guerrero los tiene sellados, dormido en la misma posición que el capitán solo que en la silla del despacho. Después de leer informes y darle tantas vueltas al asunto, sigue igual de perdido y además el sueño le ha vencido.

Jacobo, con aire ausente, jala de la correa para que su perro bodeguero siga paseando. Pero este se resiste a obedecer a su dueño: mantiene las patas firmes al suelo y ladra a la tormenta con insistencia.

Cristian se coloca el casco en la cabeza, aplastando su largo flequillo. Prefiere alejarse del pueblo mientras dura el funeral del

padre de Alicia; le importa bien poco, por él como si se incendia el pueblo entero.

Óscar, vestido de negro, trata de encender su mechero para fumarse un cigarro.

En la vivienda del padre Santiago, contigua a la iglesia de la Purísima Concepción, alguien lee unos libros antiguos dejados sobre la mesa.

Y en la casa del Señor un hombre tatuado llora arrodillado por haber pecado. Su pecado es la lujuria.

El sol se encamina hacia el horizonte huyendo de las nubes que lo recubren todo. Pestañea un rayo sobre la sierra y el trueno golpea contundente los atemorizados corazones, ya ahogados en pena, de los preocupados vecinos de Zufre.

Muy pronto, la maldición les atacará de nuevo.

65

El cielo encapotado de nubes grises deja caer su llanto. Zufre llora otra pérdida. Las campanas de la iglesia de la Purísima Concepción truenan y su sonido atraviesa la llovizna que arrecia el campo, revitalizando huertos y, al mismo tiempo, haciendo caer regueros de amargas lágrimas desde el Balcón de la Sierra.

La lluvia se afina hasta volverse chirimiri, por lo que Anastasia ni se preocupa por no llevar paraguas. Lucas y su hija salieron de casa antes que ella para no dar que hablar en el pueblo. Cuando la sargento llega a la iglesia, todos la miran como si por la puerta se hubiese colado una bruja montada en su escoba; se escuda veloz junto a su fuerte compañera, Yohanna.

—Te advertí que no era buena idea presentarte aquí —le susurra esta.

—¿Y qué imagen hubiese dado si no llego a venir? ¿Entraría Satán en una iglesia?

El padre Santiago hace su aparición con los brazos en alto.

—Sí —contesta Yohanna tras ver a este.

El volumen de las lamentaciones se incrementa mientras el sacerdote se pasea por el altar, nervioso. Saca un pañuelo y seca la coronilla de su despejada cabeza. Puede ser sudor o agua de lluvia. Cuando vuelve a guardar el pañuelo, en la mente de Anastasia reverbera la sensación de que le falta una pieza de puzle que tiene al alcance y no logra ver…; pero la melodía, preludio del funeral,

comienza a sonar y vuelve a nublarle el juicio como aquel oscuro atardecer.

<<No me digas adiós, sino hasta luego.

Dios determinó que en el cielo estoy mejor.

No me digas adiós, sino hasta luego.

Tuve que partir a un lugar donde no voy a sufrir.

No me digas adiós, sino hasta luego.

No te preocupes más por mí, porque donde estoy espero por ti>>.

La triste melodía finaliza y el sacerdote Santiago inicia su misa exequial para, una vez terminada esta, comenzar con su discurso:

—Tengo el alma partida —exclama—. Tengo el alma partida de ver a un pueblo que se derrumba. Ya lo avisé, que con la caída de nuestros vecinos canarios, nosotros también estábamos en peligro. Y es que el demonio adopta muchas formas, pero siempre transgrede en lo mismo: muerte, muerte a su alrededor. Tenemos al demonio metido en el pueblo.

Con aquel discurso, el párroco se parece más a un imán propenso al yihadismo que a un representante católico. Logra con ello exaltar una buena parte de los congregados que comienzan a expresar protestas en voz alta, con venas gruesas en sus cuellos, rostros encendidos y ojos y bocas muy abiertas.

Venido arriba por las protestas de su pueblo, Santiago se cree un profeta y se atreve a juzgar al prójimo, a su antojo, delante

de todos.

Anastasia traga saliva cuando el cura, con un fulgor en las pupilas de sus ojos desorbitados, la mira fijamente antes de continuar con aquel discurso incendiario.

—¡Y es mi deber, como vuestro guía espiritual, como vuestro pastor que os guía por el buen camino, denunciar la mala praxis y la mala gestión que se ha llevado con el principal acusado, Manfred, el extranjero, al que muchos consideramos el culpable de este mal que nos ha golpeado, y que, en cambio, algunos no quieren ver, dejando en libertad al diablo para que siga haciendo de las suyas, para que siga emponzoñando los corazones y la mente de nuestras hijas!

La mitad del pueblo arde en vítores hacia el padre Santiago, al que casi se le adivina media luna de sonrisa en el rostro, satisfecho y orgulloso de recibir tanta adoración de sus fieles seguidores. Los gritos se suceden dentro de la iglesia.

—¡La culpa la tiene esa bruja de la maldición! —oye de una voz aguda, parecida a la de Daniel, pero que no puede corroborar porque con tanta gente allí metida no logra ver de dónde viene el insulto.

Lucas se pone en tensión nada más oír aquella frase y parece buscar entre el gentío para dar con el responsable. Muchos feligreses se dejan llevar por la corriente del miedo a la superstición.

—¡Es culpa de la maldición!

—¡La nueva trajo la maldición!

—¡Que se vaya! ¡Que se vaya!

Anastasia comienza a temer por su integridad ante las caras encendidas de muchos convecinos que gritan con rostros desfigurados como demonios. Alguno se gira y la mira directamente de manera acusadora. Yohanna, de forma instintiva, se posiciona delante de su sargento ofreciéndose como coraza.

—¡Que se vaya del pueblo!

—¡Que se largue de nuestro pueblo, la bruja maldita!

—¡Que se vaya, la bruja!

—¡Fornicadora!

El padre Santiago, en lugar de apaciguar al gentío, empuja a sus hordas hacia la locura:

—¡Lo estás oyendo, Anastasia Petrova, mi pueblo no te quiere cerca, recoge tus embrujos y márchate lejos con ese extranjero, holandés, hijo de Satanás!

Unas lágrimas de impotencia acuden al rostro avergonzado de Anastasia, que se lleva las manos a la boca sin poder creer lo que allí está pasando. Contempla los rostros de la ira; muchos le gritan. Retrocede varios pasos, asustada, dispuesta a marcharse de allí y no regresar jamás.

Es entonces cuando oye la voz de Lucas, que trata de alzarse sobre la del resto:

—¡Vete tú —ruge—, demagogo, la mitad de este pueblo también está cansada de ti y de tus discursos! ¡Tú eres quien divide

al pueblo!

Para su sorpresa, muchos se unen a esta reclamación, incluso alguno se coloca delante de ella, al igual que Yohanna, en un sentido proteccionista, gesto que la conmueve. Los vecinos empiezan a discutir entre ellos a voz en grito y al borde de la guerra civil.

—¡Demagogo! ¡Tú no eres un verdadero cura!

—¡La sargento es una bruja!

—¡Guardia Civil, corrupta!

—¡Que se vaya el cura!

—¡Que se vaya la Guardia Civil!

—¡Corrupta!

—¡Bruja!

—¡Mentiroso!

Muchos se desgañitan y hasta se encaran con los puños cerrados hasta que una voz cae sobre todos, tan aguda que cala hondo en los tímpanos del pueblo. Una voz que repite una frase tan poderosa que, poco a poco, hace callar al resto, haciendo que, al final, se extienda un silencio sepulcral alrededor de aquella frase demoledora:

—¡Tú violaste a Alicia! ¡Tú violaste a Alicia! ¡Tú violaste a Alicia! ¡Tú violaste a Alicia! ¡Tú violaste a Alicia! ¡Tú violaste a Alicia...

Todos se van girando para localizar aquella aguda voz que se rompe por contar una verdad oculta. Y para saber contra quién va dirigida aquella terrible acusación. Cuando la mayoría ha plantado sus ojos sobre la chica que grita aquella frase una y otra vez, el grito ahogado de la sorpresa recorre la iglesia como una ola que lo inunda todo.

Es Belén la que acusa, gritando y señalando con el dedo, al padre Santiago. Este, en lugar de consternado, parece avergonzado, pues su cara se ha vuelto roja desde la barbilla hasta la calva.

Anastasia completa la pieza del puzle que le faltaba. <<Te follaste al calvo>>, decía Jésica en el vídeo. ¡Claro, con lo de calvo se refería al sacerdote Santiago!

El griterío y las acusaciones cambian en dirección inversa, de la sargento al padre Santiago. Este se ve colmado de imprecaciones que le llegan de todos lados; no obstante, su perfidia está entrenada y sabe defenderse.

—¿Acaso van a creer las palabras de otra bruja? La mismísima amante del diablo extranjero. Dicho por ella, no por mí.

De nuevo, el público, dividido en dos, se lanza acusaciones mutuamente y algunos llegan a los agarrones y empujones que preceden a los golpes de una posible pelea multitudinaria. Entre estos está Víctor, el hermano mayor de Óscar, que aprovecha la situación para zancadillear a Pilar, la dueña del restaurante que le hace la competencia, y hacerla caer al suelo. Aquella caída ocasiona un desplazamiento de la masa feligresa que produce más roces y empujones. El brigada Guerrero, allí presente, grita órdenes para

que sus hombres traten de poner calma a la turba. Yohanna interviene entre dos mujeres que intentan tirarse de los pelos.

—¡Dice la verdad! ¡Belén dice la verdad! —grita Jésica.

Todos miran ahora a la chica rubia y madre joven. El pueblo sabe, gracias al vídeo difundido por Daniel en las redes y la televisión, que Jésica es la enemiga número uno de Belén y Alicia; por lo que sus palabras deben ser más fiables que las de la mismísima Belén, que la mira agradecida por tirar la lanza a su favor; en favor de la verdad y la justicia.

—¡Ella dice la verdad! —continúa—. ¡El cura abusó de Alicia! ¡Por eso las chicas no queremos ir a su iglesia! ¡Por eso trata de culpar al extranjero, porque teme que también este lo sepa gracias a ellas! El cura abusó de Alicia, por eso ella se volvió tan rarita y budista, la pobre… Siento haberme peleado con ella… Lo siento mucho.

Un tremendo silencio se apodera de la iglesia tras la confesión, como la calma en el ojo del huracán. Un instante después, el hilo que sostiene la espada de Damocles se rompe para dejar caer sobre la iglesia el puñal de la ira.

Se desata el caos.

Anastasia ve cómo un varón sube al estrado, probablemente algún familiar cercano de Alicia, y golpea con dureza al sacerdote en la mandíbula. Sus vestiduras bailan al son de sus giros y se doblan por la mitad cuando recibe otro puñetazo en el estómago. Más gente sube corriendo, incluidos algunos guardiaciviles que tratan de poner orden sin lograrlo. Abajo también

hay golpes, escupitajos e insultos. El marido junto con la familia de Pilar da una buena paliza a Víctor, que trata de escapar de la iglesia a gatas.

—¡Es la casa de Dios! ¡La casa de Dios! —se oye gritar a alguien. A la gente le importa un bledo de quién sea la casa mientras no sea suyo lo que rompan.

Fuera, apartado de la muchedumbre que trata de autodestruirse, una sombra disfruta ante aquel caos. Una sombra que tantea su preciado mechero plateado. Una sombra que valora la posibilidad de cerrar las puertas de la iglesia y prender fuego a todo para que la estúpida humanidad arda como se merece, atascada en sus creencias y emociones.

66

Como no se ha permitido a las cámaras de televisión acceder a la iglesia durante el funeral de Fernando Ortiz, el incidente no trasciende a los medios de comunicación ni más allá del pueblo. Tras la detención de dos miembros de la familia Ortiz, por agredir al sacerdote, y de algún violento más, el brigada Guerrero se da por satisfecho y oculta al capitán Paz el tremendo descontrol y la sensación de inseguridad que reina en Zufre, no vaya a ser que después de rodar la cabeza de Anastasia vaya la suya.

Lucas camina de regreso a casa con el brazo echado sobre los hombros de su valiente hija Belén. Yohanna y Anastasia les acompañan. Entran en la casa juntos y se sientan en el sofá del salón.

Belén expresa su preocupación por los altercados y no para de repetir que se siente culpable y que ella no quiso provocar que todo se fuese de madre.

—Ni se te ocurra sentir un mínimo de culpabilidad por lo que ha pasado —la defiende Yohanna—. Esto no es tu culpa. La muchedumbre en conjunto se comporta como subnormales, siempre, estén donde estén, sea un partido de fútbol, un mitin político o un concierto de Isabel Pantoja; y el principal culpable de la que se ha formado hoy es ese abusador, que se las verá conmigo pronto, ya verás.

Belén no quiere imaginarse en el papel de quien se las tenga que ver con aquella guardiacivil campeona de Muay thai. La había visto entre el gentío reduciendo con mucha seguridad a dos hombres corpulentos.

—Tenía que decir la verdad; no podía callarme más.

—Claro que no —la defiende su padre—. La gente habla de lo que no tiene que hablar, y calla ante lo que se debe decir —añade —. Has peleado contra la injusticia, hija, eres muy valiente. Estoy muy orgulloso de ti.

—Me has defendido, Belén, y te lo agradezco —dice Anastasia—. No estás sola en esto. Me han apartado del caso de tu amiga, pero puedo ocuparme del sacerdote y pienso hacerlo. No voy a fallarte con esto.

—Ese hombre era un cerdo. ¿Le han detenido? ¿Irá a la cárcel?

—No volverás a verlo por el pueblo, eso te lo garantizo.

Anastasia sabe que una condena por abusos no llevará a la cárcel a un clérigo; sin embargo, se promete hacer todo lo que esté en su mano para que, al menos, no vuelva a ejercer su oficio. No se contentará con las leves medidas que aplica la Iglesia: cambiarlo de localidad y santas pascuas. De eso ni hablar.

El teléfono de Lucas suena y este contesta a su exmujer, la madre de Belén. Él no se muestra nada beligerante y asiente a todas las condiciones que ella le pone. Cuando cuelga, avisa a Belén para que termine de preparar la maleta porque mañana se irá para Madrid muy temprano.

—La mitad de los alumnos se han ido del pueblo. Tómatelo como unas vacaciones en Madrid hasta que la cosa en Zufre se calme.

Esta vez no monta ningún berrinche, simplemente asiente y se marcha para seguir con lo que empezó esa misma tarde, antes de todo el descontrol de la iglesia.

—¿Qué han hecho con el padre Santiago? —pregunta Lucas en cuanto su hija se ha marchado.

—Se lo han llevado a un centro de salud. Se ha llevado algunos golpes, aunque nada grave. Iniciaré la acusación para abrir un proceso judicial contra él por abuso de menores.

—¿Crees que el asesino de Alicia estaba ahí esta mañana?

La pregunta de Yohanna se asienta en el salón con ellos. Todos sienten un escalofrío.

—¿En la iglesia?

—Sí.

—Creo que esta mañana todos eran capaces de matar a una persona. Ha sido un verdadero desastre. Espero que no vuelva a repetirse algo así, nunca más.

—Aunque no lo creas, este pueblo era muy tranquilo.

—¿Hasta que yo llegué? —ironiza.

—No. Hasta el asesinato de Alicia.

—Bueno, si lo piensas bien, para Alicia debía ser tranquilo antes de la llegada del sacerdote…

67

Cenan los tres juntos como una extraña familia que acaba de conocerse. Cuando Belén sale del baño y se encierra en su habitación, Anastasia entra para tomar una ducha y cambiarse. Lucas prepara el sofá recubriéndolo con sábanas de algodón para dormir mejor. Espera que Anastasia vuelva a dormir en su cama, en cambio, descubre que ella tiene otras intenciones cuando la ve aparecer con una toalla sobre la cabeza para secarse el pelo. Lucas no puede evitar sentirse decepcionado al ver que no lleva el conjunto cósmico de Yohanna. En su lugar, se ha puesto uno de los pantalones de chándal y una camiseta básica. De todas maneras luce hermosa. Su cuerpo delgado enfundado en prendas anchas le hace parecer una estudiante universitaria, lo que resulta excitante para un hombre de cuarenta años como Lucas.

—Gracias por las sábanas —dice ella cuando le ve convirtiendo el sofá en cama.

—Es para mí. Tú duermes arriba, en el dormitorio.

—No, de eso nada, yo soy la invitada.

—Pues, por eso mismo, no vas a dormir en el sofá.

Ella se precipita y planta su culo entre los cojines.

—¡Oye!

—Yo duermo aquí y punto.

Él la imita y también se sienta.

—No. Yo duermo aquí y punto.

Ambos ríen. Lucas se siente hipnotizado en aquel sofá y desea quedarse más tiempo. Anastasia desprende un olor a perfume de frutos rojos con un envolvente acorde de vainilla. Él la mira embelesado por su aroma, pero descubre una preocupación en su ceño fruncido.

—¿Crees que estoy eludiendo mis responsabilidades? —pregunta ella.

—¿Qué…? Pues claro que no.

—Mírame: metida en tu casa, con ropa prestada y sin hacer nada para solucionar el caso.

—Creo que estás tomando un respiro necesario, igual que yo. Creo que hemos hecho bastante. Creo que estamos sobrepasados y hoy necesitábamos parar para tomar fuerzas. Mañana seguiremos investigando, a escondidas del brigada y del capitán, claro. Nada nos impide hablar con la gente del pueblo.

—Ya… Guerrero dijo que me quedé paralizada en el incendio. Dijo que yo no estoy preparada para esto… A lo mejor tenía razón.

—Estabas en shock. Puede pasarle a cualquiera.

—A cualquiera no. Me pasó a mí por una razón. Yo tengo… —Anastasia sabe que debe sincerarse. Necesita liberarse—. Yo tengo pánico al fuego.

Lucas se queda en silencio, escuchándola.

—Tengo verdadero pánico a las llamas. Me ocurrió algo de pequeña, algo muy grave. Mis… mis padres fallecieron en un incendio.

—Hostia. Lo siento mucho…

—No fue un incendio accidental. Fue un incendio ocasionado.

—¿Lo provocó alguien?

—Sí, exacto, fue un incendio provocado. Yo era solo una niña y… había un hombre y… vi a mi padre quemado.

Piensa en cómo de vívido ve su historia en las pesadillas y en lo mal que lo está contando ahora. No sabe expresar aquello que ha mantenido guardado en su interior tanto tiempo.

Ella se queda un rato en silencio. Tampoco él sabe muy bien qué decir ante aquel macabro pasado. Lucas le sujeta la mano y al ver que no arranca decide confesar él primero. Quizá, sincerándose antes que ella, la ayude a sentirse más cómoda y segura para retomar su historia, después.

—Yo traté con muchas personas quemadas. Antes de entrar en la Guardia Civil fui militar en la Infantería de Marina. Estuve en la guerra de Irak cuando tenía poco más de veinte años. Fui embarcado como sanitario. En el Ejército haces un cursillo rápido y ya te cogen para todo. Todos los días nos llegaban al barco las víctimas de las bombas que caían por todas partes. Entraban personas con el cuerpo achicharrado, de los pies a la cabeza. Pero hay una que aún perdura en mis pesadillas. Era una joven, preciosa, de la edad de mi hija Belén. Tenía el rostro como cuando hablan de

una virgen: inmaculado, esa es la palabra. Sin embargo, vi marcas en su cuello. Tenía las prendas de ropa hecha girones. Mi jefe me gritaba para que espabilase y actuase, así que yo cogí las tijeras y corté los restos de su vestido para atenderla. Desde la base del cuello hasta los pies, todo estaba en carne viva. La pobre chica había sufrido tanto que no se movía. Estaba agotada de tanto intentar sobrevivir. Ella miraba al techo… Al poco rato su pulso se apagó y murió ante mis ojos. Llegó viva y unos minutos después estaba muerta. Y entonces comprendí que ni su dios ni el mío existían. Que tan solo era un consuelo ante las injusticias y que no eran reales. Porque ese del que hablan en los libros sagrados nunca permitiría un sufrimiento tan grande, tan horrible. Vi muy clara aquella contradicción: un ser todopoderoso y misericordioso sobre mi cabeza y una chica muerta entre terribles sufrimientos a mis pies. La de abajo la vi con total claridad, esa sí era real, luego, el otro no.

Cuando termina su relato, ve lágrimas en las mejillas de Anastasia. Ella se incorpora con el rostro apiñado en un gesto que lucha por evitar el llanto. Para sorpresa de Lucas, se baja los pantalones mostrando sus marcas, sus profundas heridas producidas por la mordedura del fuego que tanto temía. Para ella eso es mostrar su desnudez. Se entrega a él en cuerpo y alma y Lucas comprende al instante que está confiando en él por completo. Él, todavía sentado, se inclina hacia delante, la acoge con ambos brazos por la cintura y besa las arrugas de sus piernas. Ante tal gesto, ella rompe a llorar y su cuerpo se siente frágil, endeble, casi como si se desvaneciera sobre la fortaleza de él. Lucas se levanta para sujetarla, acerca sus labios a los de ella y se funden en un beso. El beso se alarga en el tiempo, por lo que ella abre la boca para recibir

su lengua, que al principio entra con timidez, leves toques, para luego dar vueltas y giros apasionados que les dejan sin respiración, exhaustos de tanto deseo.

Lucas se desabrocha la camisa negra y ella arrastra sus manos por un torso desnudo muy varonil. Luego le levanta a ella la camiseta y esta se deshace de la ropa. Los movimientos de él son rápidos y confiados; los de ella lentos e inseguros. Termina por quitarse el pantalón de chándal y él la agarra de la cintura y la levanta en peso. Ella le rodea con sus piernas; las señales de la vergüenza desaparecen de su mente. Sus bocas se buscan aún con más pasión que antes. La falta de aliento no les detiene. Sus dientes chocan, y se ríen. Él la agarra del culo mientras la tiene levantada en peso. Luego la suelta sobre el sofá y se coloca encima de ella.

—No puedo, no puedo —dice Anastasia.

—Tranquila, iré despacio. Ya sé que eres virgen. No me importa.

—No es eso… Es que estoy con la regla.

Lucas frena la marcha, se incorpora y se va. Ella se queda inmóvil y, a pesar del calor, su cuerpo se empieza en enfriar. ¿Se ha arrepentido? ¿Ha dado marcha atrás? ¿Él también piensa abandonarla así?

Poco tiempo después, Lucas aparece de nuevo con un preservativo en una mano mientras con la otra se desabrocha el cinturón. Se baja los pantalones y sin ningún reparo acaricia sus partes para endurecerla y enfundarla en látex. Luego vuelve a echar

su musculado cuerpo sobre la fineza de Anastasia. Besa su cuello y le susurra al oído:

—¿No cree que ya esperó bastante, mi sargento?

Ella recupera el calor hasta derretirse. Se siente abrumada por los besos y el hormigueo que recorre su cuerpo, pero es capaz de atreverse con una última orden:

—Cumpla con su deber, agente Vázquez.

Lucas Vázquez echa la cabeza hacia atrás para reír antes de regresar con su boca, esta vez, a los pechos de Anastasia Petrova. Ambos acaban completamente desnudos sobre el sofá sin importarles el resto del mundo. Él la agarra por todas partes: pezones, hombros, cadera y cabellos… Ella le araña, aprieta sus dientes y lanza gemidos de dolor cuando comienza a ser penetrada; sin embargo, el hormigueo, esta vez, se convierte en una picazón en el más profundo interior de su cuerpo. Mientras Lucas la embiste, Anastasia siente un tipo de ardor distinto, un fuego diferente que lame su interior ofreciéndole un placer que jamás ha experimentado, una especie de vibración que parece a punto de estallar. Por primera vez en su vida, Anastasia abraza feliz el intenso calor hasta provocarle una experiencia religiosa.

CAPÍTULO 3

El martillo de las brujas

Seducción diabólica.

Cuestión VI

Acerca de las mismas brujas que se someten a los demonios.

Concluyamos pues: todas estas cosas de brujería provienen de la pasión carnal, que es insaciable en estas mujeres. De aquí que, para satisfacer sus pasiones, se entreguen a los demonios.

<<Malleus maleficarum, el martillo de las brujas.>>

68

Tilín, tilín, tilín…

Al abrirse la puerta del comercio, la parte superior de esta desplaza las cadenillas metálicas del colgante artesanal. Las campanillas hacen su función avisando con un agradable tintineo la entrada de un cliente.

El cliente camina con largas zancadas y un puro apagado y sujeto por sus finos labios.

—¿Qué desea?

Este está a punto de hablar cuando se queda pasmado mirando a la dependienta. Es una mujer rubia, preciosa, la más hermosa que haya visto nunca, de unos enormes ojos azules que le recuerdan al verano en la costa. A él se le relajan tanto sus finos labios que el puro le cuelga al borde de caer de su boca. La mirada es tal que la dependienta da un respingo y se muestra incómoda.

Clin, clin, clin…

Esta vez, el sonido es más apagado y viene de las tiras colgantes que hacen de puerta al almacén interior del negocio. Una niña sale de él correteando sin mirar arriba hasta chocar contra las piernas del señor. Este se dobla para agarrarla con fuerza y el puro sale despedido de su boca yendo a rodar por el suelo.

—Sshh, sshh, ¡eh!, Nastia, venga para adentro.

La niña obedece a su madre, retrocede y entra de nuevo al almacén tan despacito que las tiras no suenan esta vez.

—Lo siento mucho —dice la dependienta. Bordea el mostrador y se agacha para recoger el puro del cliente—. Puedo ofrecerle otro, por favor, disculpe a mi hija, es un torbellino.

El hombre la agarra por la muñeca y ella se queda pálida, con sus ojos azules profundos muy abiertos y clavados en él, que, con una mano callosa, recoge su puro del suelo, da un fuerte soplido y vuelve a llevárselo a la boca, esta vez, masticado entre afilados colmillos. Luego hace el gesto de un encendedor. La dependienta reacciona rápido y le tiende uno de los muchos mecheros del mostrador.

—Por favor, quédeselo como un regalo.

Él se enciende su puro, exhala el humo en el rostro de la mujer y observa su nuevo regalo: un mechero plateado.

69

Por la mañana, Lucas despierta con la sensación de haber dormido una eternidad. Es la primera vez en mucho tiempo que ha descansado sin pesadillas que le perturben la madrugada. Tiene el agradable aroma, mezcla de frutos rojos suavizado con vainilla, abrazado a su cuerpo, literalmente: Anastasia no le ha soltado en toda la noche.

Tras el apasionado beso, llegó un irrefrenable sentimiento de deseo que no revivía en años. Aquel cuerpo fino y tenso bajo sus músculos y ese olor tuvieron un efecto salvaje en él. Al ser la primera vez para ella, tuvo que contener sus ganas de tener sexo duro. Contuvo sus mayores impulsos y dejó que todo fluyese de manera más lenta, más sosegada; hicieron el amor. Después se quedó dormido como un bebé y ella se abrazó a él y no le soltó.

Anastasia lleva un largo rato despierta, acariciando con cuidado su barba cana como quien acaricia a un león dormido.

Cuando Belén baja de la planta de arriba y entra al salón, ve bajo las sábanas del sofá a su padre acostado y agarrado de la nueva sargento. Le parece algo increíble. Decide que aquella incómoda situación no va a desviarla de su objetivo y continúa con su plan. Se acerca a la librería y mete algunos de los libros en la mochila.

Ante el ruido que producen varios libros colándose en la bolsa, Lucas abre los ojos y suspira cuando se topa con la figura de

su hija. Se sienta con las sábanas tapando sus partes. Sin saber bien qué explicación dar, decide actuar como si nada pasara y hablar a su hija con normalidad:

—¿Adónde vas? ¿No es muy temprano?

—¿Adónde voy a ir…? ¿Ya no te acuerdas?

Se dirige a la cocina. Hay reproche en sus palabras y también en su manera de abrir los cajones de la alacena, parece que está cogiendo algo de comida para el viaje. Lucas vuelve a suspirar.

Anastasia tiene los ojos muy abiertos y una mano sobre la boca. Ha tomado consciencia de dónde se encuentra y se siente entre avergonzada y fascinada.

—No pasa nada —asegura él—. Ella hace tríos con un salvaje ¿y yo no puedo acostarme con una mujer?

Anastasia golpea su brazo y no puede evitar soltar una risa. Pocas veces la ha oído reír y aquel dulce sonido le parece el mejor despertador del planeta.

Belén está muy nerviosa, sin embargo, sabe que debe mantener las apariencias para que nadie se dé cuenta de sus verdaderas intenciones. Agarra un zumo del frigorífico y, con la enorme mochila a la espalda, la misma con la que algún día piensa viajar a Tailandia con Manfred, sale de la cocina y agarra el pomo para salir de casa.

—Adiós —se despide, sin decir papá ni nada más.

—¿Qué? ¿Cómo? Espera, espera, hija ¿dónde vas con tanta prisa? —masculla Lucas levantándose con la sábana alrededor de la

cintura. Anastasia tira de la bajera para ocultar sus piernas—. Espérate, ¿ya te vas? ¿Por qué no esperas un poco? Es muy temprano…

—Cojo el primer autobús; el viaje es largo. No puedo perderlo.

—Ya, hija… Bueno, pues espérate, te acompaño a la parada.

Belén se pone todavía más nerviosa.

—No, no, papá, de verdad, que no hace falta.

—¿Cómo que no? Claro que voy.

—¡Que no! —exclama.

Lucas se queda petrificado y la observa en silencio. Entiende que esté enfadada, él es un desastre de padre.

Ella es consciente de que el nerviosismo la ha llevado a alzar la voz y teme que su padre se enfade. No sabe qué decir, pero tiene que evitar que la acompañe o todo se complicaría. Toca hacer las paces para tranquilizarle.

—Es que… —dice ella—. Papá, no pasa nada, están todos esperando el bus para el insti y yo estoy cansada de ser la hija del guardiacivil, de ser la mimada, la protegida del pueblo… No quiero despedirme de los demás contigo delante, la verdad.

Su padre no reacciona. Al cabo de unos segundos, que se le atragantan, asiente despacio.

—¿De verdad que es eso?

—De verdad.

—Vale… Ten mucho cuidado y llámame cuando hagas alguna parada. ¿Lo llevas todo?

—Sí, papá.

Se despiden y Belén se marcha con un sabor amargo. Se siente mal, aunque no tanto después de lo que ha visto. De hecho, lo que ha visto refrenda todavía más su decisión y piensa seguir adelante.

Camina hasta la parada del autobús donde solo cinco jóvenes esperan; entre ellos están Jésica y también Daniel. Ninguno de los tres intercambia palabras. Parece que Jesi y Dani han dejado de llevarse bien, lo que demuestra que el pueblo está en guerra.

El ametrallador sonido de una motocrós resuena cerca. Cristian aparece en la carretera y se acerca a unos metros de la parada. Belén sabe que viene a por ella. Avanza unos pasos para acercarse a Cristian, mientras Jésica y Daniel la miran con recelo. Cristian y Belén hablan, pero el sonido de la moto impide a los de la parada escuchar lo que dicen. Belén vuelve su rostro a Jésica, baja la mirada, y regresa con paso tímido hasta ponerse frente a ella.

—No tengo por qué darte explicaciones, pero quiero que sepas que no me estoy tirando a tu ex, y Alicia tampoco se lo tiraba. Él solo nos llevaba a ver a Manfred. Ahora me lleva con él, con el holandés.

—Me importa una mierda quién se tire a mi ex.

No le importa tan poco como una mierda, lo que pasa es que le importa más parecer débil delante de los demás. Sobre todo de Cristian.

—Gracias por apoyarme ayer en la iglesia —termina Belén antes de dar media vuelta y marcharse corriendo con la pesada mochila.

—¿Te la crees?

—Cállate, Dani.

Belén sube detrás de Cristian, que mira a Jésica y le guiña un ojo antes de bajarse la visera del casco. Ella no reacciona. Daniel piensa que Cristian le ha guiñado a él y le saluda moviendo enérgicamente la mano como un tonto. Cristian arranca y solo deja humo tras de sí.

70

Anastasia se abrocha las botas en el salón. Tiene puesta la televisión. Los periodistas se enteran de las novedades del pueblo antes incluso que la propia Guardia Civil. No le extraña, van con las cámaras de un lado a otro persiguiendo cualquier sonido fuera de lo común. Y el pueblo solía ser tranquilo, un sonido fuera de lo común conduce a algún conflicto y, en este caso, se está produciendo en la iglesia de la Purísima Concepción, donde una decena de personas se han levantado temprano para protestar tras sus puertas cerradas.

—¿Vas a trabajar?

—Claro, el brigada me ha sacado del caso de Alicia, pero no del pueblo. Sigo siendo la sargento y debo velar por el orden, sobre todo ante este descontrol. Al menos, me queda eso.

Lucas presta atención a las noticias y entiende lo que ocurre.

—¿El padre Santiago está ahí dentro?

—Sí, le dieron el alta anoche, pero esta mañana no ha abierto la iglesia y mira la que se está armando.

—¿Vas para detenerle?

—Voy para que esas personas no cometan más crímenes y también para asegurarme de que el padre Santiago no se haya suicidado. No es algo descabellado pensarlo, después de que sepa que todo el pueblo sabe que es un abusador de menores.

—Voy contigo.

—No, tú deberías estar de baja médica. Si quieres hacer algo, sigue manteniendo conversaciones con los vecinos del pueblo acerca del asesinato o entérate de las novedades que descubran el capitán Paz y sus hombres. Podemos seguir la investigación por nuestra cuenta, en paralelo, pero no es conveniente que las cámaras te graben trabajando conmigo.

Lucas asiente. Anastasia se despide de Buda con una caricia y se marcha. Cruza el cuartel de la Guardia Civil y ve fuera al brigada fumando. Este asiente al mirarla, ella le imita y continúa caminando.

—No eres capaz de tomarte un descanso, ¿eh, sargento?

—El diablo no descansa —contesta.

Guerrero alza una ceja: desconoce si se refiere al asesino o a ella misma, pero le importa bien poco. Ella ha cumplido su función, le ha servido de cabeza de turco. El problema es que ahora todo el peso de la investigación recae sobre él y está estresado y más perdido que el barco del arroz. Por eso está fuera fumando después de llevar dos años sin besar aquellas barritas cancerígenas.

Anastasia alcanza la plaza de la iglesia. El revuelo es considerable. Varios familiares de Alicia se pelean por atender a los pocos medios de comunicación que se han puesto a trabajar desde tan temprano, aunque más que atenderles parecen gritarles:

—¡Me tiene que abrir la iglesia! ¡Me tiene que abrir la iglesia porque yo soy creyente y he venido a rezar! —se excusa uno

de ellos. Esa es su treta para que el sacerdote Santiago le abra la puerta y todos les devuelvan las hostias repartidas.

—¡Queremos explicaciones! ¡Queremos su palabra!

—¡Lo queremos lejos del pueblo y que venga otro y nos abra la iglesia! ¡Queremos a otro cura y esta tarde vamos a manifestarnos aquí mismo todo el pueblo hasta que este señor se vaya para siempre jamás y que no se le ocurra volver nunca!

—¡A ese hijo de la gran puta lo cojo yo de los pelos! —grita, sin pensar, una prima de Alicia. Anastasia lo ve complicado, pues poco pelo le queda al sacerdote.

—Sshh, mira, la sargento de la maldición… —oye susurrar a alguien, y los gritos comienzan a apagarse.

Aparece un vehículo oficial de la Guardia Civil con Patxi al volante. La sargento le da instrucciones al vasco para que lo coloque cerca de la puerta trasera de la iglesia, la que da acceso a la vivienda del padre Santiago.

—¿Entro con usted?

—No, no es necesario, Patxi. Tú espera aquí por si alguno de los que están en la puerta de delante se les ocurriese dar la vuelta. Que nadie acceda por esta calle. No quiero otro linchamiento.

71

Anastasia llama al timbre y espera. Oye ruido en el interior, pero nadie abre.

—Padre Santiago, soy la sargento Anastasia Petrova, abra la puerta, por favor, sé que está ahí.

—¡No! Quieren asesinarme —responde una voz temerosa. Anastasia decide no contradecirle.

—Para eso estamos aquí, para protegerle, pero necesito que me abra la puerta; le prometo que nadie más que yo va a entrar.

Vuelve a esperar y, entonces sí, la puerta se abre.

Tilín, tilín, tilín…

Suena el avisador acústico colgado sobre la puerta. Aquellos dulces sonidos le producen un escalofrío a Anastasia.

El padre Santiago lleva puestas unas babuchas de estar por casa, un pantalón marrón y un jersey oscuro envuelto en un batín del mismo color al que se aferra asustado como una abuelita. Su calva reluce con la luz natural que entra por una claraboya.

—La gente de este pueblo está loca. Fue abrir la boca aquella bruja de pelo corto y todos echárseme encima. Usted lo vio. Yo ni siquiera entendí lo que dijo. Que si yo… Que esa niña… Por favor, todo es mentira. Todo es falso.

—Debemos ir al cuartel. Allí responderá ciertas preguntas. Tiene derecho a guardar silencio no declarando si no quiere, a no contestar alguna o alg…

—¡Yo solo respondo ante Dios! Él es el único que puede juzgarme.

No en este país, piensa Anastasia, pero se calla. Sabe que no es buena idea entrar en conflicto. Venía pensando algo antes del arresto del sacerdote, algo con lo que ablandar el terreno, y decide que es buen momento para ponerlo en práctica.

—Está bien… Padre, quiero confesarme.

—¡¿Qué?!

Se hace el silencio. Parece que los manifestantes de la puerta también se han aburrido, o que no arman tanto jaleo para oírles desde la parte trasera.

—¿Me tomas el poco pelo que me queda, niña?

—No. Realmente he venido a confesarme.

—Creí que eras atea.

Anastasia se guarda su opinión. Lo cierto es que le importa tan poco Dios como el ratón Pérez, le importa tan poco que ni siquiera le gusta que la clasifiquen por su falta de creencia. Es atea de Dios del mismo modo en que lo es de Papá Noel, pero nadie se cataloga como agnóstico o ateo de este último. Ni hacen reuniones para charlar sobre por qué no creen en la Navidad, el reno de la nariz roja o esos desagradables duendecillos mágicos. A Anastasia no le importa Dios, lo que quiere es confesarse.

—Lo que quiero es confesarme, ahora.

El padre Santiago traga saliva. Luego le pide que le acompañe. De la entrada pasa a un salón amplio repleto de libros y Anastasia se fija en uno de portada amarilla que está sobre la mesa. Cruzan un par de estancias más que corresponden a la casa del sacerdote para acceder a la sacristía y de ahí al pabellón principal donde dos hileras de bancas reposan frente a la escalinata bajo el púlpito. Pero no se encaminan hacia este, sino que continúan por el lateral, pasando de largo la Cruz Parroquial de plata y estilo gótico hasta llegar a un reducido cubículo. El sacerdote entra por una pequeña puerta. Anastasia lo rodea y accede a él traspasando una cortina morada. Las sombras se ciernen sobre ella, pues el lugar es muy íntimo. Para algunos puede ser relajante, pero a ella le resulta claustrofóbico. Se sienta en una banqueta y mira la rejilla tras la que se oculta el padre Santiago.

—¿Te has confesado alguna vez? —pregunta él. Ya no hay temblor en su voz. Ha adquirido un tono rutinario, profesional.

—Nunca. ¿Cómo tengo que empezar?

—Como quieras. Ya casi nadie viene a confesarse. La gente prefiere gastarse el dinero en psicólogos. Tómate esto como una terapia, si quieres.

—Eso es lo que había pensado.

—Pues adelante, ¿qué te atormenta?

Anastasia rememora la novela gráfica *Watchmen*. Allí daban un consejo para posibles escritores. Decía: <<si no sabes qué escribir, empieza por el mayor drama de tu vida; una vez lo cuentes,

te habrás ganado al público, y solo tienes que continuar escribiendo>>. Anastasia piensa que el sacerdote se ha convertido en su mayor enemigo en el pueblo y que debe ganárselo para lograr que este confiese los abusos a menores o se cerrará en banda y nunca los admitirá. Por ello ha decidido ganarse su confianza de aquella manera, en su terreno, y, por qué no admitirlo, a ella le vendrá bien pasar por terapia. Así que ya sabe lo que debe hacer: contar el mayor drama de su vida.

Allá va:

—Cuando tenía nueve años, un hombre irrumpió en mi hogar. Violó a mi madre y asesinó a mis padres. Quemó sus cuerpos y toda mi casa. No solo perdí todo lo que tenía. También me… —Un nudo atraganta las palabras de Anastasia. Pensaba que lo soportaría mejor, que ya era adulta y sabría llevarlo y hablar de ello fluidamente. No obstante, y más rápido de lo que pensaba, nota cómo las lágrimas se agolpan a la espera de salir disparadas.

—Pero qué dices, hija… ¿Esto que me estás contando es verdad? —Hay verdadero asombro en sus palabras. Santiago está conmovido.

—Hay más… Él, el hombre que hizo eso, se acercó a mí. —Oye la garganta del sacerdote tragando saliva—. Me dijo que era una guarra y que me purificaría con fuego. Me agarró. Me levantó en peso… Y metió mis piernas y mi… vagina… en las llamas.

—Cielo Santo, ¿quién es ese hombre? Estará encerrado… o muerto.

—Nunca le encontraron.

—Dios mío… Pero Dios lo encontrará cuando le llegue su hora, si acaso no le ha llegado aún, y lo enjuiciará y enviará su alma al infierno hasta la eternidad. Allí el fuego no le hará tanta gracia. Ahora comprendo tu vida, niña, esto que me cuentas es terrible. Una desgracia como nunca había oído.

—¿Pero no cree que debería ser enjuiciado aquí?

—Por supuesto, y encerrado para siempre, como mínimo. Yo estoy a favor de la prisión permanente revisable y este tipo sin duda la merece por todo lo que te hizo sufrir.

—Mi tormento duró años y aún perdura su oscura sombra en mi cabeza.

Anastasia se limpia las lágrimas. Se siente despejada, incluso descongestionada. Ese es el momento, lo sabe, debe aprovecharlo.

—Ese monstruo abusó de mí de una manera extremadamente violenta.

—Así es. Sin duda te hizo muchísimo daño.

—Pero algunos abusos no son tan violentos ni tan extremos. Algunos abusos se producen sin que el culpable no solo no llegue a comprender el daño que hace, sino que, además, crea de verdad que no ha cometido ningún mal, que no ha sido para tanto. —El padre Santiago guarda silencio porque entiende la referencia. Pasados unos segundos, Anastasia continúa—: Algunos abusos no producen un daño físico, pero sí psicológico. Sobre todo cuando la víctima no ha alcanzado la mayoría de edad, porque no ha llegado a su madurez ni física ni moral. Es más vulnerable. —Santiago sigue en silencio, pero por la silueta tras la rejilla alcanza a verle cabizbajo.

Su discurso está haciendo mella—. Usted es sacerdote… ¿Qué determina la Iglesia para mí? Tras mi confesión, ¿qué debo hacer? Me has dicho que a aquel pirómano le espera el infierno. Pero ¿cómo puede calmar Dios mi dolor?

—Con el rezo, Anastasia, con el rezo. El rezo ayuda a digerir el sufrimiento. Adelante, cierra los ojos y reza conmigo, hija mía: Dios te salve, María, llena eres de gracia…

Ella decide imitarle, seguir su corriente hasta llegar a puerto. Cierra los ojos y le acompaña en el rezo.

—El Señor es contigo —continúan dos voces al unísono—; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Se produce un silencio reflexivo. Acompañado de aquella oscuridad, resulta muy místico, muy espiritual, y Anastasia comprende cómo hay personas que se dejan llevar por aquella sensación de paz y desahogo para acabar por convertirse en creyentes. Pero la sargento ha venido a otra cosa y es ahora cuando decide hacérselo ver a Santiago.

—Gracias —dice ella—, por enseñarme cómo gestiona la Iglesia el sufrimiento. Ahora, tenemos que hablar de cómo lo hace la Guardia Civil. Creo que coincidimos en que el abuso, en mayor o menor medida, provoca sufrimiento. Por desgracia, Alicia está muerta y no podemos ayudarla a digerir su sufrimiento. Pero sí debemos castigar a los culpables. Al de su tortura y muerte, en cuanto lo encontremos. Pero tú, padre Santiago, también le

provocaste un daño al abusar sexualmente de ella. Como guardiacivil, insisto, voy a leerte tus derechos. Luego, saldremos por la puerta de atrás para que no tengas problemas con los familiares de Alicia. Subirás al coche que te espera fuera y serás llevado a dependencias a espera de juicio. Y vas a hacer lo que te digo, porque ambos tenemos la creencia de que el sufrimiento no debe quedar impune.

72

La motocicleta da saltos de rana por los caminos internos del bosque. A Belén le duelen las manos de aferrarse con fuerza a la cintura de Cristian mientras soporta el macuto golpeando su espalda, pero él disfruta con ello. No acelera únicamente por parecer un temerario, sino porque le gusta aquella chica. Le encanta sentirla aferrada a él y por eso es capaz de levantarse temprano para llevarla donde sea, hacerle de chófer. Él le hace un favor, o mejor dicho una labor, porque siempre le cobra, tampoco es idiota, pero además de la pasta también saca ese ratito placentero. Belén es muy sexy, está tremenda; sin embargo, él es consciente de que no tiene nada que hacer. Una hippie y un macarra nunca encajarán.

Relaja el puño hasta frenar la motocrós y su motor se queda molestando con su tamborileo a la naturaleza. Ella se baja, le paga con monedas y él se las guarda en un bolsillo. Luego señala la enorme mochila.

—¿Te quedas para una temporada o qué?

—Es la idea. Pero te avisaré si te necesito.

—Claro. Estamos en contacto.

Cristian mete puño y se pierde dando tumbos por donde ha venido.

Belén camina los pocos metros hasta la casa de Manfred. La puerta se abre antes de que ella llegue: él ha escuchado la moto y sale sorprendido.

—Amorr mío… —Con su acento todo parece más intenso.

Ella siente lástima por lo que ha tenido que pasar y corre los últimos metros hasta tirarse a los brazos de su amado. Belén tiene dieciocho años, un cuerpo esbelto y turgente, y muchas ansias de recibir atenciones y cariño. Manfred tiene treinta y nueve, un cuerpo alto y fibroso, y muchas ganas de sexo. La busca con sus labios y ella ladea la cabeza de forma esquiva. Él sonríe, la conoce, sabe que debe andarse con cuidado, solo al principio, ella suele tardar unos segundos más en desatar la lujuria. Vuelve a intentarlo, aproximando su boca tan despacio que parece no importarle el tiempo. Así es como le gusta a ella y al final acepta no solo sus labios sino también su lengua. Se funden en un beso cálido que a él le hace experimentar las mariposas que no fueron a visitarle en su adolescencia. La alza en volandas y ella rodea su cintura con sus piernas. Ambos entran en la casa sin parar de manosearse.

Fuera, el cazador de brujas se oculta tras un árbol, al acecho, preparado para atacar y asesinar a la pareja de amantes herejes.

73

Al retirar la cortina y salir del confesionario, la luz aborda sus pupilas empequeñeciéndolas y engrandeciendo su iris del color de la avellana. Anastasia espera en silencio al padre Santiago. Este sale de la caja, reflexivo. Ambos caminan entre las bancadas y al pasar delante del púlpito, él se detiene pensativo y mira en derredor.

—He dedicado toda mi vida a esto.

Anastasia no contesta. No le da lástima y tampoco quiere seguir debatiendo. Espera pacientemente hasta que él continúa su marcha hacia la sacristía para acceder a la casa. Atraviesan el salón con una molesta luz de media mañana. Cuando ella abre la puerta para salir al exterior, Patxi espera fuera, de pie, con los brazos cruzados y expresión adusta.

—¿Colabora?

La sargento asiente y mira a ambos lados de la calle. No hay nadie más allí y tampoco se escuchan las voces de la prensa y de los familiares de Alicia. Así que le hace una señal al sacerdote para que salga y acompaña el gesto de una mirada taciturna.

El padre Santiago sale y se monta, sin ayuda, en la parte trasera del coche. Patxi hace lo propio en el asiento del piloto y espera que su sargento les acompañe; sin embargo, ella permanece clavada bajo el marco de la puerta mirando al interior.

Amarillo.

Ha visto algo.

Amarillo.

O ha sentido algo; no sabría definirlo. Es otra vez esa cosa con el color amarillo.

El espeso haz de luz que desciende desde la claraboya alcanza la zona del salón donde hay una mesita redonda, y señala el único libro que allí reposa, lejos de las estanterías de alrededor. Su cubierta refleja un rayo de esperanza en las comprimidas pupilas de la sargento. Una pieza más al puzle, quizá la más importante. Antes no reparó demasiado en ello, pero ahora lo hace. Se acerca con paso lento, como quien sabe encontrarse ante una reliquia o ante un peligroso secreto.

Es un libro de color amarillo.

Lee la portada de ese libro amarillo. El título, en letra de color roja como la sangre, reza: *Malleus maleficarum, el martillo de las brujas*. Y bajo este hay una aclaración: *para golpear a las brujas y sus herejías con poderosa maza*.

Anastasia abre el libro amarillo para leer y ojear algunas páginas. No puede creer lo que descubre. Es la guía utilizada por la Santa Inquisición para el enjuiciamiento y la condena de brujas y herejes. Fue escrito por dos inquisidores del siglo XV, Enrique Kramer y Jacob Sprenger. Vienen a la memoria de Anastasia las imágenes de las torturas de la toca y de la quema de brujas.

Amarillo, el amarillo es la clave.

Agarra el ejemplar y corre hacia fuera.

—¿¡Qué es este libro!?

—No sé… —balbucea Santiago, sorprendido por la urgencia y el cambio brusco de actitud de la sargento que le ha detenido con buenos modales—. Tengo muchos libros en mi biblioteca. Mi salón es mi santuario. Pertenecen a la iglesia y mis feligreses pueden acudir a ellos cuando quieran. Ese me lo devolvieron ayer mismo, antes del funeral.

—¿¡Quién!? ¿¡Quién le ha devuelto este libro!?

74

Una mano firme aprieta su fino cuello hasta el punto de que casi no la deja respirar. A Manfred le gusta el sexo salvaje y Belén se ha adaptado a sus toscas maneras. Ella abre la boca y saca su lengua. La extiende hacia delante todo cuanto puede sacarla. Hace calor y sus cuerpos están a punto de romper a sudar; no obstante, en la saliva de su lengua siente un aire fresco justo antes de recibir el pene de su amado extranjero. El líquido preseminal que fluye de él sí está caliente. Con la mano libre, él le tira de los pelos y empuja hacia delante y hacia atrás. El paso de los gruesos labios de la joven por el tronco y el glande, y su imagen desnuda y arrodillada, sumisa, sometida a él, hacen que se deleite de placer. Presiona su cabeza contra sí mismo, para sentirla todavía más adentro, hasta que ella emite un sonido gutural seguido de una arcada. Con las palmas de sus manos, Belén golpea sus muslos para recordarle el límite y el holandés la suelta para que se aleje y tome aire con ansiedad.

Desde abajo, ella sube una mirada desafiante, aún con la boca muy abierta, la lengua fuera y los fluidos cayendo de esta sobre sus turgentes pechos.

Él no soporta tanto placer y con un sonido animal la alza en volandas, la tira sobre el sofá y se zambulle entre sus piernas dispuesto a ser complaciente. Comienza dando suaves besos en la cara interna de los muslos. Ella se muestra pasiva y él, sin sacar la cabeza, agarra sus manos y las guía hasta sus largos cabellos, más largos que los de ella, indicando que puede aferrarse a ellos para

domarle. Ella obedece y se sujeta de aquellos cordeles dorados como si montara a un semental. Manfred se adentra más en territorio prohibido y saca su lengua ávida de sexo. Lame despacio, muy despacio, y la oye gemir. Se toma su tiempo, lo saborea, hasta que muy lentamente comienza a aumentar la cadencia de su ritmo.

Aquel intenso placer mantiene a Belén con la boca muy abierta y el ceño fruncido. Se siente al borde de un abismo al que desea saltar. Nota el ardor y las cosquillas que le suben desde el pubis hasta el pecho; este asciende y desciende de forma irregular, reflejo de los imprevisibles movimientos que realiza la atrevida lengua de su amante, de arriba abajo y de un lado al otro. Se va a volver loca y de un momento a otro sus piernas empezarán a temblar de manera impulsiva.

Incontrolable.

Al borde del clímax, algo terrible destruye la magia.

De una fuerte patada desde el exterior, la puerta principal de la casa salta hacia delante cayendo en el interior. Belén grita. Manfred se gira y ve bajo el marco de la puerta la enorme silueta de una amenaza. Alguien gigantesco, ensombrecido a contraluz, con un martillo en la mano izquierda y un cóctel molotov en la otra.

Da unos pasos para adentrarse en la casa y el fuego del paño que corona la botella de cristal convertida en bomba ilumina su rostro. Belén abre los ojos y ve tras su amante a aquel gigante. Se trata de Quique, el monaguillo.

—Bruuuuuuuuuu —emite el rugido de aquella bestia.

Quique lanza el cóctel molotov contra Manfred, cayendo a sus pies. El cristal se hace trizas y el combustible del interior de la botella se extiende impregnando la base del sofá y los pantalones caídos del holandés, y la llama devora aquel líquido en un santiamén. El salón se ilumina de golpe con colores cálidos y el ambiente se carga con olor a alcohol. Manfred vuelca su cuerpo, tirándose del sofá al suelo e intentando desprenderse del pantalón en llamas que le queman los pelos de sus huevos. Lanza un chillido agudo cuando aquel fuego le alcanza la entrepierna.

Belén impulsa su cuerpo, también para escapar del sofá que ha empezado a arder. Salta tanto que supera el respaldo y cae por el lado contrario a Manfred. Desnuda, comienza a correr escaleras arriba, hacia la primera planta, con los pechos y las nalgas rebotando.

Quique cambia el martillo a su mano diestra y corre con él en alto tras la chica.

—¡Brujaaaaaaaa! —grita el loco de Quique.

Belén sube los escalones de tres en tres entre lágrimas y con un pavor que engarrota sus manos y sus piernas tanto que pierde el equilibrio, golpea con el pie el último escalón y cae al suelo de la planta superior.

La bestia sube los escalones de dos en dos. Su enorme mano agarra el tobillo de Belén y la arrastra abajo tres escalones, cuyos filos se le clavan a la chica en la espalda. Ella vuelve a gritar, impotente, vulnerable. Quique alza el martillo de nuevo, preparado para descargarlo contra el frágil cuerpo de Belén.

Manfred salta como un tigre, se aferra a la oscura ropa del monaguillo y tira hacia atrás. Este pierde el equilibrio y se ve obligado a soltar el martillo para girar el cuerpo, pasar sus manos por delante y amortiguar la caída desde las escaleras hasta la planta baja. Aun así, su boca golpea el suelo y sus labios se abren, salpicando sangre. Desde el suelo, gira el rostro con los ojos encendidos por la ira. Ve al diablo desnudo con su larga serpiente; ha logrado desprenderse de sus pantalones y está delante de la bruja, protegiendo su herejía.

La visión de aquella mole tumbada en el suelo, sangrando por la boca y mirándole con odio, es espeluznante. El fuego crece e ilumina a aquella bestia que se incorpora y recupera su martillo.

—¡Vamos, Belén, vámonos!

Manfred la ayuda a levantarse y ambos corren en pelotas hasta el dormitorio principal. La madera de los escalones cruje anunciando que la bestia sube a por ellos. Belén grita asustada y llora desconsolada. A Manfred le duelen mucho los cojones; pero tienen que sobrevivir a aquel depredador.

No hay tiempo para pensar. Quique corre y proyecta su cuerpo contra la puerta del dormitorio. Las bisagras son escupidas del marco y la puerta cae con el monaguillo sobre ella. Se levanta, a pesar de su altura y su peso, su agilidad resulta sorprendente. Se lanza, esta vez, contra el holandés.

Belén abre la ventana y saca medio cuerpo. Duda si saltar, la distancia es considerable. Mira al interior de la habitación donde Manfred trata de agarrar las manos de su adversario, pero es

demasiado alto y sus brazos demasiado largos, por lo que no logra sujetarle. Quique descarga un primer golpe de martillo sobre la cara del holandés, no demasiado fuerte, pero lo suficiente para aturdirle y conseguir tiempo para extender su brazo hacia atrás y, esta vez sí, descargar el mazo sobre la cabeza del brujo con todas sus fuerzas.

Belén vuelve a gritar.

El golpe suena a roca partida y Manfred cae fulminado sobre el escritorio. Su cuerpo inerte se desliza hasta el suelo y se queda allí tendido. Luego, la bestia mira a la chica y esta se tira por la ventana. Cree que se le ha escapado, pero, cuando Quique se asoma, ve su cuerpo desnudo tendido sobre la naturaleza. Está viva, pero se lamenta, ha debido romperse algo tras la caída desde un primer piso; así que el monstruo baja despacio, con la tranquilidad de una araña que mantiene enredada a su presa.

Fuera, Belén intenta dejar de llorar. Aprieta los dientes y se arrastra. No consigue ponerse en pie. Sus músculos no le responden. Está agarrotada y además no sabe si tiene un par de esguinces gordos de tobillo o directamente se ha partido los huesos.

Llora.

Se arrastra.

Sobre el sonido de su propio arrastre oye el rugido de las llamas y un sonido más aterrador: el crujir de los escalones bajo el pesado cuerpo del monaguillo, que desciende martillo en mano para rematarla.

Quique no tarda en alcanzar a la joven convaleciente. En cambio, esta vez deja su martillo aparte y le dirige unas palabras:

—Las brujas a la hoguera —sintetiza.

Agarra de los cortos pelos a Belén y la arrastra hacia atrás, alejándola del bosque y adentrándola en el infierno de la casa en llamas.

75

El conductor del autobús se detiene en la parada de Zufre. Suben siete jóvenes antes que Daniel y Jésica y, tras estos, él la mira y le cede el paso. Ella entra con la barbilla alta.

—Sois pocos —dice el chófer.

—La gente está cagada de miedo con lo de la maldición del azufre. La mayoría se ha ido del pueblo —explica Daniel. El conductor asiente y le ofrece una sonrisa cándida.

Dani ve cómo todos toman asiento al fondo para estar juntos. Él prefiere situarse en medio, aislado del resto sin quedar delante. Hoy no tiene ganas de relacionarse con nadie. El autobús cierra sus puertas y continúa en dirección al instituto de Santa Olalla del Cala.

A menos de dos kilómetros, divisa una silueta en medio de la carretera.

El chófer se ve obligado a reducir la velocidad, maldiciendo al desgraciado que no se aparta. Dani se acerca a la parte delantera para ver mejor qué pasa. Es el único que se percata de lo extraño de la situación, el resto de chavales se entretienen al fondo. Primero piensa que debe ser un loco hasta que, cuando el autobús se detiene a tan solo un par de metros, observa la altura del hombre y reconoce a Jacobo, el pobre viejo con alzhéimer. Ha debido de perderse de nuevo. Siempre se levanta temprano y se echa a caminar con su perro en cualquier dirección, pero esta vez es peligroso y el conductor del autobús decide bajarse para ayudarle.

—Dani, ven, tonto… —Reconoce la voz. Es Jésica—. No tienes por qué sentarte solo.

Él obedece porque sabe lo dura y orgullosa que es Jésica. Tanto o incluso más que él. Quizá se ha visto apartada del grupo principal y se siente tan aislada y vulnerable como él. Ambos se quedan callados, sentados uno al lado del otro. Él la mira y ella le mira a él.

—Pareces un besugo… —le insulta.

Él le da un codazo en el brazo y ambos se echan a reír.

—Tía, nunca te conté lo del tatuaje de este autobusero.

—Ah, sí, me dijiste que ya sabías lo que era.

—Sí. Es una cruz. Tiene una cruz enorme tatuada por toda la espalda y lo que vemos que sobresale por la nuca es la parte de arriba. Debe ser un fanático religioso o algo de eso. Lo fuerte es cómo lo descubrí. Vi una foto suya sin camiseta en mi aplicación de citas. Es gay, tía.

—¿En serio? Si parece muy hetero…

—Porque no sale del armario. Por eso siempre está amargado. Incluso va a la iglesia a rezar. Es de los que se sienten culpables después de que un tío le coma la po… —Dani se interrumpe cuando ve al conductor regresar. No, espera, no es el conductor. Es Jacobo el primero que ha subido al autobús. Nadie sube detrás y nadie le echa cuentas hasta que habla el típico gracioso:

—El viejo loco, el viejo loco, tíos.

El bufón que se burla de Jacobo se levanta para demostrar a sus amigos lo imbécil que es. Se adelanta unos pasos.

—¿A qué curso vas?

Suena alguna risilla tímida. El chiste no ha tenido mucha acogida.

Jésica y Daniel se miran y saben al instante lo que piensa el otro. Ambos odian a ese imbécil cobarde que pretende mostrarse atrevido para ganarse el respeto de sus patéticos amigos. Y ambos piensan en decirle algo, pero no tienen tiempo.

El viejo Jacobo apunta con su botella de agua para limpiar el pipí del chucho al chico que le encara desde la distancia. Estruja esta y un chorreón transparente moja los pantalones del bromista, que da unos pasos atrás, sorprendido.

—¡¿Qué haces, viejo?!

Y entonces Jacobo hace algo que deja a todo el autobús atónito. Termina de rociar con la botella algunos asientos delanteros como quien riega plantas y luego saca su amuleto y mayor tesoro: un mechero plateado.

Es entonces cuando Daniel nota el fuerte olor a alcohol que desprende el líquido y descubre, para su horror, que no es agua para limpiar las meadas de su perro. La chispa se activa desde el mechero y la llama que crece aborda los asientos y el pasillo hasta alcanzar la pernera del pobre abusón que empieza a chillar con voz aguda y afeminada mientras trata de desabrocharse el cinturón. Las llamas están delante y ninguno puede salir del autobús que acaba de

comenzar a arder. Jesi y Dani se dan cuenta de que están en una ratonera.

Jacobo se da la vuelta y sale tranquilamente del autobús. A sus pies, tirado en el suelo, muerto, está el conductor con la correa del perro enroscada en su cuello.

76

—¡Mi cabo!

Su respiración es agitada. Mira sus manos enguantadas: tienen sangre, pero sabe que no es suya. La situación es extraña. Lo vive desde el presente, empero siente que todo sucede a cámara lenta. Puede ver la estrecha sala a su alrededor llena de instrumentos médicos. Bandejas de plástico, tijeras, gasas, jeringas…

—¡Mi cabo!

No atiende a quien le llama porque está ensimismado. Hay otro hombre que grita más, pero no a él. Es un árabe con bigote, y en su expresión y en sus gestos se aprecia una súplica desesperada. El teniente lo echa a empujones para que deje espacio y pueda entrar la camilla en la que va la hija del árabe del bigote. Esta pasa por delante de sus ojos y lo que ve se queda sujeto a su memoria para siempre. Como las marcas de fierro incandescente en el ganado, aquello jamás podrá separarlo de su piel, aquello jamás podrá olvidarlo.

—¡Mi cabo, atiende aquí de una puta vez!

Sobre la camilla va una adolescente con el cuerpo completamente despellejado, malherido y ennegrecido por la explosión de una bomba. Quemaduras de tercer grado recorren todo su cuerpo sin piel. Está temblando, y la chica fija sus ojos llorosos en el cabo Lucas Vázquez. Su mirada implora ayuda para aliviar el dolor.

Es entonces cuando sus ojos cambian de color, del negro azabache al castaño oscuro de su propia hija. Es Belén la que le pide ahora ayuda. Su cuerpo se quema. Están quemando a su niña.

—¡Papá!

Lucas se despierta sudando en el sofá. Su móvil vibra sobre la mesa y lo atrapa para contestar a la llamada que le ha despertado de aquella horrible pesadilla.

—¡Lucas, la niña! ¡¿La niña dónde está?!

—¿Qué? —le cuesta centrarse. Ha contestado sin ver ni quién era. Ahora la voz le resulta bastante familiar, es la de su exmujer.

—¡¿Que dónde está la niña, Lucas?! Que llevo un rato llamándola y ni siquiera da cobertura. Y se supone que iba a llamarme cuando fuese en el autobús y aún no sé nada. ¿Dónde está la niña, Lucas? Dime que está contigo, por Dios bendito. Después de todo lo que está pasando allí en el pueblo, dime que está ahí contigo.

Lucas cuelga la llamada. Necesita pensar. Vuelve a mirar el móvil y decide marcar el número de su hija.

La llamada no da tono y eso puede significar una cosa.

Su exmujer le está llamando de nuevo. Descuelga.

—¡Por Dios, no me cuelgues así! Dime que sabes dónde está la niña, por todo lo que más quieras.

—Creo que ya sé dónde puede estar —responde haciendo acopio de paciencia.

—¿¡Crees!? ¡Lucas, por favor, deja de mentir!

Vuelve a colgar. Las reprimendas de su exmujer son lo último que necesita. Se levanta, se calza los tenis y sale al exterior. Va camino de su vehículo cuando oye la ruidosa motocicleta de Cristian. Cruza la esquina y continúa hasta acercarse a él.

—Vienes de casa del holandés, ¿verdad? —Cristian no abre la boca—. ¿Cuánto te ha pagado mi hija por llevarla?

El chico lo mira de arriba abajo antes de contestar:

—Veinte euros.

—Mentira. Si le cobrases eso por cada viaje no se hubiese enamorado del mamarracho ese. Yo no le doy tanta paga.

Cristian sonríe y se corrige:

—Dos euros, si me pilla de buenas; a veces, tres.

Lucas saca la billetera y le ofrece un billete de diez.

—Llévame —dice. Pero el joven no se mueve—. Vamos, me bajaré antes de la moto y le diré a ella que he llegado caminando. No sabrá que me has llevado tú.

El joven asiente y Lucas sube en la parte trasera. Se siente tan incómodo como pez fuera del agua. El piloto lanza una coz al mismo tiempo que gira la muñeca para arrancar y ponerse en marcha.

Lucas llega mareado al interior del bosque. Hace demasiado tiempo que no va de paquete en un vehículo de dos ruedas y el añadido de los botes por aquel paraje le ha revuelto el estómago. Pero aquella sensación es sustituida por la del pánico cuando divisa entre los árboles una columna de humo gris oscuro, muy parecida a aquella que vio justo antes de presenciar el cadáver torturado de Alicia. A medida que Cristian se acerca, comprende que la casa del holandés se está quemando. No puede creer lo que está viendo con sus propios ojos. Grita a Cristian que se acerque más y cuando están tan cerca que sienten el calor, se baja y le pide a este que regrese al pueblo a toda prisa para pedir ayuda. Luego, Lucas se adentra en el infierno de sus más profundas pesadillas.

77

—Quique, mi monaguillo. Siempre está cogiendo ese libro.

¡Quique! Quique era quien tenía aquel libro amarillo. Le vio. Ella le vio cuando entró en su casa y habló con la madre. Le vio absorto en él, leyéndolo, y luego cerrándolo y marchándose molesto a su habitación; fue un detalle que le pasó desapercibida pero que su subconsciente atrapó para bombardearla con ese color. El color amarillo, ese libro amarillo era la extraña sensación, la clave para resolver el caso, la había tenido frente a sus ojos y no lo había comprendido hasta entonces, hasta que unió todas las piezas de aquel terrible puzle. Quique había aprendido de aquel libro amarillo la grotesca justicia para con las herejes. Por eso aplicó las arcaicas técnicas de castigo: ahogarla con un pañuelo mojado atascado en la garganta, colgarla de las muñecas y quemarla en una pira.

Anastasia entra en el vehículo y deja el pesado libro sobre la guantera. Ahora tiene una pista tan gruesa que puede hallar las respuestas del crimen que ha estado atormentándola a ella y también al pueblo de Zufre. La maldición del azufre… resuelta. Por ella, solita, sin la ayuda de la policía judicial de Aracena que dirige el frustrado brigada ni del absurdo y prepotente capitán Paz con su equipo de élite venido desde la capital. No se anotarán este tanto, es la reputación de ella la que ellos mancharon y que ahora debe limpiar. A pesar de la emoción que siente por haber encontrado la clave del caso, trata de guardar las apariencias y se mantiene serena sobre el asiento del copiloto a la espera de que su compañero

arranque. Sin embargo, el vehículo no se mueve. Mira entonces a Patxi.

—Mi sargento, ¿se encuentra bien?

Patxi la mira con la boca abierta. El sacerdote también. Ambos se han quedado pasmados ante la actitud de la sargento que apareció chillando con el libro en la mano como una loca, preguntando sobre quién lo estaba leyendo.

—¿Qué? Sí, estoy bien. ¿Por qué?

—¿Quiere quedarse ese libro? —pregunta el párroco desde la parte trasera del coche.

—Ay va, yo diría que has visto una sorginak. ¡Estás pálida! ¿Pasó algo ahí dentro? Cualquiera diría que viste un milagro.

—Anastasia, ¿qué ha pasado? —insiste Santiago.

Ella niega con la cabeza, seria, con los labios sellados, temiendo que su reciente descubrimiento se le escape de su boca. No puede permitirlo o sus jefes volverán a pisarla y se harán con todo el mérito. Tiene que aguantar la información y compartirla solo con quien más confianza tiene.

—No es nada. Vámonos ya.

De camino al cuartel, saca el móvil y manda un mensaje a su compañera Yohanna. Le escribe que la espere preparada para salir. Recalca que es urgente. Cuando llegan al acuartelamiento, la sargento ordena a Patxi que acompañe al sacerdote al interior del edificio mientras ella se lleva el libro y busca a Yohanna.

—Sígueme.

Yohanna le acompaña a paso ligero.

—¿A dónde vamos con tanta prisa?

—Creo que sé quién es el asesino de Alicia. Esto es muy importante —dice mostrando el libro.

Yohanna se toma unos segundos para comprender sus palabras.

—De Alicia y también de Fernando. ¿Quién? ¿Y cómo lo sabes? ¿Estás segura? Dime quién, por Dios, Anastasia.

—Cuando fuimos a casa de Santa Carmen para interrogar a Jacobo acerca del cóctel molotov vi a Enrique, el monaguillo, con este libro amarillo. Hoy he visto este mismo libro en la iglesia. Es el *Malleus maleficarum, el martillo de las brujas*.

—¿Qué?

—*El martillo de las brujas*. Es un libro muy antiguo. Lo he ojeado. Lo escribieron dos inquisidores y se usó por el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición como guía para condenar a herejes. Vi cómo Quique permanecía absorto con este libro. Lo trataba casi con veneración. Es lo que me contó aquel profesor sobre la Iglesia y sobre la quema de brujas. Tenía razón en muchas cosas.

—Pero no podemos acusar a nadie por leer un libro. Podríamos estar cometiendo otro grave error.

—No… No podemos. No aún. Por eso te he avisado solo a ti. Para que hablemos con la madre y con su ayuda presionemos a

Quique, a ver qué conclusiones sacamos. No tenemos nada firme, pero es un hilo importante del que tirar. Quiero mostrarle el libro para ver su reacción. Esta es nuestra única pista y debemos aprovecharla.

—Pero, Quique es… ¿De verdad crees que es él?

—Quique es un adulto con mucha fuerza que se ha criado en un ambiente marginal. Usaremos a la madre para presionarle y que se derrumbe. Traigo el libro para que lo vea. Quiero que cuando lo mire sepa que lo sabemos y entonces se desplome.

—Un libro que cuenta cómo quemar a una bruja.

—¡Sí!

—¿Y lo usaba la Santa Inquisición de manera oficial?

—¡Exacto! Vengo de detener al padre Santiago y acabo de ver este libro en su casa, en la iglesia, y me ha dicho que Quique, el monaguillo, siempre lo anda leyendo.

—Si ese libro estaba allí, ¿por qué no sospechas de Santiago?

—No. Fue a Quique a quien vi con este libro. Sé qué implicación tuvo el sacerdote en todo esto. Sin saberlo, él marcó a la víctima. La señaló con sus discursos contra los jóvenes que no van a la iglesia… que buscan religiones alternativas. Alicia se hizo budista y Quique enfocó su ira y su apetito sexual contra ella. Un apetito que sacia con violencia.

Cuando alcanzan la vivienda de los García, Anastasia golpea la puerta con insistencia. Abre Santa Carmen.

—¿Está su hijo en casa?

Ella mantiene la boca abierta, sorprendida por el fuerte golpe que han empleado para llamar. Se siente alterada.

—No. ¿Qué pasa?

—¿Podría decirnos dónde se encuentra?

—Salió a pasear esta mañana, temprano. No sé… Quizá esté en la iglesia. ¿Por qué? —Carmen repara en el ejemplar de *El martillo de las brujas*—. ¿Ha venido a traerle su libro?

Anastasia prepara una mentira para la madre de Quique, pero antes de soltarla oye el intenso ruido de una moto que se les echa encima a sus espaldas.

—¡Yohanna! ¡Yohanna!

Anastasia y Yohanna se vuelven y ven al joven que se les acerca con expresión desesperada. Es entonces cuando oye las palabras que hace que le tiemblen las piernas:

—¡Fuego! ¡Hay fuego en el bosque, Yohanna! ¡Fuego! ¡La casa de Manfred! ¡Es la casa de Manfred que se quema y está allí Belén, la llevé antes, y su padre también ha ido allí y me ha dicho que os avisara! ¡Hay fuego por todo el bosque!

—¡¿Qué pasa?! ¿Qué está pasando? —grita Carmen.

El vecino, Óscar, se asoma por la ventana de su habitación.

—¡Tito, hay otro incendio, se quema la casa del holandés con gente dentro!

—¡Voy a llamar a los bomberos! —dice Óscar antes de volver a meterse dentro.

Anastasia, sin previo aviso, sale corriendo en dirección a la carretera que da al bosque y que se encuentra a cien metros a la espalda del domicilio de los García. Yohanna le pide la moto a Cristian.

—¡Te la devolveré! ¡Tú avisa en el cuartel, Cristian!

La guardiacivil se sube a la moto y arranca para llegar al bosque antes que su sargento. Alcanza la carretera principal que conectan los pueblos en menos de un minuto.

Desde la distancia, Anastasia ve a su compañera montada en la moto adentrarse en terreno boscoso en dirección a la casa de Manfred. Ella la sigue a pie, corriendo, cuando algo hace que se detenga antes incluso de cruzar la carretera que separa Zufre del bosque.

Un perrito corre a toda prisa en dirección contraria, por el centro de la carretera. Es un bodeguero, el perro de la familia García, ¡de Quique!, y regresa buscando su hogar con el rabo entre las piernas. No ha salido del bosque, sino de la carretera que va hacia el pueblo vecino: Santa Olalla del Cala. ¿Y si Quique ya ha terminado en la casa de Manfred y ha salido del bosque más al este? ¿Y si ellas y toda la Guardia Civil se centran en el incendio provocado y dejan escapar al único del que Anastasia sospecha? Como ya pasó con el crimen de Alicia. ¿Qué pruebas tendrían contra el monaguillo entonces, sin haberle atrapado cerca del incendio? ¿Es eso lo que verdaderamente piensa o es una excusa para hacer caso a su

temblor de piernas y no adentrarse en un bosque en llamas? Sea por seguir su lógica o por apartarse del miedo que le produce saber que corre hacia una casa ardiendo, Anastasia decide no pensar más y correr siguiendo la pista del chucho.

78

Lucas corre desesperado hacia la casa en llamas. El terreno es irregular y tropieza y cae hasta en dos ocasiones. Se siente torpe en un entorno que desconoce. Siente la impotencia de creer que su mayor temor va a cumplirse y que no será capaz de salvar aquello que más quiere en este mundo: su propia hija. No ha sabido protegerla y ahora está en peligro y él, inútil, no hace más que caerse sobre la tierra.

Cuando al fin alcanza la casa, nota el intenso calor en su rostro, suda a mares. Ante él se presenta la imagen más terrorífica que ha visto nunca: peor que cualquiera de sus pesadillas.

79

El fuego ha debido devorar casi toda la madera porque el calor resulta insoportable. Puede sentirlo en su piel, pero no puede verlo porque aquel monstruo le ha tapado la cabeza y hasta los ojos con una coroza. Se ha tomado su tiempo en forzarla para vestirle el cuerpo con un sambenito, un saco marcado con una equis de pintura roja, y le ha tapado la cabeza con aquel capirote encajado hasta la boca, por lo que no puede ver y apenas logra respirar. Ella intentó luchar al principio, solo hasta que él la golpeó en las piernas dos veces con el martillo con tal contundencia que el miedo a un nuevo golpe aún está presente; y también el dolor de sus tobillos fracturados tras saltar por la ventana del primer piso para escapar del asesino que ha acabado por atraparla.

Ni siquiera el llanto la consuela, pues sus lágrimas se evaporan rápido en aquel infierno.

Quique termina de atarle las muñecas y los tobillos a una estructura de madera que Belén no puede intuir. Es una escalera que ha cogido del trastero de Manfred. Manfred… No quiere creer que su amado haya muerto por defenderla. Belén vuelve a llorar bajo la coroza y sus lágrimas vuelven a desaparecer evaporadas.

Quique tiene a Belén atada sobre la escalera que reposa en la tierra frente a la ardiente fachada principal de la casa del diablo. Esa es su mayor obra de arte: su obra maestra. Él ha resucitado a la Santa Inquisición y va a quemar viva a una hereje por sus continuados pecados. Y va a hacerlo como Dios manda. Contempla a

la joven vestida con las ropas de una hereje y, ahora que no puede verle, decide satisfacer su deseo sexual. Se saca su pequeño miembro y lo masajea hasta que este se hincha y puede masturbarse. Lo hace arropado por el calor de las llamas y por el deseo que le produce ver a una joven, guapa, de cuerpo esbelto, que se cree más lista que nadie, completamente sumisa y dominada por él, por alguien del que siempre se han reído y al que siempre han tratado como al tonto del pueblo. Ahora es él quien manda, quien domina la situación, quien dice qué y cómo deben hacerse las cosas. El poder es suyo y Quique lo palpa y siente que sale de su entrepierna.

El éxtasis llega rápido. Mancha el saco pintado de la hereje, se sube los pantalones y agarra el extremo de la escalera, por encima de la coroza de la bruja despersonalizada. Ha dejado de gritar hace rato, cuando le dio los golpes con el martillo antibrujas.

Quique utiliza la fuerza de sus amplios músculos para alzar la escalera a la que ha atado a la chica. Esta se eleva por encima de la cabeza de la bestia que piensa tirarla al fuego, a las llamas. Tiene la escalera en vertical y en el extremo superior de esta se encuentra atado el cuerpo de la joven ignorante de su atroz destino. Calcula que si lanza ahora la escalera hacia delante esta no alcanzará las llamas y solo logrará que la joven se parta los dientes contra el suelo, así que agarra la escalera por la base y la levanta en peso para andar unos pasos hasta acercarla lo suficiente al incendio. El sobresfuerzo le deja exhausto. El calor es sofocante y su piel se queja. Casi siente que se quema, no obstante, logra su objetivo. Ahora sí está lo suficientemente cerca.

Alza la vista y contempla una vez más su mayor obra. Se siente tan bien que es capaz de masturbarse de nuevo, pero la posición es incómoda y ya ha empleado demasiado tiempo en todos los preparativos. Debe hacerlo ya. Es hora de consumar su plan y quemar a otra bruja del pueblo como dictaminan las leyes inquisidoras.

Quique empuja la parte de arriba de la escalera hacia delante para que caiga por su propio peso sobre la lengua de llamas infernales.

Como en el mito de Ícaro, Belén es alzada hacia el sol abrasador para luego sentir la caída en su estómago y gritar por su vida una última vez antes de precipitarse sobre un mar ardiente.

80

La caída se frena por unas manos vendadas.

Lucas, tras ver lo que el asesino pretendía, ha llegado a tiempo para colocarse entre la escalera y el fuego que quema sus pantorrillas y su espalda. Su hija, Belén, grita encima de él y él grita por el dolor que le provocan las quemaduras en sus piernas y su espalda. Ruge como un león porque está sobre el propio fuego. Se está quemando vivo por salvar a su hija. Usa todas sus fuerzas y empuja la escalera hacia atrás para apartarla del incendio.

La escalera se le viene encima de regreso y Quique la sujeta. No lo ha visto venir. El padre de la chica ha aparecido de la nada para fastidiar su mejor momento.

Lucas aprovecha que Quique tiene las manos ocupadas en la escalera y lanza un tremendo gancho de derechas que impacta en las costillas del gigante. Este se dobla lo suficiente para soltar la escalera y que su hija Belén caiga de espaldas, alejada de las llamas que amenazaban con quemarla.

Belén sigue gritando.

Lucas trata de golpear de nuevo a Quique, pero este ya está prevenido y cubre su costado. Da un paso atrás y agarra el brazo de Lucas con relativa facilidad. El guardiacivil nota entonces toda la fuerza de aquel gigante que como un huracán lo lanza por los aires.

Quique intenta levantar la escalera para tirarla al frente. Belén vuelve a sentir su cuerpo elevarse y acercarse al calor. El asesino

tiene un único objetivo y piensa cumplirlo.

Lucas se levanta a tiempo para correr y embestir a Quique lanzándose a su cintura como un jugador de rugby. Sin embargo, su cuerpo es tan grande y pesado que no logra derribarlo con el placaje, ni tan siquiera que suelte la escalera. Quique la sujeta con una mano y con la otra, convertida en un puño, golpea las ampollas de la espalda quemada de Lucas que no puede evitar quedar de rodillas ante la bestia que va a matar a su hija y probablemente, después, a él.

—¡Cabo! ¡Cabo! —oye que le gritan sus mayores pesadillas.

Aprieta los dientes y con lágrimas en los ojos vuelve a golpear las costillas con ambos puños, de lado a lado, y logra apartar al monstruo de la escalera que cae otra vez. Los gritos de su hija suenan taponados.

El monaguillo se olvida de la escalera y se centra en la amenaza de aquel insecto desesperado. Con su peso lo reduce colocándose encima. Cierra los puños y, esta vez, golpea hacia abajo repetidas veces. Aprende y decide alzar más los brazos para coger más impulso y que el mazazo llegue con más fuerza. Lucas cae rendido bajo una lluvia de puñetazos que no logra apartar. Trata de escapar de aquel chaparrón de golpes, arrastrándose por el suelo, incluso alejándose de su hija… por sobrevivir. Si no sobrevive, tampoco podrá salvarla.

La bestia le agarra y trata de asfixiarlo por detrás. Lucas siente la presión en su garganta y lanza dos débiles codazos. Pasados un par de minutos que parecen horas, el monstruo se da

cuenta de que no logra matarle así y entonces intenta darle la vuelta para ahogarlo por delante. Sujetar y manejar a una joven resulta mucho más fácil. Quique es grande, pero, a pesar de ello, siente el cansancio de aquella enérgica lucha.

Al fin logra darle la vuelta a su víctima y rodear su cuello con ambas manos. No obstante, el guardiacivil sigue retorciéndose y le mira fijamente con los ojos ensangrentados. No cesa, no se rinde, y Quique se siente cada vez más fatigado; por lo que decide soltarle para recuperar el aliento y buscar su martillo. Tiene la garganta seca al igual que la sangre que rodea su labio partido por la caída de las escaleras. Matar a alguien cansa mucho.

Lucas está tumbado, semiinconsciente. No puede moverse más que para tomar oxígeno. Sabe que su hija está en peligro, sabe que él está en peligro y, a pesar de ello, su cuerpo no le responde. Se ha apagado. No tiene fuerzas para más. Quiere, pero no puede.

Quique regresa con el mazo en la mano. Va a destrozarle el cráneo como hizo con Manfred.

El guardiacivil no es capaz de dar más de sí mismo. Exhala el aire de sus pulmones mirando al cielo, observando las ascuas incandescentes que vuelan por el denso aire. Una lágrima caliente cae por su mejilla. Lo ha intentado. Lo ha dado todo y ahora se dispone a morir.

81

Siente el pecho ardiendo y el corazón a mil por hora. Ha comenzado a correr aún más rápido al ver la columna de humo negro que se eleva al cielo. Es un autobús y, por los gritos que empieza a oír, parece que hay personas en su interior.

Anastasia no puede creerlo.

Mira la parte trasera, donde, a través de un cristal pequeño y rectangular, ve rostros con ojos muy abiertos, implorantes. Sabe lo que tiene que hacer antes de llegar, así que desenfunda su arma. Alcanza el bus y se posiciona en un lateral. Por un segundo, la bola de fuego en que se ha convertido la parte delantera la deja paralizada. La gruesa columna de humo negro procede de esa parte, pero a este pilar de humo y ceniza se le unen ramificaciones que escapan del interior del cubículo a través de las pequeñas ventanas que son como ranuras abiertas sobre los cristales.

En el interior todo es un infierno sofocante. Son los jóvenes del pueblo de Zufre. La mayoría llevan la camiseta levantada para taparse la zona buconasal para no inhalar el condensado humo que recubre el techo del autobús. Deben salir pronto antes de que se desmayen por el espeso humo y acaben permitiendo que su carne se queme en aquel horno con ruedas.

Carne quemada como la de sus propias piernas.

Anastasia tiembla, incapaz de moverse. Vuelve a quedar paralizada mientras las lágrimas se asoman al borde de sus ojos,

horrorizada por lo que ve y por la sensación de que no podrá actuar. El terror a aquellas llamas la atenaza por completo. No puede hacer nada, no puede hacer nada por ellos, van a quemarse frente a sus ojos.

¡Bum, bum, bum!

Unos porrazos la despiertan. Una chica rubia golpea el cristal desde el interior y la mira asustada pidiendo socorro. Es la joven de diecisiete años que ya ha sido madre, Jésica. ¿Cómo se llamaba su bebé? No lo recuerda. Da igual. No puede dejarla morir allí, quemada, del mismo modo en que murió su propia madre. Le duelen las quemaduras de sus piernas, pero más le duele la muerte de su propia madre. El terror la paraliza, pero Anastasia no puede permitir que la historia se repita. Tiene que resarcirse. La joven implora su ayuda y ella responde para salvar a una madre. Alza su pistola apuntando al amplio cristal bajo la pequeña ventana abierta. Hace una señal para que los jóvenes se aparten y estos obedecen viendo las intenciones de la sargento. Sujeta el arma con firmeza, quita el seguro e introduce el dedo para tantear el gatillo.

Y a pesar del calor, siente en la nuca el frío helado que produce saber que la garra de un monstruo se acerca por la espalda para cazarla.

Antes de abrir fuego, una mano enorme le agarra la cabeza por detrás. Se ve forzada a avanzar cuando la mano que le sujeta avanza con ella empujándola hasta estrellar su frente, con una fuerza desmesurada, contra el lateral del autobús, abollándolo. La pistola se resbala de sus manos y ella cae al suelo con la frente abierta y la vista en negro.

82

Las hojas del bosque bailotean a su alrededor burlándose de él. Se mueven. El aire se filtra entre ellas provocando sus risas. Es un aire jodidamente caliente. Huele a ceniza y las partículas incandescentes sobrevuelan su malherida cabeza. La sangre marca su frente. El sonido de las llamas devorando la madera le llegan amortiguados. Está tirado sobre la tierra. Su cerebro ha dado directrices a su cuerpo, expulsando químicos que sirvan de anestesia general para disminuir el horrible y punzante dolor que sentía en toda la parte trasera de su cuerpo debido a las quemaduras merecidas por darle a su hija unos minutos más de vida. Está en un limbo. Apenas es consciente de lo que sucede a su alrededor. Y lo peor de todo es que sabe que eso es justo lo que se siente antes de morir.

Quique se acerca a él, martillo en mano. Ese guardiacivil va a la iglesia, puede que no sea un hereje, pero es el padre de una bruja y lejos de condenarla pretende protegerla a ella y con ella a sus actos impuros. Merecido o no, él se lo ha buscado. El puño de Quique se cierne sobre el mango de su maza cuando este lo coloca justo encima de la cabeza de Lucas. A ella va dirigido el golpe, del mismo modo que hizo con el holandés, para abrirla como a una sandía y que se desparrame su líquido rojo.

Tiene los ojos abiertos; sin embargo, no parece verle. De poco importa, no saldrá vivo del bosque.

La bestia alza el puño que lleva el arma; echa el brazo hacia atrás para tomar impulso; flexiona una rodilla para acercarse más a la cabeza y no errar el golpe. Está listo para matar al agente Lucas Vázquez.

Una fiera salvaje se abalanza sobre él y se aferra a su arma para evitar que esta descienda e impacte sobre aquella cabeza ya aturdida. El monaguillo nota garras y dientes clavarse en su puño derecho, en sus nudillos, y obligarle a soltar el martillo de las brujas. Precisamente una bruja es la que ha conseguido todo eso.

Belén ha logrado desatarse de la escalera y quitarse el capirote de la cabeza. Con los tobillos inflados como globos ha logrado correr por la vida de su padre, del mismo modo que él corrió antes por la vida de su hija, y ha saltado como una tigresa para morder la mano del asesino de su mejor amiga. Ha sacado todo el coraje que no pudo demostrar antes, pero solo de coraje no se vive y pronto Quique lanza un revés que atiza como un látigo la suave cara de la muchacha, rasgando su piel y lanzándola de espaldas sobre el bosque, una vez más. En un último intento por proteger a su padre, ella se arrastra despacio como una serpiente e intenta picar con sus colmillos en el talón de Aquiles, pero el siervo de Dios la reduce a patadas hasta que deja de moverse.

Quique se da la vuelta malhumorado. Aquello está tardando demasiado. Sus esperanzas de salir impune de aquello son ya escasas. Pronto estará allí toda la Guardia Civil del pueblo de Zufre, acompañada de los especialistas tanto de Aracena como de Madrid, llamada con señales de humo por el inmenso incendio que él ha provocado. Ya no le importa. Si sigue el plan de su padre a pies

juntillas, habrá merecido la pena y no le perturbará cumplir condena junto a él sabiendo que mejoró la vida del pueblo erradicando sus malas hierbas. El plan es perfecto, mientras él incendia la casa de aquel diablo fornicador, desviando la atención de los guardiaciviles, su padre estará sesgando la vida de los jóvenes rebeldes que han abandonado la Iglesia, entre ellos la fornicadora menor de edad que ha concebido un bebé. A lo mejor, su padre logra escapar sin pena, sin castigo. El que no logrará salir de allí sin pena es el padre de aquella bruja ni la propia bruja que le está complicando tanto su plan.

La enorme bestia, enfadada, se tira sobre el delgado cuerpo de Belén. Con su pesada cintura la inmoviliza y rodea su fino cuello con unas manos gruesas y duras que aprietan tanto que la joven siente que sus ojos saldrán disparados hacia delante por la presión. Va a morir, esta vez lo sabe con certeza.

La muy zorra le ha jodido el plan perfecto, su mayor obra, quemarla sobre la escalera como hacían algunos inquisidores. No puede perder más tiempo y decide matarla ya y luego tirar su cuerpo al fuego para después rematar al padre y salir del bosque cuanto antes. Quizá todavía tenga una posibilidad de que no le atrapen.

Sus manos presionan sobre la carne de la joven cuyo rostro muestra una innegable expresión de dolor. Sigue apretando con los brazos estirados para alejarse de las garras de aquella bruja que pretende arañarle otra vez. Aprieta más fuerte: aquello no llevará más de tres minutos, sabe que no debe aflojar ni una pizca.

Ella pierde las fuerzas y sus manos caen a ambos lados con un hormigueo en los dedos. Sin el peligro de aquellas uñas, él puede acercarse y sentirla morir, lo que le provoca una erección. Pero un grito le interrumpe:

—¡¡Alto a la Guardia Civil!!

Quique separa las manos de aquel cuello amoratado. A unos veinte metros de distancia, Yohanna Alonso le apunta con su pistola reglamentaria. La agente tiene el rostro acalorado y su abultado pecho sube y baja sin parar. Sus manos, en cambio, parecen firmes cogiendo el arma. Mantiene las piernas abiertas y semiflexionadas para afianzarse al terreno. Tiene un buen tiro, por lo que el monaguillo decide levantar las manos en señal de rendición. Es entonces cuando Quique es consciente por primera vez del enorme calor que hace allí. Incluso está mojado por el sudor.

—¡Quítate de encima! ¡Apártate de ahí! —grita Yohanna al ver que aquella mole aplasta a una Belén inerte.

La chica parece muerta.

Él obedece e incorpora su enorme cuerpo. Tan grande es que, con el fuego a su espalda, su sombra se cierne amenazante sobre Yohanna y la pistola se le hace chica en unas manos que empiezan a sudar. Incluso teme que se le resbale.

—¡Ahora, arrodíllate! —ordena.

Él no ve alternativa y también obedece. Incluso de rodillas está casi a la misma altura que ella. Todavía tiene una oportunidad.

Yohanna se acerca despacio. Sabe la peligrosidad que tiene aquella detención. Solo tiene dos manos para maniobrar y necesita enfundarse el arma para sacar las esposas y colocárselas a Quique. Ni siquiera sabe si tendrán el tamaño adecuado para unas muñecas tan gruesas. Ese movimiento puede ser crucial. Preferiría esperar refuerzos, pero es que ni Belén ni su padre responden. Puede que estén en parada cardíaca. Tiene que hacerles una reanimación cardiopulmonar y no puede hacerlo con aquel asesino suelto. El tiempo corre y cuanto más tarde, más probabilidad de que la joven Belén permanezca muerta para siempre. Tiene que echarle valor y actuar ya.

—¡Al suelo! ¡Échate al suelo!

Necesita ponerlo en una situación incómoda para que revolverse le resulte complicado. Parece no obedecer tan deprisa a aquello.

—¡Que te eches al suelo, joder, he dicho que te eches al puto suelo!

Quique tumba su pesado cuerpo sobre la tierra, bocabajo. Yohanna no espera más: enfunda su arma, saca los grilletes y le agarra la gruesa muñeca con fuerza. Es entonces cuando el monaguillo se revuelve como un pez fuera del agua. A pesar de su tamaño es rápido y habilidoso. Se gira para estar bocarriba, flexiona las piernas y estira sus cuádriceps para lanzar ambos pies en una patada doble que golpea el pecho de Yohanna y la lanza hacia atrás. Él se incorpora a toda prisa y corre hacia la guardiacivil. Ella, también con agilidad, se posiciona de rodillas, desenfunda el arma ya montada, quita el seguro y dispara.

¡Bang!

El sonido irrumpe en el bosque con tanta fuerza que por un momento las llamas parecen haber parado de comer, pero pronto retoman su actividad. A pesar de que el tiro ha sido acertado, un único impacto sobre aquel cuerpo tan grande no frena la marcha de aquella bestia que se tira contra Yohanna. El choque provoca que ambos cuerpos vuelvan a caer. Ella rueda rápido sobre su espalda, se levanta y se pone en posición de combate. La lucha está tan presente en su vida que forma parte de un instinto de supervivencia.

Quique también se ha levantado deprisa y vuelve a correr hacia ella para embestirla de nuevo. Esta vez ella está más preparada para el envite y ladea su cuerpo, esquivando aquella mole. Entonces, lanza una patada lateral que impacta en sus costillas. Él suelta un gruñido; le ha dolido. Aun así no ha servido de mucho aquel golpe. Tiene que analizar mejor a su contrincante. Lo primero es el entorno. Él está en una posición más elevada, lo que le da ventaja, así que Yohanna mira a su alrededor buscando otra elevación del terreno.

Le parece ver a Lucas arrastrarse hacia su hija. No es momento de pensar en ello. La amenaza sigue presente frente a ella. Yohanna camina lateralmente, nunca ofreciendo la espalda a su enemigo, que la encara y tiene una mirada cargada de ira puesta sobre ella. Cuando Yohanna toma la posición que quiere, se analiza a sí misma y a su enemigo.

Ella ha perdido la pistola, imagina que en el lance con el enorme monaguillo, cuando se lanzó sobre ella, el arma debió habérsele escapado de la mano. No importa, tiene su cuerpo para

presentar batalla y se centra en él: su respiración es agitada, necesita regularla, así que insufla aire por la nariz y lo expulsa por la boca de manera rítmica y constante hasta que comienza a encontrarse mucho mejor.

Luego analiza a su rival. No hay duda de que es enorme, pero se sujeta el vientre con una mano; hay sangre, es una herida de bala. No sabe cuánto tiempo tardará, pero aquella herida surtirá efecto y acabará por derribarlo tarde o temprano. Y más vale que sea temprano… Echa un vistazo más general. Su enemigo puede alcanzar casi los dos metros, no obstante, tiene un tren superior demasiado grueso, muy tocho, mientras que sus piernas son flacas y alargadas como espigas de campo soportando a una ballena. Las piernas flacas y aquella herida son sus puntos débiles.

Yohanna Alonso está preparada.

La luchadora se acerca despacio, tanteando la manera de atacarle. El otro, por el contrario, vuelve a saltar sobre ella con impaciencia. Yohanna retrocede lo justo para esquivar sus manos, lanza un grito ensayado para expulsar tensiones y suelta una patada lateral a la rodilla izquierda con tanta fuerza que esta se dobla y hace caer a su enemigo de rodillas. Luego gira sobre su esbelto cuerpo para sincronizar una patada circular que golpea con el talón la herida de bala del vientre del monstruo, que se encorva sobre sí mismo. De inmediato, conecta un rodillazo que le desencaja la mandíbula. Los ojos de la bestia suben al cielo y este da a parar sus pesados huesos contra el suelo.

Las hojas del terreno saltan, apartándose de aquel gigante.

Yohanna recupera sus grilletes y esposa a la mole inconsciente con las manos a la espalda, logrando así detener al fin al asesino de la maldición del azufre.

83

Una vez reducida la amenaza, busca a Belén y a Lucas con la mirada. Desde su posición ve las piernas de la joven que está tumbada en la tierra y sin moverse, y a Lucas llorando sobre el cuerpo de su hija. A Yohanna se le encoge el corazón y se acerca a toda prisa. Cuando llega hasta ellos puede ver las lágrimas de Lucas caer sobre su niña, y a Belén con una mano secando las lágrimas de las mejillas de su padre. Está viva y le consuela:

—Tranquilo, papá, estoy bien…

Lucas llora de alegría. A pesar de estar ambos muy malheridos, han sobrevivido.

84

El autobús es una bola de fuego y ella siente el sofocante calor. Tose. Le cuesta respirar. El ambiente está cargado y los ojos le pican.

Suenan unos pasos pesados sobre el asfalto, a su espalda, por encima del crepitar de las llamas. El extraño pirómano que la ha agredido parece disfrutar observando su sumisión, su derrota. Su instinto le chilla que debe huir, correr; sin embargo, las llamas son cada vez más altas y están por todas partes. Respira menos y ve peor, por lo que los jóvenes del autobús deben estar a punto de desfallecer y ella no puede fallarles, no puede fallar a la madre, no puede dejar huérfano a un bebé y que crezca sin padres como ella. Hará lo que sea necesario por evitarlo. Por evitar que alguien tenga que vestir su dolorosa piel.

Anastasia recoge su pistola y se gira para apuntar al hombre que la ha agredido. Un reguero de sangre le cae desde la frente sobre uno de sus párpados, lo que la obliga a cerrar un ojo y ver aún peor de lo que ya veía. A pesar de ello, reconoce la gigantesca silueta de un demonio del pasado.

El extraño está inmóvil frente a ella, mirándola con el fulgor de Satán en sus negras pupilas. No va armado más que por sus grandes puños, que se ciernen sobre una correa de perro, por lo que reconoce a Jacobo, el viejo que se perdía paseando al perro por culpa de su alzhéimer, y se sorprende. Su mirada es diferente, diabólica en lugar de perdida en el infinito. Y ese carácter

premonitorio sigue ahí. Hay algo en la imagen, como una paramnesia o como algo revivido. No puede evitar la similitud de aquella escena con el recuerdo que la ha perseguido toda su vida.

—¡Sálvalos! —alza la voz, Jacobo, por encima de las llamas—. ¡Sálvalos, Señor, con tu fuego!

Anastasia está demasiado confusa. Se encuentra entre el mal y el fuego, y en su interior comienza a crecer la rabia. Pero sabe que no debe disparar. Él no va armado, ese no es el protocolo. Debe reducirlo, sin embargo, el tiempo apremia y los jóvenes van a morir calcinados si no reacciona rápido.

Su cuerpo está nervioso, tenso, desesperado.

Sabe que disparar a la ventana del autobús puede revertir la situación, aunque no salvarla del agresor. Darle la espalda de nuevo puede costarle la vida, no obstante, debe tomar una decisión ya. Nuevamente debe enfrentarse a una elección trascendental: reducir al demonio de su pasado o salvar la vida de los jóvenes del pueblo, con el riesgo que esa heroica acción conlleva.

En su interior sabe qué es lo correcto y esta vez es capaz de afrontar la decisión.

Encara las llamas que le queman las pestañas. Todo arde. Alza la pistola y dispara contra el cristal del autobús varias veces.

¡Bang! ¡bang! ¡bang! ¡bang!

Al cuarto disparo pierde el arma. Su cerebro tarda en procesar lo que está pasando. Jacobo ha rodeado su cuello desde atrás con la correa y ha apretado tan fuerte que le ha cortado la

circulación sanguínea. Pronto el oxígeno dejará de llegar al cerebro y perderá el conocimiento antes de morir, irremediablemente, estrangulada por su diablo. E incluso así, su última visión la llena de gratitud y esperanza.

El cristal del autobús se ha agujereado y está fracturado como telas de araña. Los pocos jóvenes conscientes logran golpearlo hasta hacerlo añicos y escapar del autobús en llamas saltando por la ventana. Daniel carga con el cuerpo de Jésica, la joven madre está a salvo. ¿Cómo se llamaba su bebé? Ah, sí, eso era… Esperanza.

Muchos chicos saltan sin cuidado y se golpean la cabeza contra el asfalto o se hacen pequeños cortes con los cristales del suelo, pero nada comparado con lo que les esperaba metidos en aquel crematorio. Ninguno de ellos podrá ayudar a Anastasia. Alguno hará un intento en vano. Alguna patada a la enorme espalda de Jacobo, que está empecinado en ahorcar a la mujer que le ha fastidiado su magnífico plan.

—¡Purifícate! —dice con rabia y frustración—. ¡Purifícate, maldita seas!

Y sigue escupiendo odio, aunque la sargento deja de escucharle. No puede continuar esforzándose por vivir. Su tráquea está tan comprimida que los ojos parecen querer escapársele de las cuencas. No es capaz de cerrarlos, pero tampoco logra ya ver nada. La presión en su cabeza es tan enorme que deja de funcionar. La sangre y el oxígeno se detienen y el dolor remite. Su vida se acaba.

A pesar de llevar tan solo una semana destinada en el pueblo de Zufre, para muchos jóvenes, y para muchos padres, la

sargento perdurará por siempre en sus corazones. Sin embargo, en el mundo de Anastasia, ella acaba por morir, al menos, sabiendo que ha tomado la decisión correcta. Ha salvado la vida de Jésica y para ella es como si hubiese resucitado a su propia madre.

Ahora puede sentirla. Toca con sus dedos los cabellos rubios de su madre. Huele su perfume. Siente la seda del camisón que recubre sus pechos. Su madre es perfecta y ella es feliz. Anastasia se marcha agradecida.

85

<<No me digas adiós, sino hasta luego.

Dios determinó que en el cielo estoy mejor.

No me digas adiós, sino hasta luego.

Tuve que partir a un lugar donde no voy a sufrir.

No me digas adiós, sino hasta luego.

No te preocupes más por mí, porque donde estoy espero por ti>>.

Una gran nube escarlata cruza el cielo en diagonal como una enorme herida abierta. Es la tercera vez que la canción suena por la megafonía del pueblo. Miles de personas se han congregado para el funeral de la sargento Anastasia Petrova, quien ha salvado la vida de los hijos del pueblo.

En Zufre no cabe un alfiler: todos los vecinos, la prensa nacional, residentes de los pueblos de alrededor, altos cargos de la Guardia Civil y hasta el ministro de interior, que visita por vez primera el Balcón de la Sierra junto a otros políticos. A la sargento no se le conoce familia, pero no falta gente que la quiere de corazón. Asisten muchos amigos y compañeros que hizo en sus diferentes destinos y a lo largo de las etapas de su vida. Están entre ellos la tutora del centro social en el que maduró tras la trágica muerte de sus padres, y también Sergio, su mejor amigo en la escuela y con quien tuvo un infructuoso romance. Anastasia ha sido

una mujer solitaria, pero no antisocial ni poco reconocida. Allí por donde ha pasado ha sembrado semillas cuyos frutos se presentan ahora unidos en el pueblo de Zufre para ofrecerles su sincero y sentido pésame.

Lucas y Yohanna se mostraron voluntarios para cargar a hombros el ataúd con el cuerpo de la difunta Anastasia; sin embargo, desestimaron la propuesta a petición de los jóvenes del pueblo a los que Anastasia había salvado del incendio del autobús. Estos han reunido el valor para dar un paso al frente y sostener el féretro en agradecimiento a su salvadora. Bajo la mirada de las miles de personas reunidas allí, y la de millones que presencian el directo por televisión y a través de las redes sociales, Jésica y Daniel encabezan la marcha con lágrimas sinceras en sus ojos eternamente agradecidos por ver un nuevo amanecer. Tras el ataúd soportado por los ocho jóvenes a los que Anastasia salvó la vida aquel fatídico día, va una marcha de cientos de menores de edad del mismo pueblo y de pueblos vecinos; tratan con veneración a la mujer que se sacrificó por ellos dando su vida y resolviendo el caso de la maldición del azufre.

El infame Jacobo fue detenido después de estrangular a Anastasia con la correa del perro que paseaba como parte del papel que interpretaba de manera habitual. Los cargos de acusación tienen la consistencia de nueve testigos presenciales, menores de edad. Ocho de los cuales cargan el féretro de la sargento; el noveno, que ha sufrido quemaduras de segundo y tercer grado en las piernas por el líquido inflamable que le arrojó el viejo psicópata, va en la procesión llevado en silla de ruedas por otro compañero de clase.

Como Anastasia no es la única asesinada, delante de la procesión de la sargento va otra más modesta, la de Manfred. El Cristo y la Virgen. Su ataúd es el que finalmente cargan a hombros los guardiaciviles, entre los que van Yohanna y Lucas al frente, con sus elegantes uniformes verdes cargados de medallas. Belén va llevada detrás, también en silla de ruedas, por su madre. En lugar de viajar ella a Madrid, ha sido su madre quien ha bajado a cuidarla un tiempo.

En último lugar va otra humilde comitiva, la que acompaña el féretro del autobusero.

Tres almas solitarias han sido sesgadas de este mundo, y como si hubiesen sido entregadas en sacrificio al volcán de La Palma, han logrado liberar al pueblo de la maldición del azufre.

La procesión entra en la iglesia de la Purísima Concepción, donde dejan los féretros frente a un hombre con ropaje de sacerdocio. Viste el alba, una túnica blanca que cubre hasta los pies, y sobre esta lleva echada una casulla morada de mangas muy anchas que ocultan sus manos desnudas y libres de pecado. El sacerdote va al paso con lástima, sufriendo del ascenso al altar sobre el que se siente apenado. Mira a su público, con tristeza, a través de unos cristales sin montura, y, tras haber liderado la misa exequial, traga saliva antes de inspirar con la misma fuerza con la que pretende lanzar un conmovedor discurso.

—Al llegar el mediodía, toda la región quedó en tinieblas hasta la media tarde. Y a la media tarde Jesús clamó con voz potente: <<Dios mío, ¿por qué me has abandonado?>>.

El nuevo sacerdote de la iglesia de la Purísima Concepción de Zufre lee las Sagradas Escrituras, luego cierra el libro y muestra al público su tapa roja con letras doradas. Carraspea un poco antes de proseguir.

—Mi nombre es Sergio, y hoy presido esta misa exequial porque uno de los cuerpos que descansan en esos ataúdes me toca en lo más hondo de mi corazón. Me refiero al cuerpo de la sargento Anastasia Petrova, pues ella fue mi mejor amiga en la infancia.

El público escucha con solemnidad.

—Hace mucho tiempo sentí la vocación de seguir al Señor en el sacerdocio. Ella no lo entendió entonces, cuando decidí ser sacerdote; se enfadó conmigo y nuestros caminos se separaron. Y hoy mi alma busca la suya para reconciliarse: quiero decirle que lo entiendo, que ahora comprendo por qué el Señor llamó a mi puerta… Ahora sé que el Señor me escogió para pronunciar estas palabras, para enviaros este mensaje: vecinos del pueblo de Zufre…, vecinos de Huelva…, vecinos de Andalucía y de España…, a Anastasia la escogió el Señor para una misión más importante incluso que la mía, para dar su vida por los jóvenes de este pueblo y salvarles de las garras del mismísimo infierno. Por eso tuvo que acostumbrarse a sus llamas. Es el mayor sacrificio que he visto en mi vida. Lo hizo mi mejor amiga, Anastasia, y ahora soy yo el que está enfadado con ella… porque nuestros caminos se han separado… para siempre. Anastasia, Dios mío, ¿por… por… por qué me has abandonado? ¿Por… por… por….

Caen lágrimas de sus ojos azules y vuelve a tartamudear. Las dolorosas palabras se le atascan clavadas en el corazón. Sergio

prefiere no continuar…

86

La presentadora lleva un conjunto de chaqueta y falda color verde agua que hace juego con sus ojos claros enmarcados en un contorno de tez morena y cabellos castaños. Es una mujer madura y tremendamente sexy. Tiene unas piernas fornidas, curvas de infarto y una voz varonil que intimida a cualquiera. Es la periodista especializada en el caso de la maldición del azufre, y con ademanes sensuales que sueltan un perfume que solo llega a oler el operador de cámara, explica con soltura un completo resumen del caso leyendo el telepronter de manera tan profesional que parece saberse el contenido de su monólogo de memoria.

—Muchos dan inicio al caso con el primer asesinato, el de Alicia Ortiz; sin embargo, algunos expertos coinciden en retrasar el comienzo días antes para posicionarlo en el discurso del sacerdote, el padre Santiago, ya retirado del cargo por abuso de menores, recuerden. Pero nosotros nos remontaremos justo una semana atrás, a la erupción del volcán de La Palma. Este sirvió como argumento para el provocador mensaje que lanzó el sacerdote. Tan poderoso,–que difundió por el pueblo de Zufre la creencia en una maldición que arrastraría a los jóvenes al infierno: la maldición del azufre.

>>Tan solo un día después de la misa, una columna de humo se alzó desde el bosque situado entre el pueblo y su embalse. Son muchos los vecinos que avisaron a la Guardia Civil y a los bomberos; pero es un guardiacivil en concreto, el agente Lucas

Vázquez, el primero en llegar al escenario del crimen y encontrarse con una escena dantesca.

>>Alicia Ortiz tenía toda una vida por delante cuando su asesino la ahogó en el embalse y arrastró su cuerpo torturado hasta colgarlo de un árbol y quemarlo bajo una pira incendiaria situada en un claro. Aún se quemaban sus pies cuando el agente Vázquez se topó con aquella terrorífica escena, y lo peor fue que menos de un minuto después llegaba su mejor amigo, Fernando, el propio padre de Alicia. Este, desesperado, trató de salvar a su hija pensando que aún seguía con vida y acabó con quemaduras de tercer grado por todo su cuerpo: heridas tan graves en su cuerpo que le provocaron la muerte tan solo dos días más tarde. Se cobraba así dos vidas el que sería conocido como el asesino de la maldición del azufre.

>>La noche anterior a estos crueles asesinatos, y tan solo horas después del discurso del padre Santiago, llegaba a Zufre para incorporarse a su nuevo destino la sargento Anastasia Petrova. Una incorporación prejuzgada entonces como inoportuna, y que ahora sabemos que no pudo ser más oportuna, pues todos sabemos el importante papel que jugaría en esta historia y que vamos a reseñar al final de este análisis del caso.

>>Bien, pero ¿qué sucede el día del doble asesinato? La misma agente Petrova se dirige al lugar de los hechos acompañada de su compañera Yohanna Alonso, competidora oficial y campeona mundial de Muay thai. Allí sorprenden y detienen, en una vertiginosa persecución que acaba en el embalse, al primer sospechoso: el holandés Manfred Van Rossum, un personaje sin duda misterioso por aquel entonces. Es retenido e interrogado en comisaría y su versión

no termina de cuadrar a los agentes, no terminan de creerle, y esto es porque saben que esconde algo; algo que puede relacionarle de manera directa con el caso: Manfred es amante de Belén, la mejor amiga de Alicia, y se ha visto varias veces con ambas jóvenes en la casa en la que vive, construida precisamente en el bosque. Pero esta información llega a la Guardia Civil al mismo tiempo que a la prensa, por medio de una declaración sorprendente: una Belén indignada clamaba con gritos a las cámaras de televisión, a las mismas puertas del cuartel, acerca de la inocencia de su amado Manfred. Pero si Manfred era inocente, ¿quién más se encontraba en el bosque? ¿Quién había ahogado y quemado el cuerpo de la joven Alicia? El capitán Paz y su equipo de la policía judicial madrileña acudían en socorro al pueblo para resolver esto, detener al asesino y acabar con la maldición del azufre.

>>En medio de esta vorágine se produce un incidente de gran relevancia: alguien lanza un cóctel molotov contra el piso en el que reside la sargento Petrova, a la que tienen que sacar del enorme incendio que se forma. El caso se complica y se lleva al acuartelamiento para ser interrogado al menor de edad Daniel Sosa, pero por falta de pruebas para realizar una acusación formal, es pronto liberado con la ayuda de un familiar: Arturo, el famoso abogado conocido como el rey de los gitanos.

>>La detención de Daniel fue responsabilidad de la sargento, cometiendo un error garrafal que la apartaría del caso principal y que no le perdonaría entonces el pueblo de Zufre ni su máximo representante religioso. Una mayoría supersticiosa asimila la inoportuna llegada de la nueva sargento con la propia maldición del azufre. Y esta tensión explota en la iglesia de la Purísima

Concepción, cuando el padre Santiago, oficiando el funeral de Fernando Ortiz, lanza un discurso incendiario en el que acusa a Anastasia de brujería. Y también a Manfred de hereje. No es la primera vez que carga contra el extranjero. Belén, la amante de Manfred, estalla contra el sacerdote y le acusa de abusar de la fallecida Alicia Ortiz. Esta declaración provoca, en el interior de la iglesia, una lucha de insultos y golpes tan grave que la Guardia Civil interviene para poner a un apaleado sacerdote a salvo de la ira del pueblo.

>>Después de esta guerra civil en el atormentado pueblo de Zufre llega una calma tensa e insegura. Los padres tienen miedo y son pocos los jóvenes que retoman las clases de instituto. Y en este ambiente nos acercamos al desenlace. Una sargento abucheada y poco querida, llamada bruja por muchos, logra descifrar las claves del caso por medio de un antiguo libro: el *Malleus maleficarum*, que encuentra en la iglesia durante la detención por abusos del padre Santiago. Escrito en el siglo XV, *El martillo de las brujas* fue usado por la Santa Inquisición para juzgar, condenar y castigar a brujas y herejes a lo largo de varios siglos. Miles de personas morirían bajo las reglas de este códice. Hallado en la iglesia, el monaguillo Enrique García estudiaba este libro con auténtica veneración. La avispada sargento Anastasia Petrova encajó las piezas que le faltaban para completar el puzle y avisó a su compañera Yohanna para proceder a la detención de Enrique. Por desgracia, este había salido a completar su plan criminal asestando el mayor golpe, paradójicamente, con un martillo. Enrique asaltó la cabaña en la que vivía Manfred para matarlo a martillazos. Luego secuestró a Belén para quemarla viva,

pero el padre de la joven, que es a su vez el agente Vázquez, y su compañera Yohanna lograron llegar a tiempo para evitarlo.

>>Por otro lado, la mayor sorpresa de este caso llega cuando Anastasia, siguiendo una pista, da con el padre de Enrique, Jacobo García, cómplice y principal autor del planeamiento de estos horribles asesinatos. Todavía se investiga la psicología del que muchos ya llaman *el diablo de Zufre*, pero aún no sabemos si de verdad padecía o si fingía padecer el llamado mal de Alzheimer para usarlo como tapadera. Precisamente Jacobo fue quien acusó a Daniel de lanzar el cóctel molotov contra el piso de la sargento Anastasia, para desviar así la investigación de su hijo Enrique, y por lo que se podría deducir que presenta una lucidez impropia de alguien con un avanzado estado de demencia senil.

>>Y llegamos con esto a un agridulce final. Terrible, pero, a la vez, esperanzador. La mañana en la que Enrique asesina a Manfred, al mismo tiempo, Jacobo mata a Ismael López, el conductor del bus escolar. Sube al autobús e incendia este con nueve jóvenes en su interior, entre ellos el mismo Daniel, que salió ileso. Jacobo usó a su hijo, sus asesinatos, como bomba de humo para despistar a las autoridades y poder cometer así sus crímenes de manera impune. Pretendía cortar la vida a la juventud del pueblo, incluida la de Jésica, una jovencísima madre que lucha por sacarse los estudios y ofrecer una vida mejor a su bebé. Por suerte para esta madre y para sus compañeros de clase, la sargento Petrova llegó a tiempo para salvarles, entregando su vida a cambio de la de ellos en un sacrificio que este pueblo no olvidará fácilmente.

Lucas apaga la televisión con dolor y sale al patio trasero de su hogar. Se apoya en la barandilla para observar el paisaje: el bosque de los tormentos y el embalse para ahogar penas. En el cielo siguen habiendo nubes escarlatas.

Las heridas no han sanado aún.

Y tardarán mucho en hacerlo.

EPÍLOGO

—¿Por qué existen los asesinos en serie? ¿Qué motivos hay para que alguien torture, viole y mate, y le guste tanto hacerlo que repita una y otra vez? ¿Los asesinos en serie nacen o se hacen? Ese es el tema que vamos a tratar hoy…

El silencio en el aula es absoluto. Los tricornios negros y relucientes como el ónice reposan sobre cada pupitre. Aquella clase es novedosa en la academia de Baeza. La idea había partido del instructor Fonseca y este es el único en toda la clase que mueve un pie nervioso por cómo los nuevos reclutas reciben aquella enseñanza y por cómo el profesor impartirá la clase. Espera que la haga amena, no aburrida. En principio ha empezado bien. El público parece interesado. Permanece callado e inmóvil: atendiendo. El profesor carraspea antes de continuar.

—Mi nombre es Miguel Ángel Utrillas y soy perfilador de asesinos. Cuando la policía me pide ayuda con un asesino difícil de atrapar, yo estudio lo que considero su obra de arte: sus asesinatos… Analizo los escenarios, los entornos y las víctimas, y con toda la información que percibo concluyo un perfil que ayuda a estrechar el cerco sobre el asesino para que sea más fácil de atrapar. No soy ningún prestidigitador, ni esto son trucos de magia. Los orígenes de lo que hago se remontan a los setenta, cuando el agente del FBI Jhon Douglas se interesó por la psicología de los asesinos en serie y comenzó a estudiarlos. Su estudio se completó

con cientos de entrevistas a los homicidas más prolíficos de la época: Ted Bundy, Charles Manson, el hijo de Sam…

En la sala aparece alguna que otra tímida voz. Charles Manson es el más sonado, a pesar de ser el único que no mató a nadie.

—Os hablaré de algunas teorías interesantes, como la que plantea Peter Vronsky en su libro *Hijos de Caín*, que concluye la relación entre los padres que lucharon en la Segunda Guerra Mundial y los hijos que conocieron la edad de oro de los asesinos en serie. La mayoría de expertos coinciden en que el asesino serial se forma en su etapa infantil. ¿Quiere decir esto que el asesino no nace, sino que se hace? ¿Quiere decir esto, a su vez, que cualquiera de nosotros podría haberse convertido en un asesino en serie según el entorno y las condiciones de nuestra crianza? ¿Podemos entender por qué alguien comete semejantes atrocidades? A lo largo de esta semana analizaremos la profundidad moral que esto conlleva y examinaremos los casos más sonados en España. Para no meternos en materia y aburriros con tecnicismos neurológicos, podemos empezar con una demostración. ¿Alguien tiene alguna sugerencia? ¿Algún asesino en serie que desee que analicemos en esta clase?

Normalmente el público se presenta como precavido y la primera mano en levantarse suele esperar a que el profesor se muestre más insistente. En cambio, aquella tarde una mano fina se alza solicitando atención.

—Adelante —dice Miguel Ángel señalando a una jovencísima recluta de cabellos dorados.

—¿Podría hablarnos de los asesinos de la maldición del azufre?

—¡Oh! Muy interesante… Un caso muy reciente. Es normal que sintáis ganas de conocer los entresijos de esas mentes que han tenido en vilo al pueblo de Zufre y a toda España. Yo seguí el caso muy de cerca, a través de los medios.

La recluta sonríe desde su asiento. Muy cerca, dice…

—Bien. Es lo que llamamos asesinos por asociación. Son casos muy extraños y más aún, como es el caso, entre padre e hijo. Pero no resulta difícil deducir que en esa relación Jacobo era el dominante mientras que Enrique era el sumiso. Y en función a las primeras catalogaciones del FBI, también intuyo que el padre era organizado, mientras que el hijo era desorganizado. De hecho me atrevería a aventurar que el primer asesinato de la maldición del azufre, el de la chica… ¿Cómo se llamaba? —Miguel hace un ademán para que le ayuden a recordar.

—Alicia Ortiz —completa la recluta que ha preguntado.

—Alicia, sí. Me atrevo a decir que el asesinato de Alicia fue ejecutado por el hijo, Enrique, pero planeado y acompañado por el padre en la puesta de escena. Por eso el cuadro que presentan estos asesinos, el escenario del crimen, tiene elementos de ambas partes. Podríamos decir que Jacobo es un cortacésped mientras que su hijo es una apisonadora. A la vista está que en cuanto al hijo se le dejó solo, predominó la desorganización, su impulsividad, su ímpetu por destruir. No supo ser tan eficaz como su padre, un asesino con más de sesenta años e inactivo desde finales de los noventa. De hecho,

de no ser por el hijo, probablemente nunca habrían atrapado al padre. Y sin duda es el padre el responsable de los actos del hijo. Enrique mostraba indicativos, estresores lo llamamos, como el haber sido considerado como discapacitado en aquel pueblo. A su edad seguía siendo incapaz de comunicarse con mujeres, por eso sus crímenes eran violentos y rápidos. No trataba de engatusar a las jóvenes, sino que las atacaba como un relámpago para luego poder matarlas y abusar de ellas, que era su verdadero objetivo.

La mano de la joven vuelve a levantarse y Miguel Ángel da paso a una pregunta cuya respuesta es reveladora.

—¿Su objetivo no era su particular guerra contra las brujas?

—¡Oh! No, no, no… Eso de la Santa Inquisición y la quema de brujas no es más que su puesta en escena, su cortina de humo, su excusa. La mayoría de asesinatos de este tipo son sexuales. Con escenarios más o menos complejos, al final estos crímenes pueden resumirse en respuestas básicas intrínsecas en nuestro cerebro reptiliano, como son la ira o el sexo. Enrique deseaba sexo, pero era impotente y emocionalmente incapaz de conectar con mujeres, por eso la violación postmórtem o el abuso una vez la víctima quedaba sometida por completo. Por otro lado, Jacobo era irascible, vengativo y pirómano. De ahí aquel crimen de celos en el que incendió toda una casa para matar a una mujer de la que se había enamorado, pero que ya tenía una hija con otro hombre. Pero era organizado, que son los más difíciles de atrapar. Por cierto, esta clase es una iniciación y se acepta la tertulia. Cualquiera puede hablar si tiene ideas o sugerencias tan interesantes como las de la señorita… —la señala pidiendo su nombre y ella responde:

—Jésica —contesta.

Antes había sonreído al oír al profesor decir que había seguido el caso de cerca porque ella lo había sufrido con diecisiete años. Había mirado al asesino a los ojos y había visto su profunda oscuridad. Unos ojos vacíos al contrario de los de su salvadora, la sargento Anastasia Petrova, que estaban llenos de luz y empatía. Eran la noche y el día. Y gracias a ese día que ella veía un nuevo amanecer.

El enorme acto de sacrificio de Anastasia caló tan hondo en la joven, que la convirtió en su referente. Esa inspiración la llevó a aprobar la oposición de la Guardia Civil y a lograr un sustento económico para su hija sin depender de sus padres. Jésica ha madurado mucho desde que tuvo a su bebé y desde que juntas sobreviviesen a la maldición del azufre. Al fin siente que ha encontrado su lugar en el mundo, su camino en la vida, ya no está perdida y es gracias a Anastasia, la mujer que le dejó un legado lleno de esperanza.

AGRADECIMIENTOS

A Miguel Ángel Utrillas por ser mi lector 0, por su nobleza de espíritu y por ser tan puntilloso.

A Luis Baldomero por su gran corazón.

A Javier Rueda por su infinita generosidad.

A Daniel García por su sorprendente personalidad.

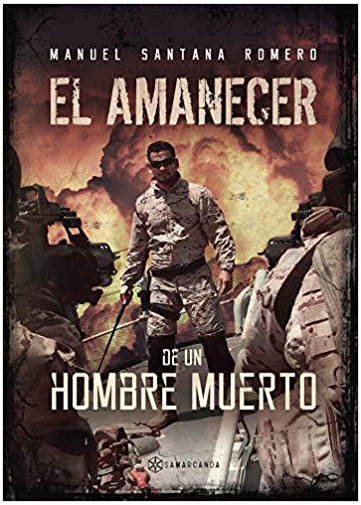
A Yohanna Alonso por tener tanto carisma que sirve como fuente de inspiración.

A todo el pueblo de Zufre.

A Jeffrey Preston Bezos por crear Amazon y regalarme una imprenta.

A ti, lector, por ser el destino de mis historias.

OTRAS OBRAS DEL AUTOR



Durante la operación Atalanta por la lucha frente a la piratería, Santiago Cruz, miembro de un Equipo Operativo de Seguridad (EOS), se ve inmerso en el mayor atentado terrorista perpetrado en aguas de Somalia contra la nación española.

Sumérgete en este frenético e impactante thriller de secretos extraoficiales, amores pasionales y la poderosa acción de una unidad de élite en su lucha por desmantelar a un grupo terrorista con intenciones tan enrevesadas como un oscuro laberinto.



Natalia Castellanos, una mujer indómita, es la inspectora encargada de dar caza al asesino del centauro.
Ramón Rojo es el asesino en serie más violento y peligroso para toda mujer.
Vika Popa es la líder de un grupo de chicas criadas en el salvajismo de un orfanato rumano.

Agarra fuerte este libro y prepárate para cuando sus protagonistas choquen.

¡ENHORABUENA!

Ya que has llegado hasta aquí, me encantaría conocer tu opinión a través de una reseña en Amazon, cosa que me ayudará mucho a crecer como escritor y a dar visibilidad a mi novela. También podré atenderte si me escribes al correo manuelsantanaromero@outlook.es

---